

Jean-Claude Izzo

CHOURMO



Lectulandia

En ocasiones, las personas son víctimas de sus propios actos. Otras, simplemente lo son de la fatalidad. Como Guitou, cuya única culpa fue amar a una bella joven de origen argelino. Un amor que le llevó a estar en el sitio equivocado en el momento menos oportuno. Fabio Montale abandonará su apacible retiro para averiguar el porqué de su absurda muerte. Pero en el curso de la investigación se verá inmerso en una compleja trama de mafias e integristas que irán dejando en el camino demasiados cadáveres.

Lectulandia

Jean-Claude Izzo

Chourmo

ePub r1.0
eKionh 04.01.14

Título original: *Chourmo*
Jean-Claude Izzo, 1996
Traducción: Matilde Sáenz

Editor digital: eKionh
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Nota del autor

Nada de lo que va a leer ha existido. Excepto, muy evidentemente, lo que es verdadero. Y que se ha podido leer en los periódicos o se ha visto en televisión. Pocas cosas, al fin y al cabo. Y, sinceramente, espero que la historia aquí contada quede ahí donde encuentra su verdadero lugar: en las páginas de este libro. Dicho esto, Marsella sí que es bien real. Tan real que, sí, me gustaría que no se buscaran parecidos con personajes que existieron de verdad. Ni siquiera con el protagonista. Lo que yo digo de Marsella, mi ciudad, no son más que ecos y reminiscencias. Es decir, lo que deja leer entre sus líneas.

*Para Isabelle y Gennaro
mi madre y mi padre, simplemente.*

Vivimos tiempos asquerosos, eso es todo.

RUDOLPH WURLITZER

A la memoria de Ibrahim Alí, abatido el 24 de febrero de 1995 en las barriadas norte de Marsella por pegadores de carteles del Frente Nacional.

PRÓLOGO

Final de trayecto, Marsella, gare Saint-Charles

Desde lo alto de las escaleras de la gare Saint-Charles, Guitou —como todavía lo llamaba su madre— contemplaba Marsella. «La gran ciudad». Su madre había nacido allí, pero nunca le había llevado. A pesar de sus promesas. Ahora estaba allí. Solo. Como los mayores.

Y en dos horas, volvería a ver a Naima.

Estaba allí para verla.

Con las manos metidas en los bolsillos del vaquero y con un camel en la boca, bajó lentamente las escaleras. De frente a la ciudad.

«Bajando las escaleras», le había dicho Naima, «está el boulevard de Athènes. Lo sigues hasta la Canebière. Coges a la derecha. Hacia Le Vieux-Port. Cuando estés ahí, giras otra vez a la derecha, a doscientos metros verás un gran bar que hace esquina. La Samaritaine se llama. Quedamos allí. A las seis. No tiene pérdida».

Esas dos horas por delante le tranquilizaban. Podría localizar el bar. Llegar puntual. No quería hacer esperar a Naima. Tenía urgencia por verla. Por cogerle la mano, por abrazarla. Por la noche dormirían juntos. Por primera vez. Su primera vez para ella y para él. Mathias, un compañero del instituto de Naima, les dejaba su estudio. No habría nadie más. Por fin.

Esa idea le hizo sonreír. Una sonrisa tímida, como cuando conoció a Naima.

Luego se le quebró un poco el gesto pensando en su madre. Seguro que a la vuelta le haría pasar un mal rato. No sólo se había largado sin permiso, a tres días del principio del curso, sino que, antes de irse, había mangado uno de mil de la caja de la tienda. Una *boutique de prêt-à-porter*, muy fina, en el centro de Gap.

Se encogió de hombros, mil papeles no iban a hacer peligrar el tran tran de la economía familiar. Con su madre ya se las arreglaría. Como siempre. Pero el que le preocupaba era el otro. El cabronazo que se creía su padre. Ya le había puesto a caldo una vez a causa de Naima.

Al cruzar el paseo de Meilhan, avistó una cabina telefónica. Se dijo que, de todas maneras, no estaría mal llamar a su madre. Para que no se preocupara. Apoyó la mochila y se metió la mano en el bolsillo de atrás del vaquero. ¡Increíble! No tenía la cartera. Se palpó el otro bolsillo, como loco, y luego, aunque no tenía costumbre de meterla ahí, el de la cazadora. Nada. ¿Cómo podía haberla perdido? La tenía al salir

de la estación. Había metido el billete del tren.

Se acordó. Bajando las escaleras de la estación, un árabe le pidió fuego. Sacó el zippo. En ese momento le empujaron, casi por la espalda, otro árabe que bajaba corriendo. Como un ladrón, pensó. Casi se cae en las escaleras y fue a parar a los brazos del otro. Se la habían pegado pero bien.

Le entró una especie de vértigo. Rabia y preocupación. Sin papeles, tarjeta de teléfono, billete de tren y, sobre todo, casi sin dinero. Sólo le quedaban las vueltas del tren y del paquete de Camel. «Trescientos diez», soltó en voz alta.

—¿Le pasa algo? —le preguntó una señora mayor.

—Me han robao la cartera.

—¡Ay, hijo! Qué le vas a hacer. Desgracias que pasan todos los días —lo miró compadecida—. ¡No le digas nada a la policía, eh! A la policía ni mu. ¡No te van a dar más que problemas!

Y continuó, con el bolsito pegado al pecho. Guitou la siguió con la mirada. La vio fundirse en la masa abigarrada de transeúntes, negros y moros en su mayoría.

¡Marsella no empezaba muy bien que digamos!

Para ahuyentar el mal fario, dio un beso a la medalla de oro de la Virgen que llevaba colgada al pecho, todavía moreno del verano en la montaña. Su madre se la había regalado para la primera comunión. Aquella mañana, se la quitó para ponérsela a él.

No creía en Dios, pero, como todo buen hijo de italiano, era supersticioso. Y además, besar a la Virgen era como besar a su madre. Cuando no era más que un crío y su madre lo acostaba, le daba un beso en la frente. Con el movimiento, la medalla se le venía a los labios, guiada por los opulentos pechos de su madre.

Ahuyentó esa imagen que todavía le excitaba. Y pensó en Naima. Sus pechos, menos voluminosos, eran tan bellos como los de su madre. Igual de oscuros. Una noche, detrás del almacén de los Réboul, deslizó la mano bajo el jersey de Naima, besándola al mismo tiempo. Ella dejó que se los acariciase. Le subió lentamente el jersey, para verlos. Le temblaban las manos. «¿Te gusta?», preguntó en voz baja. No respondió, sólo abrió los labios para llevárselos a la boca, primero uno y luego el otro. Se empalmó. Iba a estar con Naima. Lo demás no tenía mucha importancia.

Ya se las arreglaría.

Naima se despertó de un sobresalto. Un ruido, en el piso de arriba. Un ruido extraño. Seco. Tenía el corazón a cien. Puso la oreja, conteniendo la respiración. Nada. Silencio. Una luz tenue se filtraba por las persianas. ¿Qué hora podía ser? No llevaba reloj. Guitou dormía plácidamente. Boca abajo. Con la cabeza girada hacia ella. Apenas oía su respiración. Eso la tranquilizó, esa respiración regular. Se volvió a tumbar y se apretó contra él, con los ojos abiertos. Le hubiera gustado fumar un

cigarro, para calmarse. Para volverse a dormir.

Deslizó delicadamente la mano por los hombros de Guitou y la bajó por la espalda en una larga caricia. Tenía la piel sedosa. Suave. Como los ojos, las sonrisas, su voz, las palabras que le decía. Como sus manos en su cuerpo. Es lo que le atrajo de él, esa dulzura. Casi femenina. Los chicos a los que había conocido, incluso Mathias, con el que había coqueteado, eran más bruscos. Con Guitou, a la primera sonrisa, deseó estar en sus brazos y apoyar la cabeza en su hombro.

Le daban ganas de despertarlo. De que la acariciara, como hacía un rato. Le había gustado, sus dedos recorriéndole el cuerpo, con esa mirada fascinada que la volvía bella. Y enamorada. Hacer el amor se le había antojado la cosa más natural del mundo. Eso también le había gustado. ¿Sería igual de bueno cuando lo volvieran a hacer? ¿Era siempre así? Le dieron escalofríos al recordarlo. Sonrió, luego le besó el hombro y se apretó aún más a él. Tenía el cuerpo cálido.

Guitou se movió. Deslizó la pierna entre las suyas. Abrió los ojos.

—¿Estás despierta? —murmuró, acariciándole el pelo.

—Un ruido. He oído un ruido.

—¿Tienes miedo?

No había ningún motivo para tener miedo.

Hosín dormía en el piso de arriba. Habían hablado un poco con él hacía un rato. Cuando fueron a recoger las llaves, antes de ir a comer una pizza. Era un historiador argelino. Historia antigua. Se interesaba por las excavaciones arqueológicas de Marsella. «De increíble riqueza».

Los padres de Mathias alojaban a Hosín desde hacía más de un mes. Se habían marchado a pasar el fin de semana a su villa de Sanary, en el Var. Y Mathias les había podido dejar su estudio de la planta baja.

Era una de esas bellas casas rehabilitadas de Le Panier, en la esquina de la rue Belles-Ecuelles y la rue du Puits Saint-Antoine, cerca de la place Lorette. El padre de Mathias, arquitecto, había rediseñado el interior. Tres plantas. Que culminaban en una terraza, a la italiana, en el tejado, desde donde se abarcaba toda la bahía, desde L'Estaque hasta la Madrague de Montredon. Sublime.

Naima le dijo a Guitou: «Mañana por la mañana iré a comprar pan. Desayunaremos en la terraza. Ya verás qué bonito». Ella quería que le gustara Marsella. Le había hablado tanto de ella. Guitou se había puesto algo celoso de Mathias.

—¿Miedo de qué?

Deslizó la pierna sobre él, la subió hacia su vientre. Le rozó el sexo con la rodilla y sintió cómo se endurecía. Apoyó la mejilla sobre su pecho púbero. Guitou la abrazó fuerte. Le acarició la espalda. Naima se estremeció.

La deseaba de nuevo, muchísimo, pero no sabía si era lo que tocaba hacer. Si era

eso lo que ella quería. No sabía nada de las chicas, ni del amor. Pero estaba empalmado, rabiosamente. Ella levantó la mirada hacia él. Y sus labios se encontraron. Él la atrajo hacia sí y ella se puso encima. Luego oyeron gritar a Hosín.

El grito les dejó helados.

—Dios mío —dijo ella, casi sin voz.

Guitou apartó a Naima y saltó de la cama. Se puso el calzoncillo.

—¿Adónde vas? —preguntó ella sin atreverse a mover.

No lo sabía. Tenía miedo. Pero no podía quedarse así. Demostrar que tenía miedo. Ahora era un hombre. Y Naima le estaba mirando.

Se había sentado en la cama.

—Vístete —dijo él.

—¿Por qué?

—No sé.

—¿Qué pasa?

—No lo sé.

Unos pasos retumbaron en la escalera.

Naima corrió al cuarto de baño, recogiendo su ropa dispersa. Guitou escuchó con la oreja pegada a la puerta. Más pasos en la escalera. Cuchicheos. Abrió sin darse cuenta de lo que hacía. Como superado por su propio miedo. Primero vio el arma. Después la mirada del hombre. Cruel. Tan cruel. Se le puso a temblar todo el cuerpo. No oyó la detonación. Sólo sintió un dolor abrasador que le invadía el vientre, y pensó en su madre. Se desplomó. Su cabeza se aplastó violentamente contra la piedra de la escalera. Se le destrozó la ceja. Descubrió el sabor de la sangre en la boca. Era asqueroso.

«Nos largamos».

Donde, frente al mar, la felicidad resulta una idea sencilla

No hay nada más agradable, cuando no se tiene nada que hacer, que echarse un bocado, por la mañana, frente al mar.

Y hablando de bocados, Fonfon había preparado una salsa de anchoas que acababa de sacar del horno. Yo volvía de pescar, feliz. Me había traído una hermosa lubina, cuatro doradas y una decena de mújoles. La salsa de anchoas aumentó mi felicidad. Siempre he encontrado la felicidad en las cosas sencillas.

Abrí una botella de rosado de Saint-Cannat. La calidad de los rosados de Provenza me maravillaba cada año más. Brindamos, para ir abriendo boca. Ese vino, de la Commanderie de la Bargemone, era una delicia. Se podía sentir bajo la lengua el maravilloso sol de los pequeños viñedos de la Trévarése. Fonfon me guiñó el ojo y se puso a mojar las rebanadas de pan en la crema de anchoas, sazonada con pimienta y ajo picado. Se me despertó el estómago al primer mordisco.

—¡Qué bien sienta esto, mecagüen diez!

—Tú lo has dicho.

No se podía decir nada más. Cualquier otra palabra había estado de más. Comimos sin hablar. Con la mirada perdida en la superficie del mar. Un bello mar de otoño, de un azul oscuro, casi aterciopelado. Del que no me cansaba nunca. Sorprendido cada vez por la atracción que ejercía sobre mí. Una llamada. Pero yo no era ni un marinero, ni un viajero. Mis sueños estaban allá, detrás de la línea del horizonte. Sueños de adolescente. Pero jamás me había aventurado tan lejos. Excepto una vez. En el Mar Rojo. Hacía mucho tiempo de aquello.

Me acercaba a los cuarenta y cinco años y, como a muchos marseleses, los relatos de viajes me colmaban más que los viajes en sí. No me veía cogiendo un avión para ir a Ciudad de México, Saigón o Buenos Aires. Perteneecía a una generación para la que los viajes tenían un sentido. El de los paquebotes, el de los cargueros. El de la navegación. El de ese tempo que impone el mar. El de los puertos. El de la pasarela lanzada al muelle, y el del embriagamiento de los olores nuevos, de las caras desconocidas.

Me conformaba con llevar mi barquito de pesca, el *Trémolino*, a la altura de la

isla Maire y del archipiélago de Riou, para pescar durante unas horas, envuelto en el silencio del mar. No tenía otra cosa que hacer. Ir a pescar, cuando se me ponía en gana. Y echar una partida entre las tres y las cuatro. Jugarme el aperitivo a la petanca.

Una vida muy ordenada.

Algunas veces me daba un voltio por las calas, Sormiou, Morgiou, Sugiton, En-Vau... Horas de marcha con la mochila al hombro. Sudaba, resoplaba. Aquello me mantenía en forma. Aquello apaciguaba mis dudas, mis temores. Mis angustias. Su belleza me reconciliaba con el mundo. Siempre. ¡Son tan bellas! No basta con contarlos, hay que verlos. Pero no tienen acceso más que a pie o en barco. Los turistas se lo pensaban dos veces, y estaba bien que así fuera.

Fonfon se levantó unas diez veces como mínimo, para servir a sus clientes. Tipos que, como yo, habían hecho de este lugar un hábito. Viejos sobre todo. El mal genio de Fonfon no había conseguido espantarlos. Ni siquiera que no se pudiera leer *Le Méridional* en su bar. Sólo estaban permitidos *Le Provençal* y *La Marseillaise*. Fonfon era un viejo militante de la SFIO^[1]. De ideas abiertas, pero no hasta el punto de tolerar las del Frente Nacional. En su casa no, no en aquel bar donde habían tenido lugar un montón de reuniones políticas. Gastounet, como llamábamos familiarmente al antiguo alcalde, vino aquí una vez, acompañado de Milou, para estrechar la mano de los militantes socialistas. Era 1981. Enseguida vino el tiempo de las desilusiones. De las amarguras también.

Una mañana, Fonfon descolgó el retrato del presidente de la República que reinaba encima de la máquina del café y lo tiró al cubo de la basura de plástico rojo. Se oyó el ruido del cristal roto. Fonfon nos miró a todos desde detrás de la barra, uno a uno, pero nadie dijo ni mu.

Eso no quería decir que Fonfon se hubiera tragado su bandera. Ni la lengua. Fifi el orejotas, uno de nuestros compañeros de cartas, intentó explicarle, la semana pasada, que *Le Méridional* había evolucionado. Seguía siendo un periódico de derechas, vale, pero bueno, liberal. De hecho, en el resto del departamento, las páginas locales eran comunes para *Le Méridional* y *Le Provençal*. O sea, que se dejara de rollos...

Casi llegan a las manos.

—Joder, un periódico que tiene mucho éxito por incitar a cargarse a los moros, a mí, qué quieres que te diga, se me revuelven las tripas. Sólo con verlo es como si se me mancharan las manos.

—¡Ahí va Dios! ¡No se puede ni hablar contigo!

—Lo tuyo no es hablar. Es charlatanear. Que no me estoy dejando yo aquí los cuernos para oír tus sandeces.

—¡Hala! ¡Ya empezamos otra vez! —soltó Momo mientras cortaba el trébol de Fonfon con el ocho de rombos.

—¡Y tú te callas! Que hiciste la guerra con la chusma mussoliniana, así que estate contento de estar aquí sentado.

—Belote —dije yo.

Pero era demasiado tarde. Momo había tirado las cartas encima de la mesa.

—Mecagüen la leche... ¡Pues me voy a jugar a otra parte!

—Eso, venga. Vete a donde Lucien. Que ahí las cartas son azul, blanco y rojo. Y el rey de picas va de camisa negra.

Momo se marchó y no volvió a pisar por el bar. Pero no se fue adonde Lucien. Era sólo que ya no jugaba a la belote con nosotros. Y era una pena, porque Momo nos caía bien. Pero Fonfon no se equivocaba. No por hacerse uno viejo iba a tener que callarse la boca. Mi padre habría hecho lo mismo. O peor, quizá, porque él había sido comunista, y el comunismo, hoy, no era más que una montaña de cenizas.

Fonfon se acercó con un plato de pan untado con ajo y tomate crudo. Por lo de suavizar un poco el paladar. Con aquello, el rosado volvía a encontrar nuevos argumentos para estar en nuestros vasos.

El puerto se despabilaba lentamente, con los primeros rayos calientes del sol. No había el mismo jaleo que en la Cannebière. No, era sólo un rumor. Voces. Música por aquí y por allá. Coches que arrancaban. Motores de barcos que se encendían. Y el primer autobús que llegaba, para llenarlo de estudiantes.

Les Goudes, a una media hora del centro de la ciudad, no era, pasado el verano, más que un pueblo de seiscientas personas. Desde que volví a vivir a Marsella, de esto hacía ya por lo menos diez años, no había sido capaz de vivir en otro sitio que no fuera aquí, en Les Goudes. En una cabaña, una pequeña casa de dos habitaciones y cocina, que había heredado de mis padres. En horas perdidas me había dedicado a arreglarla mejor o peor. Estaba lejos de ser un lugar lujoso, pero, a ocho escaleras abajo de mi terraza, tenía el mar y mi barco. Y eso, sin duda, era mejor que cualquier esperanza de paraíso.

Imposible de creer, para quien no haya venido nunca por aquí, a este puertecito desgastado por el sol, que estás en un distrito de Marsella. En la segunda ciudad de Francia. Aquí uno se siente en el fin del mundo. La carretera termina a menos de un kilómetro, en Callelongue, en un sendero de piedras blancas de extraña vegetación. Por ahí es por donde me iba a pasear. Por el vallejo de la Mounine, luego por el Plan des Cailles, que da acceso a los puertos de Cortiou y Somiou.

El barco de la escuela de buceo salió del embarcadero y puso rumbo hacia las islas Frioul. Fonfon lo siguió con los ojos, después volvió la mirada hacia mí y dijo con gravedad:

—Bueno, y tú ¿cómo lo ves?

—Veo que nos las van a meter dobladas.

Ignoraba de qué quería hablar. Con él podía ser del ministro de Interior, del FIS,

de Clinton. Del nuevo entrenador del O. M. O incluso del papa. Pero mi respuesta era acertada, seguro. Porque estaba claro que nos las iban a meter dobladas. Cuanto más nos calentaban las orejas con lo de lo social, la democracia, la libertad, los derechos humanos y todo ese rollo, más dobladas nos las metían. Tan claro como que dos y dos son cuatro.

—Pff... sí —dijo él—. Eso me parece a mí también. Es como en la ruleta. Apuestas y vuelves a apostar y sólo hay un agujero y tú perdiendo todo el rato. Siempre te acaban jodiendo.

—Pero mientras apuestas, estás vivo.

—¡Cagüen diez! Pues hoy en día hay que apostar gordo para conseguirlo. Y a mí, hijo, me quedan pocas fichas ya.

Me terminé la bebida y lo miré. Me estaba mirando fijamente. Unas ojeras casi violetas le comían la parte superior de las mejillas. Eso acentuaba lo magro de su cara. A Fonfon no lo había visto envejecer. Ya ni sabía la edad que tenía. Setenta y cinco, setenta y seis. Tampoco era tan viejo.

—Me vas a hacer llorar —le dije bromeando.

Pero sabía bien que no bromeaba. Abrir el bar le exigía cada mañana un esfuerzo considerable. No soportaba a los clientes. No soportaba ya su soledad. A lo mejor un día no me soportaría ni a mí, y eso es lo que debía de preocuparle.

—Voy a dejarlo, Fabio.

Con un gesto amplio, señaló el bar. La vasta sala con su veintena de sillas, el fútbol —una rara pieza de los años sesenta— en un rincón al fondo, la barra de madera y de zinc, que todas las mañanas Fonfon pulía con cuidado. Y los clientes. Dos tipos en la barra. El primero sumergido en *L'Équipe* y el segundo atisbando los resultados deportivos por encima de su hombro. Dos viejos casi frente a frente. Uno leyendo *Le Provençal*, el otro *La Marseillaise*. Tres estudiantes, que esperaban el autobús, contándose las vacaciones.

El universo de Fonfon.

—No digas chorradas.

—Siempre he estado detrás de una barra. Desde que llegué a Marsella con Luigi, mi pobre hermano. Tú no lo llegaste a conocer. Empezamos a los dieciséis años. En el bar de Lenche. Él se puso de *docker*. Yo pasé por el Zanzi, el bar Jeannot en Les Cinq Avenues, y por el Wagram, en el Vieux-Port. Después de la guerra, cuando junté cuatro perras, me instalé aquí, en Les Goudes. No se estaba mal, mira. Hace cuarenta años.

Antes nos conocíamos todos. Un día ayudabas a Marius a pintar el bar. Otro día era él el que te echaba una mano para montar la terraza. Nos íbamos a pescar juntos. Y en tartana que pescábamos. Todavía estaba el marido de Honorine, el pobre Toinou. ¡Y no te digo nada lo que nos traíamos! Y no lo repartíamos. Nada. Nos

hacíamos unas bullabesas de órdago en casa del uno o del otro. Con las mujeres, los niños. Hasta veinte y treinta que éramos a veces. ¡Y menudo cachondeo! Tus padres, allá donde estén, Dios los guarde, aún se deben de acordar.

—Yo me acuerdo, Fonfon.

—Sí, que tú no querías más que comerte la sopa con los tostones. Y el pescao no. Menudo circo que le montabas a tu madre.

Dejó de hablar, perdido entre los recuerdos de los «buenos tiempos». Yo era un gusanillo negruzco que jugaba a hacer ahogadillas a Magali, su hija, en el puerto. Teníamos la misma edad. Todos nos veían ya casados, a ella y a mí. Magali fue mi primer amor. La primera con la que me acosté. En el búnker, encima de la Maronnaise. Por la mañana, nos echaron la bronca porque habíamos vuelto después de medianoche.

Teníamos dieciséis años.

—Qué antiguas son todas estas historias.

—Pues lo que te decía. Que teníamos cada uno nuestras ideas. Reñíamos, peor que las verduleras. Y tú ya me conoces. Que no me quedaba atrás. He dicho siempre las cosas bien claritas. Pero, bueno, había respeto. Ahora, si no te cagas en otro más pobre que tú, te escupen a la cara.

—¿Qué piensas hacer?

—Cerrar.

—¿Se lo has contado a Magali y a Frédo?

—¡Venga, no te hagas el tonto! ¿Desde cuándo no has visto por aquí a Magali? Ya hace años que van de parisinos. Con toda la parafernalia y el coche a juego. En verano, prefieren ir a ponerse el culo moreno a Benidorm, o con los turcos, o a las islas nosequé. ¿Aquí? ¡Qué dices! Esto es un sitio de tiraos como tú y como yo. Y Frédo, vete tú a saber, lo menos está muerto. La última vez que me escribió, iba a abrir un *ristorante* en Dakar. ¡Los negros se lo han debido de comer crudo! ¿Quieres un café?

—Vale, venga.

Se levantó. Me puso la mano en el hombro y se inclinó hacia mí, rozándome la cara con la mejilla.

—Fabio, pon un franco encima de la mesa y te doy el bar. No paro de pensarlo. No vas a estar así, sin hacer nada, ¿eh? El dinero va y viene, pero nunca dura mucho. O sea, que me quedo con mi casita, y cuando me muera, tú asegúrate de que me ponen bien cerca de mi Louisette.

—Pero ¡joder!, ¡qué aún no te has muerto!

—Ya lo sé. Así tienes tiempo para pensártelo.

Y se marchó a la barra sin que yo pudiera añadir ni una sola palabra. De hecho, no sé lo que le habría podido decir. Su propuesta me dejaba callado. Porque yo no me

veía detrás de la barra. No me veía en ningún sitio.

Estaba esperando verlas venir, como dicen por aquí.

Lo más inmediato que vi venir fue a Honorine. Mi vecina. Caminaba con paso vigilante. La energía de esta pequeña mujercilla de setenta y dos años no dejaba de sorprenderme.

Me estaba acabando el segundo café, leyendo el periódico. El sol me tenía calentita la espalda. Eso me permitía no desesperarme mucho ante el mundo. La guerra proseguía en la ex Yugoslavia. Otra acababa de estallar en África. Se estaba incubando otra en Asia, en los límites de Camboya. Y era más que probable que la cosa no tardara en explotar en Cuba. O en algún sitio por ahí, por América central.

Más cerca de casa, y no por ello era la cosa más reconfortante.

«Atraco sangriento en Le Panier» titulaba en las páginas locales *Le Provençal*. Un artículo breve, de última hora. Dos personas habían sido asesinadas. Los propietarios, que estaban de fin de semana en Sanary, no habían descubierto hasta ayer por la noche los cadáveres de los amigos a los que alojaban en su casa. Y se la habían vaciado de todo lo que era revendible: tele, vídeo, hi-fi, CDs... Según la policía, la muerte de las víctimas se remontaba a la madrugada del viernes al sábado, hacia las tres de la mañana.

Honorine vino directa hacia mí.

—Estaba segura de encontrarle aquí —dijo apoyando el capazo en el suelo.

Fonfon apareció al minuto, con la sonrisa en la cara. Se querían un montón estos dos.

—Buenos días, Honorine.

—Póngame un cafetito, Fonfon, pero poco cargao, eh, que ya me he tomo unos cuantos —se sentó y arrastró la silla hacia mí—. Oiga, tiene visita.

Me miró, observando mi reacción.

—¿Dónde? ¿En mi casa?

—Pues sí, en su casa. En la mía no. ¿Quién quiere que me venga a ver a mí? —esperaba a que yo le preguntara, pero estaba deseando cotilleármelo todo—. ¡No se puede ni imaginar quién es!

—Pues no.

No podía imaginar quién podía venir a verme. Así, un lunes, a las nueve y media de la mañana La mujer de mi vida estaba con su familia, entre Sevilla, Córdoba y Cádiz, y no sabía cuándo volvería. Ni siquiera sabía si Lole volvería algún día.

—Pues menuda sorpresa te vas a llevar —me volvió a mirar, con ojos llenos de malicia. No se aguantaba más—. Es su prima. Su prima Angele.

Gélou. Mi bella prima. Como sorpresa, no estaba mal. A Gélou no la había vuelto a ver desde hacía diez años. Desde el entierro de su marido. A Gino se lo cargaron,

una noche, cuando estaba cerrando el restaurante que tenían en Bandol. Como no era un delincuente, todo el mundo pensó en una turbia historia de chantaje. La investigación se perdió como tantas otras, en el fondo de un cajón. Gélou vendió el restaurante, cogió a sus tres hijos y se marchó a rehacer su vida a otra parte. Nunca más supe de ella.

Honorine se inclinó hacia mí y me habló en tono confidencial:

—La pobre no parece estar muy allá. Pondría la mano en el fuego a que le pasa algo.

—¿Qué le hace pensar eso?

—No es que no haya estao simpática, eh. Que me ha dao dos besos y ha sonreído y todo. Hemos estao cuchicheando un ratito, mientras nos tomábamos un café. Pero me dao cuenta que por debajo lleva la cara tristonada de los días sin pan.

—A lo mejor sólo es que está cansada.

—Para mí, que tiene problemas. Y que viene a verle para eso.

Fonfon volvió con tres cafés. Se sentó enfrente de nosotros.

«A gusto te tomarías otro», me dije.

«¿Qué tal?», preguntó mirándonos.

—Es Gélou —dijo Honorine—. ¿Se acuerda? —asintió—. Acaba de llegar.

—Bueno, ¿y qué?

—Tiene problemas —dije yo.

Honorine hacía juicios infalibles. Miré hacia el mar, diciéndome que la tranquilidad se había terminado sin duda. En un año había engordado dos kilos. Empezaba a pesarme el seguir vagueando. O sea, que con problemas o sin ellos, Gélou era bienvenida. Vacié la taza y me levanté.

—Voy para allá.

—¿Y si cojo una hogaza para el mediodía? —dijo Honorine—. Se quedará a comer Gélou, ¿no?

Donde, cuando se habla, se dice siempre más de la cuenta

Gélou se dio la vuelta y toda mi juventud se me echó a la cara. Era la más guapa del barrio. Había vuelto loco a más de uno, y a mí el primero. Acompañó mi infancia, alimentó mis sueños de adolescente. Fue mi amor secreto. Inaccesible. Gélou era una mayor. Tenía casi tres años más que yo.

Me sonrió, y dos hoyitos iluminaron su rostro. La sonrisa de Claudia Cardinale. Gélou lo sabía. Y que se le parecía, también. Casi rasgo a rasgo. Había jugado a menudo con eso, llegando incluso a vestirse y a peinarse como la actriz italiana. No nos perdíamos ninguna de sus películas. Mi suerte era que a los hermanos de Gélou no les gustaba el cine. Preferían los partidos de fútbol. Gélou venía a buscarme, el domingo por la tarde, para que fuera con ella. En nuestro ambiente, a los diecisiete años, una chica no salía nunca sola. Ni siquiera para ir a buscar a sus amigas. Tenía que haber siempre un chico de la familia. Y a Gélou, yo le caía bien.

Me encantaba estar con ella. En la calle, cuando me cogía del brazo, ¿no me sentía yo precisamente un angelito! Durante la proyección de *El gatopardo*, de Visconti, estuve a punto de volverme loco. Gélou se me acercó a la oreja y me susurró:

—A que es guapa, ¿eh?

Alain Deion la tomaba en sus brazos. Le cogí la mano a Gélou y, casi sin voz, le contesté:

—Como tú.

No me soltó la mano en toda la proyección. No me enteré de nada de la película de lo empalmado que estaba. Tenía catorce años. Pero no me parecía para nada a Deion, y Gélou era mi prima. Cuando dieron la luz, la vida siguió su curso y, lo comprendí enseguida, iba a ser completamente injusta.

Fue una sonrisa fugaz. Como un relámpago de recuerdos. Gélou se acercó. Casi no me había dado tiempo a ver las lágrimas que le empañaban los ojos, y ya la tenía en mis brazos.

—Me alegro de verte a ver —dije abrazándola.

—Necesito tu ayuda, Fabio.

La misma voz rasgada que la actriz. Pero no se trataba de una réplica de película. Ya no estábamos en el cine. Claudia Cardinale se había casado, había tenido hijos y vivía feliz. Alain Deion había engordado y ganado mucho dinero. Nosotros habíamos envejecido. La vida, como estaba prometido, había sido injusta con nosotros. Y lo seguía siendo. Gélou tenía problemas.

—Cuéntamelo todo.

Guitou, el más joven de sus tres hijos, se había ido de casa. El viernes por la mañana. Sin dejar ni una nota, nada. Sólo había afanado mil francos de la caja de la tienda. Desde ese momento, silencio. Esperaba que la llamara, como cuando se iba de vacaciones a casa de sus primos a Nápoles. Pensó que volvería el viernes. Le estuvo esperando todo el día. Luego el domingo entero. Esa noche, había estallado.

—¿Dónde crees que se ha podido ir?

—Aquí. A Marsella.

No lo había dudado. Cruzamos la mirada. La de Gélou se perdió a lo lejos, ahí donde ser madre debía de ser difícil.

—Tengo que explicarte algunas cosas.

—Me temo que sí.

Volví a hacer café por segunda vez. Puse un disco de Bob Dylan. Del álbum *Nashville Skyline*. Mi favorito. Con «Girl from the north country», a dúo con Johnny Cash. Una auténtica maravilla.

—Qué antiguo es esto. Hace años que no lo escuchaba. ¿Tú sigues escuchando estas cosas?

Había pronunciado estas últimas palabras casi con asco.

—Éstas y otras cosas. Mis gustos evolucionan poco. Pero te puedo poner a Antonio Machín, si prefieres. *Dos gardenias per amor...*, tararé esbozando unos pasos de bolero.

No la hizo sonreír. Quizá prefería a Julio Iglesias. Evité la pregunta y me fui para la cocina.

Nos instalamos en la terraza, frente al mar. Gélou estaba sentada en un sillón de mimbre, mi favorito. Con las piernas cruzadas, fumaba, pensativa. Desde la cocina la observaba de reojo, esperando a que subiera el café. Tengo en algún sitio por el armario una estupenda cafetera eléctrica, pero sigo usando la vieja cafetera italiana. Cuestión de gusto.

A Gélou, el tiempo parecía no haberle pasado por encima. Rondaba los cincuenta y seguía siendo una mujer guapa, deseable. Unas finas patas de gallo en los ojos, únicas arrugas, le añadían atractivo. Pero emanaba de ella algo que me incomodaba. Que me había incomodado desde el momento en que se apartó de mis brazos. Parecía pertenecer a un mundo en el que yo jamás había puesto los pies. Un mundo

respetable. En el que olía a Chanel nº 5 hasta en pleno campo de golf. En el que las fiestas se desgranaban en comuniones, pedidas de mano, bodas, bautizos. Donde todo va a juego, hasta las sábanas, las fundas de los edredones, los camisones y las zapatillas. Y también los amigos, relaciones mundanas a las que se invita a cenar una vez al mes y que están a tu mismo nivel. Vi el saab negro aparcado en mi puerta y me apostaba cualquier cosa a que el traje de chaqueta que llevaba Gélou no se lo había comprado en el rastro.

Desde la muerte de Gino, me debía de haber perdido unos cuantos episodios de la vida de mi bella prima. Ardía en deseos de saber más, pero no era por ahí por donde había que empezar.

—Guitou, este verano, se ha echado una novia. Un ligue, vaya. Estaba de acampada con unos amigos en el Lac de Serre-Ponçon. La conoció en las fiestas de un pueblo. En Manse, creo. Todo el verano hay fiestas en los pueblos, con verbenas y esas cosas. Desde ese día no se han soltado.

—Es propio de su edad.

—Sí. Pero sólo tiene dieciséis años y medio. Y ella dieciocho, sabes.

—Pues debe de ser un chaval guapo, tu Guitou —dije de broma.

Seguía sin sonreír. No se relajaba. La angustia la oprimía. Yo no conseguía apaciguarla. Cogió el bolso que andaba por sus pies. Un bolso de Vuiton. Sacó una cartera. La abrió y me alargó una foto.

—Era esquiendo, este invierno. En Serre-Chevalier.

Ella y Guitou. Delgado como un alfiler, le sacaba por lo menos una cabeza. Pelo largo, revuelto, que le caía por la cara. Una cara casi afeminada. La de Gélou. Y la misma sonrisa. A su lado, él parecía desfasado. Tanto como ella desprendía seguridad, decisión, él le parecía ya no débil sino frágil. Me dije que debía de ser el último de los *caganis*, ese al que ella y Gino ya no esperaban y al que había debido de mimar más. Lo que más me sorprendió es que Guitou estaba sonriente sólo de boca para abajo. Su mirada, perdida en el infinito, era triste. Y esa manera de sujetar los esquís, adivinaba que todo aquello le aburría soberanamente. No le comenté nada a Gélou.

—Estoy seguro de que a ti también te habría vuelto loca a los dieciocho años.

—¿Crees que se parece a Gino?

—Tiene tu sonrisa. Difícil de resistir. Ya lo sabes...

No acusó la alusión. O no quiso. Se encogió de hombros y guardó la foto.

—Sabes, Guitou se hace ilusiones enseguida. Es un soñador. No sé de quién lo ha heredado. Pasa horas leyendo. No le gusta el deporte. El mínimo esfuerzo parece costarle. Marc y Patrice no son así. Tienen los pies más en la tierra. Son más prácticos.

Ya me hacía una idea. Realistas que se dice ahora.

—¿Viven contigo, Marc y Patrice?

—Patrice está casado. Desde hace tres años. Lleva una tienda que yo tengo en Sisteron. Con su mujer. Les va de maravilla. Marc está en Estados Unidos, desde hace un año. Está estudiando ingeniería turística. Se ha vuelto hace diez días —se paró, pensativa—. Es la primera chica de Guitou. O, bueno, la primera cuya existencia conozco.

—¿Te ha hablado de ella?

—Cuando se marchó, a partir del 15 de agosto, no paraban de llamarse. Por la mañana, por la noche. Por la noche se pasaban horas. ¡Ya valía! No tuve más remedio que hablar con él.

—¿Y tú qué esperabas? ¿Qué se acabara la cosa así como así? Un besito de despedida y adiós.

—No, pero...

—Crees que ha venido a verse con ella, ¿no?

—No es que lo crea. Lo sé. Primero quería que la invitara un fin de semana a casa, y no quise. Después me pidió permiso para ir a verla a Marsella, y le dije que no. Es demasiado joven. Y, además, en vísperas de la vuelta a clase, no me parecía bien.

—¿Y lo de ahora te parece mejor?

Esta conversación me irritaba. Podía entender el miedo de ver cómo el niño se te va con otra mujer. Especialmente el último. Las madres italianas son muy cucas en este tipo de juegos. Pero había algo más. Lo presentía.

—No es un consejo lo que quiero, Fabio. Quiero ayuda.

—Si crees estar dirigiéndote al poli, te has equivocado de dirección —dije yo fríamente.

—Ya lo sé. He llamado a la jefatura de policía. Me han dicho que hace más de un año que no figuras entre los efectivos.

—Dimití. Una historia muy larga. De todas formas, no era más que un pequeño policía de barrio. En las barriadas norte^[2].

—Es a ti a quien he venido a ver, no al poli. Quiero que vayas a buscarle. Tengo la dirección de la chica.

Ahí sí que ya no entendía nada.

—Espera un momento, Gélou. Cuéntame. Si tienes la dirección, ¿por qué no has ido directamente? ¿Por qué no has llamado por lo menos?

—He llamado. Ayer. Dos veces se ha puesto la madre. Me dijo que a Guitou no lo conocía. Que no lo había visto en la vida. Y que su hija no estaba. Que estaba en casa de su abuelo y que no tenía teléfono. Tonterías.

—Puede ser verdad.

Estaba dándole vueltas. Intentaba poner orden en todo este lío. Pero todavía me faltaban datos, estaba seguro.

—¿En qué piensas?

—¿Qué impresión te dio la chiquilla?

—Sólo la he visto una vez. El día que se iba. Vino a buscar a Guitou a casa, para que la llevara a la estación.

—¿Cómo es?

—Pues nada, así.

—Pero así, ¿cómo? ¿Es guapa?

Se encogió de hombros.

—Mmm...

—¿Sí o no? ¡Joder! ¿Qué le pasa? ¿Es fea? ¿Minusválida?

—No. Eees... No, es guapa.

—Pues parece que te duele. ¿Te parece una chica seria?

—Se encogió de hombros otra vez, y aquello estaba empezando a ponerme nervioso de verdad.

—No sé, Fabio.

Lo dijo con una pizca de pánico en la voz. Sus ojos se volvieron huidizos. Nos estábamos acercando a la verdad de esta historia.

—¿Cómo que no sabes? ¿No hablaste con ella?

—Alex la puso en la puerta.

—¿Alex?

—Alexandre. El hombre con el que vivo desde... Casi desde la muerte de Gino.

—¡Ajá! ¿Y por qué lo hizo?

—Porque es... Es una morita. Y... y el caso es que no nos gustan mucho.

Ya habíamos dado en el clavo. Eso es lo que incordiaba. De repente no me atreví a mirar a Gélou. Me di la vuelta, hacia el mar. Como si pudiera responderme a todo. Sentía vergüenza. Me hubiera gustado echarla a la calle. Pero era mi prima. Su hijo se había ido de casa, se arriesgaba a perderse el primer día de la vuelta a clase, y estaba preocupada. Y eso, a pesar de todo, podía comprenderlo.

—¿De qué tenéis miedo? ¿De que sea una mancha para la familia la morita o qué? No, ¡pero me caguen Dios, la hostia! ¿Te has parado a pensar de dónde sales tú? ¿Tú te acuerdas de lo que era tu padre? ¿Te acuerdas de cómo llamaban a tu padre, al mío? ¿A todos los *nabos*? ¡Perros del muelle! ¡Eso! ¡No me digas que tú no lo has sufrido, el haber nacido aquí, con los perros del muelle! ¡Y ahora me vienes hablando de moros!

Se levantó, fuera de sí.

—Mi sangre es italiana. Y nosotros, los italianos, no somos moros.

—El Sur no es Italia. Es un país de extranjeros. ¿Sabes lo que dicen en el

Piamonte? *Mau-Mau*. ¡Una expresión para designar a los moracos, a los gitanos, a todos los espagueti que están por debajo de Roma! ¡Hostia! ¡No me digas ahora que te las crees, todas esas gilipolleces, Gélou!

—Alex estuvo en la guerra de Argelia. Y se las hicieron pasar muy mal. Sabe cómo son. Retorcidos y...

—¡Eso es! ¡Y tú tienes miedo de que, si se la mama a tu hijo, le contagie el sida!

—Eres un auténtico grosero.

—Ya. Con la gilipollez no me sale otra cosa. Coges el bolso y te largas. Manda a ese Alex tuyo a casa de los moros. A lo mejor hasta vuelve vivo y con tu hijo.

—Alex no sabe nada. No está aquí. Está de viaje. Hasta mañana por la noche. Tenemos que estar de vuelta mañana con Guitou; si no...

—¿Si no qué?

Se dejó caer de nuevo en el sillón y estalló en lagrimones. Me agaché enfrente de ella.

—¿Si no qué, Gélou? —pregunté de nuevo con más dulzura.

—Pues que le volverá a pegar.

Honorine apareció finalmente. No se había debido de perder ni una migaja de mi bronca con Gélou. Pero se había cuidado de asomarse por la terraza. No era su estilo. Mezclarse en mis asuntos. Al menos mientras yo no la invitara.

Gélou y yo estábamos perdidos en un grave silencio. Cuando se empieza a hablar, se dice siempre más de la cuenta. Después toca asumir cada una de las palabras. Y lo poco que Gélou me había dicho de ella y de Alex no rimaba necesariamente con felicidad eterna.

Ella se conformaba. Porque, añadió, a los cincuenta años, una mujer, por muy atractiva que sea, ya no tiene mucho dónde elegir. Un hombre es lo que más cuenta. Tanto como la seguridad material. Y compensaba bien ciertos sufrimientos y ciertas humillaciones. Algunos sacrificios también. A Guitou, lo reconoció sin vergüenza, lo había tenido abandonado. Con los mejores motivos del mundo. Es decir, el miedo. Miedo de enfadarse con Alex. Miedo de que la largara. Miedo de estar sola. Ya llegaría el día en que Guitou dejara de vivir en casa. Como había hecho Patrice, luego Marc.

Era verdad que Gino y ella no habían deseado tener a Guitou. Llegó un montón de años después. Seis años. Un accidente. Los otros dos ya eran mayores. Y ella no tenía ganas de ser madre, sino mujer. Después murió Gino. Le quedaba este hijo. Y una pena inmensa. Volvió a ser madre.

Alex se preocupó mucho por sus hijos. Entre ellos, la cosa funcionaba bien. No había problema. Pero, al crecer, empezó a odiar a ese falso padre. Su padre, al que no había tenido tiempo de conocer, le parecía el colmo de todas las virtudes, de todas las

cualidades. Guitou empezó a amar y a odiar todo lo que Alex detestaba y odiaba. Cuando se marcharon sus dos hermanos, la animosidad entre Alex y Guitou fue en aumento. Todo era un pretexto para enfrentarse. Hasta la elección de una película en la tele acababa en bronca. Guitou se encerraba entonces en su habitación y ponía la música a tope. Primero rock y reggae. Rai y rap desde hacía un año.

Alex empezó a pegar a Guitou. Tortazos, nada grave. Como los que Gino le podía haber dado. Los críos se los merecen de vez en cuando. Y Guitou más que a menudo. El tortazo que le dio cuando la chiquita, la morita, se plantó en casa, había degenerado. Guitou se rebeló. Alex le debía de haber pegado fuerte. Ella se interpuso, pero Alex le dijo que no se entrometiera. Este chaval no hacía más que lo que le daba la gana. Ya le habíamos aguantado bastante. Pase que escuchara música árabe en su propia casa. Pero de ahí a invitar a las moras a venir de visita, había un límite que de ninguna manera se podía franquear. Ya nos sabíamos la canción. Primero sería ella y luego sus hermanos. Y toda la tribu. Gélou, en el fondo, estaba bastante de acuerdo con Alex.

Ahora estaba temblando de pánico. Porque Gélou ya no sabía nada. No quería perder a Alex, pero la fuga, el silencio de Guitou, avivaban su sentimiento de culpa. Era su hijo. Y ella era su madre.

—He hecho unas mazorcas —dijo Honorine a Gélou—. Están calentitas —y me tendió el plato y la hogaza que sujetaba bajo el brazo.

Desde el verano, había dispuesto un paso entre su terraza y la mía. Con una pequeña puerta de madera. Así se ahorraba tener que salir de su casa. A Honorine ya no tenía nada que esconderle. Ni mis trapos sucios ni mis historias amorosas. Yo era como el hijo que su Toinou no le había podido dar.

Sonreí, luego saqué el agua y la botella de pastis. Y preparé la brasa para hacer las doradas. Cuando tienes problemas, el resto no corre prisa.

Donde hay rabia, hay vida

Los chavales jugaban de maravilla. Sin chulería. Jugaban por placer. Para seguir aprendiendo y un día ser mejores. El campo de baloncesto, bastante reciente, se había comido una parte del aparcamiento, delante de los dos grandes bloques de la *cit *^[3] La Bigotte, en lo alto de Notre-Dame Limite, en la «frontera» entre Marsella y Sept me-les Vallons. Una *cit * que dominaba las barriadas de la zona norte.

Aquí, nada es peor que en otra parte. Ni mejor. Hormigón en un paisaje convulsionado, rocoso y calcáreo. Y la ciudad, all , a la izquierda. Lejos. Aquí se est  lejos de todo. Excepto de la miseria. Hasta la ropa puesta a secar en las ventanas es un testimonio. Parece siempre descolorida, a pesar del sol y del viento que la agita. Detergentes de gente en el paro, eso es todo. Pero, a diferencia de «los de abajo», aquí había vistas. Las más bellas de Marsella. Abres la ventana y tienes todo el mar para ti, este Mediterráneo, es mucho. Como un cacho de pan para el que pasa hambre.

La idea del campo de baloncesto se la debían a uno de los chavales al que llamaban Uba Uba. No porque fuera un negro salvaje senegalés, sino porque en una canasta saltaba más ágil, o casi, que un canguro. Un artista.

—Cuando veo todos estos coches aquí ocupando todo el sitio, se me hinchan los cojones —le dijo a Lucien, un tío más bien majete del comité social—. Vale que mi casa no sea grande. Pero lo de estos aparcamientos, joder...!

La idea tom  su curso. Se desencadenó una carrera de velocidad entre el alcalde y el diputado, bajo la mirada socarrona del consejero general, que, él, no estaba en campaña electoral. Me acordaba bien. Los chavales no esperaron ni al final de los discursos oficiales para ocupar su «campo».

Los miraba jugar, fumando. Se me hacía raro volver a estar ahí, en las barriadas de la zona norte. Era mi sector. Desde que dimit , no había vuelto a pisarlas. No tenía ningún motivo para volver. Ni aquí, ni a la Bricarde, ni a la Solidarité, ni a la Savine, ni a la Paternelle... *Cités* todas donde no hay nada. Nada que ver. Nada que hacer. Ni siquiera comprarse una coca-cola, como en Le Plan D'Aou, donde, mal que bien, al menos sobrevivía una tienda de ultramarinos.

Había que vivir all , o ser poli, o educador, para arrastrar los pies hasta esos barrios. Para la mayoría de los marseleses, las barriadas norte no son más que una realidad abstracta. Lugares que existen, pero que no conocen, que no llegarán a

conocer nunca. Y que se mirarán siempre con los «ojos» de la tele. Como el Bronx, vaya. Con los consiguientes fantasmas. Y los miedos.

Por supuesto, me había dejado convencer por Gélou para ir a buscar a Guitou. Evitamos hablar del asunto durante la comida. Ambos estábamos incómodos. Ella, por lo que me había contado. Yo, por lo que había oído. Afortunadamente, Honorine había alimentado la conversación.

—Pues yo no sé cómo haces tú por allí por tus montañas. Yo sólo me he ido de Marsella una vez. Fue para ir a Avignon. Una de mis hermanas, Louise, que me necesitaba. Qué mal lo pasé... Y aun así me quedé dos meses. Era el mar lo que más echaba de menos. Aquí me puedo pasar horas mirándolo. Nunca es igual. Allí estaba el Ródano, por supuesto, pero no es lo mismo. No cambia. Está siempre gris y no huele a nada.

—Uno no siempre elige en esta vida —contestó Gélou muy vagamente.

—Me dirás que el mar no es todo. La felicidad, los hijos, la salud, todo eso está antes.

Gélou estaba al borde de la lágrimas. Se encendió un cigarro. Apenas había probado la dorada.

—Ve, te lo suplico —murmuró cuando Honorine desapareció en busca de las tazas de café.

Y allí estaba. Delante del bloque donde vivía la familia Hamudi. Y Gélou me estaba esperando. Nos estaba esperando a Guitou y a mí. Ansiosa, aun con la tranquilizadora compañía de Honorine.

—Tiene algún problema, ¿a que sí? —me preguntó en la cocina.

—Con el más pequeño. Guitou. Se ha fugado de casa. Ella piensa que está aquí, en Marsella. No la machaques mucho durante mi ausencia.

—¿Qué lo va a ir a buscar usted?

—Alguno tendrá que ir, ¿no?

—Podía haber ido... Bueno, yo qué sé... ¿Vive sola?

—Ya hablaremos de eso luego, ¿vale?

—Que lo que yo le decía, que a su prima le pasa algo, y no con el caganis sólo.

Me encendí otro cigarro. Uba Uba metió una canasta que dejó mudos a sus compañeros. Eran un equipo de puta madre, estos chavales. Y yo no me acababa de decidir. Me faltaba valor. Convicción, más bien. ¿A qué venía plantarse así como así en casa del personal? «Hola, buenas, me llamo Fabio Móntale. Vengo a llevarme al chaval. Que ya le vale. Y tú cierra el pico, que tu madre ya tiene bastante con esta historia».

Vi de lejos una silueta familiar, Serge. Lo conocí por la manera de andar, patosa, casi infantil. Salía del portal D4, en frente de donde yo estaba. Me pareció más flaco. Una espesa barba le comía la mitad de la cara. Cruzó para ir al aparcamiento. Con las

manos en los bolsillos de una cazadora vaquera. Cargado de hombros. Serge parecía más bien triste.

No lo había vuelto a ver desde hacía dos años. Creía incluso que se había ido de Marsella. Educador en las barriadas norte durante varios años, lo habían echado un poco por mi culpa. Cuando me llevaba a chavales que habían hecho alguna, le llamaba primero a él a la comisaría, antes incluso que a los padres. Me pasaba información sobre las familias, me daba consejos. Los chavales eran su vida. Había elegido ese trabajo por eso. Harto de ver chavales acabar en chirona. Para empezar, confiaba en ellos. Con esa especie de fe en el hombre que tienen ciertos curas. De hecho, era un poco demasiado cura para mi gusto. Habíamos simpatizado, sin llegar a hacernos amigos. Por culpa de eso, de su lado curil. Yo no he creído nunca que los hombres sean buenos. Sólo que merecen ser iguales.

Mis relaciones con Serge dieron que hablar. Y a mis jefes no les gustó nada de nada. ¡Un poli y un educador! Lo pagamos. Primero Serge, duramente. Yo después, pero con un poco más de elegancia. No se echaba así como así a un policía cuyo destino a las barriadas norte había sido voluntariamente difundido en la prensa pocos años antes. Redujeron mis efectivos y, poco a poco, me fueron quitando responsabilidades. Sin creérmelo ya, continué con mi trabajo, porque no sabía hacer otra cosa más que ser policía. Fue necesaria la muerte de demasiados seres queridos para que el asco me pudiera y me liberara.

Qué coño estaba haciendo Serge allí, no tuve tiempo para preguntárselo. Un BMW negro, con cristales ahumados, salió de no se sabe dónde. Circulaba en primera y Serge no le prestó atención. Cuando llegó a su altura, un brazo apareció por la ventanilla trasera. Un brazo armado con un revólver. Tres tiros, a bocajarro. El BMW dio un bote y desapareció tan deprisa como había surgido.

Serge yacía tendido en el asfalto. Muerto, no cabía la menor duda.

Los tiros retumbaron entre los bloques. Las ventanas se abrieron. Los chavales dejaron de jugar y el balón rodó por la calzada. El tiempo se detuvo en un breve silencio. Luego, gente de todas partes se precipitó.

Y yo corrí hacia Serge.

—Apártense —grité a todos los que se amontonaban delante del cadáver. Como si Serge necesitara todavía espacio, aire.

Me agaché a su lado. Un movimiento que se me había hecho familiar. Demasiado. Tanto como la muerte. Los años iban pasando, yo no dejaba de hacer lo mismo, apoyar una rodilla en el suelo para inclinarme sobre un cadáver. ¡Mierda! No íbamos a empezar otra vez ahora, y toda la vida igual. ¿Por qué mi camino estaba sembrado de cadáveres? ¿Y por qué cada vez eran más frecuentes los de gente a la que conocía o a la que quería? Manu, Ugo. Amigos de infancia y de tumbos. Leila, tan bella, y tan

joven que no me atreví a vivir con ella. Y, ahora, mi colega Serge.

La muerte no me soltaba, como si fuera una especie de masa pegajosa en la que debía de haber metido las pezuñas algún día. Pero ¿por qué? ¿Por qué? ¡La hostia puta!

Serge se las había llevado todas en la tripa. Gran calibre. Del 38, pensé. Armas de profesionales. ¿En qué lío se habría metido este gilipollas? Levanté los ojos hacia el portal D4. ¿De casa de quién venía? ¿Y por qué? Estaba claro que el que acabara de recibir su visita no se iba a asomar a la ventana.

—¿Lo conocías? —pregunté a Uba Uba, que se había colado a mi lado.

—A este tío, primera vez.

La sirena de la policía se dejó oír en la entrada de la cité. ¡Rápidos, por una vez en su vida! Los chavales se volatizaron echando virutas. No quedaron más que las mujeres, los niños pequeños, algún viejo sin edad. Y yo.

Llegaron como *cowboys*. Por la manera de frenar a la altura del grupo, estaba seguro de que se habían tragado más de una vez *Starsky y Hutch* en la tele. Hasta habían debido de ensayar la llegadita, porque estaba superconseguida. Las cuatro puertas se abrieron a la vez y se lanzaron fuera con el mismo movimiento. Excepto Babar. Era el poli más viejo de la comisaría de zona y hacía tiempo que ya no le divertía jugar a los *remakes* de las series policíacas. Contaba con jubilarse tal como había empezado, sin grandes esfuerzos. Y vivo, mayormente.

Pertin, apodado Caretodoble por todos los chavales de las *cites*, por las ray-ban que llevaba permanentemente, echó un vistazo al cadáver de Serge, luego se me quedó mirando con insistencia.

—¿Qué coño pintas aquí?

Pertin y yo no éramos, lo que se dice, amigos. Aunque fuera comisario, durante siete años fui yo el que tuve toda la autoridad sobre las barriadas norte. Su comisaría de zona no había sido más que un satélite de las brigadas de seguridad que yo dirigía. A nuestro servicio.

Desde los primeros días hubo guerra entre Pertin y yo. «En esos barrios de moros sólo hay una cosa que funciona, la fuerza». Ése era su credo. Lo aplicó al pie de la letra durante años. «Los árabes, pescas a uno de vez en cuando, le metes una buena tunda en un descampao. Siempre han hecho algo que tú ignoras. Le cascás y seguro que sabe por qué ese gusano. Vale más eso que todos los controles de identificación del mundo. Te ahorras el papeleo de la comisaría y te desahogas del miedo que esos moros de mierda te han metido en el cuerpo».

Para él, «hacer sinceramente su trabajo» consistía en eso, declaró ante los periodistas. La víspera, su equipo había matado «accidentalmente» a un árabe de diecisiete años en un control rutinario de identificación. Fue en 1988. Esa metedura de pata conmocionó a Marsella. Me propulsaron a la cabeza de las brigadas de

seguridad ese mismo año. El superpoli que debía devolver el orden y la serenidad a las barriadas norte. Es verdad que estaban al borde del motín.

Toda mi actuación, cada día, le demostraba que se equivocaba. Aun cuando yo, a mi vez, también me equivocara, de tanto querer contemporizar, conciliar. La miseria y la desesperación. Sin duda, yo no era lo suficientemente policía. Fue lo que me explicaron mis jefes. Más adelante. Creo que tenían razón. Desde el punto de vista policial, quiero decir.

Desde mi dimisión, Pertin había vuelto a encontrar su poder sobre las *cites*. «Reinaba su ley». Las tundas de palos habían vuelto a las canteras abandonadas. Las carreras tipo rodeo en coche por las calles. El odio. Y la escalada del odio. Los fantasmas se hacían realidad, y cualquier ciudadano, armado con un fusil, podía disparar sobre todo lo que no fuera claramente blanco. Ibrahim Ali, un comoriano de diecisiete años, murió así, una noche de febrero de 1995, corriendo detrás de un autobús nocturno con sus colegas.

—Te he hecho una pregunta. ¿Qué coño haces aquí?

—Turismo. Echaba de menos estos barrios. La gente y esas cosas.

De los cuatro, el único al que le hizo gracia fue a Babar. Pertin se inclinó hacia el cuerpo de Serge.

—¡Hostia! ¡Es tu amiguete, el marica! Está muerto.

—Ya me he dado cuenta.

Me miró. Muy mal.

—¿Qué coño hacía aquí?

—Ni puta idea.

—¿Y tú?

—Ya te lo he dicho, Pertin. Pasaba por aquí. Me entraron ganas de ver jugar a los chavales. Me paré.

El campo de baloncesto estaba vacío.

—¿A qué chavales? No hay nadie jugando.

—El partido se ha acabado con los tiros. Ya sabes cómo son, no es que no os quieran. Pero prefieren no cruzarse con vosotros.

—Déjate ya de comentarios, Móntale. Me la sudan. Cuenta.

Le conté.

Se lo conté por segunda vez en comisaría. Pertin no pudo privarse de ese pequeño placer. Verme sentado enfrente de él e interrogarme. En esa comisaría donde, durante años, fui el único patrón a bordo. Era una venganza insignificante, pero la estaba saboreando con la felicidad sólo propia de los miserables, y pretendía disfrutar al máximo. Es posible que una situación así no volviera a reproducirse.

Y Pertin se regodeaba, detrás de las putas ray-ban. Serge y yo habíamos sido

amigos. Podíamos seguir siéndolo. A Serge se lo acababan de cepillar. Por un asunto muy feo, seguro. Yo estaba ahí, en el lugar de los hechos. Testigo. Sí, pero ¿por qué no cómplice? De repente, yo podía ser una pista. No para pillar a los que se habían cargado a Serge, sino para pillarme a mí. Me imaginaba el gusto que le iba a dar.

No le veía los ojos, pero eso es exactamente lo que habría leído en ellos. La estupidez no impide que uno razone con lógica.

—Profesión —dijo con desprecio.

—Parado.

Soltó una carcajada. Carli dejó de escribir a máquina y se descojonó también.

—¡No me lo puedo creer! ¿Y vas a fichar y todo, como los simios y los moracos?

Me volví hacia Carli.

—¿No escribes eso?

—Sólo escribo las respuestas.

—¿No se habrá ofendido Superman? —replicó Pertin.

Se me acercó:

—¿Y de qué vives?

—¡Oye, Pertin!, ¿dónde te crees que estás? ¿En la tele o qué? ¿En el circo?

Levanté el tono. Para poner los puntos sobre las íes. Para recordarle lo que era, un testigo. Ignoraba todo acerca de esta historia. No tenía nada que esconder, aparte del objetivo de mi visita a la *cité*. Mi historia, se la podía largar mil veces, siempre de la misma manera. Pertin lo había pillado perfectamente y eso le ponía de muy mala leche. Tenía ganas de soltarme una hostia. Era muy capaz. Era capaz de cualquier cosa. En la época en la que estaba bajo mi autoridad, mandaba avisar a los camellos cuando me disponía a hacer un control por ahí. O daba un toque a los de estupefacientes si presentía que la redada iba a ser jugosa. Todavía tenía en la memoria el fracaso de una operación en el Pétit-Séminaire, otra *cité* de las barriadas norte. Los camellos operaban en familia. Hermanos, hermanas y padres estaban en el ajo. Vivían allí mismo, como buenos vecinos. Y los chavales pagaban en equipos de sonido provenientes de atracos. Material que revendían acto seguido tres veces más caro. El beneficio se reinvertía en droga. La operación se nos fue al garete. Los estupas lo consiguieron tres años después, con Pertin a la cabeza.

Sonrió. Una sonrisa nada franca. Yo me estaba apuntando unos tantos, y él se estaba percatando. Para demostrarme que seguía siendo el que llevaba el timón, cogió el pasaporte de Serge, que estaba por ahí cerca. Lo sacudió delante de mi cara.

—Dime, Móntale, ¿sabes dónde vivía tu colega?

—Ni idea.

—¿Estás seguro?

—¿Debería?

Abrió el pasaporte y su sonrisa reapareció.

—En casa de Arno.

¡La hostia! ¿De qué iba todo esto? Pertin estaba atento a mis reacciones. No tuve ninguna. Esperé. El odio que me tenía le llevaba a cometer estupideces, como largar información a un testigo.

—No está escrito aquí —dijo agitando el pasaporte como un abanico—. Pero tenemos nuestra información. Incluso estamos mucho mejor informados desde que tú no estás. Porque nosotros no somos curas. Somos policías. No sé si te das cuenta de la diferencia.

—Perfectamente —dije.

Se me acercó a la cara.

—¿Era uno de vuestros soplones, no, esa basura de gitano?

Arno. Arno Giménez. Nunca supe si se había cometido un error con él. Dieciocho años, colgao, zorro, cabezota hasta la estupidez, a veces. Loco por las motos. El único tío capaz de ahuecar una moto en la calle con la titi encima y todo. Y de llevársela sin que le diera tiempo a gritar ¡al ladrón!, o ¡al violador! Un genio de la mecánica. Cada vez que se metía en una movida, primero iba Serge, luego yo.

Una noche lo acorralamos en un bar, Le Balto, en L'Estaque.

—¿Por qué no intentas ponerte a trabajar? —le dijo Serge.

—Sí, eso, guay. Así me puedo comprar la tele, el vídeo, pagarme la pensión y mirar cómo pasan las kawasakis por las calles. Como las vacas al tren. Así, ¿no? Me encanta, colegas, mola que te pasas...

Se descojonaba de nosotros. Hay que decir que no éramos muy expertos en argumentos sobre los beneficios de la sociedad. Los sermones y la moralina se nos daban bien. Después venía una especie de agujero negro. Arno siguió:

—La peña lo que quiere son motos. Y yo les consigo motos. Les doy unos retoques y tan contentos. Les sale más barato que en el concesionario y encima te libras de la ITV O sea, que...

Metí la nariz en la jarra de cerveza mientras meditaba sobre la inutilidad de semejantes conversaciones. Serge siguió intentando soltar frases bonitas, pero Arno le cortó.

—Luego, pa la ropa, el Carrefour. Mogollón pa elegir. Pa el papeo, lo mismo. No tienes más que pasar el pedido —se nos quedó) mirando, cínico—. ¿No querréis veniros conmigo un día?

Pensaba a menudo en el credo de Serge: «Donde hay rebeldía, hay rabia. Donde hay rabia, hay vida». Era bonito. Y en Arno quizás habíamos confiado demasiado. O no mucho. En cualquier caso, no lo suficiente como para que no viniera a vernos la noche en que decidió atracar una farmacia, en el boulevard de la Libération, arriba de la Cannebière. Sofito, como un gilipollas. Y no con una pipa de bazar, de las de plástico. No, con una de verdad, bien grande y negra, de las que tiran balas de verdad,

de las que matan. Todo eso porque Mira, su hermana mayor, tenía a los de desahucios en la chepa. Y hacían falta cinco mil papeles para que no la pusieran en la puta calle con sus dos hijos.

A Arno le cayeron cinco años. A Mira la echaron de su casa. Cogió a sus hijos y se volvió para Perpignan con su familia. La asistente social no pudo hacer nada por ella, la asociación de barrio no pudo impedirlo. Ni tampoco Serge ni yo por Arno. Nuestros testimonios fueron evacuados tan rápido como la mierda en la taza del váter. La sociedad a veces necesita ejemplos para demostrar a los ciudadanos que la situación está controlada. Y se acabaron los sueños para los pequeños Giménez.

Nos llevamos un buen chasco Serge y yo. En la primera carta, Arno escribía: «Estoy hasta los cojones de este sitio. Con los tíos que hay aquí no tengo nada que hablar. Hay uno que no hace más que contar sus batallitas. Se ha creído que es Mesrine, ¡el muy gilipollas! Otro, un moro, que lo único que le interesa es mangarte el tabaco, el azúcar, el café... Las noches son largas. Pero no me puedo dormir, con lo cual estoy hecho polvo. Un cansancio muy nervioso. O sea, que no paro de darle vueltas al coco...».

Pertin no me quitaba la vista de encima, orgulloso de su jugada.

—¿Y eso cómo lo explicas, eh? Que viviera en casa de ese hijo de puta.

Levanté lentamente el culo del asiento, acercando mi cara a la suya. Le cogí las ray-ban y se las bajé hasta la punta de la nariz. Tenía unos ojos pequeños. Ojos amarillos podridos. Las hienas los debían de tener también así. Daba más bien asco mirar fijamente esos ojos. No pestañeó. Se quedó una fracción de eternidad en esa posición. Se las volví a empujar violentamente hacia arriba.

—Ya nos hemos visto bastante. Tengo mejores cosas que hacer. Olvídate de mí.

Carli tenía los dedos suspendidos encima del teclado. Me miraba con la boca abierta.

—Cuando termines el informe —le dije—, lo firmas por mí y te limpias el culo, ¿vale? —me giré hacia Pertin—. Hasta luego, Careto-doble.

Me marché. Nadie me sujetó del brazo.

Donde es esencial que las personas se encuentren

La noche había caído cuando volví a la *cit * de La Bigotte. Vuelta a la casilla de salida. Delante del portal D4. En la calzada, el dibujo de tiza del cuerpo de Serge se estaba difuminando ya. En los bloques debían de haber estado hablando del tipo al que se habían cargado hasta la hora del telediario. Luego, la vida habría seguido su curso. Mañana seguiría estando nublado por el norte y soleado por el sur. Y hasta a los parados les parecía estupendo.

Levanté los ojos hacia los edificios, preguntándome de cuál de esos apartamentos salía Serge, a quién habría venido a ver y por qué. Y qué puñetas habría hecho para que lo mataran como a un perro.

Mi mirada se paró en las ventanas de la familia Hamudi. En el noveno. Donde vivía Naima, una de las hijas. Ésa a la que Guitou amaba. Pero no tenía yo la impresión de que los dos chavales anduvieran por aquí. En estos bloques, no. Ni en una de esas habitaciones escuchando música. Ni en el salón, viendo tranquilamente la tele. Estas *cités* no eran un lugar para el amor. Todos los chavales que habían nacido allí, que habían crecido allí, lo sabían muy bien. Esto no es vida, es el final. Y el amor necesita sueños y futuro. El mar, lejos de reconfortarles, como a sus padres, les incitaba a largarse a otro sitio.

Yo lo sabía. Con Manu y Ugo, en cuanto podíamos «huíamos» de Le Panier para ver los cargueros marcharse. Y allí donde iban, era mejor que la miseria que nosotros vivíamos en las callejas húmedas del barrio. Teníamos quince años. Y eso era lo que creíamos. Igual que sesenta años antes lo había creído mi padre en el puerto de Napoles. O mi madre. Y, sin duda, miles de españoles y de portugueses. De armenios, vietnamitas, africanos. Argelinos y comorianos.

Es lo que me decía mientras cruzaba el aparcamiento. Y, además, la familia Hamudi no podía alojar a un francés. No menos de lo que G lou podía aceptar recibir a una morita. Las tradiciones eran las que eran, y el racismo, no podía negarse, funcionaba en las dos direcciones. Actualmente más que nunca.

Pero ahí estaba yo. Sin ilusión y siempre dispuesto a creer en los milagros. Encontrar a Guitou, llevárselo a su madre y a un hijo de puta de t o cuyo alfabeto se

resumía a los cinco dedos de la mano. Había decidido, si lo encontraba, ir suavemente. No violentar nada. No, con esos dos chavales no. Yo creía en el primer amor. En «la primera chica que uno coge en sus brazos...» como cantaba Brassens.

Estuve toda la tarde pensando en Magali. No me había dado por ahí desde hacía años. Había pasado mucho tiempo desde esa primera noche en el bunker. Quedamos más veces. Pero aquella noche la guardé para siempre en el baúl de los recuerdos. Tenía bastante claro que, sea cual sea la edad —quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho—, la primera vez que uno se acuesta con alguien, que uno termina de una vez por todas con la madre, o con el padre, es determinante. No es una cuestión de sexo. Es la mirada que a partir de entonces se tendrá hacia los demás, sobre las mujeres y los hombres. La mirada que se tendrá hacia la vida. Y el sentimiento, exacto o no, bonito o feo, que se tendrá, para siempre, sobre el amor.

A Magali la quería. Debería haberme casado con ella. Mi vida, seguro, habría sido distinta. La suya también. Pero eran demasiados quienes querían que se cumpliera lo que ella y yo deseábamos tanto. Mis padres, los suyos, los tíos, las tías... No teníamos ganas de darles la razón, a los viejos, que se lo saben todo, que imponen todo... Y, entonces, Magali y yo nos pusimos a jugar a hacernos daño. Su carta me llegó a Yibuti, en donde estaba haciendo la mili, en el ejército colonial. «Estoy embarazada de tres meses. El padre se va a casar conmigo. En junio. Un beso». Magali fue la primera estupidez de mi vida. Luego hubo otras.

Guitou y Naima. Yo no sabía si se amaban como nosotros. Pero no quería que se destrozaran, que se destruyeran. Quería que pudieran vivir juntos un fin de semana, un mes, un año. O siempre. Sin que los adultos les asfixiaran. Sin que les dieran mucho el coñazo. Yo podía hacer eso por ellos. Se lo debía a Magali, que después de veinte años se estaba comiendo las uñas junto a un hombre al que nunca había querido de verdad, como me escribiría mucho tiempo después. Contuve la respiración y empecé a subir para casa de los Hamudi. Porque, por supuesto, el ascensor estaba «momentáneamente averiado».

Al otro lado de la puerta sonaba el rap a tope. Reconocí la voz de MC Solaar. *Prose Combat*. Uno de sus éxitos. Desde que había venido a participar, entre dos de sus conciertos, en un taller de escritura de rap con los chavales de las *cites*, era el ídolo. Se oyó a una mujer chillar. El volumen decreció. Aproveché para tocar el timbre por segunda vez. «Llaman», gritó la mujer. Murad abrió.

Murad era uno de los críos a los que había estado viendo moverse hacía un rato en el campo de baloncesto. Me había fijado en él. Jugaba con un fuerte sentimiento de equipo.

—Alt, hola —dijo echándose un poco para atrás.

—¿Quién es? —preguntó la mujer.

—Un señor —contestó él sin darse la vuelta—. ¿Es de la poli?

—No, ¿por qué?

—Puees —me miró de arriba abajo—. Pues por lo de antes. Por el francés^[4] al que se han cargao. Me parecía. Ha hablaou usté con la pasma como si los conociera de algo.

—Eres observador.

—Nosotros no les dirigimos mucho la palabra. Los evitamos.

—¿Conocías a ese tío?

—Casi no le he visto. Pero los otros dicen que no había venido por aquí.

—Entonces, ¿estás preocupado por algo?

—No.

—Pero te has creído que era poli. Y te has asustado. ¿Hay algún motivo?

La mujer apareció en el pasillo. Iba vestida a la europea y llevaba unas babuchas con grandes pompones rojos en los pies.

—¿Qué quieren, Murad?

—Buenas noches, señora —dije yo.

Murad se escaqueó por detrás de su madre. Sin desaparecer del todo.

Qué quería, repitió esta vez dirigiéndose a mí.

Tenía unos magníficos ojos negros. Igual que la cara, encuadrada por un espeso pelo rizado teñido de *benna*. Unos cuarenta, no llegaba. Una bella mujer que empezaba a estar rellenita. Me la imaginaba veinte años antes y me podía hacer una idea de Nainia. Guitou tenía buen gusto, me dije, una pizca feliz.

—Quería hablar con Naima.

Murad volvió a mostrarse del todo. La cara se le había ensombrecido. Miró a su madre.

—No está —dijo ella.

—¿Puedo entrar un momento?

—¿No habrá hecho algo malo?

—Eso es lo que me gustaría saber.

Se llevó la punta de los dedos al pecho.

—‘Jalo entrar. Que no es poli.

Largué toda la historia mientras me bebía un té con menta. Que, a partir de las ocho de la tarde, no era la bebida que más me apetecía. Soñaba con un vaso de Clos-Cassivet, un blanco con aromas de vainilla, que había descubierto recientemente en una de mis escapadas por el interior.

Normalmente, a estas horas, era lo que solía hacer, sentado en la terraza, frente al mar. Bebía con igual placer que aplicación. Escuchando jazz. Coltrane o Miles Davis, últimamente. Estaba redescubriendo. Había exhumado el viejo *Sketches of Spain* y, las noches en las que la ausencia de Lole me pesaba demasiado, ponía y volvía a poner «Saeta» y «Soleá». La música conducía mi mirada hasta Sevilla. Me hubiera

gustado ir a Sevilla, ahora mismo, corriendo. Pero era demasiado orgulloso como para eso. Lole se había ido. Volvería. Era libre y yo no tenía por qué ir detrás. Era un razonamiento gilipollesco, y yo lo sabía.

En mi voluntad de convencer a la madre de Naima, hice alusión a Alex, presentándolo como «un hombre algo incómodo».

—Usted lo puede comprender —le dije.

La señora Hamudi lo entendía, pero no me contestaba. Su vocabulario en francés parecía resumirse a «sí, no, ya, no sé». Murad no me quitaba la vista de encima. Sentía una corriente de simpatía entre él y yo. No obstante, seguía teniendo la cara seria. Adivinaba que las cosas no debían de ser tan simples como había previsto.

—Murad, es grave, sabes.

Se quedó mirando a su madre, que tenía las manos apretadas en las rodillas.

—Cuéntale, mamá. No nos quiere nada malo.

Se dio la vuelta hacia su hijo, lo cogió por los hombros y lo abrazó contra su pecho. Como si en ese mismo momento alguien pudiera arrebatarse a su hijo. Pero, lo comprendería más tarde, se trataba del gesto de una mujer argelina otorgándose el derecho de hablar bajo la responsabilidad de un hombre.

—Ya no vive aquí —empezó a decir, con la mirada baja—. Desde hace una semana. Vive en casa de su abuelo. Desde que Farid se fue para Argelia.

—Mi padre —precisó Murad.

—Hace unos diez días —continuó, siempre sin mirarme a los ojos—, los islamistas han atacado el pueblo de mi marido. Para llevarse escopetas de caza. El hermano de mi marido aún vive allí. Estábamos preocupados por lo que pasa en el país. Y Farid dijo: «Me voy a buscar a mi hermano».

»No sabía cómo íbamos a hacer —añadió después de dar un trago de té—, porque esto es pequeño. Por eso Naima se ha tenido que ir a vivir con su abuelo. Se quieren mucho —añadió muy deprisa, y esta vez mirándome a los ojos—, no es que no esté bien con nosotros, pero... Bueno... sólo con los chicos... Y además Reduán, Reduán es el mayor, y es... No sé como decirle... Más religioso. Y entonces está todo el día detrás de ella porque se pone pantalones, porque fuma, porque sale con sus amigas...

—Y porque tiene amiguitos franceses —la interrumpí.

—Un *roumi* en casa, no, imposible, señor. Para una chica, no. Eso no se hace. Como dice Farid, está la tradición. Cuando volvemos al país, no queremos oírnos decir: «Ves, quisiste Francia y ahora se te ha comido a los hijos».

—Hasta la fecha, son los de las barbas los que se comen a los hijos.

Sentí inmediatamente haber sido tan directo. Ella paró en seco, miró a su alrededor, perdida. Sus ojos se volvieron a posar en Murad, que estaba escuchando sin decir nada. Se apartó suavemente del abrazo de su madre.

—Tengo que hablar de esto. Nosotros somos franceses. El abuelo luchó en la

guerra por Francia. Liberó Marsella. Con el regimiento de tropas argelinas. Le dieron una medalla por eso.

—Le hicieron una herida gorda —precisó Murad—, en la pierna.

La liberación de Marsella. A mi padre también le habían dado una medalla. Una citación. Pero todo eso quedaba ya lejos. Cincuenta años. Era una vieja historia. Ya sólo quedaba el recuerdo de los soldados americanos, en la Canebière. Con sus botes de Coca-Cola, sus paquetes de Lucky-Strike. Y las chicas que se tiraban a sus brazos por un par de medias de nailon. Los liberadores. Los héroes. Olvidados sus bombardeos ciegos sobre la ciudad. Y olvidados los asaltos desesperados de las tropas argelinas a Notre-Dame de la Carde para desalojar a los alemanes. Carne de cañón dirigida a la perfección por nuestros oficiales.

Marsella nunca dio las gracias a los argelinos por aquello. Francia tampoco. En el mismo momento, otros oficiales se dedicaban a reprimir violentamente las primeras manifestaciones independentistas en Argelia. Olvidadas también las masacres de Setif, donde no se discriminó ni a mujeres ni a niños...

Tenemos esa virtud, la de tener la memoria corta cuando nos conviene.

—Franceses, pero también musulmanes —continuó—. Farid, antes, iba a los cafés, bebía cerveza, jugaba al dominó. Ahora lo ha dejado. Ahora va a rezar. A lo mejor un día se va al Hadch, a la peregrinación a La Meca. Para nosotros las cosas son así, hay una época para todo. Pero... No necesitamos a nadie que nos venga a decir lo que tenemos que hacer o no. El FIS nos da un poco de miedo. Eso dice Farid.

Esta mujer estaba llena de bondad. Y de delicadeza. Ahora se estaba expresando en un francés muy correcto. Lentamente. Hablaba de las cosas con fuerza de detalles, pero sin nombrar lo esencial, como una auténtica oriental. Tenía sus opiniones propias, pero las disimulaba bajo las de su marido. No tenía ganas de violentarla, pero tenía que enterarme de más cosas.

—O sea, que Reduán la ha echado, ¿no?

—Debería marcharse. No está aquí. Y no conozco al muchacho del que me ha hablado.

—Tengo que ver a su hija —dije a mi vez levantándome.

—No puede ser. El abuelo no tiene teléfono.

—Puedo ir para allá. No les entretendré mucho. Tengo que hablar con ella. Y sobre todo con Guitou. Su madre está preocupada. Tengo que intentar razonar con él. No les quiero ningún mal. Y... —dudé unos segundos—. Y todo quedará entre nosotros. Reduán no tiene por qué enterarse de toda esta historia. Lo hablarán ustedes más tarde, cuando vuelva su marido.

—Ya no está con ella —intervino Murad.

Su madre lo miró con reproche.

—¿Has visto a tu hermana?

—Ya no está con ella. Se marchó, es lo que me ha contao. Que se habían peleao.

¡Hostias! Si fuera verdad, Guitou debería de estar por ahí suelto, rumiando la historia de un primer amor que le ha salido mal.

—De todas formas tengo que verla —dije dirigiéndome a ella—. Guitou todavía no ha vuelto a su casa. Tengo que encontrarlo. Lo tiene que entender.

Había una gran confusión en sus ojos. Mucha ternura también. Y preguntas. Su mirada se perdió a lo lejos y penetró en la mía, buscando una posible respuesta. O una seguridad. Confiar en alguien, cuando se es inmigrante, era un camino difícil. Cerró los ojos unas décimas de segundo.

—Iré a verla, a casa del abuelo. Mañana. Mañana por la mañana. Llámeme a mediodía. Y si el abuelo no pone pegas, Murad irá con usted —se dirigió hacia la puerta de entrada—. Tiene usted que marcharse. Reduán está a punto de llegar.

—Gracias —dije. Me giré hacia Murad—. ¿Cuántos años tienes?

—Casi dieciséis.

—Sigue con el baloncesto. Eres cojonudo.

Me encendí un cigarro al salir del edificio y tiré para el coche. Con la esperanza de que estuviera entero todavía. Uba Uba debía de estar controlándome desde hacía un buen rato. Porque vino directo hacia mí antes de que llegara al aparcamiento. Como una sombra. Camiseta negra, pantalón negro. Y visera de los Rangers a juego.

—Hola —dijo sin dejar de andar—. Tengo un chivatazo para ti.

—Te escucho —dije yo siguiéndole.

—Que dicen que el francés que se cargaron no paraba de husmear por ahí. En La Savine, en la Bricade, por todos sitios. Y sobre todo en Le Plan D’Aou. Por aquí era la primera vez que lo veíamos.

Continuamos paseando por los bloques, codo con codo, charlando como cualquier otra persona.

—¿Que husmeaba qué?

—Que no paraba de preguntar. Por los chavales. Por los árabes sólo.

—¿Y por quién preguntaba?

—Por los barbas y eso.

—¿Y qué sabes tú?

—Lo que te estoy diciendo.

—¿Y qué más?

—Al pibe ese que conducía el buga de los disparos lo hemos visto por aquí alguna vez con Reduán.

—¿Reduán Hamudi?

—Vienes de su casa, ¿no?

Habíamos dado toda la vuelta a la *cité* y volvíamos hacia el aparcamiento, hacia

mi coche. La información tocaba a su fin.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Sé quién eres. Algunos colegas míos también. Y que Serge era un coleguita tuyo. De antes. De cuando eras *sheriff* —sonrió y un cuarto creciente de luna iluminó su cara—. Era un tío enrollao. Digamos que ha ayudao. Tú también. Mogollón de chavales te deben un altar. Las madres lo saben. Vamos, que se fían de ti.

—Aún no sé ni cómo te llamas.

—Anselme. Todavía no he hecho nada gordo como para ir a comisaría.

—Sigue.

—Mis viejos son guays. Eso no lo tiene cualquiera. Y está el baloncesto... —sonrió—. Y el *Chourmo*. ¿Sabes lo qué es?

Sí que lo sabía. El *Chourmo*, en provenzal la *chiourme*^[5], los remeros de las galeras. En Marsella, de galeras sabíamos un rato. No hacía falta haber matado a tu padre o a tu madre para ir a parar a ellas, como hacía dos siglos. No, bastaba con ser joven, inmigrante o no. El club de fans de Massilia Sound System, el grupo *raggamuffin* más gamberro que te puedas imaginar, había recogido la expresión.

Desde entonces, el *Chourmo* se había convertido de un grupo de encuentro, como de hinchas. Eran doscientos cincuenta, quizá trescientos, y seguían a varios grupos. Massilia, Les Fabulous, Bouducon, los Black Lions, Hypnotik, Wadada... Juntos acababan de sacar un álbum de puta madre. *Ragga Baletti*. ¡Y ardía la pana, los sábados por la noche!

El *Chourmo* organizaba *sound-systems* y, con lo que sacaba, editaba un boletín, distribuía casetes en directo, apañaba viajes a buen precio para seguir a los grupos en sus giras. La cosa funcionaba parecido en el campo de fútbol en torno al Olympique de Marsella. Con los Ultras, los Winners o los Fanatics. Pero ésa no era la línea del *Chourmo*. Su línea era que la gente se encontrara. Que se «metieran».

¡Una rastafada, vaya!

—Cuántas historias pasan en las *cités*, ¿eh? —me aventuré a decir al llegar al aparcamiento.

—Pasan historias en todas partes. Tú seguro que lo sabes. Piénsalo un poco.

Y llegados a la altura del coche, continuó sin decir adiós.

Pillé una casete de Bob Marley de la guantera. Siempre llevaba una por lo menos, para ese tipo de momentos. Y *So much trouble in the world* no me vendría mal para circular en la noche marsellesa.

Donde un poco de verdad no hace daño a nadie

En la place de Baumes, en Saint-Antoine, la decisión estaba tomada. En lugar de meterme por la autopista del Litoral para volver a casa, di la vuelta a la rotonda y me metí por el camino que va de Saint-Antoine a Saint-Joseph. En dirección Le Merlán.

La charla con Anselme ocupaba mi pensamiento. Para que juzgara necesario venir a hablarme de Serge, debía de haber algún gato encerrado. Me apetecía saber. Comprender, como siempre. Una auténtica enfermedad. Debía de tener mentalidad de poli. Para arrancarme con esta historia así de golpe. ¡A menos que no fuera yo *Chourmo* también! Qué más da. Un poco de verdad, me dije, no hace daño a nadie. No a los muertos, en cualquier caso. Y Serge no era cualquiera. Era un buen tipo por el que sentía respeto.

Tenía una larga noche de ventaja para revolver en sus asuntos. Pertin era orgulloso, rencoroso. Pero no era un buen poli. No me lo imaginaba perdiendo una hora, ni una sola hora, peinando el apartamento de un muerto. Prefería dejárselo a los «chupa-papeles», como llamaba a sus colegas del cuartel de la policía. Él tenía otras cosas mejores que hacer. Jugar a indios y vaqueros en las barriadas norte. Sobre todo por la noche. Estaba claro que no pasaría nada si me lo tomaba con calma.

Lo que sí era verdad es que quería ganar tiempo. ¿Cómo iba a volver a casa con las manos en los bolsillos y afrontar la mirada de Gélou? ¿Y qué le iba a decir? Que Guitou y Naima podían pasar otra noche juntos. Que no hacían daño a nadie. Cosas de ese estilo. Mentiras. La heriría sólo en su orgullo de madre. Pero heridas, las había conocido peores. Y, a mí, a veces me falta valor. Sobre todo ante las mujeres. Especialmente ante las mujeres a las que quiero.

En Merlan-village, avisté una cabina telefónica libre. No contestaba nadie en mi casa. Llamé a casa de Honorine.

—Pues no le hemos esperado. Hemos empezado a comer. He hecho unos espagueti con el *pistou*^[6]. ¿Ha visto al chaval?

—Todavía no, Honorine.

—Es que se le está corrompiendo la sangre. Oiga, antes de pasarle el teléfono, los mújoles esos que trajo usted ayer, tienen un montón de huevas para hacer una estupenda *poutargue*^[7]. ¿Le apetece?

La *poutargue* era una especialidad de Martigues. Como un caviar. Hacía siglos

que no la comía.

—No se preocupe, Honorine, que es mucho trabajo.

En efecto, había que extraer dos racimos de huevas sin rasgar la membrana que las protege, salarlas, aplastarlas y luego ponerlas a secar. La preparación bien podía llevar una semana.

—Qué va. No es nada. Y además es una buena ocasión. Podía usted invitar a ese pobre Fonfon a cenar. Me da la impresión de que el otoño lo pone un poco mohíno.

Sonreí. Es verdad que hacía un montón de tiempo que no invitaba a Fonfon. Y si no le invitaba yo, estos dos tampoco se invitaban. Como si fuera algo indecente que dos viudos septuagenarios tuvieran ganas de verse.

—Bueno, le paso a Gélou, que se muere de impaciencia.

Estaba listo.

—¿Oye?

Claudia Cardinale en directo. La sensualidad de la voz de Gélou se acentuaba en el teléfono. Me bajó hasta las entrañas igual que un vaso de Lagavulin. Suave y caliente.

—¿Oye? —repitió ella.

Tenía que ahuyentar los recuerdos. Los recuerdos de Gélou, también. Tomé aliento y le solté el rollo.

—Escucha, la cosa es algo más complicada. No están en casa de los padres. Ni en casa del abuelo. ¿Estás segura de que no ha vuelto a casa?

—No. Le he dejado tu teléfono en casa, encima de su cama. Y Patrice está al corriente. Sabe que estoy aquí.

—Y... ¿Alex?

—No llama nunca cuando está de viaje. Mejor. Es... es así desde que nos conocemos. Él hace sus negocios. Yo no hago preguntas —hubo un silencio y continuó—. Guitou a lo mejor está... está en casa de algún amigo de ella. Mathias. Era de la panda con la que acampaba. Ese Mathias estaba con ella el día que vino a despedirse de Guitou, y que...

—¿Sabes el apellido?

—Fabre. Pero no sé dónde vive.

—Hay montones de Fabre en la guía telefónica de Marsella.

—Ya. Estuve consultándola el domingo por la noche. Llamé a unos cuantos. Me sentía idiota. Cuando iba por el duodécimo, lo dejé, agotada. Y de los nervios. Y más idiota aún que antes de intentarlo.

—Bueno, de todas formas, lo del principio de curso lo veo un poco chungo, creo. Voy a ver lo que puedo hacer esta noche. Si no, mañana intentaré averiguar algo sobre ese Mathias. E iré a ver al abuelo.

Un poco de verdad entre mentira y mentira. Y la esperanza de que la madre de

Naima no me hubiera contado ninguna película. Que el abuelo existiera. Que Murad me acompañara. Que el abuelo me recibiera. Que Guitou y Naima estuvieran allí o no muy lejos.

—¿Por qué no ahora mismo?

—Gélou, ¿sabes qué hora es?

—Sí, pero..., Fabio, escucha, ¿crees que le ha pasado algo?

—Mira, en estos momentos está bajo unas sábanas con una titi guay. No se acuerda ni de que existimos. Acuérdate tú. No se estaba nada mal, ¿eh?

—¡Yo tenía veinte años! Y con Gino, me iba a casar.

—Pero, aun así, no se estaba mal, ¿no? Es lo que te estoy preguntando.

Hubo otro silencio. La oí sollozar al otro lado del teléfono. Eso sí que no tenía nada de erótico. No era la actriz italiana interpretando una comedia. Era mi prima llorando, simplemente, como una madre.

—De verdad, creo que lo he hecho de pena con Guitou, ¿no te parece?

—Gélou, tienes que estar cansada. Acaba de cenar y acuéstate. No me esperes. Échate en mi cama e intenta dormir.

—Vale —suspiró.

Sollozó otro poco. Por detrás oí a Honorine toser. Una manera de decirme que no me preocupara, que se encargaba de ella. Honorine no tosía nunca.

—Un beso —dije a Gélou—. Ya verás, mañana estaremos todos juntos.

Y colgué. Algo brusco tal vez, porque desde hacía unos minutos dos mamones en vespino estaban dando vueltas a mi coche. Tenía cuarenta y cinco segundos para salvar el radiocasete. Salí de la cabina dando gritos. Más para liberarme que para asustarles. Los asusté de verdad y ni eso consiguió vaciarme la cabeza de todos los pensamientos que se agolpaban en ella. Al pasar otra vez delante de mí, el conductor del vespino me gritó un «hijo de puta de tu raza» que ni siquiera valía el precio de mi radiocasete cutre.

Arno vivía en el lugar llamado «Le Vieux Moulin», un sitio curiosamente obviado por los promotores en el camino de Le Merlán. Por arriba y por abajo no habría más que parcelas provenzales a cuatro duros. HLM^[8] a la horizontal para empleados de banca y ejecutivos medios. Había venido alguna vez con Serge. El lugar era más bien siniestro. Sobre todo por la noche. Después de las ocho y media no había autobuses y los coches eran escasos.

Aparqué delante del viejo molino, que se había convertido en un almacén-venta de muebles. Al frente se extendía el desguace de coches de Saadna, un gitano, primo lejano de Arno. Arno vivía detrás, en una chabola de losas de hormigón con techo de hojalata. Saadna la construyó para instalar un pequeño taller de mecánica.

Di la vuelta al molino y bordeé el canal de Marsella.

A cien metros hacía un recodo, justo detrás del desguace. Bajé por un terraplén de inmundicias hasta la barraca de Arno. Unos perros se pusieron a ladrar, pero no había por qué preocuparse. Los perros dormían todos dentro de las casas. Se cagaban de miedo, como sus dueños. Y a Saadna no le gustaban nada los perros. No le gustaba nadie.

Alrededor aún quedaban algunos carenados de moto. Robados, seguro. Por la noche Arno los chapuceaba con el torso al aire, en zapatillas y con un canuto en la boca.

—Podrías pringar por esto —le dije un día que pasaba por allí.

Cuestión de asegurarme de que estaba en casa y no metido en un chanchullo que se estaba cociendo en la *cité* Bellevue. Al cabo de una hora teníamos que hacer una incursión a los sótanos y llevarnos todo lo que pululara por ahí. Droga, camellos y demás porquería humana.

—¡No me toques los cojones, Móntale! No empieces tú también. Entre tú y Serge, al final me los machacáis. Esto es un curro. Vale. No tengo Seguridad Social, pero vivo de esto. Me busco la vida. ¿Sabes lo qué es eso, buscarse la vida? —dio una calada a lo bestia al porro; lo tiró, rabioso; luego me miró, con la llave inglesa en la mano—. ¿Qué, joder? No me voy a pasar aquí toa la vida. O sea, que tengo que currar. A ver que tas creído...

Yo no me creía nada. Eso es lo que me preocupaba de Arno. Con ese razonamiento, Manu, Ugo y yo entramos en la vida a los veinte años. De nada sirve decirse que cinco millones es una buena cifra para parar, un día u otro siempre habrá uno que hará más de lo que le tocaba. Manu disparó. Ugo saltó de contento porque era nuestro mejor golpe. Yo me puse a vomitar y me alisté en el ejército colonial. Se acabó un capítulo, brutalmente, el de la adolescencia y el de nuestros sueños de viajes, de aventuras. El de la felicidad de ser libre y no trabajar. Ni patronos ni jefes. Ni dios ni amo.

En otra época, podía haberme embarcado en un paquebote. Argentina. Buenos Aires. «Precios reducidos. Sólo ida», se podía leer en los viejos carteles de las Mensajerías Marítimas. Pero los paquebotes se acabaron en el setenta. El mundo se había vuelto como nosotros, sin destino. Sin futuro. Yo me fui. Por la cara. AYibuti. Para cinco años. Ya había hecho la mili allí un tiempo atrás. No era peor que la cárcel. O que la fábrica. En el bolsillo, para aguantar, por salud intelectual, *Exil* de Saint-John Perse. El ejemplar que Lole nos leía en la Digue du Large, frente al mar.

Tenía, tenía esa querencia por vivir entre los hombres, y de pronto la tierra exhala su alma de extranjera...

De llorar.

Luego me hice poli, sin saber muy bien por qué ni cómo. Y perdí a mis amigos. Hoy Manu y Ugo estaban muertos. Y Lole estaba en algún lugar en el que se podía vivir sin recuerdos. Sin remordimientos. Sin rencor. Ajustar cuentas con la vida era ajustar cuentas con los recuerdos. Es lo que me dijo Lole, una noche. La víspera de su partida. Estaba de acuerdo con ella, en esto. Preguntarle al pasado no sirve de nada. Las preguntas hay que hacérselas al futuro. Sin futuro, el presente no es más que desorden. Sí, por supuesto. Pero yo no acababa de arreglármelas con mi pasado, ése era mi problema.

Hoy día ya no era nada. No creía en los ladrones. Y tampoco en los policías. Quienes representaban a la ley habían perdido todo el sentido de los valores morales, y los auténticos ladrones nunca habían tenido que dar un tirón para poder cenar. Metían a ministros en la cárcel, por supuesto, pero eso no eran más que avatares de la vida política. No justicia. Cualquiera día volverían a saltar a la palestra. En la sociedad de los negocios, la política lava más blanco que nada. La Mafia es el mejor ejemplo. Pero, para miles de críos de las *cités*, el trullo era el hundimiento total. Cuando salían, era para lo peor. Lo mejor lo habían dejado muy lejos. Se lo habían tenido que tragar, y ya por entonces era pan duro.

Empujé la puerta. Nunca estaba echado el cerrojo. En invierno, Arno ponía una silla para mantenerla cerrada. En verano, dormía fuera, en una hamaca cubana. El interior estaba tal cual yo lo había conocido. Una cama de hierro de los excedentes del ejército, en un rincón. Una mesa, dos sillas. Un pequeño armario. Un pequeño hornillo de gas. Un calefactor eléctrico. Al lado de la pila, estaban fregados los cacharros de una comida. Un plato, un vaso, un tenedor, un cuchillo. Serge vivía solo. No sé cómo habría hecho para traerse a una amiga. Para vivir aquí había que echarle ganas. De todas maneras, nunca le había visto con ninguna novia. A lo mejor era marica de verdad.

No sabía lo que había venido a buscar exactamente. Algo que me indicara en lo que andaba metido y que explicara que se lo cepillaran en plena calle. No tenía muchas esperanzas, pero no costaba nada intentarlo. Empecé por el armario, por arriba, por abajo. Dentro, una chaqueta, una cazadora, dos vaqueros. Los bolsillos vacíos. La mesa no tenía cajón. Una carta abierta pululaba por encima, me la metí en el bolsillo. Nada bajo la cama. Debajo del colchón, tampoco. Me senté y me puse a pensar. No había ningún escondite posible.

Al lado de la cama, encima de una pila de periódicos, dos libros de bolsillo. *Fragmentos de un paraíso*, de Jean Giono, y *El hombre fulminado*, de Blaise Cendrars. Los había leído. Los tenía en casa. Los hojeé. Ningún papel, ninguna anotación. Los devolví a su sitio. Un tercer libro, este encuadernado, que no estaba entre mis clásicos. *Lo lícito y lo ilícito en el islam*, de Yusef Qaradawi. Un recorte de

prensa daba cuenta de un decreto que prohibía su distribución. Tampoco había en él ninguna anotación.

Caí en un capítulo titulado: «Lo que hay que hacer cuando la mujer se muestra orgullosa y rebelde». Sonreí, pensando en que igual me enseñaba algo sobre cómo actuar con Lole, si le daba por volver algún día. Pero ¿podía regirse la vida en pareja por una ley? Era necesario el fanatismo de los religiosos —musulmanes, cristianos o judíos— para imaginarlo. Yo, en el amor, sólo creía en la libertad y en la confianza. Y eso no hacía que mis relaciones amorosas fueran menos complicadas. Siempre lo había sabido. Ahora lo estaba viviendo.

Los periódicos eran los del día anterior. *Le Provençal*, *Le Méridional*, *Libé*, *Le Monde* y *Le Canard enchaîné* de la semana. Varios números recientes de diarios argelinos, *Liberté* y *El Watam*. Y, más sorprendente, una pila de *Al Ansar*, el boletín clandestino del Grupo Islámico Armado. Bajo los periódicos, en unas carpetillas, varios recortes de artículos de prensa: «Juicio de Marrakech: Un juicio sobre fondo de barriada francesa», «Una redada sin precedentes en los medios islamistas», «Terrorismo: cómo los islamistas reclutan a gente en Francia», «La araña islamista teje su tela en Europa», «Islam: la resistencia al integrista».

Eso, el libro de Qaradawi, los números de *Liberté*, de *El Watam* y de *Al Ansar*, podía ser el extremo de una pista. ¿Qué coño había estado haciendo Serge desde que lo perdí de vista? ¿Periodismo? ¿Una encuesta sobre los islamistas en Marsella? Había seis carpetillas llenas de recortes de prensa. Avisté una bolsa de la Fnac debajo del fregadero y metí en ella el libro y todo aquel papelamen.

—¡Alto ahí! —gritó alguien a mi espalda.

—¡No hagas el chorra, Saadna, soy Móntale!

Reconocí su voz. No quería encontrármelo. Por eso había ido por el canal.

La luz se hizo en la habitación. Gracias a la única bombilla que colgaba de un cable en el techo. Una luz blanca, cruda, violenta. El lugar me pareció todavía más sórdido. Me volví lentamente, cerrando los párpados, con la bolsa de la Fnac en la mano. Saadna me tenía apuntado con una escopeta. Dio un paso, arrastrando la pierna coja. Una polio mal curada.

—Has venido por el canal, ¿eh? —dijo con una sonrisa muy fea—. Como un ladrón. ¿Te has reciclado en atracador, Fabio?

—Con esto muy rico no me haría —ironicé yo.

Saadna y yo nos detestábamos. Era el arquetipo de un gitano. Los payos eran todos unos mamonzos. Cada vez que un joven gitano cometía alguna estupidez, era, por supuesto, por culpa de los payos. Hacía siglos que los teníamos enfilaos. No existíamos más que para su desgracia. Una invención del diablo. Para dar por culo a Dios Padre, que en su bondad infinita había creado al gitano a su imagen y semejanza. El Caló. El Hombre. Desde entonces, el diablo había hecho algo peor.

Había distribuido por Francia a millones de árabes, sólo para joder a los gitanos.

Se daba aires de viejo sabio, con su barba y los pelos largos y canos. Los chavales venían a menudo a pedirle consejo. Siempre les daba el peor. Dictado por el odio, por el desprecio. El cinismo. Se vengaba en ellos de la pata de palo que llevaba colgando desde los doce años. Si no le hubiera tenido tanto afecto, Arno probablemente nunca habría hecho nada malo. No se habría encontrado en la cárcel. Estaría aún con vida.

Cuando Chano, el padre de Arno, murió, Serge y yo intercedimos para que le concedieran un permiso. Arno estaba destrozado. Quería estar en el entierro a toda costa. Hasta le estuve tirando los tejos a la asistenta social —«está más buena que la educadora», me dijo Arno— para que interviniera personalmente. El permiso le fue concedido y posteriormente retirado por decisión expresa del director, bajo el pretexto de que Arno era un cabeza dura. Tan sólo le autorizaron a ver a su padre en el depósito de cadáveres. Escoltado por dos gendarmes. Una vez allí, no quisieron quitarle las esposas. De modo que Arno se negó a ver a su padre. «No quería que me viera con aquello en las muñecas», nos escribió al poco tiempo.

A la vuelta, estalló, montó un pollo de miedo y acabó en el calabozo. «Mira, tíos, estoy harto de la mierda y de que me digan de tú y de todo el rollo. De las paredes, de los desprecios, de los insultos... ¡Huele que apesta! Ya he mirao para el techo cien mil veces, y no puedo más».

Al salir del calabozo, se rajó las venas.

Saadna bajó los ojos. Y la escopeta.

—La gente honrada pasa por la entrada principal. ¿Te molestaba mucho tener que saludarme? —echó un vistazo en redondo a la habitación. Detuvo la mirada en la bolsa de la Fnac—. ¿Qué te intentas pillar ahí dentro?

—Papeles. Serge ya no los necesita. Se lo han cargao. Delante de mí. Esta tarde. Mañana tienes aquí a la pasma.

—¿Qué se lo han cargao, dices?

—¿Tienes idea de los fregaos en los que andaba metido Serge?

—Necesito un trago. Sígueme.

Aunque hubiera sabido algo, Saadna no hubiera dicho nada. No obstante, no se hizo de rogar para hablar, ni se embarcó en tortuosas explicaciones, como solía hacer cuando mentía. Aquello debería haberme sorprendido. Pero tenía demasiada prisa por largarme de aquel nido de ratas.

Llenó dos vasos pringosos con un caldazo apestoso al que llamaba whisky. Ni lo toqué. Ni siquiera brindé. Saadna formaba parte de esa gente con la que yo no brindaba.

Serge vino el invierno pasado a proponerle quedarse a vivir en la garita de Arno. «La necesito para una temporada», le dijo Serge. «Un escondrijo». Saadna intentó

tírarle de la lengua, pero en vano. «No te preocupes por ti, pero, cuanto menos sepas, mejor». Apenas si se cruzaban, y rara vez se hablaban. Hace unos quince días, Serge le pidió que vigilara que no le seguía nadie cuando volvía de noche. Le largó mil papeles por el servicio.

Saadna tampoco sentía mucha simpatía por Serge. Educador, poli, todos eran el mismo hatajo de gilipollas. Pero Serge, al menos, se preocupaba por Arno. Le escribía, le mandaba algún paquete, iba a verle. Dijo aquello con su maldad habitual, para dejar muy claro que entre Serge y yo todavía distinguía. No dije nada. No tenía ganas de jugar al colegio con Saadna. Mi comportamiento sólo le interesaba a mí y a mi conciencia.

Es verdad que a Arno no le escribí mucho. Nunca se me ha dado muy bien lo de escribir cartas. A la única a la que le escribí toneladas fue a Magali. Cuando entró en el internado de Caen, para estudiar magisterio. Le contaba Marsella, Les Goudes. Lo echaba tanto de menos. Pero las palabras no eran mi fuerte. Me hago un lío. Incluso hablar, tampoco sé. De lo que está en el interior, quiero decir. Lo demás, la *tchatche*, como a todos los marseleses, se me daba de maravilla.

Pero cada quince días iba a ver a Arno. Primero a la cárcel de menores, en Luynes, cerca de Aix-en-Provence. Luego a Les Baumettes. Al cabo de un mes, lo habían metido en la enfermería porque no comía nada. Y porque se pasaba el día yendo a cagar. Se vaciaba. Le llevé *Pépitos*^[9], le encantaban.

—Te voy a contar lo de los *Pépitos* —me dijo—. Un día, que tendría yo... unos ocho o nueve años, estaba dando vueltas por ahí con mis hermanos, los mayores. Le habían pillao un cigarro a un payo y se lo estaban fumando mientras hablaban de sexo. ¡Imagínate qué emoción para mí! El Pacho, en un momento dado, dijo: «Marco, un yogur natural, ¿cuántas calorías tiene?». Fijo que el Marco no tenía ni idea. Lo de los yogures, a sus quince años, no era su especialidad. «¿Y un huevo duro?», siguió diciendo el Pacho. «¡Desembucha!», dijeron los otros, que no sabían bien adonde quería ir a parar.

»Al Pacho le habían contaó que, cuando se folla, se queman ochenta calorías, que es lo mismo que un huevo duro o un danone. En serio. “O sea, que se supone que, si te los comes después de follar, se te vuelve a empinar”. ¡Carcajada general! Marco no quiso ser menos: “¡Pues yo he oído que, si no tienes eso a mano, te comes diez *Pépitos* y se te empina igual!”. ¡Desde entonces me pongo morao de *Pépitos*! ¡Nunca se sabe! Me dirás que aquí no me sirven de mucho. ¿Te has fijao en el careto de la enfermera?

Nos echamos a reír los dos.

De repente sentí que me faltaba el aire. No tenía ganas de hablar de Arno con Saadna. Ni de Serge. Saadna ensuciaba cuando hablaba. Ensuciaba lo que tocaba, lo que le rodeaba. Y a aquellos a los que hablaba también. Aceptó que Serge se quedara

allí, no por la amistad que le unía a Arno, sino porque saber que estaba hundido en la mierda los ponía al mismo nivel.

—No has tocao el vaso —dijo cuando me levanté.

—Lo sabes de sobra, Saadna, yo no bebo con tipos como tú.

—Algún día te arrepentirás —y se bebió mi vaso de un trago.

En el coche, encendí la luz del techo y miré la carta que me había llevado. La habían sellado el sábado, en la oficina de Colbert, en el centro. Por detrás, el remitente, en lugar de indicar su nombre y su dirección, había escrito torpemente: «Porque las cartas han sido mal repartidas, alcanzamos este grado de desorden donde la existencia ya no es posible». Me dieron escalofríos. Dentro sólo había una hoja arrancada de un cuaderno. Misma letra. Dos breves frases. Que leí febrilmente, movido por la urgencia de semejante llamada de socorro. «No puedo más. Ven a verme, Pavie».

¡Dios mío! Pavie. Lo que nos faltaba.

Donde, en la vida, las elecciones no lo determinan todo

Fue al poner el intermitente, para coger, a la derecha, la rue de La Belle-de Mai, cuando me di cuenta de que me seguían. Un safrane negro me pisaba los talones, a cierta distancia, pero con habilidad. En el Boulevard Fleming se permitió incluso el lujo de adelantarme después de un semáforo. Se puso a mi altura. Sentí una mirada clavada en mí. Eché un vistazo hacia el coche. Pero los cristales ahumados protegían al conductor de las miradas indiscretas. Lo único que vi fue el reflejo de mi propia cara.

Luego el safrane se colocó delante, respetando escrupulosamente el límite de velocidad en la ciudad. Aquello debería de haberme mosqueado. Por la noche nadie respeta el límite de velocidad. Ni siquiera yo con mi viejo R5. Pero estaba demasiado ocupado en ordenar mis pensamientos como para preocuparme por un posible perseguidor. Y además, estaba a años luz de pensar que hubieran decidido seguirme.

Reflexioné sobre lo que se suelen llamar circunstancias concurrentes, que hacen que te levantes tranqui por la mañana y que por la noche te encuentres con que el hijo de tu prima se ha fugao, con que te matan a un colega delante de tus narices, con un chaval al que casi no conoces de nada que se quiere hacer amigo tuyo, y con un tipo al que no quieres ni ver y con el que te ves obligado a estar de cháchara. Y los recuerdos que se te suben a la garganta. Magali, Manu, Ugo. Y Arno, que se me aparecía brutalmente a través de su ex novia, que vivía en el chute permanente. Pavie, la pequeña Pavie, que se dedicó a soñar demasiado. Y que comprendió enseguida que la vida es una película mala, en la que el tecnicolor no cambia para nada el fondo de la historia. Pavie que pedía ayuda, y Serge en el listín de abonados ausentes para siempre.

La existencia está hecha así, de intersecciones. Y de una elección que nos lleva por un camino distinto al que creíamos, en función de si hemos tirado por la izquierda en lugar de por la derecha. De si hemos dicho sí a esto, no a lo otro. No era la primera vez que me encontraba en una situación similar. Tenía siempre la impresión de haber cogido la dirección equivocada. Pero ¿acaso era mejor el otro camino? ¿Diferente tal vez?

Eso me parecía. Pero no estaba seguro. Había leído por ahí, en una novela barata, que «Los hombres se guían por el ciego que hay en ellos». Exactamente, así era cómo nos movíamos. A ciegas. La elección no era más que una ilusión. El engaño que te ofrecía la vida para hacerte tragar su amarga píldora. No era la elección la que determinaba todo, sino nuestra disponibilidad hacia los demás.

Cuando desembarcó Gélou esta mañana en mi casa, yo era un ser vacante. Ella fue como la llama en la reacción en cadena. El mundo alrededor se puso de nuevo en movimiento. Y a echar chispas, como era habitual.

¡Marrón!

Un vistazo por el retrovisor me hizo saber que todavía me estaban siguiendo. ¿Quién? ¿Por qué? ¿Desde cuándo? Preguntas sin interés, puesto que no tenía ningún elemento de respuesta. Podía imaginar que me habían empezado a seguir cuando dejé a Saadna. Pero muy bien podía ser después de haber dejado a Anselrne. O al salir de comisaría. O al salir de mi casa. No, imposible, desde mi casa no, no tenía ningún sentido. Pero después de la muerte de Serge, todo era posible.

Puse otra vez la casete de Bob Marley por «Slave Driver», para darme un poco de ánimo, y en la rue Honorat, bordeando las vías del tren, aceleré un pelín. El safrane reaccionó discretamente a mis setenta por hora. Volví a la velocidad normal.

Pavie. Asistió al juicio de Arno. Sin protestar, sin llorar, sin decir ni mu. Orgullosa, como Arno. Después volvió a caer en el caballo y en los pequeños palos para obtenerlo. Su vida con Arno no fue, en definitiva, más que un paréntesis de felicidad. Arno había supuesto para ella una tabla de salvación. Pero esa tabla estaba enjabonada con la misma mierda. Él se resbaló. Ella se hundió.

En la Place d'Aix, el safrane se pasó el semáforo en ámbar. Bueno, me dije, son casi las once y empiezo a tener hambre. Y sed. Cogí la rue Sainte Barbe, sin poner el intermitente, pero sin acelerar tampoco. Luego por la rue Colbert, rue Méry y rue Caisserie, hacia les Vieux-Quar-tiers, el territorio de mi infancia. Donde vivieron mis padres al huir de Italia. Donde nació Gélou. Donde conocí a Manu y a Ugo. Y a Lole, que parecía habitar siempre las calles con su presencia.

En la Place de Lenche, aparqué a la manera de aquí, en prohibido, en el portal de un pequeño edificio, con la rueda derecha pegada a la escalera de entrada. Había un sitio enfrente, pero quería que mi perseguidor tuviera la impresión de que, si no me molestaba en maniobrar, era porque no iba a tardar mucho. Así somos los de aquí. A veces, para tan sólo un cuarto de hora, la fila doble y las luces de avería eran lo que mejor se nos daba.

El safrane enseñó el morro, mientras yo estaba cerrando el coche. No le presté atención. Me encendí un cigarro: luego, con paso firme, subí la place de Lenche, giré a la derecha por La rue des Accoules, y otra vez a la derecha por la rue Fonderie-Vieille. Un tramo de escaleras que bajar y ya estaba otra vez en la me Caisserie. No

tenía más que volver a la place de Lenche para ver qué era de mi perseguidor.

Nada tímido, se había cogido el sitio que le había dejado. Un hueco impecable. La ventanilla del conductor estaba bajada y salían bocanadas de humo. Tranquilito, el tío. No es que me diera mucha pena. Ese tipo de carros tenían hasta estéreo. La matrícula era del Var. Anoté el número. De momento no me servía de mucho. Pero mañana sería otro día.

A comer, me dije.

En el restaurante de Félix, dos parejas estaban terminando de cenar. Félix estaba al fondo. Sentado a una mesa, con los Gitanes con filtro a un lado, el pastis al otro, leyendo unos *Pieds Nickelés* y unos *Bibi Fricotin*^[10] se lo pasaba en grande en cuanto disponía de cinco minutos.

—¡Hombre!, ¡Céleste! —gritó al verme entrar—, tenemos un invitado.

Su mujer salió de la cocina secándose las manos con el delantal negro que no se quitaba hasta que cerraban. Céleste había engordado unos buenos tres kilos. Ahí donde más se nota. En el pecho y en el trasero. Sólo con verla daban ganas de ponerse a cenar.

Su bullabesa era una de las mejores de Marsella. Rescasa, gallineta, san pedro, rape, araña, pagel, doncella... Algún cangrejo y, si cuadraba, una langosta. Sólo pescado de roca. No como lo que le echaban a otras. Y luego, para *la rouille*^[11], tenía un ingenio muy suyo para ligar el ajo, el pimiento, la patata y la carne de erizo. Pero la bullabesa no la tenían nunca en el menú. Había que llamar con regularidad, para saber cuándo la iban a hacer. Porque para hacer una buena bullabesa se requería al menos siete u ocho comensales. Para hacerla abundante y ponerle el mayor número de especias y de pescados posibles. Así que siempre nos encontrábamos entre amigos y entendidos. Hasta Honorine «admitía» las cualidades de Céleste.

—Llega usted en buen momento. Estaba cocinando unas sobras. Unas almejas en salsa, como en una especie de pepitoria. Y quería hacer unos *fegatelli* a la plancha. ¿Le apetecen unas sardinas en escabeche para empezar?

—Póngame lo que vayan a comer ustedes.

—¡Bueno! ¿Para qué le preguntas?, ¡sírvele! —dijo Félix.

Se tragó el pastis que le quedaba, se metió detrás de la barra y sirvió con autoridad una ronda. La media de pastis de Félix era unos diez o doce a mediodía y otros diez o doce por la noche. Ahora se los bebía en un vaso normal y con la lagrimita de agua correspondiente. Antes sólo lo servía en *mominettes*, un vasito muy pequeño en el que el alcohol era lo que más ocupaba. Las rondas de *mominettes*, ni las contábamos. Según la cantidad de amigos que nos hubiéramos juntado para el aperitivo, una ronda podían ser de ocho a diez pastis. Nunca menos. Cuando Félix

decía vuelta a empezar. Pero en otros sitios, en *Le Péano* y en *L'Unic*, antes de que uno se convirtiera en un bar de moda y el otro en un bar de rockeros, era igual. El pastis y la *kémia* —aceitunas negras y verdes, pepinillos y todo tipo de hortalizas cocidas en vinagre— formaban parte del arte de vivir marsellés. Una época en que la gente todavía sabía hablarse, en que aún tenían cosas que decirse. Por supuesto, eso te daba sed. Y te llevaba tiempo. Pero el tiempo no contaba. Nada corría prisa. Todo podía esperar cinco minutos más. Una época, ni mejor ni peor que la nuestra. Simplemente, alegrías y penas que se compartían sin falso pudor. La miseria misma se contaba. Nunca estabas solo. Bastaba con acercarte a donde Félix. O Marius. O Lucien. Y los dramas surgidos en los sueños agitados venían a morir en los vapores del anís.

Céleste, a veces, apuntillaba a un cliente:

—¡Oye, tú! ¿Te pongo plato?

—No. Me vuelvo a comer a casa.

—¿Y tu mujer sabe que vas a comer en casa?

—¡Qué puñetas, se lo he dicho esta mañana!

—Pues no creo que te espere ya. ¿Has visto la hora?

—¡Hostias!

Y se ponía con unos spaghetti con almejas que se comía echando virutas para no llegar tarde al trabajo.

Félix acercó su vaso al mío y brindó, mirándome fijamente con sus ojos rojos. Feliz. Veinticinco años hacía que nos conocíamos. Pero desde hacía unos cuatro había concentrado en mí su ternura paternal.

Dominique, su único hijo, apasionado por los pecios que pueblan el fondo del mar entre las islas Riou y Máire, nunca más volvió después de una inmersión. Los pescadores de Sanary extendían a menudo sus redes en los fondos del banco de Blauquières, a veinte kilómetros de la costa, entre Toulon y Marsella. También podría haber sido una roca prominente. Pudo ser cualquier otra cosa. Dominique no vino nunca a contárselo.

Pero Dominique había tenido «buen olfato». Hacía unos meses, por casualidad, dos submarinistas de la Compañía Marítima de Peritaje, Henri Delauze y Popof, habían descubierto, en ese preciso lugar, a ciento veinte metros de profundidad, el pecio intacto del *Protée*. El submarino francés dado por desaparecido en 1943 entre Argel y Marsella. La prensa local acogió con entusiasmo el descubrimiento, dedicando unas cuantas líneas a Dominique. A mediodía me fui para el restaurante de Félix. El descubrimiento del *Protée* no devolvía la vida a su hijo. Lo resucitaba, haciendo de él un pionero. Entraba a formar parte de la leyenda. Lo celebramos. Felicidad, hasta hacernos llorar.

—¡Salud!

—¡Qué bien, cagiéndiez!

No había vuelto desde ese día. Cuatro meses. El tiempo, cuando uno no se mueve mucho, pasa a una velocidad loca. Me estaba dando cuenta de repente. Desde que Lole se había marchado, no había salido de mi cabaña. Y había descuidado a los escasos amigos que me quedaban.

—¿Puedes hacerme un favor?

—Pues claro —dijo encogiendo los hombros.

Podía pedirle cualquier cosa, excepto que bebiera agua.

—Llama ajo, el del Bar de la Place. Tiene un safrane aparcado casi delante de su puerta. Le dices que le sirvan un café al conductor de parte del tío del R5 —descolgó el teléfono—. Y le preguntas a ver qué careto tiene el tío. Lo tengo pegao al culo desde hace un mogollón de rato, una auténtica lapa.

—Cada día hay más gilipollas por el mundo. ¿Se la has pegado con su mujer o qué?

—No me acuerdo.

A Jo no le pareció mal acabar el día así, echándose unas risas. No me extrañaba. La especialidad de la casa eran las peleas. De hecho, yo evitaba ir por su bar. Demasiado *mia*^[12] para mi gusto. Mucho «Martínez el facha». Yo tenía otras parroquias. El bar de Félix, por supuesto. El de Étienne, arriba de Le Panier, en la rue Lorette. Y el de Ange, en la place des Treize-Coins, justo detrás del cuartel de la policía.

—Y, después del café, ¿le damos un repaso entre unos cuantos o qué? Estamos ocho en el bar.

Félix me miró. Yo tenía el auricular^[13] en la oreja. Dije que no con la cabeza.

—Déjalo estar —respondió Félix—. Con el café ya vale. Sólo es uno que estrena cornamenta.

Un cuarto de hora más tarde, Jo volvía a llamar. Nos habíamos chupado ya un Côteaux d’Aix, un tinto, de las viñas des Béates. 1988.

—¡Hostia, Félix! Ya puedes tener cuidado si le has puesto los cuernos a ese tío.

—¿Por qué? —preguntó Félix.

—Se llama Antonio Balducci.

Félix me preguntó con la mirada. Yo no conocía a nadie con ese nombre. Y menos a su mujer.

—Ni idea —dijo Félix.

—Es un habitual del Rivesalte, en Toulon. Este tío trapichea con la mafia del Var. Eso es lo que dice Jeannot. Le he dicho que viniera conmigo para servirle el café. Para cachondearnos un poco, vaya. Jeannot estuvo de camarero allí. Y ahí conoció a Balducci. Menos mal que estaba oscuro, ¡joder!, que si lo reconoce, menuda la que se monta... Y encima eran dos.

—¿Dos? —repitió Félix, interrogándome con la mirada.

—¿No lo sabías?

—No.

—El otro, no te puedo decir ni qué careto tiene. No se ha movido. Ni mu. Ni respirar, el tío. Yo creo que son de las altas esferas, oye, y con lo del Balducci este... En serio, Félix, ¿tienes algún problema de verdad?

—No, yo no... Lo hacía por un... un buen cliente.

—Pues dile que se borre discretamente. Éstos, para mí que van cargados hasta las orejas.

—Le voy a pasar el consejo. Oye, Jo, no te habrá dado esto ningún problema, ¿no?

—No. El Balducci se ha reído. En falso. Pero se ha reído. Estos tíos las saben encajar.

—¿Aún están ahí?

—No, ya se han ido. Y va el tío y me dice enseñándome el café: «¿Era gratis?». «Sí, señor», le he dicho, y va y me tira una moneda de diez dentro de la taza, me pringao toda la mano de café, «Esto por el servicio». Para que te hagas una idea de qué van.

—Sí, sí, ya veo. Gracias, Jo. Pásate a tomar algo un día de estos. Chao.

Céleste trajo los *fegatelli* en su punto, acompañados de unas patatas con perejil. Félix se sentó y descorchó otra botella. Con un aroma a tomillo, a romero y a eucalipto. Ese vino era una pequeña obra maestra. No te cansaba nunca.

Mientras comíamos, hablamos del concurso de pesca de atún que organizaba tradicionalmente el club Náutico del Vieux-Port a finales de septiembre. Era la temporada. En Marsella, en Port-de-Bouc, en Port-Saint-Louis. Hace tres años, a la altura de Saintes-Maries-de-la-Mer, saqué un atún de 300 kilos, de un fondo de 85 metros. Tres horas y cuarto de lucha. Me hicieron una foto y todo para la edición de Arles del *Provençal*. Desde entonces era miembro de honor de La Rascasse, la sociedad náutica de Les Goudes.

Me estaba preparando para el concurso como todos los años. Desde hacía poco, estaba permitido pescar con *broumé*. Un método tradicional marsellés de pesca. Con el barco parado, se atrae al pez tirando sardinas molidas y pan. Se forma así una capa aceitosa que va llevando la corriente. Cuando el pez, que nada a contracorriente, se encuentra con ese olor, va hacia el barco. Lo que viene luego ya es otra historia. ¡Auténtico deporte!

—O sea, que no has salido de dudas, ¿no? —soltó Félix, un pelín preocupado, cuando Céleste se fue a buscar el queso.

—Bueeno... —respondí yo lacónico.

Me había olvidado ya de los tíos del safrane. Era verdad, no había salido mucho

de dudas. ¿Adónde había ido yo a meter la nariz para tener a dos mafiosos del Var pegados al culo? En Toulon no conocía a nadie. Evitaba ese sitio desde hacía más de treinta años. Allí fue donde hice el campamento de recluta. Las pasé putas. Toulon lo borré para siempre del mapa. Y no tenía intención de cambiar de opinión. Desde las últimas municipales, la ciudad se había «entregado» al Frente Nacional. No sé si sería peor que con el antiguo gobierno municipal. Era simplemente una cuestión de principios. Como con Saadna. No me tomaba jamás una copa con gente carcomida por el odio.

—¿No habrás hecho alguna tontería? —dijo otra vez paternal.

Me encogí de hombros.

—Se me ha pasado la edad.

—Eso me parece a mí... Mira, no es que me quiera meter, pero yo creía que estabas cojonudamente ahí en tu cabaña, con Lole, a tu aire.

—Estaba cojonudamente, Félix. Pero sin Lole. Se marchó.

—Perdona —dijo compungido—. No me lo imaginaba. Tal como os vi la última vez...

—Lole amó a Ugo. Amó a Manu. Me amaba a mí también. Todo eso en veinte años. Yo era el último.

—A ti es a quien ha querido toda la vida.

—Manu me lo dijo un día. Poco antes de que se lo cargaran ahí en la calle. Habíamos comido *aïoli*, ¿te acuerdas?

—Vivía con el miedo de que un día se la quitaras. Creía que lo vuestro podía funcionar.

—A Lole no se la llevaba nadie. Ugo la necesitaba, para existir. Manu también. Yo no. No en aquella época. Hoy sí.

Hubo un silencio. Félix rellenó los vasos.

—Hay que acabarse la botella —dijo un pelín incómodo.

—Sí... Podía haber sido yo el primero. Todo habría sido diferente. Para ella y para mí. Para Ugo y para Manu también. Pero no, soy el último. Quererse es una cosa. Pero no se puede vivir en un museo rodeado de recuerdos. Aquellos a quienes hemos amado no mueren jamás. Se vive siempre con ellos... Es como esta ciudad, ves, vive de todos los que han vivido en ella. Aquí todo el mundo ha sudado, ha pringado, ha esperado. Mi padre y mi madre todavía andan vivos por las calles.

—Es porque pertenecemos al exilio.

—Es Marsella la que pertenece al exilio. Esta ciudad nunca será otra cosa que la última escala del mundo. Su futuro es de los que llegan. Nunca de los que se van.

—Y los que se quedan, ¿qué?

—Son como los que están en la mar. Nunca se sabe si están muertos o vivos.

Como nosotros, pensé, acabándome el vaso. Para que Félix me lo llenara otra vez.

Cosa que hizo de inmediato, por supuesto.

Donde se propone desenredar el hilo blanco del negro

Volví tarde, había bebido bastante, había fumado demasiado y había dormido mal. El día iba a resultar asqueroso, seguro.

Sin embargo, hacía un tiempo espléndido, como sólo puede hacer aquí, en septiembre. Pasado el Lubéron, o los Alpilles, era ya otoño. En Marsella, hasta finales de octubre a veces, el otoño conserva un regusto a verano. Bastaba con una brisa de aire para que se reavivaran los aromas de tomillo, menta y albahaca.

Aquella mañana olía a eso. A menta y a albahaca. Los olores de Lole. Su olor durante el amor. De repente me sentí viejo y cansado. Triste, también. Pero siempre me encuentro así cuando he bebido y fumado demasiado y he dormido mal. No tuve fuerzas para sacar el barco. Mala señal. Esto no me ocurría desde hacía mucho tiempo. Incluso después de que Lole se fuera, seguí haciendo salidas con el barco.

Me era imprescindible, a diario, poner distancia con la humanidad. Revitalizarme con el silencio. Pescar era accesorio. Tan sólo el homenaje que merecía rendirse a esa inmensidad. Lejos, en alta mar, uno reaprendía la humildad. Y, cuando volvía a pisar la tierra, lo hacía lleno de bondad por los hombres.

Lole lo sabía, y otro montón de cosas más que yo nunca le había dicho. Me esperaba a comer en la terraza. Luego poníamos música y hacíamos el amor. Con tanto placer como la primera vez. Con la misma pasión. Era como si nuestros cuerpos se hubieran prometido aquella fiesta desde que nacimos. La última vez empezamos a acariciarnos con *Yo no puedo vivir sin ti*. Un álbum de los gitanos de Perpignan. Unos primos de Lole. Fue después cuando me anunció su intención de marcharse. Tenía tanta necesidad de «más allá» como yo del mar.

Me planté frente al mar, con un café ardiendo en la mano, dejando la mirada errar hasta muy lejos. Hasta ese lugar en el que los recuerdos ya no tienen curso. Ese lugar en el que todo se tambalea. En el faro de Planier, a veinte millas de la costa. ¿Por qué nunca me había ido para no volver jamás? ¿Por qué me dejaba envejecer en esta cabaña de cuatro duros, mirando pasar los cargueros? Marsella, segurísimo, tenía mucho que ver en todo esto. Hayas nacido aquí o hayas desembarcado un día, a esta ciudad te agarras enseguida con suelas de plomo. Los viajes los preferimos en la

mirada del otro. Del que vuelve después de haber afrontado «lo peor». Tal que Ulises. Nos caía bien Ulises por aquí. Y los marseleses, con el paso de los siglos, tejían y destejían su historia como la pobre Penélope. El drama hoy es que Marsella ni siquiera miraba hacia oriente, sino hacia el reflejo de aquello en lo que se estaba convirtiendo. Y yo era como ella. Y en lo que me estaba convirtiendo era en nada o casi nada. Las ilusiones de menos y la sonrisa de más, quizás. No había comprendido nada de mi vida, de eso estaba seguro. De hecho, Planier ya no indicaba la ruta a los barcos. Lo habían cerrado. Pero era mi única creencia, este allende los mares.

Vendré a encallarme en el corazón de los navíos.

Me vino a la memoria este verso de Louis Brauquier, un poeta marsellés, mi favorito. Sí, me dije, cuando me muera, me montaré en ese carguero que se va, con destino a mis sueños de niño. En paz, al fin. Me acabé el café y me fui a ver a Fonfon.

No había nadie esperándome junto al coche cuando me despedí de Félix, a la una de la mañana. Tampoco me habían seguido. No soy miedoso, pero pasada La Madrague de Montredon, en el extremo suroeste de Marsella, la carretera que te lleva a Les Goudes resulta, por la noche, un tanto angustiante. Un auténtico paisaje lunar, y desierto también. Las viviendas llegan hasta la cala de Samena. Luego, nada. La carretera estrecha y sinuosa bordea el mar a pocos metros por encima de las rocas. Jamás esos tres kilómetros se me habían hecho tan largos. Tenía urgencia por llegar.

Gélou se había quedado dormida sin apagar la luz de la mesilla. Debía de haber estado esperándome. Tenía el cuerpo enroscado y la mano derecha agarrada a la almohada como quien se agarra a un salvavidas. Su sueño debía de ser como un naufragio. Apagué. Era lo más que podía hacer por ella en ese momento.

Me puse una copa de Lagavulin y me acomodé en el sofá para pasar la noche con *En marge des mares*^[14] de Conrad. Un libro que no me canso de releer, todas las noches. Me apacigua y me ayuda a conciliar el sueño. Al igual que los poemas de Brauquier me ayudan a vivir. Pero tenía la cabeza en otro sitio. En la tierra de los hombres. Tenía que traer a Guitou hasta Gélou. Era fácil. Luego debería mantener una pequeña conversación con ella, aun cuando, estaba convencido, ella ya hubiera comprendido lo principal. Un hijo merece que se esté con él hasta el final. Ninguna mujer me había dado la oportunidad de ser padre, pero eso lo tenía claro. Sin duda no era fácil educar a un hijo. No era algo que no implicara dolor. Pero merecía la pena. Si es que el amor podía tener un futuro.

Me quedé dormido y me desperté casi de inmediato. Lo que me preocupaba era más profundo. Serge, su muerte. Y todo lo que con ella había resurgido. Amo y Pavie, perdida en algún lugar de la noche. Y todo lo que eso había desencadenado. Si

dos mafiosos me habían estado siguiendo, se debía a ello. A lo que Serge se traía entre manos. Yo no veía la relación entre unos barbudos fanáticos y la mafia del Var. Pero de Marsella a Niza, todo era posible. Las habíamos visto ya de todos los colores. Y se podía prever siempre lo peor.

No me parecía normal no haber pillado ninguna agenda con direcciones o algo así. Aunque fuera un trozo de papel anotado. A lo mejor, me dije, Balducci y su colega se han pasado por allí antes que yo. Se supone que yo había llegado después. Pero no recordaba haberme cruzado ni visto un safrane al llegar al Vieux-Moulin. Toda esa documentación sobre los islamistas tenía que tener algún sentido.

Después de ponerme otra copa de Lagavulin, me metí en los periódicos y recortes que había traído. Se podría concluir que, para el islam hoy, en su relación con Europa, existían diferentes vías. La primera, el *Dar el-Sul*, literalmente «tierra de contrato», en donde hay que acomodarse a las leyes del país. La segunda, el *Dar-el-Islam*, la tierra en la que el islam debe inevitablemente convertirse en mayoritario. Esto era lo que analizaba Habib Mokni, un activista de un movimiento islamista tunecino refugiado en Francia. Era en 1988.

Desde entonces, el *Dar el-Sul* había sido rechazado por los barbudos. Y Europa, y en especial Francia, se habían convertido en una moneda de cambio y en una base desde la que fomentar acciones para desestabilizar el país de origen. El atentado del hotel Atlas Asni, en Marrakech, en agosto de 1994, se fraguó en una *cit e* de La Courveneuve. Esta conjunción de objetivos nos precipitaba a nosotros, los europeos, y a ellos, los integristas, a una tercera vía, la del *Dar el-Harb*, «tierra de guerra», según la terminología coránica.

Desde la ola de atentados del verano del 95 en París, de nada servía taparse los ojos. Una guerra había comenzado en nuestro suelo. Una guerra sucia. Cuyos «héroes», como Jaled Kelkal, habían crecido en las afueras de París o de Lyon. ¿Podían ser también las barriadas norte de Marsella un vivero de «soldados de Dios»? ¿Era esa la pregunta a la que trataba de responder Serge? ¿Pero por qué? ¿Y para quién?

En la última página del artículo de Habib Mokni, Serge había anotado en el margen: «Sus víctimas más visibles son las de los atentados. Otras sin relación aparente». Había subrayado con fluorescente amarillo una cita del Corán: «Hasta que, como consecuencia de los actos ajenos, seáis capaces de distinguir el hilo blanco del hilo negro». Eso era todo.

Agotado, cerré los ojos. Y me sumergí inmediatamente en una inmensa madeja de hilos blancos y negros. Para perderme luego en el más loco de los laberintos. Un auténtica sala de espejos. Pero no era mi imagen lo que los espejos me devolvían. Era la de los amigos perdidos, la de las mujeres amadas. Cada uno mandándome de un empujón hacia el otro. En un cuadro había caras, nombres. Yo estaba dentro de una

máquina de bolas y me movía como una de ellas. Me desperté empapado en sudor. Sacudido por alguien con energía.

Clic.

Gélou estaba frente a mí. Con los ojos medio cerrados.

—¿Estás mejor? —preguntó preocupada—. Has estado gritando.

—Sí, nada, una pesadilla. Me suele pasar cuando duermo en este puto sofá.

Miró la botella de whisky y el vaso vacío.

—Y cuando te pasas con el alcohol.

Me encogí de hombros y me senté. Tenía la cabeza pesadísima. Vuelta a la tierra. Eran las cuatro de la mañana.

—Lo siento.

—Vente a dormir a mi cama. Estarás mejor.

Me tiró del brazo. Tan dulce y cálida como a sus dieciocho años. Sensual y maternal. Guitou había debido de aprender la dulzura en esas manos, cuando se posaban en tus mejillas para darte un beso en la frente. ¿Cómo era posible que se hubieran perdido el uno al otro? ¿Por qué, hostias?

En la cama, Gélou se dio la vuelta y se volvió a dormir. No me atreví a moverme, por miedo a despertarla otra vez.

Debíamos de tener unos doce años la última vez que dormimos juntos. Era algo frecuente cuando éramos niños. Casi todos los sábados, en verano, la familia al completo se reunía aquí, en Les Goudes. A nosotros, los críos, nos ponían a dormir en colchones en el suelo. Gélou y yo éramos los primeros en acostarnos. Nos dormíamos cogiéndonos de la mano, escuchando las risas y las canciones de nuestros padres. Acunados con los *Maruzzella*, *Guaglione* y otros estribillos napolitanos popularizados por Renato Carossone.

Al cabo de un tiempo, cuando mi madre cayó enferma, Gélou empezó a venir a casa dos o tres noches por semana. Fregaba, planchaba y hacía la comida. Andaba por los dieciséis. Nada más acostarnos, se acurrucaba contra mí y nos contábamos cuentos horribles. Para damos miedo. Entonces deslizaba la pierna entre las mías y nos apretábamos aún más el uno al otro. Sentía en el torso sus pechos, bien formados ya, y los pezones duros. Me ponía a cien. Ella lo sabía. Pero por supuesto, aún no hablábamos de eso, de esas cosas de mayores. Y nos quedábamos dormidos así, llenos de ternura y de certezas. Me di la vuelta suavemente para volver a poner en su sitio todos aquellos recuerdos, tan frágiles como el cristal. Para alejar ese deseo de posar mi mano en su hombro y tomarla en mis brazos. Como antes. Tan sólo para ahuyentar nuestros miedos.

Debería haberlo hecho.

Fonfon me encontró muy mala cara.

—Pues sí, no siempre puede elegir uno la cara que más le gusta.

—Y también será que el señor ha dormido mal.

Sonreí y me senté en la terraza. En mi sitio habitual. Frente al mar. Fonfon volvió con un café y *Le Provençal*.

—¡Hala!, te lo he hecho fuertecito. No sé si te despejará mucho, pero, por lo menos, igual te vuelve más educado.

Abrí el periódico y me dediqué a buscar un artículo sobre el asesinato de Serge. No le habían dedicado más que un articulito. Sin comentarios ni detalles. Ni siquiera decían que Serge había sido educador en las *cités* durante varios años. Lo calificaban de «sin profesión», y terminaba con un lacónico «la policía se inclina por un ajuste de cuentas entre delincuentes». Pertin debía de haber hecho un informe de lo más sucinto. Por una simple historia de delincuentes no se abriría una investigación del caso. Eso era lo que aquello quería decir. Y Pertin se guardaba el caso para él solo. Como un hueso que roer. El hueso en cuestión podía ser yo, así de fácil.

Pasé maquinalmente la página mientras me levantaba para ir a buscar *La Marseillaise*. El titular que encabezaba la página 5 me dejó clavado: «Doble asesinato en Le Panier: cadáver de un joven semidesnudo no identificado». Y, en el centro del artículo, en un recuadro: «El propietario de la casa, Adrien Fabre, conmocionado».

Me senté, como abobado. Quizá sólo era una suma de coincidencias. Me dije eso para leer el artículo sin temblar. Hubiera dado la vida por no tener que ver las líneas que se extendían bajo mis ojos. Pues sabía lo que en ellas iba a descubrir. Un escalofrío me recorrió la columna. Adrien Fabre, arquitecto muy conocido, alojaba desde hacía tres meses a Hosín Draui, historiador argelino, especialista en el Mediterráneo antiguo. Amenazado de muerte por el Frente Islámico de Salvación (FIS), había huido de su país, al igual que un gran número de intelectuales argelinos. Acababa de pedir el estatuto de exiliado político.

Por supuesto, se pensaba inmediatamente en una acción del FIS. Pero para los investigadores no era muy probable. Hasta entonces, no había habido —oficialmente, hay que decir— más que una ejecución reivindicada, la de París, del *iman* Sahraui, el 11 de julio de 1995. Varias docenas de Hosín Draui vivían en Francia. ¿Por qué él y no otro? Y además, como el propio Adrien Fabre reconocía, Hosín Draui nunca le había hecho partícipe de ninguna amenaza de muerte. No estaba preocupado más que por la situación de su mujer, que se había quedado en Argelia y que debía reunirse con él en cuanto se resolviera su estatuto.

Adrien Fabre evocaba su amistad con Hosín Draui, al que conoció por primera vez en 1990, con ocasión de un gran coloquio sobre «La Marsella griega y la Galia». Sus trabajos sobre la situación del puerto —fenicio y posteriormente romano— debían, según él, renovar la historia de la ciudad y ayudarle a recobrar la memoria. Bajo el título de «Al principio era el mar», el periódico publicaba extractos de la

intervención de Hosín Draui durante aquel coloquio.

Por la hora, la policía mantenía la tesis de un atraco mal resuelto. Los atracos en Le Panier eran frecuentes. De hecho, eso estaba frenando la política de rehabilitación del barrio. Los recién llegados, de nivel económico alto en su mayoría, eran el punto de mira de los malhechores, jóvenes árabes casi todos. Algunas casas habían sido atracadas hasta tres y cuatro veces en un intervalo de pocos meses, obligando así a los nuevos propietarios a abandonar Le Panier, desmoralizados.

Era la primera vez que la casa de los Fabre sufría un atraco. ¿Se cambiarían de barrio? Su mujer y su hijo estaban todavía demasiado afectados como para pensar en eso.

Quedaba el enigma del segundo cadáver.

Los Fabre no conocían al joven, de unos dieciséis años, vestido únicamente con un calzoncillo, que habían encontrado muerto en la planta baja, en la puerta de entrada del estudio que ocupa su hijo. Los investigadores habían registrado la casa por completo, no encontraron más que su ropa —unos vaqueros, una camiseta, una cazadora— y una mochilita con cosas de aseo y una muda, pero ni cartera ni documentos de identidad. Le habían arrancado violentamente una cadena que llevaba al cuello. Aún tenía la marca del tirón.

Según Adrien Fabre, Hosín Draui no habría alojado nunca a alguien sin decírselo. Ni siquiera a un familiar de paso, o a un amigo. Si hubiera tenido que hacerlo, por algún motivo, antes les habría llamado a Sanary. Era muy respetuoso con ellos.

¿Quién era ese joven? ¿De dónde era? ¿Qué hacía allí? Para el comisario Loubet, encargado de la investigación, eran las respuestas a esas preguntas las que aclararían este dramático caso.

Yo tenía las respuestas.

—¡Fonfon!

Fonfon llegó con dos cafés en la bandeja.

—¡No hace falta que te pongas a gritar, bueno, ya tienes el café! Se me ha ocurrido que otro bien cargao no te sentaría muy mal. Toma —dijo poniéndolos en la mesa. Luego me miró—. Pero ¿qué te pasa? ¿Te estás poniendo enfermo o qué? Estás blanco.

—¿Has leído el periódico?

—Aún no he tenido tiempo.

Le puse la página de *Le provenzal* delante.

—Lee.

Leyó, lentamente. No toqué el café, incapaz como era de hacer ni el menor gesto. Tenía escalofríos por todo el cuerpo. Estaba temblando de arriba abajo.

—¿Y? —dijo volviendo a levantar la cabeza.

Le conté. Gélou. Guitou. Naima.

—¡Hostia!

Me miró y volvió a leer el artículo. Como si por leerlo de nuevo pudiera abolir la triste realidad.

—Ponme un coñac.

—Fabre... —empezó.

—Hay a montones en la guía, ya lo sé. Venga, tráeme un coñac.

Necesitaba descongelar la sangre de las venas. Volvió con la botella. Me bebí dos, de un trago. Con los ojos cerrados, sujetándome con una mano a la mesa. El asco del mundo se nos adelantaba. Podíamos olvidarlo, negarlo, pero siempre acababa por atraparnos en una esquina.

Me bebí un tercero. Me dio una arcada y corrí hasta el fondo de la terraza para devolver en las rocas. Una ola rompió contra ellas, merendándose mi vómito del mundo. Su inhumanidad y su violencia inútil. Vi cómo la espuma blanca lamía las anfractuosidades de la roca antes de retirarse. Me dolía la tripa. Mi cuerpo buscaba la bilis. Pero ya no tenía nada que vomitar. Más que una inmensa tristeza.

Fonfon me había vuelto a hacer otro café. Me metí otro coñac, el café, y luego me senté.

—¿Qué piensas hacer?

—Nada. No le voy a decir nada. De momento. Está muerto, decírselo no va a cambiar nada. Y ella, que sufra ahora, mañana o esta noche, tampoco cambia nada. Voy a enterarme de todo esto. Tengo que encontrar a la chica. Y al chaval, a ese tal Mathias.

—Eeeh, en fin —dijo él, escéptico, sacudiendo la cabeza—, no crees que...

—Sabes, Fonfon, no entiendo. Este chaval ha pasado las vacaciones con Guitou, se han ido de juerga juntos, todas las noches o casi. ¿Por qué dice que no lo conoce? Para mí es en ese estudio donde pensaban pasar el fin de semana Guitou y Naima. Guitou se fue a dormir allí el viernes por la noche para quedar con la chavalilla al día siguiente. Le haría falta una llave para entrar, o que alguien le abriera las puertas.

—Hosín Draui.

—Vale. Seguro. Y los Fabre saben perfectamente quién es Guitou. Pongo la mano en el fuego, Fonfon.

—A lo mejor la policía ha querido callárselo.

—No creo. Otro que no fuera Loubet, puede ser. Él no es tan maquiavélico. Si conociera la identidad de Guitou, la habría revelado. Él mismo dice que la identificación del cadáver permitiría aclarar el caso.

A Loubet lo conocía bien. Estaba en las brigadas anticrimen. Cadáveres había visto ya unos cuantos. Se había metido de lleno en las historias más retorcidas para elucidar lo que nunca se hubiera elucidado. Era un buen policía. Honesto y recto. Uno de esos para quienes la policía está al servicio del orden republicano. Del ciudadano.

Sea quien sea. No creía ya en gran cosa, pero iba aguantando. Y cuando llevaba un caso, a nadie le interesaba pisarle el terreno. Iba siempre hasta el final. A menudo me preguntaba cómo podía ser que todavía estuviera vivo. Y ocupando ese puesto.

—¿Y entonces qué?

—Pues entonces hay algo que no cuadra.

—No crees que fuera un atraco, ¿no?

—Ya no me creo nada.

Sí, me había creído que este día iba a ser de puta pena. Había sido peor.

Donde la Historia no es la única forma del destino

Se abrió la puerta y ya no supe ni qué decir. Tenía delante a una joven asiática. Vietnamita, pensé. Pero podía equivocarme. Iba descalza y vestida conforme a la tradición. Túnica de seda escarlata abotonada en el hombro que le caía hasta medio muslo sobre un pantalón corto azul noche. El pelo, negro y largo, lo llevaba recogido a un lado, ocultándole en parte el ojo derecho. Su gesto era grave y su mirada me reprochaba haber llamado a su puerta. Pertenecía sin duda a esa clase de mujeres a las que siempre se molesta, sea cual sea la hora. No obstante, eran algo más de las once.

—Quería hablar con el señor y la señora Fabre.

—Yo soy la señora Fabre. Mi marido está en el trabajo.

Me volví a quedar sin voz. No se me había pasado por la imaginación, ni siquiera un segundo, que la mujer de Adrien Fabre fuera vietnamita. Y tan joven. Debía de tener unos treinta y cinco años. Me preguntaba a qué edad había tenido a Mathias. O a lo mejor no era su madre.

—Buenos días —conseguí articular por fin, sin dejar por ello de devorarla con la mirada.

Era bastante insolente por mi parte. Pero, más aún que su belleza, me estaba afectando el encanto de esa mujer. Lo sentía en el cuerpo. Como una corriente eléctrica. Eso mismo pasa a veces en la calle. Te cruzas con la mirada de una mujer y te das la vuelta con la esperanza de volvértela a cruzar. Sin preguntarte siquiera si esa mujer es guapa, cómo es su cuerpo, cuál es su edad. Sólo es lo que ocurre en la mirada, en ese instante: un sueño, una espera, un deseo. Toda una vida, posible.

—¿Qué quería?

Apenas había movido los labios y su voz tenía el mismo tono de una puerta que te cierran en las narices. Pero la puerta siguió abierta. Con algo de nerviosismo, se echó el pelo hacia atrás, dejándome a ver su cara.

Me examinó de pies a cabeza. Pantalón de lona azul marino, camisa azul a topos blancos —regalo de Lole—, zapatillas blancas. Bien erguido en mi metro setenta y cinco y las manos en los bolsillos de una cazadora gris petróleo. A Honorine le había parecido muy elegante. No le había contado nada de lo que había leído en el

periódico. Para ella y para Gélou me iba a buscar a Guitou.

Nuestras miradas se encontraron y me quedé así, con mi mirada en la suya, sin decir nada. Se le crispó la cara.

—Le escucho —dijo, muy seca.

—Tal vez podríamos hablar dentro.

—¿De qué se trata?

A pesar de la seguridad que normalmente debía de tener, estaba a la defensiva. Descubrir dos cadáveres, en tu casa, a la vuelta del fin de semana, no era lo que más predisponía a resultar acogedora. Y, aunque yo me había preocupado en lo que se refería a mi vestimenta, con mi pelo negro, algo rizado, y la piel mate, casi ceniza, tenía toda la pinta de un extranjero. Y así era de hecho.

—De Mathias —dije con la mayor dulzura posible—. Y del amiguito con el que estuvo de vacaciones este verano. Guitou. Que han encontrado muerto en su casa.

Todo su ser se encogió.

—¿Quién es usted? —balbuceó, como si las palabras le dolieran en la garganta.

—Un familiar suyo.

—Pase.

Señaló una escalera al fondo del pasillo y se apartó para dejarme pasar. Di unos pasos y me paré en el primer escalón. La piedra —piedra blanca de Lacoste— había chupado la sangre de Guitou. Una mancha oscura que cortaba el paso como un crespón negro. La piedra también estaba de luto.

—¿Es aquí? —pregunté.

—Sí —murmuró.

Me había fumado varios cigarrillos frente al mar antes de decidir moverme. Sabía lo que quería hacer y en qué orden, pero me sentía pesado. Como de plomo. Un soldadito de plomo. Que estaba esperando a que una mano lo manipulara para entrar en acción. Y esa mano era el destino. La vida, la muerte. Nadie escapaba a ese dedo que se te pone encima. Seas quien seas. Para lo mejor o para lo peor.

Lo peor era lo que mejor conocía yo.

Llamé a Loubet. Conocía sus hábitos. Era un currante y un madrugador. Eran las ocho y media y descolgó a la primera señal.

—Soy Móntale.

—¡Allí va! Un resucitado. Me alegro de oírte.

Era de los pocos que habían pagado su consumición el día de mi despedida. Aprecié el gesto. Celebrar mi dimisión revelaba, al igual que las elecciones sindicales, las rencillas dentro de la policía. Excepto que en este caso no se hacía con voto secreto.

—Tengo la respuesta a tus preguntas. Por lo del chaval de Le Panier.

—¡Qué! Pero ¿de qué estás hablando, Múltale?
—Del caso que estás llevando. Sé quién es el chaval. De dónde es y demás.
—¿Y cómo sabes todo eso?
—Es el hijo de mi prima. Se fugó de casa, el viernes.
—¿Y qué coño pintaba allí?
—Ya te contaré. ¿Podemos vernos?
—¡Ya lo creo! ¿Cuánto tardas hasta aquí?
—Nos vemos donde Ange, mejor. En LesTreize-Coins, ¿te parece?
—Vale.
—Hacia las doce y media.
—¡Las doce y media! Joder, Múltale, ¿qué coño tienes que hacer antes?
—Írme a pescar.
—Eres un puto mentiroso.
—Qué razón tienes. Hasta luego, Loubet.

Sí que pensaba írme a pescar. Pero a pescar información. Las lubinas y las doradas me esperarían para otro día. Ya estaban acostumbradas. No era un pescador de verdad. Sólo un aficionado.

Cúc —era su nombre y, en efecto, era vietnamita, de Dalat, al sur, «la única ciudad fría del país»— volvió la cara hacia mí y se le perdió la mirada otra vez bajo un mechón de pelo. No se lo retiró. Estaba acomodada en un sofá, sentada hacia atrás con las piernas cruzadas.

—¿Quién más está al corriente?
—Nadie —mentí.

Estaba situado a contraluz, en el sofá que ella me había indicado. Por lo que podía percibir, sus ojos de jade se habían convertido en dos rajadas negras y brillantes. Había recobrado seguridad. O, por lo menos, la fuerza suficiente como para mantenerme a distancia. Bajo su aparente calma, me imaginaba la energía que podía llegar a tener. Se movía como una deportista. Cúc no sólo estaba con la guardia levantada, sino que estaba dispuesta a saltar con las uñas bien afiladas. Debía de tener mucho que defender desde su llegada a Francia. Sus recuerdos, sus sueños. Su vida. Su vida de esposa de Adrien Fabre. Su vida de madre de Mathias. Su hijo. «Mi hijo, mío», como se empeñó en precisar.

Estuve en un tris de hacerle un montón de preguntas indiscretas. Pero me atuve a lo imprescindible. Quién era yo. Mi parentesco con Gélou. Y le conté la historia de Guitou y Naima. Su fuga. Marsella. Lo que había leído en el periódico y cómo había establecido la conexión.

—¿Por qué no han dicho nada a la policía?
—Nada ¿sobre qué?
—Sobre la identidad de Guitou.

—Me he enterado por usted. Nosotros no sabíamos nada.

—9 6—

No podía creelo.

—Pero Mathias... Lo conocía, y...

—Mathias no estaba con nosotros cuando volvimos el domingo. Lo habíamos dejado en Aix, en casa de mis suegros. Empieza la universidad este año y todavía tenía que hacer algún papeleo.

Era plausible, pero no convincente.

—Y, por supuesto —no pude reprimir la ironía—, no le han llamado ustedes por teléfono. ¿Ignora todo el drama que ha sucedido, y que han matado aquí a uno de sus amigos?

—Mi marido le ha llamado. Mathias ha jurado que no le ha dejado la llave a nadie.

—¿Y ustedes se lo han creído?

Se apartó el mechón de pelo. Gesto con el que pretendía dárselas de sincera. Ya lo había notado hacía un rato.

—¿Por qué no le íbamos a creer, señor Mántale? —dijo inclinándose levemente, con la cara estirada hacia mí.

Estaba cada vez más subyugado por su encanto y me estaba poniendo de los nervios.

—Porque si hubiera habido alguien en su casa, Hosín Draui se lo habría hecho saber —repliqué, más duramente de lo que quería—. Es su marido el que lo explica así, en el periódico.

—Hosín ha muerto —dijo ella con suavidad.

—¡Y Guitou también! —grité. Me levanté, nevioso. Eran las doce. Tenía que enterarme de algo más antes de ver a Loubet—. ¿Desde dónde puedo hacer una llamada?

—¿A quién?

Dio un salto. Me plantaba cara. De pie. Inmóvil. Me pareció más alta, y la espalda más ancha. Sentí su aliento en mi pecho.

—Al comisario Loubet. Es hora de que conozca la identidad de Guitou. No sé si se va a tragar su historia. Lo que está claro es que ese dato le permitirá avanzar en su investigación.

—No. Espere.

Se echó el pelo hacia atrás con las dos manos. Estuvo midiéndome. Estaba dispuesta a cualquier cosa. Incluso a tirármeme a los brazos. Y yo no me resistía tampoco mucho.

—Tiene usted unas orejas preciosas —me oí murmurar a mí mismo.

Sonrió. Una sonrisa casi imperceptible. Me puso la mano en el brazo; esta vez, la

corriente eléctrica me atravesó. Brutalmente. Tenía la mano ardiendo.

—Por favor.

Llegué tarde a Les Treize-Coins. Loubet se estaba bebiendo una cerveza, en vaso grande. Al verme entrar, Ange me puso un pastis. Difícil cambiarle las costumbres. Durante años, este bar, detrás de la policía, había sido mi cantina. Al margen de los otros polis que tenían mesa en la rue de L'Évêché o en la place des Cantons. Donde las camareras les enrollan con palabras cariñosas para arañar propinas.

Ange no era de los que hablaban en exceso. No iba mucho detrás de los clientes. Cuando el grupo LAM decidió rodar el videoclip del nuevo disco en su bar, lo único que se le ocurrió decir fue: «¿Y qué tenéis contra mi bar?». Pero con una pizca de orgullo.

Era un apasionado de la Historia. De la Historia con H mayúscula. Todo lo que encontraba le venía bien. Decaux, Castellot. Pero también cualquier otra cosa a voleo de los *bouquinistes*. Zévaes, Ferro, Rousset. Entre copa y copa, se dedicaba a reciclarme. La última vez que fui a verle, la emprendió, con todo lujo de detalles, con la entrada de Garibaldi en el puerto de Marsella. El 7 de octubre de 1870. «A las diez exactamente». Por el tercer pastis, ya le había dicho que me negaba a que la Historia fuera la única forma del destino. No sé lo que yo entendía por eso, y todavía no lo sabía bien, pero me parece justo. Me miró, aterrorizado, y no dijo nada más.

—Te estábamos esperando —dijo empujando el vaso hacia mí.

—¿La pesca bien, Móntale?

—Bastante.

—¿Se queda a comer? —preguntó Ange.

Loubet me miró.

—Luego, dentro de un rato —dije yo con dejadez.

Lo del depósito de cadáveres no me parecía que hiciera mucha falta. Pero para Loubet era imprescindible. Los únicos que sabíamos que era Guitou el que habían encontrado muerto éramos Mathias, Cûc y yo. No me apetecía mucho contarle a Loubet mi encuentro con Cûc. No le habría parecido bien y, sobre todo, se habría ido de cabeza a su casa. Y yo le había prometido a Cûc que le daría tiempo. La comida de mediodía. Para que ella, su marido y Mathias ultimaran la versión verdadera de una mentira. Se lo había prometido. No hacía daño a nadie, me dije. Algo avergonzado, eso sí, por haberme dejado seducir tan fácilmente. Pero no cambiaré nunca, soy sensible a la belleza de las mujeres. Me bebí la copa como un condenado a muerte.

No había pisado el depósito de cadáveres más que tres veces en toda mi carrera. El ambiente gélido me impresionó desde que crucé la puerta de la recepción. Habíamos pasado del sol a la luz de neón. Blanca, macilenta. Húmeda. El infierno no era nada menos que esto. La muerte, fría. No sólo aquí. En el fondo de un agujero,

incluso en verano, era igual.

Evité pensar en aquellos a los que ya había enterrado, a los que quería. Cuando eché el primer puñado de tierra en el féretro de mi padre, me dije: «Bueno, ahora ya estás solo». Luego no me fue fácil con los demás. Incluso con Carmen, la mujer que compartía mi vida entonces. Me volví taciturno. Por la imposibilidad de explicarle que aquel ausente tenía de repente más importancia que su propia presencia. Que su amor. Era absurdo. Mi padre, es verdad, había sido un verdadero padre. Pero como Fonfon o Félix. Como muchos otros. Como podría haberlo sido yo, simple y llanamente.

Lo que me minaba, en realidad, era la muerte en sí misma. Era demasiado joven cuando mi madre se nos fue. Y, ahí, con mi padre, por primera vez, la muerte se había infiltrado en mi interior, como un roedor. En la cabeza, en los huesos. En el corazón. El roedor había seguido su camino cabrón. Después de la atroz muerte de Leila, mi corazón era una herida que no sanaría jamás.

Concentré la atención en una empleada que estaba limpiando el suelo con una bayeta. Una africana gorda. Levantó la cabeza y le sonreí. Porque me parecía que había que tener unas buenas narices para trabajar allí.

—Para el 747 —dijo Loubet, enseñando su carnet de policía.

Se oyó un clic metálico y se abrió la puerta. El depósito de cadáveres estaba en el sótano. Ese olor tan particular de los hospitales se me subió a la nariz. La luz del día se filtraba tan amarillenta como el agua del cubo en la que la mujer de la limpieza mojaba la bayeta.

—¿Estás bien? —dijo Loubet.

—Tendré que estarlo —contesté.

Guitou llegó en un carro cromado, empujado por un hombrecillo calvo, con un cigarrillo en la boca.

—¿Es para ustedes?

Loubet asintió con la cabeza. El tipo plantó el carro delante de nosotros y se marchó sin añadir palabra. Loubet levantó lentamente la sábana, la bajó hasta el cuello. Cerré los ojos. Cogí aire y miré al fin el cadáver de Guitou. El hijo querido de Gélou.

Igual que en la foto. Pero aseado, exangüe y helado. Parecía un ángel. Del paraíso a la tierra, en caída libre. ¿Les habría dado tiempo a amarse, a Naima y a él? Cúc me dijo que habían llegado el viernes por la noche. Llamó a Hosín hacia las ocho. Un montón de preguntas me trotaban por la cabeza: ¿dónde podía estar Naima cuando mataron a Guitou? ¿Ya se había ido? ¿O estaba con él? Y ¿qué había visto? Tendría que esperar quizás hasta las cinco para tener respuestas. Murad me tenía que llevar a casa del abuelo.

Fue lo primero que hice después de llamar a Loubet. Ir a ver a la madre de Naima.

No le había hecho gracia que fuera a verla, y tan temprano. Reduán podía haber estado en casa, y tenía mucho interés en dejarlo fuera de esta historia. «La vida ya es bastante complicada así», dijo. Me había arriesgado, pero tenía el tiempo muy justo. Quería tener ventaja sobre Loubet. Era absurdo, pero quería *saber* antes que él. Esa mujer era buena y se preocupaba por sus hijos. Eso es lo que me animó a asustarla.

—Naima puede estar metida en un asunto muy feo por culpa de ese chico.

—¿El francés?

—El hijo de mi prima.

Se sentó en el borde del sofá y se puso la cara entre las manos.

—¿Qué ha hecho?

—Nada. Bueno, no sé. Es la última persona que vio a ese chico.

—¿Por qué no nos deja en paz? Tengo demasiadas preocupaciones con los hijos en este momento —volvió la cabeza hacia mí—. A lo mejor el chico ya ha vuelto a su casa. O va a volver. Reduán también desapareció, más de tres meses sin saber de él. Luego apareció. Ahora ya no se marcha. Es responsable.

Me agaché junto a ella.

—La creo señora. Pero Guitou no volverá jamás. Está muerto. Lo han matado. Y esa noche Naima estaba con él.

Vi el pánico en sus ojos.

—¿Muerto? Y Naima...

—Estaban juntos. Los dos, en la misma... En la misma casa. Me tiene que contar lo que sabe. Si todavía estaba allí cuando todo ocurrió, algo vería.

—¡Mi pobre niña!

—Soy el único que lo sabe. Si no la encontraron allí, no se enterará nadie. No hay ninguna posibilidad de que la policía la relacione. La policía no tiene ni idea de su existencia. Entiende. Por eso no puedo perder más tiempo.

—El abuelo no tiene teléfono. De verdad, créaselo, señor. Dice que el teléfono no son más que excusas para no vernos. Yo iba a ir, como le prometí. Está lejos, en Saint-Henri. Desde aquí hay que coger un montón de autobuses. Es complicado.

—Yo la llevo, si quiere.

—No puede ser, señor. Yo con usted en el coche. Se enterarían. Aquí se enteraría la gente de todo. Y Reduán, se pondría otra vez como se pone.

—Deme la dirección.

—¡No! —dijo ella categóricamente—. Murad sale de clase a las tres esta tarde. Él le llevará. Espérelo en el final de línea del autobús, en el cours Joseph Thierry, a las cuatro.

—Gracias —dije yo.

Me sobresalté porque Loubet me acababa de coger del brazo para que mirara mejor el

cuerpo de Guitou. Había bajado la sábana hasta el vientre.

—Se ha comido un 38 especial. Una única bala. A bocajarro. No te deja ninguna posibilidad. Provista de un buen silenciador, hace menos ruido que una mosca. Todo un profesional, el tío.

La cabeza me daba vueltas. No por lo que veía, sino por lo que me imaginaba. Guitou en pelotas y el otro con la pistola en la mano. ¿Habría mirado al chaval antes de dispararle? Porque no había matado así, a bulto, mientras huía. No, frente a frente. En mi vida, no me había encontrado con muchos tipos capaces de hacer lo que había hecho éste. Algunos en Yibuti. Legionarios, paracas. Supervivientes de Indochina, de Argelia. Ni siquiera en las noches de superborrachera hablaban de ello. Habían salvado el pellejo, y basta. Podía entenderlo. Se podía matar por celos, bajo el impulso de la ira, por desesperación. Pero así, no.

Me invadía el odio.

—Lo de la ceja fue al caerse —prosiguió Loubet, señalándola con el dedo. Después lo bajó hasta el cuello—. Esto, ves, es más interesante. Le arrancaron la cadena que llevaba.

—¿Por su valor? ¿Tú crees que les iba la vida en una cadena de oro?

Se encogió de hombros.

—Quizás esa cadena podía facilitar su identidad.

—Y a éstos ¿qué más les da?

—Ganar tiempo.

—Explícate. No lo acabo de pillar.

—Es sólo una suposición. Que el asesino conozca a Guitou. Hosín Draui llevaba una estupenda pulsera de oro en la muñeca. Y la sigue llevando.

—No nos conduce a ningún sitio, pensar eso.

—Ya lo sé. Me dedico a constatar, Móntale. Hago hipótesis. Tengo un centenar. Ninguna nos conduce a ningún sitio, tampoco. Por consiguiente, todas valen —volvió a poner el dedo en el cuerpo de Guitou. En el hombro—. Este moratón es más antiguo. Un hermoso moratón. Ves, esto lo identifica igual de bien que una cadena, y tampoco nos lleva muy lejos.

Loubet volvió a tapar el cuerpo de Guitou y luego me miró. Yo sabía que después tendría que firmar en el registro. Y que eso no iba a ser lo más duro.

Donde no hay mentira inocente

En mitad de la rue Sainte-Françoise, enfrente de Les Treize-Coins, un tal José estaba lavando el coche, un R21 con los colores del OM. Azul abajo, blanco arriba. Banderín a juego colgado en el retrovisor y bufanda de hinchable en la bandeja de atrás. Música a tope. Los Gipsy Kings. «Bamboleo», «Chobí, chobá», «Amor, amor»... El *super hit*.

Sicard, el albañil, le había abierto la toma de agua de la calle. José tenía para él toda el agua de la ciudad a discreción. De tanto en tanto se acercaba a la mesa de Sicard y se sentaba a beberse un pastis sin quitarle los ojos de encima al coche. Como si fuera una pieza de museo. O a lo mejor estaba pensando en la titi que iba a pillarse para darle una vueltecita por Cassis. Lo que estaba claro es que José no andaba precisamente pensando en los impuestos municipales. Y hay que decir que se lo tomaba con calma.

Aquí, en el barrio, siempre se hacía igual si querías lavar el coche. Los años iban pasando, pero siempre había un Sicard dispuesto a regalarte el agua si le pagabas el pastis. Había que ser un auténtico *cake* de Saint-Giniez para ir al autolavado.

Y, si venía un coche por detrás, había que esperar a que José acabara. Con pasadita suave de gamuza por la carrocería incluida. Y tú cruzando los dedos para que no se le cagara una paloma encima justo en ese momento.

Si el conductor era de Le Panier, entonces se tomaría tranquilamente un aperitivo con José y Sicard, hablando de la liga de fútbol, haciendo bromas con los malos resultados del PSG^[15]. Y, ojo, que eran malos siempre, aunque los parisinos estuvieran en cabeza. Si era un «turista», y después de unos cuantos bocinazos intempestivos, podían llegar a las manos. Pero no era lo normal. Cuando no eres de Le Panier, no te vienes hasta aquí a montar bronca. Te las piras y te lo tomas con resignación. Pero no llegó ningún coche y Loubet y yo pudimos comer tranquilos. Personalmente, no tenía nada contra los Gipsy Kings.

Ange nos había colocado en la terraza, con una botella de rosado del Puy-Sainte-Réparate. De menú, relleno de tomate, patatas, calabacín y cebolla. Tenía hambre, y estaba delicioso. Me encanta comer. Pero más cuando tengo problemas, y más aún cuando me codeo con la muerte. Necesito engullir alimentos, legumbres, carnes, pescados, postres o chucherías. Dejarme invadir por sus sabores. No había

encontrado nada mejor para apartar la muerte. Cuidarme de ella. Buena cocina y buenos vinos. Como un arte de la supervivencia. Y hasta la fecha, no me estaba sentando muy mal.

Loubet y yo guardábamos silencio. Sólo habíamos intercambiado unas cuantas banalidades mientras picábamos un poco de embutido. Él estaba rumiando sus hipótesis. Y yo las mías. Cûc me ofreció un té. Un té negro. «Creo que puedo confiar en usted», empezó. Yo le contesté que, dadas las circunstancias, no era una cuestión de confianza, sólo de verdad. De una verdad que confesar al policía que lleva la investigación del caso. La identidad de Guitou.

—No le voy a contar mi vida —explicó ella—. Pero lo entenderá mejor cuando le haya contado ciertas cosas. Llegué a Francia a los diecisiete años. Mathias acababa de nacer. Era 1977. Mi madre decidió que era hora de marcharse. El hecho de que yo acabara de tener un hijo, quizás tuvo que ver algo en su decisión. Yo qué sé.

Me echó una mirada furtiva, cogió un paquete de Craven A y encendió un cigarro nerviosa. Su mirada se perdió en una bóveda de humo. Muy lejos. Prosiguió. Sus frases se prolongaban a veces en largos silencios. Su voz se atenuaba. Había palabras que quedaban suspendidas, en el aire, y parecía como si las echara de un manotazo, apartando el humo del cigarro. Su cuerpo permanecía inmóvil. Sólo su larga cabellera se balanceaba al compás de la cabeza, que inclinaba como en busca de algún detalle perdido.

La escuché atentamente. No podía creer que yo fuera la primera persona en su vida a la que se confiaba. Sabía que al final del relato habría un favor a cambio. Pero con esta repentina intimidad estaba intentando seducirme. Y le funcionaba.

—Volvimos, mi madre, mis tres hermanas pequeñas, el niño y yo. Mi madre tuvo muchas narices. Sabe, nosotros formábamos parte de los que llamaban repatriados. Mi familia estaba naturalizada desde 1930. De hecho, yo tengo la doble nacionalidad. Se nos consideraba franceses. Pero la llegada a Francia no tuvo nada de idílico. De Roissy, nos llevaron a un hogar de trabajadores en Sarcelles. Luego nos dijeron que nos teníamos que ir y fuimos a parar a Le Havre.

»Estuvimos viviendo allí durante cuatro años, en un pequeño apartamento de dos habitaciones. Mi madre se ocupó de nosotras hasta que pudimos arreglárnoslas solas. En Le Havre fue donde conocí a Adrien. Una casualidad. Sin él... Sabe usted, yo me dedico a la moda. Diseño colecciones y telas de inspiración oriental. El taller y la tienda están en el cours Julien. Y acabo de abrir una tienda en París, en la rue de La Roquette. Y pronto otra en Londres.

Se había vuelto a levantar para decir aquello.

La moda era la última pija en Marsella. El ayuntamiento anterior se había cepillado una cantidad enorme de dinero en un Espacio Moda Mediterránea, en La Canebière. En los antiguos locales de las tiendas Thierry. «El Beaubourg de la alta

costura». Los periódicos así lo habían anunciado. Yo pisé por allí una vez por curiosidad. Porque lograba imaginar lo que se podía hacer ahí dentro. En realidad, allí no había nada. Pero, me explicaron un día, «servía para que en París tuvieran otra imagen de nosotros».

¡Para mearse de risa, de verdad! Yo pertenecía a esa raza de marseleses a los que se la pela la imagen que puedan tener en París, o donde sea, de nosotros. La imagen era lo de menos. Para Europa seguimos siendo la primera ciudad del Tercer Mundo. La más favorecida, para los que sienten alguna simpatía por Marsella.

Lo importante, para mí, es que se hicieran cosas por Marsella. No para seducir a París. Todo lo que hemos ganado, lo hemos ganado contra París. Eso es lo que siempre había afirmado la vieja burguesía marselesa, la de los Fraissinet, los Touache, los Paquet. La que en 1870, según me contó Ange, había financiado la expedición de Garibaldi a Marsella para echar atrás la invasión prusiana. Pero, hoy día, esa burguesía ni hablaba ni actuaba. Probablemente agonizaba en las suntuosas villas del Roucas Blanc. Indiferente a lo que Europa tramaba contra la ciudad.

—¿Ah, sí? —respondí yo de modo evasivo.

Cûc, mujer de negocios. Le quitaba magia a la cosa. Sobre todo, nos llevaba a más realidad.

—No crea, estoy empezando. Sólo llevo dos años. He arrancado fuerte, pero todavía no estoy al nivel de Zazza of Marseille.

Zazza, sabía quién era. Ella también se había lanzado a la moda. Y su marca de *prêt-à-porter* artesanal estaba empezando a dar la vuelta-al mundo. Se veía su foto en todas las revistas que «cuentan» Marsella al buen pueblo de Francia. El ejemplo del éxito. El símbolo del Mediterráneo creador. Pero quizás yo no era objetivo. Podía ser. Y no era menos cierto que en Les Goudes, en la actualidad, no había más que seis pescadores profesionales, y no muchos más en L'Estaque. Que en La Joliette los cargueros eran cada vez más escasos. Que los muelles estaban prácticamente desiertos. Que La Spezia, en Italia, y Algeciras, en España, habían visto cuadruplicar su tráfico de mercancías. De modo que, frente a este tipo de cosas, yo me preguntaba por qué un puerto no era en primer lugar utilizado y desarrollado como puerto. Así es cómo yo veía la revolución cultural en Marsella. Con los pies en el agua, para empezar.

Cûc esperaba una reacción por mi parte. No tuve ninguna. Me dedicaba a esperar. Había ido hasta allí para comprender.

—Todo esto para decirle —volvió a hablar, con seguridad esta vez, sin trompicarse ya con las palabras—, que tengo cariño por lo que he construido. Y lo que he construido es para Mathias. Toda mi vida es para él.

—¿No conoció a su padre? —la interrumpí.

Se quedó desconcertada. El pelo le volvió a caer sobre los ojos, como una

pantalla.

—No..., ¿por qué?

—Guitou tampoco. Por ese lado, hasta la noche del viernes iban empatados. Y supongo que la relación de Mathias con Adrien no es muy fácil que digamos.

—¿Qué es lo que le hace pensar eso?

—Porque ayer oí una historia muy parecida. La de Guitou. Y la de un tipo que se cree que es su padre. Y la del padre al que uno idealiza. La complicidad con la madre...

—No le sigo.

—¿No? Pues está bastante claro. Su marido ignoraba que Mathias le prestaba el estudio a Guitou para el fin de semana. No es algo que suela hacer a menudo, supongo. Usted era la única que lo sabía. Y Hosín Draui, por supuesto. Que compartió su secreto. Más cómplice con usted que con su marido...

Me había pasado de la raya un poco más de la cuenta. Aplastó el cigarro con violencia y se levantó. Si hubiera podido echarme a la calle, lo habría hecho. Pero me necesitaba. Me plantó cara con el mismo aplomo que hacía un rato. Igual de tiesa. Igual de orgullosa.

—Es usted un grosero. Pero así es, en efecto. Aunque con una pequeña diferencia: Hosín Draui aceptó esa complicidad, como dice usted, únicamente por la amistad que le une a Mathias. Creía que la jovencita en cuestión, Naima, que ha venido por aquí varias veces, era la amiga de Mathias, su novia, quiero decir. Ignoraba que iba a estar el otro chaval.

—Vale, de acuerdo. No estaba usted obligada a contarme su vida para decirme simplemente eso.

—No ha entendido usted nada.

—No quiero entender nada.

Sonrió por primera vez. Y le quedaba de maravilla.

—¡Parece una frase de Bogart!

—Gracias. Pero eso no me dice lo que piensa usted hacer a partir de ahora.

—¿Qué haría usted en mi lugar?

—Llamaría a su marido. Luego a la policía. Ya se lo he dicho hace un rato. Cuénteles la verdad a su marido, encuentren una mentira plausible para la policía.

—¿Se le ocurre a usted alguna?

—Cientos. Pero yo no sé mentir.

No vi venir el bofetón. Me lo había merecido. ¿Por qué le había dicho eso? Había demasiada electricidad entre ella y yo. Seguro. Nos íbamos a electrocutar. Y no quería. Había que cortar la corriente.

—Lo siento.

—Le doy dos horas. Después, el comisario Loubet llamará a su puerta —me fui a

mi cita con Loubet. Fuera, lejos de su atracción, recuperé el control. Cûc era un enigma. Su historia escondía otra. Lo presentía. Uno no miente inocentemente.

Mi mirada se encontró con la de Loubet. Me estaba observando.

—¿A ti qué te parece esta historia?

—Nada. Tú eres el poli, Loubet. Tú tienes todas las cartas, no yo.

—No me toques los cojones, Múltale. Tú siempre has tenido un punto de vista, incluso con los bolsillos vacíos. Y con esta historia, sé que estás dándole vueltas.

—Pues así, por olfato, creo que no hay relación entre el asesinato de Hosín Draui y el de Guitou. No los han matado de la misma manera. Creo que Guitou estaba ahí en el momento equivocado, y ya está. Que matarlo era imprescindible, pero que han cometido un error.

—Tú no crees que sea el típico atraco que acaba mal.

—Siempre hay excepciones.

Sonrió.

—Yo también lo veo como tú.

Dos rastas cruzaron por la terraza dejando olor a hachís. Uno de ellos había trabajado últimamente en una película, pero «no era para tirarse de los pelos», como dicen por aquí. Entraron en el bar y se sentaron en la barra. El olor a hachís me hizo cosquillas en la nariz. Hacía años que no me fumaba un canuto. Pero echaba de menos el olor. A veces buscaba ese olor fumándome un camel.

—¿Qué tienes sobre Hosín Draui?

—Todo lo que me haría pensar que los de las barbas han venido hasta aquí sólo para liquidarlo. Para empezar, era íntimo de Asedín Medyubi, el dramaturgo al que asesinaron hace poco. Luego, durante varios años, fue miembro del PAGS, el Partido de la Vanguardia Socialista. Actualmente era, sobre todo, un militante activo de la FAIS. La federación de los artistas, intelectuales y científicos argelinos. Su nombre figura entre los componentes del grupo de coordinadores de un encuentro de la FAIS que tendrá lugar en Toulouse dentro de un mes.

»Para mí, un tipo valiente, este Draui. Vino a Francia por primera vez en 1990. Se quedó aquí un año, yendo y viniendo varias veces. Volvió en 1994, tras haber sido apuñalado en una comisaría de Argelia. Desde hacía algún tiempo, su nombre estaba en el pelotón de tipos que había que eliminar. Su casa era vigilada las veinticuatro horas por el ejército. Cuando llegó a Francia, vivió una temporada en Lille, luego en París con visados de turista. Más tarde se hicieron cargo de él los de los comités de apoyo a intelectuales argelinos en Marsella.

—Y ahí es donde conoce a Adrien Fabre.

—Se conocieron ya en 1990, en un coloquio sobre Marsella.

—Es verdad, hacían alusión a eso en el periódico.

—Simpatizaron el uno con el otro. Fabre milita hace años en Derechos Humanos.

Esto también habrá influido.

—No lo creía militante.

—Sólo en Derechos Humanos. No se le conocen otros compromisos políticos. Nunca los tuvo. Excepto en 1968. Estaba en el movimiento del 22 de marzo. Algún adoquín tiraría a la policía. Como buen estudiante de aquella época.

Me quedé mirándole. Hizo una tesina de derecho. Soñaba con ser abogado. Acabó siendo poli. «Cogí lo que más futuro tenía en la administración», bromeó un día. Pero, por supuesto, no le hice caso.

—¿Estuviste en las barricadas?

—Lo que hice sobre todo fue acostarme con muchas chicas —dijo sonriendo—.

¿Y tú?

—Nunca fui estudiante.

—¿Dónde estabas en el 68?

—En Yibuti, en el ejército colonial... De todas maneras, aquello no era para nosotros.

—¿Quieres decir para ti, Ugo y Manu?

—Quiero decir que no hay una revolución viva, que se pueda señalar con el dedo, como un ejemplo. No sabíamos gran cosa, pero eso sí que lo sabíamos. Bajo los adoquines nunca estuvo la playa, sino el poder. Los más puros acaban siempre en el gobierno, y les va gustando. El poder sólo corrompe a los idealistas. Nosotros éramos unos delincuentillos. Nos gustaba el dinero fácil, las chicas, los coches. Oíamos a Coltrane. Leíamos poesía. Y cruzábamos el puerto a nado. Darnos gustito y presumir. No le pedíamos mucho más a la vida. No le hacíamos daño a nadie y nos sentaba bien.

—Y te hiciste poli.

—No me he dado mucha elección en mi vida. Creí en ello. Y no me arrepiento de nada. Pero tú lo sabes... No tenía mentalidad de eso.

Guardamos silencio hasta que Ange nos trajo los cafés. Los dos rastas se sentaron en la terraza y se pusieron a mirar cómo José terminaba de lavar el coche... Como si vieran a un marciano, pero con una pizca de admiración. El albañil miró la hora:

—¡Oye, José! ¡Qué ya he acabao el trabajo, voy a tener que cortar el agua, eh!

—Qué bien se está aquí —dijo Loubet estirando las piernas.

Se encendió un purito y aspiró el humo con placer. Me caía bien Loubet. No era un tipo fácil, pero con él nunca había malos rollos. Además, le encantaba comer bien, y para mí eso era esencial. No me fío nada de los que comen poco y de cualquier manera. Ardía en deseos de interrogarle acerca de Cûc. De saber lo que sabía. No hice ningún movimiento. Hacerle una pregunta a Loubet era como un bumerán, se te incrustaba otra vez en plena cara.

—No habías terminado con lo de Fabre.

—Pff... De familia burguesa. Empezó joven. Hoy es uno de los arquitectos más solicitados en Marsella y en toda la costa. Sobre todo en el Var. Tiene un estudio muy potente. Está especializado en grandes obras. Privadas y públicas. Lo llaman muchos políticos.

Lo que me dijo después sobre Cûc no me descubrió nada. ¿Qué más querría yo saber? Especialmente detalles. Sólo para hacerme una idea más precisa. Una descripción fría. Sin carga emocional. No había dejado de pensar en ella durante toda la comida. No me gustaba nada sentirme bajo la influencia de alguien.

—Una bella mujer —precisó Loubet.

Luego me miró con una sonrisa que no tenía nada de inocente. ¿Sabría que ya había estado con ella?

—Ah, sí —respondí con tono evasivo.

—Tengo un favor que pedirte, Móntale.

—Dime.

—La identidad de Guitou nos la guardamos para nosotros. Unos días.

No me sorprendió. Al ser Guitou un error de los asesinos, constituía una de las claves de la investigación. En cuanto fuera identificado oficialmente, la cosa empezaría a moverse. Por parte de los hijos de puta que habían hecho aquello. Evidentemente.

—¿Y qué le cuento a mi prima?

—Es tu familia. Sabrás hacerlo.

—Eso se dice muy fácil.

En realidad, a mí también me venía bien. Desde por la mañana no paraba de alejar de mi cabeza la idea de tener que enfrentarme a Gélou. Cómo reaccionaría, me lo podía imaginar. No muy agradable de ver. Y duro de vivir. Tendría, a su vez, que venir a identificar el cadáver. Habría unos cuantos formalismos. El entierro. Yo sabía que, en ese mismo momento, ella caería en otro mundo. En el del dolor. En el que uno envejece definitivamente. Gélou, mi bellísima prima.

Loubet se levantó. Apoyó la mano en mi hombro. Su apretón era firme.

—Otra cosa, Móntale. No hagas de esto un asunto personal por Guitou. Sé lo que sientes. Y te conozco bastante bien. Así que no lo olvides. Este caso lo llevo yo. Yo soy policía y tú no. Si te enteras de algo, me llamas. La cuenta la pago yo. Chao.

Lo seguí con la mirada mientras subía por la rue du Petit-Puits. Andaba con paso firme, la cabeza alta y los hombros hacia atrás. Estaba hecho a la imagen de esta ciudad.

Encendí un cigarro y cerré los ojos. Sentí inmediatamente la dulzura del sol en la cara. Qué bueno. Sólo creía en estos momentos de felicidad. En las migajas de la abundancia. No tendremos otra cosa que lo que podamos rascar de aquí y de allá. En este mundo ya no había sueños que valieran. Tampoco había esperanza. Y se podía

matar a niños de dieciséis años a lo tonto y sin motivo. En las *cités*, a la salida de la discoteca. O hasta en una casa particular. Niños que nada sabrán de la fugaz belleza del mundo. Ni de la de las mujeres.

No, lo de Guitou no es que estuviera tomándomelo como un asunto personal. Era más que todo eso. Como una congestión. Unas ganas de llorar. Me acariciaba la cabeza. Debía de tener once o doce años. Estaba en la cama, incapaz de moverse. Sabía que iba a morir pronto. Yo creo que también lo sabía. Pero no había entendido el sentido de sus palabras. Era demasiado joven. La muerte, el sufrimiento, el dolor, no tenían realidad. Me había pasado una parte de mi vida llorando. Otra negándome a llorar. Y me había estado jodiendo por todos lados. Por el dolor, el sufrimiento. Por la muerte.

Chourmo de nacimiento, aprendí la amistad, la fidelidad en las calles de Le Panier, en los muelles de La Joliette. Y el orgullo de la palabra dada en La Digue du Large, viendo a un carguero tirar para alta mar. Valores primarios. Cosas que no se pueden explicar. Cuando alguien estaba en la mierda, uno sólo podía sentirse de su misma familia. Así de fácil. Y había demasiadas madres que se preocupaban, que sufrían en esta historia. Demasiados niños también, tristes, algo perdidos, perdidos ya. Y Guitou muerto.

Loubet lo comprendería. No me podía quedar al margen. De hecho, no me había hecho prometerle nada. Se había limitado a darme un consejo. Persuadido sin duda de que iría más allá. Con la esperanza de que yo metiera las narices ahí donde no llegara él. Me interesaba creerme eso, porque era exactamente lo que tenía intención de hacer. Meterme en esto. Sólo por ser fiel a mi juventud. Antes de ser definitivamente viejo. Porque todos envejecemos, por nuestra indiferencia, nuestras dimisiones, nuestras cobardías. Y por la desesperación de saber todo esto.

—Todos envejecemos —le dije a Ange levantándome.

No hizo ningún comentario.

Donde resulta difícil creer en las coincidencias

Tenía dos horas por delante antes de encontrarme con Murad. Sabía lo que iba a hacer. Intentar ver a Pavie. La nota que le había escrito a Serge me preocupaba. Aparentemente seguía estando pringada. El riesgo, ahora que Serge había muerto, era que se volviera a colgar de mí. Pero no podía dejarla tirada. Pavie con Arno, me lo había llegado a creer.

Decidí probar suerte en la última dirección que tenía de ella. En la rue des Mauvestis, al otro lado de Le Panier. A lo mejor me puede aclarar algo sobre las actividades de Serge. Si había sabido dar con él, quería decir que todavía estaban en contacto.

Le Panier parecía una enorme obra. La rehabilitación estaba en su punto culminante. Cualquiera podía comprarse aquí una casa por cuatro duros y, además, reformarla a golpe de créditos especiales del municipio. Se estaban tirando casas, incluso manzanas enteras para crear bellas plazuelas, y dar luminosidad a este barrio que había vivido siempre a la sombra de callejuelas estrechas.

Los amarillos y ocres empezaban a dominar. Marsella italiana. Con los mismos olores, las mismas risas, el mismo vocerío que en las calles de Nápoles, de Palermo o de Roma. El mismo fatalismo ante la vida, también. Le Panier seguiría siendo Le Panier. No se podía alterar su historia. No más que la de la propia ciudad. En todas las épocas, la gente había aterrizado por aquí sin un duro en el bolsillo. Era el barrio del exilio. De los inmigrantes, de los perseguidos, de los sin techo y de los marineros. Un barrio de pobres. Como Les Grands-Carmes o el cours Belsunce, y las calles que suben suavemente hacia la gare Saint-Charles.

La rehabilitación pretendía borrar la mala reputación que tenían esas calles. Pero los marselleses no venían a pasearse por esta zona. Ni siquiera los que habían nacido aquí. En el momento en que se vieron con un poco de pasta, se pasaron «al otro lado» del Vieux Port. Hacia Endoume y Vauban. Hacia Castellane, Baille, Lodi. O incluso más lejos, hacia Saint-Tronc, Sainte-Marguerite, Le Cabot, La Valbarelle. Y si se aventuraban a veces a cruzar La Canebière, era para ir al centro comercial La Bourse, no más allá. Más allá no era su ciudad.

Yo crecí en aquellas calles donde Gélou era «la más bella del barrio». Con Manu y Ugo. Y Lole que, aunque más joven que nosotros, se convirtió rápidamente en la

princesa de nuestros sueños. Mi corazón se quedaba de ese lado de Marsella. En «ese caldero en el que se cuece la más sorprendente salsa de la existencia», como decía Gabriel Audisio, amigo de Brauquier. Y nada cambiaría. Yo pertenecía al exilio. Las tres cuartas partes de los habitantes de esta ciudad podían decir lo mismo. Pero no lo decían. No suficientemente para mi gusto. Sin embargo, ser marsellés era eso.

«Si se tiene corazón», me explicó un día mi padre, «uno no tiene nada que perder, vaya adonde vaya. Sólo puedes encontrar». Él había encontrado Marsella, como un golpe de suerte. Y nos paseábamos por el puerto, felices. En medio de otros hombres que hablaban de Yokohama, de Shangai o de Diego Suárez. Mi madre lo cogía del brazo y él me daba la mano. Todavía llevaba pantalones cortos y en la cabeza una gorra de pescador. Era a comienzos de los años sesenta. Los años felices. Por la noche todo el mundo se encontraba allí, dando vueltas por el muelle. Con un helado de pistacho. O un paquete de almendras o de cacahuets salados. O también, felicidad extrema, un cucurucho de azufaifas.

Incluso después, cuando la vida se puso más dura y tuvo que vender su estupendo Dauphine, siguió pensando de la misma manera. ¿Cuántas veces no habré dudado de él? De su mentalidad de inmigrante. Estrecha, sin ambición, creía yo. Más tarde, leí *Los hermanos Karamazov* de Dostoievski. Hacia el final de la novela, Aliocha decía a Kasotkin: «Sabes. Kolia, en el futuro puede que seas muy desgraciado. Pero bendice la vida en su conjunto». Palabras que ahora resonaban en mi corazón con el mismo tono de mi padre. Pero era demasiado tarde para decirle gracias.

Estaba con los dedos agarrados a la verja que cercaba la obra, delante de La Vieille Charité. Un gran agujero, en el emplazamiento de la rue des Pistoles y de la rue Rodillat. Habían proyectado un aparcamiento subterráneo, pero, como de costumbre, en cuanto se excava un poco te topas con restos de la antigua Focea. Ahí nos encontrábamos en el centro de la ciudad amurallada. Los griegos construyeron tres templos encima de cada una de las colinas. La de Les Moulins, la de Les Carmes y la de Saint-Laurent. Con un teatro justo al lado del último y un ágora en el lugar de la actual place de Lenche.

Al menos eso era lo que afirmaba Hosín Draui en el resumen de su intervención en el coloquio sobre Marsella, que *Le Provençal* reprodujo junto a la entrevista de Adrien Fabre. Para sostener esto Draui se apoyaba en escritos antiguos, especialmente de Estrabón, un geógrafo griego. Pues la mayoría de los restos de estos monumentos no se habían descubierto. Pero, comentaba el periódico, las excavaciones en la place Jules Verne, cerca del Vieux-Port, parecían confirmar sus teorías. Desde ahí hasta La Vieille Charité, era un sorprendente barrido por casi un milenio. Subrayaba la excepcional influencia de Massilia y, sobre todo, ponía en entredicho la idea de su decadencia después de la conquista de César. El

aparcamiento se había modificado de inmediato. Evidentemente, a la empresa constructora le había sentado fatal. Ya había pasado en el centro de la ciudad. En el centro comercial La Bourse, la negociación fue dura, y larga. Las murallas de Massilia emergían por primera vez. El inmundo búnker de hormigón se acabó imponiendo, como contrapartida a la protección de «un jardín de restos históricos». En la place du Général De Gaulle, a dos pasos del Vieux-Port, nada ni nadie pudo impedir que se levantara el aparcamiento. Aquí, delante de La Vieille Chanté, hubo que echar un pulso.

Cuatro jóvenes arqueólogos, tres chicos y una chica, se atareaban en el agujero. Sin premura. Algunas viejas piedras habían sido separadas de la tierra amarillenta, como la muralla de la ciudad de nuestros orígenes. De hecho, ya no llevaban ni picos ni palas. Se limitaban a levantar planos, a situar cada piedra. Estaba dispuesto a jugarle mi bonita camisa de topos a que aquí el hormigón sería de nuevo el gran triunfador. Como en otras ocasiones, una vez terminado el levantamiento de los planos, «datarían» su paso por allí con una lata de Coca-Cola o de Kronenbourg. Estaría todo perdido, excepto la memoria. Para los marseleses sería suficiente. Todos saben lo que hay bajo sus pies, y la historia de su ciudad la llevan en el corazón. Es su secreto, que ningún turista podrá jamás robarles.

Lole también había vivido aquí, hasta que se vino a vivir conmigo. En el lateral de la rue des Pistoles que no había sido derruido. La fachada de su casa estaba tan hecha polvo como siempre. Cubierta de pintadas hasta el primer piso. El edificio parecía abandonado. Todas las contraventanas estaban cerradas. Y fue al levantar la mirada hacia esas ventanas cuando me quedé colgado viendo el cartel de la obra del aparcamiento. Sobre todo de un nombre. El del arquitecto. Adrien Fabre.

Una casualidad, me dije.

Pero yo no creía en las casualidades. Ni en el azar. Ni en ese tipo de rollos. Cuando uno hace algo, tiene un sentido, un motivo. ¿De qué podían hablar el arquitecto del aparcamiento y el enamorado del patrimonio marsellés?, me preguntaba yo conforme subía la rue du Petit-Puits. ¿Se llevaban tan bien como afirmaba Fabre?

Se había abierto el grifo de las preguntas. La última de todas era ineluctable: ¿era posible que Fabre hubiera matado a Hosín Draui y luego a Guitou, precisamente porque podía haberle identificado? Cuadraba. Y confirmaba mi impresión de que Fabre ignoraba la presencia del chaval en su casa. No obstante, si no lo conocía, me resultaba imposible imaginar que hubiera matado a Hosín y luego a Guitou. No, eso no cuadraba. Ya debía de ser difícil apretar una vez el gatillo de una pistola, pero disparar otra, y a bocajarro, a un chavalillo, eso era otra historia. Una historia de asesinos. De asesinos auténticos.

De todas maneras, para atracar la casa debían de ser a la fuerza varios. Era

evidente. Fabre no habría hecho más que abrirles la puerta. Era lo mejor. Pero tenía una coartada sólida, que Cûc y Mathias confirmarían. Estaban juntos en Sanary. Por supuesto, de noche, con un buen coche, el trayecto se hacía en menos de dos horas. Admitiendo esto, ¿qué motivo tenía Fabre para hacerlo? Buena pregunta. Pero no me veía formulándosela de un modo tan directo. Ni ninguna otra, por cierto. De momento.

El nombre de Pavie todavía figuraba en el buzón. La finca era tan vetusta como aquella en la que había vivido Lole. Las paredes estaban desconchadas y sucias, y olía a meada de gato. Llamé a la puerta en el primer piso. No hubo respuesta. Llamé de nuevo, gritando:

—¡Pavie!

Giré el pomo. Se abrió la puerta. Olía a barrita de incienso. No se filtraba nada de luz del exterior. Oscuridad absoluta.

—Pavie —dije más bajito.

Encontré el interruptor, pero no se encendió ninguna luz. Distinguí una vela encima de la mesa, la encendí y la levanté a la altura de los ojos. Me tranquilicé. Pavie no estaba. Por un momento me había imaginado lo peor. Había unas diez velas repartidas por la única habitación que tenía su casa. La cama, directamente en el suelo, estaba hecha. No había platos sin fregar ni en la pila ni en la mesita junto a la ventana. Incluso todo estaba muy limpio. Este detalle acabó tranquilizándome. Pavie podía estar mal pero, al parecer, iba aguantando el tipo. Orden y limpieza, para una ex drogadicta, eran un buen síntoma.

No era más que palabrería. Yo lo sabía. Buenos sentimientos. Cuando uno ha estado enganchado, los momentos de depresión son frecuentes. Peor, o casi, que antes. Pavie se desenganchó por primera vez cuando conoció a Arno. Con Arno se colgó. Fue detrás de él. Durante meses. Se plantaba allí donde estuviera. Ni en Le Balto se podía beber una caña tranquilo. Una noche estaba en una mesa toda la pandilla. Y allí estaba ella, pegada. Él se bebió la copa y le dijo:

—Yo no me tiraría a una tipa que se chuta ni con condón.

—Ayúdame.

Es todo lo que supo contestar. No había nadie más que ellos dos en el mundo. Los demás no existían.

—¿Quieres? —preguntó él.

—Te deseo. Eso es lo que quiero.

—Vale.

La cogió de la mano y se la llevó del bar. Se la llevó a su casa, detrás de la chatarra de Saadna, y la encerró. Un mes. Dos meses. No hacía más que cuidarla, lo dejó todo, hasta las motos. No la dejaba ni a sol ni a sombra. La llevaba todos los días

a las calas de la Cote Bleue. Carry, Carro, Ensues, La Redonne. La obligaba a pasear de una cala a otra, a nadar. Quería mucho a su Pavie. Como no la había querido nadie.

Después recayó. Después de su muerte. Porque, de todas formas, menuda mierda la vida.

Serge y yo nos la habíamos encontrado en el Balto. Con un café. Llevábamos quince días sin poder echarle el guante. Un chaval nos había chivao: «Se dedica a follar en los sótanos con cualquiera por unos pocos papeles». No le llegaba ni para un mal chute.

En el Balto, ese día, en cierto modo nos esperaba. Como una esperanza. La última. Último sobresalto antes del chapuzón. En dos semanas había envejecido por lo menos veinte años. Estaba mirando la tele. Tirada en la mesa. Las mejillas sin vida. La mirada anodina. El pelo aplastado. La ropa guarra.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté a lo tonto.

—Pues, ya ves, viendo la tele. A ver si salen las noticias. Que dicen que se ha muerto el papa.

—Te hemos buscado por todas partes —dijo Serge.

—Ah sí, ¿te puedo pillar el azucarillo? —preguntó ella cuando Rico, el dueño, le trajo un café a Serge—. No sois muy linceos que digamos, ¿eh? Tú, el poli, sobre todo. Lo mismo desaparecemos todos y no tenéis huevos de encontrarnos. Pero todos, ¿eh? Y me dirás que pa qué nos ibas a buscar, ¿no?

—Bueno, ¡vale ya! —le dije.

—Pues si te pagas un bocata. No me he echao nada al cuerpo desde ayer. Lo mío no es como vosotros. A mí no m'alimenta nadie como a vosotros, que os da de comer el Estado. Si no estuviéramos nosotros aquí pa portarnos mal, la ibais a palmar de hambre, tíos.

Llegó el bocata y se calló. Serge atacó.

—Te damos dos soluciones, Pavie: o te vuelves para el Édouard Toulouse, de hospital psiquiátrico, voluntariamente, o te metemos en el hospital Fabio y yo. Por motivos médicos. Ya sabes cómo funciona esto. Siempre podemos encontrar una razón u otra.

Llevábamos varios días discutiéndolo. Yo no estaba muy convencido. Pero no encontré nada mejor frente a los argumentos de Serge.

«Es el único asilo seguro, quiero decir. ¿Te das cuenta?».

Evidentemente, me daba cuenta. Y sobre todo me daba cuenta de nuestras limitaciones. Él y yo juntos no éramos Arno. No teníamos tanto amor. Ni tanta disponibilidad. Había miles de Pavies, y nosotros no éramos más que funcionarios de males menores.

Le dije amén al cura.

—He vuelto a ver a Lily —dijo Pavie con la boca llena—. Está embarazada. Se

va casar. Está supercontenta —le brillaron los ojos un instante, como antes. Parecía que hiera ella la futura mamá—. Su chico es de puta madre. Tiene un Golf GTI, es muy guapo, lleva bigote, se parece a ...

Estalló en lágrimas.

—Venga, tranquila —dijo Serge pasándole el brazo por los hombros—. Que estamos aquí contigo.

—Vale, os voy a hacer caso —murmuró—. Si no, sé que me va a dar algo. Y a Arno no le parecería bien, ¿a que no?

—No, no le gustaría —le dije yo.

En efecto, no eran más que palabras. Por siempre y para siempre.

Desde entonces, no dejó de pasar temporadas en el psiquiátrico. Cada vez que aparecía por el Balto con aspecto chungo, Rico nos llamaba e íbamos para allá. Habíamos quedado en eso con él. Y Pavie se había quedado con la copla. El salvavidas. No era la solución, yo lo sabía. Pero lo que se dice soluciones, no teníamos. Más que ésta. Salir chutando para la institución. Siempre.

La última vez que la vi fue hacía menos de un año. Curraba en la sección de frutas y verduras del Géant Casino, en La Valentine, en las afueras del norte. Parecía estar mejor. En forma. Le propuse ir a tomar algo al día siguiente por la noche. Aceptó de inmediato, feliz. La estuve esperando tres horas. Y no acudió. Si no quiere verte el careto, me dije, es que la cosa va bien. Pero no volví al supermercado para asegurarme. Lole había ocupado mis días y mis noches.

Con una vela en la mano, estaba revolviendo en todos los rincones de la habitación. Sentí una presencia detrás. Me di la vuelta.

—¿Qué haces aquí?

Un negrazo en el umbral de la puerta. Tipo portero de discoteca. Unos veinte añitos recién cumplidos. Me dieron ganas de decirle que había visto luz y que por eso había entrado. Pero no me parecía que fuera amigo de bromas.

—Venía a ver a Pavie.

—Y tú ¿quién eres, tío?

—Un amigo suyo. Fabio.

—En mi vida he oído hablar de ti.

—Un amigo de Serge, también.

Se tranquilizó. A lo mejor tenía alguna posibilidad de salir de allí por mi propio pie.

—El madero.

—Esperaba encontrarla —dije yo, sin darme por aludido. Para muchos, yo sería «el madero» hasta el final de mi vida.

—¿Me vuelves a cantar el nombre?

—Fabio. Fabio Mántale.

—Ah sí, Móntale. Ella te llama así. El poli o Móntale. Yo soy Randy. El vecino. Justo de encima.

Me alargó la mano. Se la di como quien va a ponerla en un torno. Cinco dedos en la trituradora.

Le expliqué rápido a Randy que tenía que hablar con Pavie. Por algo de Serge. Tenía algún problema, precisé, pero sin dar más detalles.

—No sé dónde está, tío. Esta noche no ha vuelto. Por la noche se suele pasar por nuestra casa, ahí arriba. Yo vivo con mis padres, mis dos hermanos y mi novia. Tenemos toda la planta para nosotros. Ya no queda nadie más en la finca. Pavie y la señora Gutiérrez, en el bajo. Pero ya no sale de casa. Tiene miedo de que la echen. Se quiere morir ahí, dice. Nosotros le hacemos los recados. Pavie, aunque no se quede a cenar, viene a decir buenas noches. Para que sepamos que está en casa, vaya.

—¿Y es normal que no vuelva?

—No, no es normal desde hace una temporada.

—¿Qué tal está?

Randy me miró como examinándome.

—Haciendo esfuerzos, tío. La ayudamos lo que podemos. Pero... Se ha vuelto a enganchar hace unos días, si es lo que te interesa. Ha dejao de trabajar y todo. Rose, mi chica, se quedó a dormir con ella la otra noche e hizo un poco de limpieza. Imagínate cómo estaba esto.

—Ya.

Y luego empecé a atar cabos en la cabeza. Como investigador, seguía sin valer un pimiento. Me obcecaba con la intuición, sin darme tiempo para reflexionar. En esa precipitación, me había saltado unos cuantos capítulos. La cronología, el horario. Ese tipo de cosas. El abe de un policía.

—¿Tienes teléfono?

—No. Hay uno al final de la calle. Una cabina, digo. Que funciona sin monedas. Descuelgas y ya está. ¡Hasta para los States!

—Gracias, Randy. Vendré otro día.

—¿Y si vuelve Pavie?

—Dile que no se mueva. Mejor que se quede en vuestra casa.

Pero si no me equivocaba, éste era el último sitio al que vendría Pavie. Aunque estuviera chutada hasta las cejas. La proximidad de la muerte alarga la esperanza de vida.

Donde no hay nada demasiado bonito que ver

Murad rompió el silencio.

—Espero que esté mi hermana.

Una única frase. Lacónica.

Acababa de dejar la rue Lyon para cortar por las barriadas norte y llegar a Saint-Henri, donde vivía su abuelo. Saint-Henri está justo antes de L'Estaque. En un pueblecito, hacía ya veinte años. Desde donde se abarcaba el antepuerto norte y el Bassin Mirabeau.

Musité un «yo también» algo nervioso. Tenía las ideas un tanto revueltas. ¡Una buena empanada mental! Desde que entró en el coche, Murad no había abierto el pico. Le hice preguntas sobre Naima y Guitou. Se empeñó en contestar con una ristra de «sí» y «no», «no lo sé». Al principio pensé que estaba de morros conmigo. Pero no, estaba preocupado. Lo podía entender. Yo también lo estaba.

—Sí, sí, yo también —volví a decir esta vez con más suavidad—, yo también espero que esté.

Me echó una mirada de reojo. Lo justo como para decir OK, estamos en la misma onda. Tenemos esperanzas, pero no estamos seguros. Y estamos acojonados porque no sabemos. Era supermajo este chaval.

Puse una casete de Lili Boniche. Un cantante argelino de los años treinta. Un mezclador de géneros. Sus rumbas, sus pasodobles, sus tangos, habían hecho bailar a todo el Magreb. Había descubierto un lote de discos suyos en el mercadillo de Saint-Lazare. A Lole y a mí, nos encantaba ir por allí los domingos, hacia las once. Luego íbamos a tomar el aperitivo a un bar de L'Estaque y acabábamos en Larrieu, con un plato de marisco.

Ese domingo, Lole se había comprado una falda larga muy chula, roja con topes blancos. Una falda de gitana. Por la noche me hizo un pase «flamenco» con Los Chunguitos. *Apasionadamente*. Un disco tórrido. Como el final de la noche.

Lili Boniche nos acompañó luego hasta que nos venció el sueño. Fue en el tercer disco donde descubrimos «Ana fil Houb», una versión en árabe de «Mon histoire, c'est l'histoire d'un amour!». Cuando me ponía a silbar, era esa música la que me venía inmediatamente a la cabeza. Ésa y «Bésame mucho». Canciones que mi madre no paraba de tararear. Tenía ya varias versiones de aquella canción. Ésta era tan

buena como la de la mexicana Tish Hinojosa. Y mil veces mejor que la de Gloria Lasso. Había una guitarra de puta madre. Una felicidad total.

Mientras iba silbando, me puse a pensar en lo que me había contado Rico, el dueño del Balto. Me habría dado de tortas por oírme decir las cosas tan claras. Pavie había estado yendo al Balto todas las tardes. Se tomaba una caña y comisqueaba de cualquier manera el bocadillo que se pedía. Llevaba puesto el careto de los días malos, como decía Rico. Entonces, al final, había llamado a Serge, adonde Saadna, pero Serge no se presentó ni al día siguiente ni al siguiente.

—¿Por qué no me has llamado a mí? —le pregunté.

—Porque ya no sé dónde localizarte, Fabio. No estás ni en la guía telefónica.

—Había decidido ponerme en la lista de números privados. Ahora, con el Minitel^[16], para un amigo que te quiera buscar, te puedes encontrar con un mogollón de gilipollas llamando a tu casa. Me gustaba la tranquilidad, y los amigos que me quedaban sabían mi número de teléfono. Simplemente no había contado con las situaciones de urgencia.

Serge había ido por fin ayer. Por la carta que le había mandado Pavie. Seguro.

—¿A qué hora?

—Hacia las dos y media. Tenía cara de preocupao, el Serge. Poco hablador. No muy en su salsa, vaya. Se tomaron un café. Se quedarían... ¿Qué? ¿Un cuarto de hora, veinte minutos? Hablaron en voz baja, pero daba la impresión de que Serge le estaba echando la bronca. Pavie tenía la cabeza hacia abajo, como un crío. Luego Serge resopló. De lo cansao que estaba. Se levantó, la cogió de la mano y se fueron.

Ahí era donde me dolía. Porque en ningún momento se me había ocurrido pensar en el coche de Serge. ¿Cómo iba a venir a La Bigotte si no? Había que ser inmigrante para llegar hasta allí en autobús. ¡Y ni aun así! En este momento ni siquiera me acordaba de si había un autobús que subiera hasta allí o si había que chuparse la cuesta a pie.

—¿Seguía llevando el viejo Ford Fiesta?

—Pues sí.

No recordaba haber visto el coche en el aparcamiento. Pero la verdad es que no recordaba gran cosa. Si no es la mano que sujetaba el arma. Y los disparos. Y Serge que caía sin decir adiós a la vida.

Sin ni siquiera decir adiós a Pavie.

Porque debía de estar ahí, dentro del coche. Ahí cerca. Cerca de mí también. Pavie debió de verlo todo. Se habían ido juntos del Balto. En dirección a La Bigotte, donde Serge tenía que verse con alguien. Seguramente le prometió que luego la llevaría al hospital psiquiátrico. Y la dejó en el coche.

Ella le estuvo esperando. Tranquilamente. Relajada por saber que por fin él estaba ahí. Como siempre. Para llevarla al hospital. Para ayudarla, una vez más, a dar un

paso hacia la esperanza. Un paso más. Quizás el definitivo. ¡Seguro que era el paso definitivo! Esta vez iba a salir de aquello. Eso es lo que Pavie debía de creer. Sí, ahí, dentro del coche, se lo debía de estar creyendo a pies juntillas. Y que luego la vida volvería otra vez. Los amigos. El trabajo. El amor. Un amor que la curara de Arno. Y de todas las inmundicias de la vida. Un tío guapetón, con un cochazo, y algo de pasta también. Y que le haría un niño más guapo que la mar.

Después, ya no hubo después.

Serge cayó muerto. Y Pavie se largó. ¿A pie? ¿En coche? No, no tenía carné. O a lo mejor sí. ¡Dios mío! ¿Seguiría estando allí el puto coche? ¿Y dónde estaba Pavie ahora?

La voz de Murad cortó en seco mis cavilaciones. Su tono de voz me sorprendió. Triste.

—Mi padre antes también ponía esto. A mi madre le gustaba mucho.

—¿Por qué no lo oye ya?

—Reduán dice que es pecao.

—¿El cantante este? ¿Lili Boniche?

—Qué va, la música. Que la música va con el alcohol, el tabaco, las pibas y eso.

—Pero tú oyes rap, ¿no?

—Cuando está él, no. Es que...

*Oh, Dios mío, ten piedad de mí,
que pueda ver a los que amo
y que se vaya mi pena...*

Lili Boniche estaba cantando «Argel, Argel». «Murad» se volvió a quedar callado.

Di la vuelta a la iglesia de Saint-Henri.

—A la derecha. Luego la primera a la izquierda.

El abuelo vivía en el Impasse des Roses. Aquí no había más que casitas de uno o dos pisos. Todas mirando al mar. Apagué el motor.

—Oye, no habrás visto un Ford Fiesta azul en el aparcamiento. Uno sucio.

—No me suena. ¿Por?

—Por nada. Bueno, luego lo vemos.

Murad llamó una, dos, tres veces. La puerta no se abrió.

—A lo mejor ha salido —dije.

—Sólo sale dos veces a la semana. Pa ir al mercao.

Me miró preocupado.

—¿Conoces a algún vecino?

Se encogió de hombros.

—Él creo que sí. Pero yo...

Bajé la calle hasta la casa colindante. Di unos timbrazos rápidos. No se abrió la puerta, pero sí la ventana. Al otro lado de los barrotes salió una cabeza de mujer. Un cabezón con un montón de rulos.

—¿Qué quería?

—Buenos días, señora —dije acercándome hacia la ventana—. Venía a ver al señor Hamudi. Estoy con su nieto. Pero no abren.

—Me extraña. Mire usted que a las doce hemos estado ahí cotilleando un rato. Y luego siempre se echa una siestecilla. O sea, que vamos, que tiene que estar.

—¿No estará malo?

—No, no, qué va... Está de maravilla. Espere, que le abro.

Unos segundos después nos hizo pasar. Se había puesto un pañuelo en la cabeza para taparse los rulos. Era enorme. Caminaba despacio, jadeando como si acabara de subir seis pisos corriendo.

—Es que tengo cuidado antes de abrir la puerta. Mire, con toda la droga y la cantidad de moros que hay por todas partes, te atacan hasta en tu propia casa.

—Qué razón lleva —dije yo sin reprimir la sonrisa—. Hay que tener cuidado.

La seguimos hasta el jardín. Su jardín y el del abuelo sólo estaban separados por un murete de apenas un metro de alto.

—¡Eh! ¡Señor Hamudi! —gritó—. ¡Señor Hamudi!, ¡qué tiene visita!

—¿Puedo saltar al otro lado?

—Tire, tire. ¡Ay, madre, como le haya pasao algo!

—Espera aquí —le dije a Murad.

Salté sin problemas. El jardín era idéntico, igual de cuidado. Aún no había llegado a la escalera y ya tenía a Murad conmigo. Entró el primero en el salón.

El abuelo estaba tirado en el suelo. Con la cabeza ensangrentada. Los hijos de puta, antes de irse, le habían hecho comerse la medalla militar. Le quité la medalla de la boca y le tomé el pulso. Todavía respiraba. Había perdido el conocimiento. KO. Un milagro. Pero sus agresores seguramente no habían querido matarlo.

—Vete a abrir a la señora —le dije a Murad. Se había arrodillado junto a su abuelo—. Y llama por teléfono a tu madre. Dile que venga rápido. Que coja un taxi —no se movía. ¡Estaba como tetanizado!

Se levantó despacio.

—¿Se va a morir?

—¡No, venga, corre!

Llegó la vecina. Estaba gorda, pero se movía rápido.

—¡Santa María bendita! —soltó en un profundo jadeo.

—¿No ha oído usted nada? —sacudió la cabeza—. ¿Ni un grito?

Volvió a sacudir la cabeza. Parecía haberse quedado sin habla. Estaba ahí, de pie,

triturándose las manos. Volví a tomar el pulso al anciano, lo palpé por todo el cuerpo. Vi un catre en un rincón. Lo levanté. No pesaba mucho más que un fajo de hojas secas. Lo tumbé y le puse un cojín bajo la cabeza.

—Búsqueme una palangana y un paño. Y unos hielos. Y mire a ver si puede hacer algo caliente. Café. O té.

Cuando volvió Murad, estaba limpiándole la cara a su abuelo. Había sangrado por la nariz. Tenía el labio superior roto. Y la cara llena de cardenales. Aparte de la nariz quizá, no tenía nada roto. Aparentemente, no le habían pegado más que en la cara.

—Mi madre ya viene.

Se sentó al lado de su abuelo y le cogió la mano.

—No pasa nada. Podía haber sido peor.

—Está la bolsa de Naima, en el pasillo —balbuceó débilmente.

Luego se echó a llorar.

Mierda de vida, me dije.

Y sólo me urgía una cosa, que el abuelo volviera en sí, y nos contara. No tenía pinta de ser un acto salvaje de delincuencia, un palizón así. Esto era cosa de profesionales. El abuelo daba cobijo a Naima. Naima había pasado la noche del viernes con Guitou. Y Guitou estaba muerto. Y Hosín Draui también.

Seguro que Naima había visto algo. Estaba en peligro. Estuviera donde estuviera.

No había de qué preocuparse por el abuelo. El médico al que había llamado confirmé que no tenía nada roto. Ni la nariz. Sólo necesitaba descansar. Escribió la receta al mismo tiempo que le recomendaba a la madre de Murad que fuera a poner una denuncia. Por supuesto, dijo ella, iría a ponerla. Y Marinette, la vecina, le dijo que ella la acompañaba. «Que no son maneras, oiga, venir así, a matar a la gente a su casa». Pero esta vez no hizo alusión a todos esos moros que matan a la gente. No era el momento. Era una mujer sanota.

Mientras el abuelo se bebía un té, yo me tomé una cerveza que me había traído Marinette. De un trago. Justo para que se me templaran las ideas. Marinette se volvió para su casa. Si la necesitábamos, ahí estaría.

Acerqué una silla a la cama.

—¿Está usted para hablar un poquito? —pregunté al abuelo.

Dijo que sí con la cabeza. Se le habían hinchado los labios. La cara se le estaba poniendo morada, roja color sangre en algunas zonas. El hombre que le había pegado llevaba un enorme anillo de sello en la mano derecha, dijo. Sólo le había pegado con esa mano.

La cara del abuelo se me hacía familiar. Una cara demacrada. Pómulos altos. Labios gruesos. Cabello rizado y canoso. Mi padre, tal como podía haber sido hoy. De joven —como había visto por las fotos— parecía un tunecino. «Venimos del

mismo vientre», decía. Del Mediterráneo. «Pues claro, cómo no, todos somos un poco moros», contestaba él cuando le hacían bromas sobre eso.

—¿Se han llevado a Naima?

Sacudió la cabeza.

—Ella entraba cuando me estaban pegando. Volvía de clase. Se han quedado sorprendidos. Naima se ha puesto a gritar y se ha marchado. Uno de ellos se ha ido detrás de ella. El otro me ha pegado a lo bestia en la nariz. He notado que se me iba la cabeza.

Por estas callejuelas, un coche no tenía ninguna posibilidad de pillar a una chavala corriendo. Habría conseguido escaquearse. Pero ¿por cuánto tiempo? ¿Y adónde habría ido? Eso ya era otra historia.

—¿Eran dos?

—Sí, bueno, aquí sí. Uno me tenía sentado en la silla. El otro hacía preguntas. El del anillo me había metido la medalla en la boca. Si gritaba, me la hacía tragar, me dijo. Pero no he gritado. No he dicho nada. Sentía vergüenza, señor. De ellos. De este mundo. Ya he vivido suficiente. Creo.

—No digas eso —lloriqueó Murad.

—Mira, Dios se me podía llevar. Ya no hay nada bonito que ver en la tierra, en nuestros días.

—¿Y qué querían saber esos tipos?

—Si Naima volvía todas las noches aquí. Adonde iba a clase. Si sabía dónde estaba ella el viernes por la noche. Si había oído hablar de un tal Guitou... Pero yo no sé nada de nada. Aparte de que vive aquí, conmigo, no sé ni dónde tiene el instituto.

Esto confirmaba mis temores.

—¿Ella no le ha contado nada?

El viejo sacudió la cabeza.

—Cuando volvió el sábado...

—¿Qué hora era?

—Como las siete. Yo me acababa de levantar. Me sorprendí. En principio, no volvía hasta el domingo. Eso me había dicho. Iba despeinada. Con la mirada perdida. Huidiza. Se encerró arriba, en su habitación. No se movió en todo el día. Por la noche, llamé a la puerta para que viniera a cenar. No quiso. Luego bajó. Para ir a llamar. Le pregunté qué pasaba. ¡Ay, déjame, por favor! Volvió al cabo de un cuarto de hora. Se volvió a subir, sin decir palabra.

»A la mañana siguiente se levantó tarde. Bajó a desayunar. Estaba más amable. Me pidió perdón por lo del día anterior. Me explicó que estaba triste por un amigo. Un chico al que quería mucho. Pero que se había terminado. Y que ya estaba mejor. Y me dio un beso muy cariñoso en la frente. Por supuesto, no me creí ni una palabra. Se le notaba en los ojos que no estaba bien. Que no decía la verdad. No quise

presionarla, entiende. Me daba cuenta de que era algo grave. Pensé que sería un mal de amores. El novio y esas cosas. Penas de su edad. Le dije simplemente: “Si quieres, puedes contármelo, ¿vale?”. Aún sonrió un poco, sabe. Pero bastante tristonza. Estaba al borde de las lágrimas. Me dio otro beso y se fue para su habitación.

»Por la noche volvió a llamar otra vez. Estuvo más tiempo que el día anterior. Bastante más tiempo, porque empecé a preocuparme de que no volviera. Incluso salí a la calle a ver si la veía. Hizo como que cenaba y se fue a la cama. Y ya está. El lunes se fue a clase y...

—Ya no va al instituto —le cortó Murad.

Nos miramos los tres.

—¡Qué no va al instituto! —casi grita su madre.

—No tiene ganas. Está muy triste, me ha dicho.

—¿Cuándo la has visto? —le pregunté yo.

—El lunes. A la salida del colegio. Me estaba esperando. Teníamos que ir a un concierto juntos, por la noche. A ver a Akhénaton, el cantante de LAM. Hacía una historia en solitario.

—¿Qué te dijo?

—Nada, nada... Lo que le dicho la otra tarde, eso. Que ella y Guitou lo habían dejao. Que él se había vuelto a marchar. Que estaba muy triste.

—¿Y ya no quería ir al concierto?

—No, tenía que ver a un amigo de Guitou. Urgente. Era la cosa. Por lo de Guitou y todo eso. Que me pensé yo que a lo mejor la cosa entre ellos no se había acabao tanto. Que lo quería mucho, al Guitou ese.

—¿Y no ha ido al instituto?

—Pues no. Dijo que no iba a ir en unos cuantos días por todas estas movidas. Que no tenía la cabeza pa atender en clase.

—Y a ese otro amigo, ¿lo conoces?

Se encogió de hombros. Sólo podía ser Mathias. Me imaginaba lo peor. Si ella había visto, por ejemplo, a Adrien Fabre. Y si se lo había contado todo a Mathias. ¡En menudo estado debían de estar los dos! ¿Y qué habían hecho luego? ¿A quién se lo habían ido a contar? ¿A Cûc?

Me volví hacia el abuelo.

—¿Abre usted la puerta así, siempre, cuando llaman?

—No. Miro por la ventana, primero. Como hace todo el mundo aquí.

—¿Y por qué les ha abierto?

—No sé.

Me levanté. Me habría bebido otra cerveza. Pero Marinette no estaba. El abuelo se lo imaginó.

—Tengo cerveza en el frigo. Yo bebo, sabe. Una de vez en cuando. En el jardín.

Me gusta. Murad, vete a buscar una cerveza para el señor.

—Déjelo. La busco yo.

Necesitaba desentumecer las piernas. En la cocina, bebí directamente a morro. Un buen trago. Me distendió un poco. Después cogí un vaso, lo llené y volví a la habitación. Me volví a sentar al lado de la cama. Los miré a los tres. No se habían movido.

—Escuche, Naima está en peligro. En peligro de muerte. Los que han venido aquí, están dispuestos a todo. Ya han matado a dos personas. Guitou no tenía ni diecisiete años. ¿Lo entiende? Entonces, se lo vuelvo a preguntar: ¿por qué ha abierto a esa gente?

—Reduán... —empezó el abuelo.

—Es culpa mía —cortó la madre de Murad.

Me miró fijamente a los ojos. Tenía unos ojos bonitos. Y en el fondo de ellos, toda la pena del mundo. En lugar de esa chispa de orgullo que brilla cuando las madres hablan de sus hijos.

—¿Por su culpa?

—Se lo he contado todo a Reduán. La otra noche. Después de su visita. Él sabía que usted había venido. Siempre sabe todo lo que pasa. Tengo la impresión de que nos tiene siempre vigilados. Quería saber quién era usted, por qué había venido. Si tenía algo que ver con el otro que había venido a preguntar por él por la tarde, y...

Me sentí cerca del meollo de la cuestión.

—¿Qué otro, señora Hamudi?

Había hablado demasiado. Sentí su pánico.

—El otro.

—El que han matao. Tu amigo, ¿no? Quería saber cosas de Reduán —dijo Murad. «¿Me planto o sigo?», me pregunté.

En mi cabeza un cartel decía: «Game over». ¿Qué era lo que le estaba diciendo yo a Fonfon el otro día? Mientras sigues apostando, estás vivo. Volvía a jugar.

Sólo para ver qué pasaba.

Donde en la noche te cruzas con buques fantasma

Me miraron los tres en silencio. Mi mirada los fue recorriendo de uno en uno.

¿Dónde podía estar Naima? ¿Y Pavie?

Las dos habían visto la muerte en directo, la muerte de verdad, sin pantalla, y las dos se habían fugado. Desaparecidas. Volatilizadas.

Al abuelo empezaban a cerrársele los párpados. Los calmantes cumplirían con su misión enseguida. Estaba luchando contra el sueño. No obstante, fue él quien trató de volver a hablar el primero. Por necesidad, y para poder dormir al fin.

—Creía que era un amigo de Reduán el que me ha hablado por la ventana. Quería ver a Naima. Le he dicho que no había vuelto todavía. Me ha preguntao que si podía esperarla dentro conmigo, que no tenía prisa. No parecía... Daba buena impresión. Bien vestido, de traje y corbata. Y le he abierto.

—¿Tiene amigos así Reduán?

—Un día vino a verme con dos personas así de bien arregladas. Más mayores que él. Uno de ellos creo que tiene un concesionario de coches. El otro, una tienda por la place d'Aix. Se pusieron de rodillas delante de mí. Me besaron la mano. Querían que participara en una reunión religiosa. Para hablar a jóvenes de los nuestros. Me dijeron que era idea de Reduán. Me escucharían si hablaba de religión. Yo había combatido por Francia. Era un héroe. Así que podía explicárselo a los jóvenes, que Francia no era la salvación. Que les quita todo el respeto. Con las drogas, el alcohol y esas cosas... Y también con esa música que escuchan todos ahora...

—El rap —precisó Murad.

—Sí, verdá que mete mucho ruido esa música. ¿A usted le gusta?

—No es lo que más me interesa, pero es como los vaqueros, se te pega a la piel.

—Bueno, eso, deben de ser cosas de su edad... En mis tiempos...

—Él —le dijo Murad señalándome— escucha cosas árabes antiguas. ¿Cómo se llama el cantante ese?

—Lili Boniche.

—¡Uy! —el abuelo sonrió y se quedó pensativo. Perdido sin duda en los buenos tiempos. Volvió a mirarme—. ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí. Para los amigos de

Reduán, había que salvar a nuestros hijos. Era hora de que nuestros jóvenes volvieran a Dios. Que volvieran a aprender nuestros valores. La tradición. El respeto. Por eso me solicitaban.

—No hay que meterse con Reduán porque se haya vuelto hacia Dios — interrumpió la madre de Murad—. Ha encontrado su camino, —me miró—. Ha hecho montones de barbaridades antes. Así que... Mejor que esté rezando que por ahí con cualquier cabeza hueca.

—Yo no pienso igual —contestó el abuelo—. Y lo sabes muy bien. Hay que acabar con los excesos. Demasiado alcohol o demasiada religión, tanto da. Te vuelve enfermo. ¡Y suelen ser quienes han cometido las peores cosas los que normalmente quieren imponer su manera de ver! De vivir. No lo estoy diciendo por Reduán. Aunque... la verdad es que últimamente...

»En nuestro país, a tu hija, Reduán la mataría. Así están las cosas ahora. Lo he leído en el periódico. En cuanto se ponen a cantar, las violan. En cuanto las ven contentas. No digo yo que él fuera a hacer exactamente eso, pero los otros... Eso no es el islam. Y Naima es una buena chica. Como éste —añadió señalando a Murad—. Yo jamás he hecho nada malo contra Dios. Lo que digo es que no se hace uno la vida con la religión, sino con el corazón —volvió la mirada hacia mí—. Eso es lo que les dije a esos señores. Y se lo he vuelto a decir a Reduán esta mañana cuando vino.

—No le he contado la verdad cuando ha venido usted antes —prosiguió la madre de Murad—. Reduán, por la noche, me dijo que no me metiera en esas historias. Que la educación de su hermana era cosa de hombres. Era asunto suyo. Mi hija, se da usted cuenta...

—La ha amenazado —dijo Murad.

—Tenía miedo por Naima, sobre todo. Reduán se marchó como un loco, muy pronto. Quería volverla a traer a casa. Esta historia con ese chaval, es como si hubiera hecho desbordar la cosa. Reduán dijo que ya valía. Que le daba vergüenza, su hermana. Que se merecía un buen castigo. ¡Ay, y yo que sé qué más!

Se puso la cabeza entre las manos. Aturdida. Rota entre su papel de madre y su educación de obediencia a los hombres.

—¿Y qué pasó con Reduán? —pregunté al abuelo.

—Nada. Esta noche Naima no durmió aquí. Yo estaba preocupado. Era la primera vez que lo hacía. No decirme nada y tenerme sin saber nada. El viernes, sabía que se iba a pasar el fin de semana a casa de unos amigos. Hasta me había dejado el teléfono para localizarla si pasaba algo. Siempre he confiado en ella.

—¿Adónde se ha ido? ¿Tiene usted alguna idea?

Yo sí que tenía una, pero necesitaba oírla decir con otra voz.

—Ha llamado esta mañana. Que no me preocupara. Que se había quedado en Aix, en casa de un antiguo amigo del instituto, o así. Uno que estaba con ella de

vacaciones.

—¿Mathias? ¿Le suena el nombre?

—Puede ser.

—¡Mathias! —dijo Murad—. Es supersimpático. Es un vietna.

—¿Un vietna? —preguntó la madre de Murad.

Estaba desbordada. La vida de sus hijos se le había escapado por completo. Reduán, Naima. La de Murad también, quién sabe.

—Sólo de madre —precisó Murad.

—¿Tú lo conoces? —le pregunté.

—Un poco. Salieron juntos una temporada. Yo iba al cine con ellos.

—Y siempre la misma historia —continuó el abuelo—. Que si estaba muy preocupada. Que por eso no estaba en lo que hacía. Que tenía que entenderla —permaneció pensativo unos segundos—. Cómo iba yo a saber. Semejante drama. ¿Por qué...? ¿Por qué lo han matao a ese chaval?

—Lo ignoro. Naima es la única que nos puede contar lo que pasó.

—Qué desgracia, la vida.

—¿Y con Reduán esta mañana?

—Le he dicho que su hermana se había ido un poco antes. No se lo ha creído, claro. De todas maneras, no se hubiera creído nada. Más que lo que le interesaba creerse. Y oír. Quería entrar en la habitación de su hermana. Para asegurarse de que no estaba. O para ver si había dormido aquí. Pero no le he dejao. Le he recordao que el islam enseña a respetar a los viejos, a las personas mayores. Es la primera regla de todas.

—A pesar de todo, ha abierto usted a ese hombre.

—Creía que, hablando con él, a lo mejor hacía entrar en razón a Reduán.

—¿Le había visto usted ya con él?

—No.

—¿Era argelino?

—No. Por fuera, con las gafas negras, me pareció tunecino. No desconfié, así que...

—Pero ¿no era árabe?

—No lo sé, pero no hablaba en árabe.

—Mi padre era italiano y lo tomaban por tunecino, cuando era joven.

—Sí, a lo mejor era italiano. Pero de abajo. De por Nápoles. O siciliano. Puede ser.

—¿Cómo era físicamente?

—De su edad, más o menos. Guapo. Un poco más bajó que usted y más ancho. Gordo no, pero más fuerte. Con las sienes canosas. Y un bigote mitad mitad. Y... con ese anillo gordo de oro.

—Entonces, seguro que era italiano —dije sonriendo—. O corso.

—No, corso no. El otro sí. El que se me ha echado encima cuando he abierto. No le he visto más que la pistola, que me la ha coloco debajo de la barbilla. Me ha empujado por detrás y me he caído. Ése sí que tenía acento de Córcega. No se me podrá olvidar.

El abuelo no podía más.

—Le voy a dejar dormir. Quizás vuelva para hacerle alguna otra pregunta. Si pueden ser de utilidad. No se preocupe. Todo se solucionará.

Puso una sonrisa feliz. Era lo único que necesitaba en este momento, que lo tranquilizaran un poco. Y la seguridad de que a Naima no le iba a pasar nada. Murad se agachó y le dio un beso en la frente.

—Me quedo contigo.

Al final fue la madre de Murad la que se quedó a cuidar al abuelo. Seguramente esperaba que Naima volviera. Pero, sobre todo, no tenía ganas de encontrarse cara a cara con Reduán, me confió Murad a la vuelta.

—Se ha vuelto loco. Obliga a mi madre a ponerse el velo delante de él. Y en la mesa tiene que servir con la mirada hacia abajo. Mi padre no dice nada, dice que ya se le pasará.

—¿Desde cuándo está así?

—Desde hace un año y pico. Desde que salió de la trena.

—¿Cuánto le metieron?

—Dos años. Ha atraco una tienda de sonido en Les Chartreux. Con dos colegas suyos. Iban chutaos a tope.

—¿Y tú qué?

—Yo soy del equipo de Anselme, si es lo que le interesa. Baloncesto. Ni fumamos, ni bebemos. Son las reglas. Ninguno del equipo. Si no, Anselme nos echa. Voy a su casa a veces. A comer, a dormir. Está guay.

Se perdió en el silencio. Las barriadas norte, con sus miles de ventanas iluminadas, parecían barcos. Barcos perdidos. Buques fantasma. Era de todas la peor hora. La hora en que vuelves a casa. La hora en que, en los bloques de hormigón, uno sabe que está lejos de todo. Y olvidado.

Mis pensamientos estaban manga por hombro. Tenía que asimilar todo lo que acababa de oír, pero me sentía incapaz. Lo que más me preocupaba eran los dos tipos que iban detrás de Naima. Los que habían puesto a caldo al abuelo. ¿Eran los mismos que habían matado a Hosín y a Guitou? ¿Los mismos que me habían estado siguiendo por la noche? Un corso. ¿El chófer del Safrane? ¿Balducci? No, imposible. ¿Cómo iban a saber que yo también estaba buscando a Naima? ¿Y tan rápido? Identificarme y todo. Impensable. Los tíos de esa noche sólo podían tener que ver con lo de Serge.

Era evidente. La pasma se me había llevado. Yo podía ser un amigo de Serge. Su cómplice en lo que fuera. Como de hecho creía Pertin. O sea, lógico. Podían querer matarme, o simplemente saber lo que me traía entre manos. Exacto.

En Notre-Dame Limite, pegué un frenazo que sacó a Murad de sus pensamientos. Acababa de avistar una cabina.

—Tardo dos minutos.

Marinette contestó a la segunda señal.

—Siento molestarla otra vez —dije después de haberle dicho quién era—. Pero, por casualidad, ¿no habrá visto usted esta tarde un coche algo fuera de lo normal?

—¿El de los que han atacaó a Hamudi?

Iba directa al grano la Marinette. En estos barrios, igual que en las *cites*, se fija uno en todo. Sobre todo en un coche nuevo.

—Yo no. Llevaba los rulos y no salgo a la calle. Pero Émile, mi marido, sí. Le he contado todo lo que ha pasao, sabe, y me ha dicho que al salir había visto un cochazo. Hacia las tres. El coche bajaba la calle y él subía hacia el bar de Pascal. El bar de la esquina. Que Émile se echa la partida ahí todas las tardes. Así se entretiene el pobre. Y el coche, ¡vaya que si lo habrá mirao! De ésos no se ven todos los días. ¡Ni aquí ni en ningún lao! Ésos sólo se ven en la tele.

—¿Un coche negro?

—'Pere un momento. ¡Émile! ¿Era negro, el coche? —gritó a su marido.

Le oí contestar:

—Que sí, que era negro.

—Ya, ya lo he oído.

Claro que lo había oído. Y me habían dado escalofríos.

—Gracias, Marinette.

Y colgué mecánicamente.

Alucinado.

No entendía nada, pero ya no había ninguna duda. Eran los mismos. ¿Desde cuándo me venían siguiendo esos dos hijos de puta? Buena pregunta. Contestarla me encendería la linterna mágica. Pero desconocía la respuesta. Lo que estaba claro es que los había llevado hasta casa de los Hamudi. Ayer, antes o después de mi paso por comisaría. Por la noche no habían querido insistir, no porque se hubieran encontrado con uno más listo que ellos, sino porque estaban seguros de que no iría mucho más allá del bar de Félix. Y..., ¡joder!, ¿sabían también dónde vivía? De todas, esa pregunta la dejé de lado inmediatamente. La respuesta podía acojonarme demasiado.

Bueno, rebobinemos, me dije. Esta mañana se han plantado en La Bigotte y han esperado a que hubiera movimiento. Y Reduán se ha movido. Para ir a casa del abuelo. ¿Cómo sabían que era él? Fácil. Untas a cualquier chavalete que pase por ahí y solucionado.

—Vamos a pasar por tu casa, rápido, te coges lo que necesites para unos días y te vuelvo a llevar a casa de tu abuelo.

—¿Qué pasa?

—Prefiero que no duermas aquí. Nada más.

—¿Y Reduán?

—Le vamos a dejar una nota. Le valdría más hacer lo mismo.

—¿No me puedo ir a casa de Anselme, mejor?

—Como quieras. Pero llama a Marinette. Que tu madre sepa dónde estás.

—¿La vas a encontrar, a mi hermana?

—Me gustaría, sí.

—Pero no estás seguro, ¿eh?

¿De qué podía yo estar seguro? De nada. Había salido a buscar a Guitou como quien se va al mercado. Con las manos en los bolsillos. Sin apresurarme. Dando vueltas por acá y por allá. La única urgencia de buscarlo era la angustia de Gélou. No la de poner punto final a la aventura de los dos chavales. Y Guitou estaba muerto. Agujereado a bocajarro por unos asesinos. Por el camino me encuentro con un viejo amigo al que otros asesinos se acaban de cargar. Y con dos chavalillas fugadas. Gravemente en peligro tanto la una como la otra.

Sobre eso, no tenía ninguna duda. Y el otro chaval, también, tenía que verlo. Ponerlo a salvo.

—Te acompaño —le dije a Murad, una vez llegados a La Bigotte—. Tengo que hacer unas llamadas.

—Empezaba a estar preocupada —me dijo Honorine—. Que como no ha llamado en todo el día...

—Ya lo sé, Honorine, ya lo sé. Pero...

—Podemos hablar. Ya he leído el periódico. ¡Vamos, por Dios!

—Ah, ya.

—¿Cómo es posible un horror semejante?

—¿Dónde lo ha leído, el periódico? —pregunté yo, para no contestar su pregunta.

—En el bar de Fonfon. Fui allí para invitarle. Bueno, para el domingo. Para comer la *poutargue*. Se acuerda, ¿no? Me dijo que no dijera nada de lo de Guitou. Que le dejáramos hacer como cree usted. Oiga, ¿y sabe usted adónde va? ¿Eh?

Yo ya más bien no sabía nada, en realidad.

—He estado en la policía, Honorine —dije para tranquilizarla—. Y Gélou, ¿también ha leído el periódico?

—¡Hombre, pues claro que no! A mediodía no he puesto ni las noticias regionales.

—¿No está muy preocupada?

—Bueno...

—Pásamela, Honorine. Y no me espere. No sé a qué hora voy a volver.

—Yo ya he comido, pero Gélou no está.

—¡Cómo que no está! ¿Se ha marchado?

—No, no. Bueno, que no está en su casa, pero sigue en Marsella. Su... amigo la ha llamado esta tarde.

—Alexandre.

—Eso. Alex, que le dice ella. Acababa de volver a Gap, donde viven. Leyó la nota que le había dejado encima de la cama del niño. Así que, ni corto ni perezoso, ha cogido otra vez el coche y se ha vuelto a venir para Marsella. Han quedado en el centro. Hacia las cinco. Están en un hotel. Bueno, que me ha llamado para que sepamos dónde está. Hotel Alizé. ¿Está en el Vieux-Port, no?

—Sí. Encinta del New York.

Gélou podía enterarse de la muerte de Guitou nada más abrir cualquier periódico. Como me había pasado a mí. No debía de haber montones de Fabres con un hijo llamado Mathias. Y menos aún un Fabre en cuya casa hubieran matado a un chaval de dieciséis años.

La presencia de Alexandre cambiaba bastante las cosas. Yo tenía claro lo que le deseaba a ese hombre. Pero era la persona a la que Gélou amaba. Con quien quería estar. Llevaban diez años juntos. Le había ayudado a educar a Patrice y a Marc. Y a Guitou, pese a todo. Tenían su vida, y el hecho de que fueran racistas, no me daba derecho a negarlo. Gélou se apoyaba en él, y yo debía hacer lo mismo.

Tenían que enterarse de lo de Guitou.

Bueno, eso me parecía.

—Yo la llamo, Honorine. Un beso.

—¡Oiga!

—Sí.

—¿Y usted se encuentra bien?

—Sí, claro. ¿Por qué?

—Porque le conozco. Y se lo noto en la voz que no está usted muy en su salsa.

—Estoy algo nervioso, es verdad. Pero no se preocupe.

—Sí que me preocupo. Sobre todo cuando me dice usted eso.

—Un beso.

¡Ay, qué mujer! La adoraba. El día en que me muera, fijo que ahí, en el agujero, es a la que más echaré de menos. Al revés sería lo más probable, pero prefería no pensarlo.

Loubet estaba todavía en la oficina. Los Fabre habían reconocido que mintieron sobre Guitou. Pero ahora teníamos que creerles. Ignoraban todo acerca de la presencia del joven en su casa. Fue su hijo, Mathias, el que le había invitado y el que

le prestó la llave. El viernes, antes de marcharse para Sanary. Se conocieron este verano. Simpatizaron. Se pasaron los teléfonos...

—Y eso. Que, cuando volvieron, Mathias no estaba con ellos. Se había quedado en Aix. Y no quisieron impresionarle con semejante drama... Mucho rollo. Pero vamos progresando.

—¿No crees que dicen la verdad?

—La jugada de «Ahora le estamos diciendo la verdad» me deja siempre perplejo. Cuando se miente una vez, es que hay gato encerrado. O no me lo han contado todo, o Mathias esconde todavía algo.

—¿Qué te lleva a decir eso?

—Pues que tu Guitou, en el estudio, no estaba solo.

—Anda —dije yo ingenuamente.

—Había un preservativo en las sábanas. Y no era de la prehistoria. El chaval estaba con una chica. Si se había fugado de casa, puede ser que fuera para estar con ella. Y esto son cosas que, seguro, sabe Mathias. Espero que me lo cuente mañana. Cuando le vea. Sintiéndose observado, delante de un poli, a un chaval no le dura mucho la chulería. Y la chica, me gustaría saber quién es. Porque cosas, tendrá unas cuantas que contar, ¿no crees?

—Sí, sí...

—Pero imagínate, Móntale. Están en la cama los dos. Y la chica, luego, ¿te la imaginas marchándose a su casa a las dos o las tres de la mañana, sola? Yo no.

—A lo mejor tenía una mobylette.

—¡Sí, hombre! ¿Y qué más?

—Vale, vale, tienes razón.

—Lo mismo... —siguió diciendo.

No le dejé acabar. Ahí sí. Lo veía venir. Iba, de verdad a hacerme el tonto.

—Podía estar todavía escondida en algún sitio, por ahí en la casa. Eso ibas a decir, ¿no?

—Sí, o algo parecido.

—Un poco traído por los pelos, ¿no crees? Los tíos se cargan a Draui. Luego a un chaval. Se habrán asegurado de que no había nadie más.

—Por muy profesional del crimen que sea uno, Móntale, siempre hay noches de gilipollez. Y ésta era una de ellas. Pensaban liquidar a Hosín Draui, tranquilitos. Y se encuentran con un hueso. Guitou. Qué coño hacía en pelotas en el pasillo, vete tú a saber. El ruido, seguramente. Se debió de asustar. Y todo fue en cadena.

—Mmm —hice, como si estuviera reflexionando—. ¿Quieres que le haga alguna pregunta a mi prima, sobre Guitou? ¿Y sobre una posible pibita en Marsella? Una madre sabe esas cosas.

—Sabes, Móntale, me extraña mucho que no lo hayas hecho aún. Yo, en tu lugar,

habría empezado por ahí. Un chaval, cuando se fuga, a menudo tiene a una chica detrás. En efecto, mi buen amigo. Estas cosas se saben, ¿no? ¿O se te ha olvidado que eras poli? —respondí con un silencio.

Él siguió:

—No veo todavía de qué hilo has estado tirando para seguirle la pista a Guitou.

¡Móntale en el papel del tonto del pueblo!

Ése es el problema cuando se miente. Que, o se coge el toro por los cuernos y se dice la verdad, o uno persiste antes de encontrar la solución. Mi solución era poner a Naima y a Mathias a salvo. Esconderlos. Ya había pensado algo acerca del lugar. Hasta que se hiciera un poco de luz en toda esta historia. Confiaba en Loubet, pero no en toda la policía. La pasma y la mafia se habían codeado demasiado. Aunque dijeran lo contrario, los telefonazos entre ellos seguían funcionando.

—¿Quieres interrogar a Gélou? —se me ocurrió para contestarle y salir del paso.

—No, no. Hazlo tú. Pero no te guardes las respuestas. Ganaré tiempo.

—OK —dije muy serio.

Luego, la cara de Guitou me vino a la mente. Su cara de ángel. Como un relámpago rojo en mis ojos. Su sangre. Su muerte me salpicaba. ¿Cómo podría yo ahora cerrar los ojos sin dejar de ver su cuerpo? Su cuerpo en el depósito de cadáveres. No era el hecho de mentir o de decir la verdad a Loubet lo que me martirizaba. Eran los asesinos. Esos dos desechos humanos. Quería que pasaran por mí. Y tener delante al que había matado a Guitou. Sí, cara a cara. Tenía odio suficiente como para disparar primero.

No tenía otra cosa en la cabeza.

Matar.

¡*Chourmo!*, Móntale, ¡*Chourmo!*

¡La vida es una galera!

—Pero ¡aún estás ahí!

—Estaba dándole vueltas.

—Evítalo, Móntale. Te entran malas ideas... Si quieres que te diga la verdad, para mí esta historia apesta. No olvides que a Hosín Draui no lo han matado por nada.

—Mira por dónde, estaba pensando en eso.

—Pues hazme caso. Evítalo. Bueno, si te necesito, estás en casa, ¿no?

—No pienso moverme. Excepto para ir a pescar, ya sabes.

Donde todos soñábamos vivir como reyes

Tenía a Murad a mi lado, preparado. Con una mochila al hombro y la carpeta en la mano. Bien estirado. Colgué.

—¿Llamabas a Caretodoble?

—No, ¿por qué?

—Pero estabas hablando con un poli.

—Yo he sido poli, me imagino que ya lo sabes. No todos somos como Caretodoble.

—De los otros todavía no he visto ninguno.

—Pues existen.

Me miró fijamente, como ya había hecho otras veces. Buscaba en mí una razón para creer. No era fácil. Ese tipo de miradas las conocía bien. La mayoría de los críos con los que me había topado en las *cités* no sabían lo que era un adulto. Uno de verdad.

Sus padres, por culpa de la crisis, del paro, del racismo, no eran, a sus ojos, más que tipos vencidos. Perdedores. Sin ninguna autoridad. Hombres que bajan la cabeza y los brazos. Que se niegan a discutir. Que no tienen palabra. Hasta por un billete de cincuenta, cuando llegaba el fin de semana.

Y esos críos bajaban a la calle. Largados. Lejos de su padre. Sin fe ni ley. Y por única consigna, no ser lo que eran sus padres.

—¿Vamos?

—Aún tengo otra cosa que hacer —dije—. Por eso he subido. No sólo por las llamadas.

Ahora le miraba yo a él. Murad apoyó la carpeta. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Acababa de adivinar mis intenciones.

Al oír al abuelo hablar de Reduán, la cosa se me había fijado casi sin darme cuenta en la cabeza. Me acordaba ahora de lo que me había dicho Anselme. A Reduán lo habían visto con el tipo que conducía el BMW. El coche desde el que dispararon. Y Serge salía de casa de los Hamudi.

—¿Es ésta su habitación?

—No, ésa es la de mis padres. La suya es la del fondo.

—Lo tengo que hacer, Murad. Necesito saber unas cuantas cosas.

—¿Por qué?

—Porque Serge era amigo mío —dije abriendo la puerta—. No me gusta que maten así como así a mis seres queridos.

Seguía tieso, rígido.

—A mi madre no la deja entrar. Ni para hacer la cama. No puede nadie.

La habitación era minúscula. Una mesita con una vieja máquina de escribir, una japy. Tenía varias publicaciones cuidadosamente ordenadas. Números de *Al Ra'id*, de *Le Musulman* —una publicación mensual editada por la Asociación de Estudiantes Islámicos en Francia—. Y un opúsculo de Ahmed Deedat, *Cómo Salman Rushdie embaucó a Occidente*. Un catre de los años sesenta y una cama de ochenta, sin hacer. Una barra con unas cuantas camisas y vaqueros colgados en perchas. Una mesilla con un ejemplar del Corán.

Me senté en la cama para pensar, hojeando el Corán. Había una página marcada con un papel doblado. La primera línea decía: «A cada pueblo le llega su fin y, cuando el fin le llegue, no podrá alterarlo ni precipitarlo ni un solo instante». Bonito programa, pensé yo. Luego desplegué el papel. Una octavilla. Un panfleto del frente Nacional. ¡Hostia! ¡Menos mal que estaba sentado! Era lo último que esperaba encontrarme allí.

El texto recogía una declaración del FN publicada en *Minute La France* (nº 1552). «Gracias al FIS, los argelinos cada vez van a parecer más árabes y menos franceses. El FIS está por el derecho de sangre. ¡Nosotros también! El FIS está contra la integración de sus inmigrantes en la sociedad francesa. ¡NOSOTROS TAMBIÉN!».

Y concluía: «La victoria del FIS es una oportunidad inesperada de tener un Irán a nuestras puertas».

¿Por qué guardaba Reduán este panfleto en el Corán? ¿De dónde lo había cogido? No me imaginaba a los militantes de la extrema derecha llenando de panfletos los buzones de las *cites*. Pero podía equivocarme. La bajada electoral de los comunistas en este tipo de barrios dejaba el terreno abierto a todas las demagogias.

Y los del Frente Nacional tenían demagogias para dar y tomar, al parecer, hasta a los inmigrantes.

—¿Lo quieres leer? —pregunté a Murad, que se había sentado a mi lado.

—Ya lo he leído desde aquí.

Doblé otra vez el panfleto y lo volví a meter en el Corán, en la misma página. En el cajón de la mesilla, cuatro billetes de quinientos, una caja de preservativos, un bic, dos fotos de carné. Cerré el cajón. Me fijé de repente en unas alfombras para rezar, enrolladas. Las desenrollé. En el interior, más panfletos. Un centenar. El título estaba en árabe. El texto en francés era breve: «¡Demostrad que no tenéis un queso por cerebro! ¡Tirad piedras, fabricad bombas, sembrad minas, secuestrad aviones!».

No iba firmado, por supuesto.

Ya tenía bastante. De momento.

—Venga, ya está. Nos vamos.

Murad se quedó inmóvil. Pasó la mano derecha por detrás del colchón del catre. Sacó una bolsa de plástico azul. Una bolsa de basura enrollada.

—Y esto, ¿no lo quieres ver?

Dentro un 22 largo y una docena de balas.

—¡Jo-der!

No sé cuánto tiempo pudo pasar. Seguramente no más de un minuto. Pero ese minuto pesaba varios siglos. Varios siglos incluso antes de la prehistoria. Antes del fuego. Ahí donde no había más que oscuridad, amenaza, miedo. Estalló una discusión en el piso de arriba. La mujer tenía una voz aguda. La del hombre era áspera, fatigada. Ecos de la vida en las *cites*.

Murad rompió el silencio. Con tono cansino.

—Casi todas las noches están igual. Él, parao desde hace la tira. Se pasa el día durmiendo. Y bebiendo. Y la mujer se pone de mala leche —luego me miró—. ¿No creerás que lo ha matado él? ¿O qué?

—Yo no creo nada, Murad. Pero tú, alguna duda tienes, ¿no? Te parece posible.

—¡No, yo no he dicho nada! Es que no me puedo creer que mi hermano haga eso. Pero... sí que es verdá que tengo miedo por él. Que se meta en estas movidas que no controla y que un día..., de repente, le dé por usar un chisme de éstos.

—Yo creo que metido está, y bien metido.

Teníamos la pistola en medio de los dos, encima de la cama. Las armas me han asustado siempre. Incluso cuando era policía, siempre dudaba en coger la pistola. Sabía lo que era. Bastaba con apretar el gatillo. Tenías la muerte en la punta del dedo. Un solo tiro y podía ser fatal para el otro. Una sola bala para Guitou. Tres para Serge. Cuando disparas una, puedes disparar tres. O más. Y volver a empezar. Matar.

—Por eso, sabes, nada más volver del colegio, vengo a ver si está. Mientras no se la lleve, es que no va a hacer ninguna pasada por ahí. ¿Tú has matado a alguien?

—Jamás. Ni a un conejo. Nunca le he disparado a nadie tampoco. Sólo a los cartones de cuando tenía que hacer las prácticas y a los de las ferias. Y tiraba bastante bien. Me ponían buena nota.

—¿Y como poli no?

—No, como poli no Jamás habría podido disparar a alguien. Ni siquiera a un hijo de la gran puta. Bueno, a lo mejor sí. A las piernas. Los miembros de mi equipo lo sabían. Mis jefes también, por supuesto. Por lo demás, no sé. Nunca he tenido que salvar el pellejo. Matando, quiero decir.

Ganas de matar no era precisamente lo que me faltaba. Pero no se lo dije a

Murad. Yo tenía ya suficiente con saber lo que sentía por dentro. Esta locura, a veces. Porque sí, me cago en Dios, el que había matado a Guitou, metiéndole una bala ahí donde no hay alternativa, a ese quería cargármelo. Las cosas no iban a cambiar mucho por eso. Asesinos los habría siempre. Pero, en este momento, se me desahogaría el corazón. Quizá.

—Tendrías que llevarte este chisme —prosiguió Murad—. Tú sabrás mejor lo que hacer con él. Yo, mejor si sé que no está aquí.

—OK.

La volví a enrollar en la bolsa de plástico. Murad se levantó y dio unos pasos cortos, con las manos en los bolsillos.

—Ves, Anselme dice que, bueno, que Reduán no es malo. Pero que se puede convertir en peligroso. Que está así porque ya no sabe adonde agarrarse. Suspendió el BEP^[17] y se puso a hacer chapucillas en EDF^[18], un trabajo de ésos..., ¡joder!, ¿cómo los llaman?

—Precario.

—Eso, precario. Que no vas muy lejos, vaya.

—Pues no.

—Luego en un puesto de frutas, en la rue Longue. Y ahí también repartía *Le 13* Sabes, el periódico gratuito. Sólo cosas de ésas. Y, entre curro y curro, pues estaba tirao en el portal, fumando, oyendo rap. ¡Se vestía a lo MC Solaar! Ahí es cuando empezó a hacer el gilipollas. Y a chutarse cada vez peor. Al principio, cuando mi madre iba a verle a Les Baumettes, la obligaba a llevarle hachís. ¡En el locutorio! Y un día se lo llevó, ¡imagínate qué pasada! Decía que, si no, cuando saliera, nos iba a matar a todos.

—¿No te quieres sentar?

—No, estoy mejor de pie —me echó una mirada—. Es duro contar cosas de Reduán. Es mi hermano, le quiero. Cuando ganaba algo de pasta, al principio de trabajar, se lo gastaba todo connosotros. Nos llevaba al cine a Naima y a mí. Al Capitole, sabes, en La Canebière. Nos compraba palomitas. ¡Y volvíamos en taxi! Como reyes.

Hizo un chasquido con los dedos para decir eso. Con una sonrisa. Y debieron de ser estupendos aquellos momentos. Los tres chavales de paseo por La Canebière. El mayor, el pequeño y, en medio, la hermana. Orgullosos de ella, seguro.

Vivir como reyes, Manu, Ugo y yo también lo soñábamos. Hasta el culo de currar por cuatro duros y dos céntimos a la hora, mientras el cabrón se llenaba los bolsillos por detrás. A Manu, lo que le sacaba de sus casillas eran los céntimos del precio por hora. Los céntimos eran el hueso del jamón para chupar. Y yo pensaba lo mismo, yo también quería ver el jamón entero.

¿Cuántas farmacias habríamos atracado, cuántas gasolineras? No tenía ni idea. Un

buen palmares. Nos lo hacíamos en plan tranqui. Primero en Marsella. Luego en el departamento. No pretendíamos batir ningún record. Nos bastaba con tener para vivir sin agobios, unos quince o veinte días. Y luego, otra vez. Por el puro placer de gastar sin mirar. De presumir. Y bien vestidos, vaya que sí. Nos hacíamos trajes a medida. ¡Y en Cirillo! Un sastre italiano de la avenue Foch. Elegir la tela, el modelo. Las pruebas, los retoques. Con la raya que caía justo donde tenía que caer en el zapato, italiano también, faltaría más. ¡Mucha clase!

Una tarde, decidimos darnos una vuelta hasta San Remo. Cuestión de aprovisionarse de ropa y zapatos. Un colega mecánico, José, un loco de los coches de carreras, nos prestó un Coupé Alpine. Asientos de cuero y salpicadero de madera. Una obra maestra. Tres días que nos quedamos. Nos dimos la vida padre. Hotel, chicas, restaurantes, discotecas y, de madrugada, fichas a mogollón en el casino.

La buena vida. *La belle époque*.

Hoy día las cosas habían cambiado. Pillar mil papeles en un supermercado y que no te cogieran a los tres días era toda una heroicidad. El mercado de la droga había prosperado, era más seguro y podías ganar un pastón. Hacerse camello era lo más.

Hace dos años, agarramos a uno. Bachir. Quería abrir un bar vendiendo heroína.

Se olvidó de lo del bar. Se puso a trabajar para un «supercabeza», como le llamaba él. Un supercamellazo, eso es lo que era. A partes iguales. Él era quien corría todos los riesgos. Cargar con las papelinas y así. Una noche se negó a darle las ganancias, un chantaje, para sacar setenta con treinta. Al día siguiente por la mañana, todo orgulloso, se fue a tomar el aperitivo en el Bar Des Platanes, en Le Merlán. Entró un tío y le pegó dos balazos en las piernas. Uno en cada una. Allí tuvimos que ir a buscarlo. Estaba fichado y conseguimos meterle dos años y medio. Pero no escupió nada sobre sus proveedores. No quise oírla. Me la sabía de memoria, su vida.

Murad seguía hablando. La vida de Reduán se parecía a la de Bachir y tantos otros.

—Mira, Reduán, cuando empezó con la droga, ya no nos llevó más al cine. Nos pasaba pasta, así. Quinientos, mil papeles. Una vez me compré con eso unas reebok. De puta madre. Pero, en el fondo, no me hacía mucha gracia. No era como un regalo. Saber de dónde salía la pasta me daba mal rollo. El día que lo cogieron, las tiré.

¿De qué dependía, me preguntaba yo, que en una misma familia los hijos fueran por caminos diferentes? Las chicas, lo entendía. Sus ganas de éxito eran su medio para conseguir la libertad. Para ser independientes. Para elegir libremente a su marido. Para irse algún día de las barriadas norte. Sus madres les ayudaban a conseguirlo. ¿Pero los chicos? ¿Cuándo se abrió la falla entre Murad y Reduán? ¿Cómo? ¿Por qué? La vida estaba llena de preguntas así, sin respuesta. Y ahí donde no había respuestas era justamente donde alguna vez se colaba un pequeño atisbo de felicidad. Como un corte de mangas a las estadísticas.

—¿Qué pasó para que cambiara así?

—La cárcel. Al principio iba de cabecilla. Se pegaba con otros. Decía: «Hay que ser un hombre. Si no eres un hombre, estás jodido. Se te suben a la chepa. Son unos perros». Luego conoció a Said. Un visitador.

Había oído hablar de él, de Said. Un antiguo recluso que se había hecho predicador. Predicador islamista del Tabligh, un movimiento de origen pakistaní que recluta personal básicamente de barrios pobres.

—Ya sé quién es.

—Bueno, pues desde ese día ya no nos quiso ver. Nos escribió una cosa de alucinar. Algo así como... —pensó un poco, buscando las palabras más exactas posibles—, «Said es como un ángel que ha venido hasta mí». O cosas como «Su voz es dulce como la miel y sabia como la del profeta». Said le había hecho ver la luz, eso nos escribió mi hermano. Se puso a estudiar árabe y a leer el Corán. Y ya no dio a nadie más por culo en la trena.

»Cuando salió, con reducción de condena por buena conducta, estaba cambiado. Ni bebía, ni fumaba. Se había dejao una perilla y no se hablaba con los que no iban a la mezquita. Se pasaba días enteros leyendo el Corán. Lo recitaba en alto, como si se aprendiera las frases de memoria. A Naima le hablaba de pudor y de dignidad. Cuando íbamos a ver al abuelo, le hacía la reverencia, con ritos sagrados. Que a mi abuelo le daban risa, ¡porque hace la tira que no va a la mezquita! Ves, hasta intentaba perder el acento... En la *city* no lo reconocía nadie.

»Un día vinieron a verle unos tíos. Unos barbudos con chilaba y cochazo. Reduán se iba con ellos y volvía por la noche. Luego, otros tíos que llevaban el abaya blanca y el turbante. Una mañana cogió sus cosas y se largó. Para seguir la doctrina de Mohamed, les dijo a mi padre y a mi madre. A mí, me confesó, y de eso me acuerdo de memoria, “que se iba en busca de un fusil para liberar a nuestro país”. “Cuando vuelva”, dijo además, “te llevaré conmigo”.

»Estuvo fuera más de tres meses. A la vuelta aún había cambiado más. Pero me dejó tranquilo. Sólo me decía haz esto o no hagas aquello. Y también: “No quiero saber nada más de Francia, Murad. Son unos maricones. ¡Métete esto en el coco! Pronto, ya lo verás, estarás orgulloso de tu hermano. Va hacer cosas que hablarán de él. Grandes cosas. Inshá Allah”.

Me podía imaginar adonde se había ido Reduán.

Entre todo el papelamen de Serge, había un gran dossier sobre los «peregrinajes» que el Tabligh —pero no era el único— organizaba para sus nuevos fichajes. Paquistán sobre todo, pero también Arabia Saudí, Siria, Egipto... Con visitas a los centros islamistas, estudio del Corán y, lo más importante, iniciación a la lucha armada. Esto último en Afganistán.

—¿Sabes adónde se marchó esos tres meses?

—A Bosnia.

—¡A Bosnia!

—Con una asociación humanitaria, Merhamet. Reduán se juntó con la asociación islámica de Francia. Ahí defienden a los bosnios. Son musulmanes, sabes. Que están en guerra para salvar la cosa, contra los serbios y contra los croatas también. Eso me ha conta Reduán. Al principio. Porque luego ya ni me dirigía la palabra. No le parecía más que un puto crío. Nunca me enteré de nada más. Ni de la gente que lo venía a ver. Ni de lo que se dedicaba a hacer a diario. Ni del dinero que traía a casa cada semana. Lo único que sé es que un día se fueron, él y otros, a pegar a los camellos del Plan D'aou. Camellos de caballo. No de hachís. Unos colegas míos le vieron y me enteré.

Oímos abrirse la puerta de la calle, luego unas voces. Murad saltó rápido hasta el comedor para bloquearle el acceso al pasillo.

—¡Apártate, chaval, que tengo prisa!

Salí de la habitación, con la bolsa de plástico en la mano. Detrás de Reduán, otro joven.

—¡Hostias, nos largamos! —gritó Reduán.

No hubiera servido de nada correr detrás de ellos.

Murad estaba temblando de arriba abajo.

—El otro es Naser. Es que llevaba el BMW No lo sabe sólo Anselme. Todos lo sabemos. Lo hemos visto dar vueltas por aquí con el coche.

Y se echó a llorar. Como un niño. Me acerqué a él y le abracé. Me llegaba a la altura del pecho. Su llanto aumentó.

—No pasa nada. No pasa nada.

Lo único que pasaba es que había demasiada mierda en este mundo.

Donde no es seguro que en otra parte las cosas sean mucho mejor

Había perdido la noción del tiempo. Las ideas se me agolpaban en la cabeza. Dejé a Murad delante del edificio de Anselme. Metió la bolsa de plástico con la pipa en la guantera y después dijo: «Hasta luego». Sin siquiera darse la vuelta para hacerme un gesto. Debía de tener el corazón a punto de reventar, seguro. Anselme se encargaría de hablar con él. De levantarle el ánimo. Al final, yo estaba más tranquilo sabiendo que estaba en su casa que en casa de su abuelo.

Antes de irme de La Bigotte, di una vuelta por el aparcamiento para buscar el coche de Serge. Pero sin muchas esperanzas. No me desilusioné, no estaba. Pavie se había debido de marchar con él. Esperaba que tuviera carné y que no se hubiera dedicado a hacer tonterías. Deseos siempre piadosos. Como pensar que ahora estaba a salvo. En casa de Randy, por ejemplo. No me lo acababa de creer, pero ese pensamiento me permitió al menos coger el coche y bajar para el centro.

Ahora tenía puesto a Art Pepper, tocando «More for less». Una joya. El jazz me ayudaba siempre a recomponer los pedazos. Solía funcionar con los sentimientos. Con el corazón. Pero ahora estábamos hablando de otra cosa. Había demasiados pedazos, demasiadas pistas. Demasiados recuerdos saliendo a flote. Necesitaba urgentemente una copa. O dos.

*La mar,
Medio dormida, me tomaba en brazos
Como hubiera acogido a un pez desorientado...*

Reduje un poco la marcha al pasar por delante del hotel Alizé. Me había propuesto ese destino. Pero no tuve valor para pararme. Ver a Gélou. Conocer a Alex. Era superior a mis fuerzas a estas horas. Encontraba cien mil excusas para no bajarme del coche. Para empezar, no había sitio donde aparcar. Luego, podían haber salido a cenar a algún sitio. Cosas así. Me prometí llamar por teléfono más tarde.

¡Palabra de borracho! Iba ya por el tercer whisky. Mi viejo R5 me había llevado con los ojos cerrados hasta Les Maraîchers, donde Hassan. Donde uno es siempre

bienvenido. Un bar de jóvenes, el más simpático de todo el barrio. De toda Marsella, quizás. Llevaba muchos años pasándome por aquí. Mucho antes de que todas 'as callejuelas, desde La Plaine hasta el Cours Julien, se llenaran de bares, restaurantes y tiendas de ropa o de trapos. Estaba algo de moda, el barrio, actualmente. Pero hasta cierto punto. Todavía no se podía pasear en Lacoste así como así, y el pastis corría por los bares hasta el amanecer.

Una noche, hace unos meses, a Hassan le quemaron el bar. Porque, iban diciendo, vendía las cañas más baratas de Marsella. Podía ser. O no. Se dicen tantas cosas, siempre. En esta ciudad, una historia tenía que alimentarse con otra. Aún más misteriosa. Más secreta. Si no, no pasaba de suceso y no importaba un bledo.

Hassan reconstruyó el bar. Las pinturas y todo. Y luego, tranquilamente, como si no hubiera pasado nada, volvió a colgar la foto en la que están Brel, Brassens y Ferré juntos en la misma mesa. Para Hassan, esa foto era un símbolo. Una referencia. En ese bar no te ponían blandenguerías. La música sólo tenía sentido si tenía corazón. Justo cuando entré, Ferré estaba cantando:

*Oh, Marsella, parece que el mar hubiera llorado
Tus palabras que en la calle se medían por su grandeza
y que ya no se agarran con el mismo ardor
en los labios de tu gente envuelta en la tristeza*

Encontré sitio en una mesa, con unos cuantos jóvenes a los que conocía un poco. Clientes habituales. Mathieu. Véronique, Sébastien, Karine, Cédric. Cuando me senté, pagué una ronda, y las rondas iban una detrás de otra. Ahora Sonny Rollins tocaba «Without a song». Con Jim Hall a la guitarra. Era su mejor álbum, *The Bridge*.

Me hacía un bien enorme estar ahí, en un mundo normal. Entre jóvenes que se sienten a gusto. Oyendo risotadas francas. Conversaciones que navegaban, felices, con los vapores etílicos.

—¡Joder, no hay que confundirse de objetivo! —gritaba Mathieu—. ¿Qué quieres? ¿Dar por culo a los parisinos? Es al Estado al que hay que dar por culo. Los parisinos, ¿qué? Son los más afectados. Por eso, porque viven al lado del Estado. Nosotros estamos lejos, es normal que estemos más sanos.

La otra Marsella. Un resquicio libertario en su memoria. Aquí, en la Comuna de 1871, la bandera negra ondeó durante cuarenta y ocho horas en la jefatura de policía. En cinco minutos y sin solución de continuidad, se pondrían a hablar de Bob Marley. De los jamaicanos. Intentarían demostrarse que tener dos culturas es mucho mejor para entender a los demás. Al mundo. Y se podían pasar la noche entera hablando de esas cosas.

Me levanté y me abrí paso hasta la barra para agarrar el teléfono. Descolgó a la

primera señal, como si estuviera ahí mismo, esperando una llamada.

—Soy Múltiple —dije—. ¿No la habré despertado?

—No —dijo Cúc—. Estaba segura de que volvería usted a llamar en cualquier momento.

—¿Está su marido?

—No, está en Fréjus, por trabajo.

—Tenía una pregunta que hacerle.

—¿Tal vez puedo contestarle yo?

—Me extraña.

—Hágala de todos modos.

—¿Mató él a Hosín?

Colgó.

Volví a marcar. Contestó de inmediato.

—Eso no es una respuesta —dije yo.

Hassan me puso otro whisky. Le guiñé el ojo para agradecerse.

—Tampoco lo suyo era una pregunta.

—Pues entonces tengo otra. ¿Dónde puedo encontrar a Mathias?

—¿Por qué?

—¿Contesta usted siempre a una pregunta con otra?

—No estoy obligada a responderle.

—Naima debe de estar con él —le grité.

El bar estaba hasta los topes. Había codazos por todas partes. B. B. King hacía estallar los altavoces con «Rock me baby», y todos gritaban con él.

—Bueno, ¿y qué?

—¿Cómo que y qué! ¡Deje ya de tomarme el pelo! Usted sabe muy bien lo que hay. Naima está en peligro. Y su hijo también. ¡Está muy claro! ¡Clarísimo! —dije yo, gritando esta vez.

—¿Dónde está usted?

—En un bar.

—Eso ya lo oigo. ¿Pero dónde?

—En Les Maraîchers. En la Plaine.

—Ya sé dónde es. No se mueva. Voy para allá.

Colgó.

—¿Todo bien? —me preguntó Hassan.

—No sé qué decirte.

Me puso otro y brindamos. Me fui otra vez para la mesa de mis coleguitas.

—Nos estás cogiendo ventaja, eh —decía Sébastien.

—Los viejos somos así.

Cûc se abrió paso hasta mi mesa. Las miradas convergieron hacia ella. Llevaba un vaquero negro ajustado y una camiseta negra, también ajustada, bajo una cazadora vaquera. Oí a Sébastien soltar un «¡Joder, cómo está!». Era una gilipollez haberla dejado venir, pero no estaba yo en condiciones de fijarme en las cosas. Excepto en ella. En su belleza. Hasta Jane March a su lado tenía que ir a arreglarse un poco.

Encontró una silla libre, como por arte de magia, y se acopló frente a mí. Los jóvenes que me acompañaban enseguida se intentaron borrar. Estaban dudando si «irse con el cuerpo a otra parte». No sabían si a L'Intermédiaire, donde tocaba Doc Robert, ¿un bluesman?, o al Cargo, un sitio nuevo, en la rue Grignan. Jazz con el Mola-Bopa Quartet. También se podían pasar horas así. Viendo dónde acababan la noche, sin moverse de la mesa.

—¿Qué tomas?

—Lo mismo.

Le hice un gesto a Hassan.

—¿Has cenado?

Sacudió la cabeza.

—He picado algo, hacia las ocho.

—Nos bebemos algo y te invito a cenar. Tengo hambre.

Se encogió de hombros y se retiró el pelo detrás de las orejas. Un gesto matador. Toda su cara, despejada, se inclinaba hacia mí. De sus labios, discretamente redibujados, surgió una sonrisa. Su mirada se fijó en la mía. Como la de una fiera que sabe que conseguirá a su presa. Así se comportaba Cûc. Estaba en ese extremo límite en el que la especie humana se funde con la belleza animal. Lo supe desde el momento en que la vi.

Ahora ya era demasiado tarde.

—Salud —dije.

Porque no sabía qué más decir.

A Cûc le gustaba contarse a sí misma y no se cortó nada en toda la comida. La llevé a Loury, en el carré Thiars, cerca del puerto. Se come bien, que no se molesten Gault y Millau. Y tienen la mejor bodega de vinos provenzales. Elegí un Château-Sainte-Roseline. Sin duda, el más extraordinario de los vinos de Provenza. Y el más sensual.

—Mi madre nació en una familia importante. De la aristocracia culta. Mi padre era ingeniero. Trabajaba para los americanos. Se marcharon del norte en 1954. Después de la división del país. Para él, esa salida fue como un desarraigo. Ya nunca más volvió a ser feliz. Un abismo se levantó entre mi madre y él. Cada vez se volvía más introvertido. No deberían haberse conocido nunca...

»Perteneían a mundos distintos. En Saigón, sólo venían a casa amigos de mi madre. Sólo se hablaba de lo que tenía que ver con Estados Unidos o con Francia. Ya

por entonces, todo el mundo sabía que la guerra estaba perdida, pero... Era algo raro, la guerra no la percibíamos. Más tarde sí, durante la gran ofensiva comunista. Bueno, que había un ambiente de guerra, no la guerra. Sólo vivíamos bajo una presión constante. Muchas inspecciones, visitas nocturnas.

—¿Tu padre se quedó allí?

—En principio, tenía que reunirse con nosotros. Es lo que nos había dicho. No sé si lo deseaba o no. Lo detuvieron. Nos enteramos de que lo habían internado en el campo de Lolg-Giao, a sesenta kilómetros de Saigón. Pero jamás supimos de él. ¿Más preguntas? —dijo acabándose el vaso de vino.

—Corres el riesgo de que sean más indiscretas.

Sonrió. Y otra vez repitió ese gesto de llevar el pelo detrás de las orejas. Cada vez iban bajándome más las defensas. Me sentía esclavo de aquel gesto. Lo esperaba, lo anhelaba.

—Nunca he amado a Adrien, si es lo que quieres saber. Pero a Adrien le debo todo. Cuando le conocí, estaba lleno de ilusiones, de amor. Me ayudó a acabar mis estudios. De repente, y gracias a él, empecé a recobrar esperanzas. Para mí, para Mathias. Empecé a creer que todo estaría bien en el plazo de un año.

—¿Y en la vuelta del padre de Mathias?

Un relámpago de violencia le pasó por la mirada. Pero la tormenta no estalló. Se quedó en silencio y prosiguió con una voz más grave.

—El padre de Mathias era un amigo de mi madre. Un profesor de francés. Me hizo leer a Hugo, a Balzac y a Céline. Con él me encontraba a gusto. Mejor que con las chicas del instituto, que se preocupaban, para mi gusto, demasiado por las historias románticas. Tenía quince años y medio. Yo era bastante salvaje y eso, acompañado de una gran audacia...

»Una noche le provoqué. Había bebido champán. A lo mejor dos copas. Estábamos celebrando sus treinta años. Le pregunté que si era el amante de mi madre. Me pegó un bofetón. El primer tortazo de mi vida. Me abalancé sobre él. Me cogió en sus brazos... Fue mi primer amor. El único hombre al que he amado. El único que me ha poseído. ¿Eres capaz de entender eso? —dijo inclinándose hacia mí—. Me desvirgó y me puso una criatura en la tripa. Se llamaba Mathias.

—¿Se llamaba?

—Tenía que acabar el curso escolar en Saigón. Le apuñalaron por la calle. Se dirigía a la embajada de Francia para saber de nosotros. Eso es lo que contó más tarde el director del instituto.

Cûc me metió la rodilla entre las piernas, y sentí cómo me invadía su calor. Su electricidad. Cargada de emociones, de añoranzas. De deseos. Tenía los ojos clavados en los míos.

Llené los vasos y levanté el mío a la altura de su cara. Todavía tenía una pregunta

que hacerle. Primordial.

—¿Por qué tu marido ha mandado matar a Hosín? ¿Por qué estaba ahí, en el lugar de los hechos? ¿Quiénes son esos asesinos? ¿Dónde los ha conocido?

Sabía que eso era la verdad o casi. La había estado rumiando en la cabeza, toda la noche. Whisky tras whisky. Y todo cuadraba. Naima, no sé cómo había visto esa noche a Adrien Fabre. Pero lo había visto. Lo conocía de haber ido varias veces a su casa. A ver a Mathias, su ex novio. Y le habría contado todo ese horror. A él, que no quería a ese «padre» al que ni siquiera su madre quería.

—¿Y si fuéramos a tu casa para hablar de eso?

—Sólo una cosa, Cúc...

—Sí —dijo sin titubear—. Sí, lo sabía cuando viniste a verme. Mathias me había llamado —apoyó su mano en la mía—. Donde están ahora los dos, están seguros. De verdad. Créeme.

No me quedaba más remedio que creerla. Y esperar que fuera verdad.

Ella había venido en taxi, así que me la llevé en mi carromato. No hizo ningún comentario, ni sobre el estado exterior ni sobre el interior del vehículo. Flotaba un viejo olor a tabaco frío, a sudor y a pescado, creo. Abrí la ventana y puse una cinta de Lightnin' Hopkins, mi bluesman favorito. «Your own fault, baby, to treat me the way you do». Y allá que nos fuimos. Como en el año 14. Como en el año 40. Y como pasa con todas las gilipolleces de las que los hombres son capaces.

Cogí la Corniche. Sólo por comernos con los ojos la bahía de Marsella y seguirla como una luz de Navidad. Necesitaba convencerme de que aquello existía. De que Marsella era también un destino. El mío. El de todos los que aquí viven y que no se van nunca. No era una cuestión de historia o de tradición, de geografía o de raíces, de memoria o de creencias. No, era así. Y punto.

Uno era *de aquí*, como si todo estuviera ya escrito. Y porque, a pesar de todo, no estamos seguros de que en otra parte las cosas fueran mucho mejor.

—¿En qué piensas?

—En que en otra parte seguro que se está peor. Y no estoy seguro de que la mar sea más bella.

Su mano, que me estaba recorriendo el muslo desde que habíamos salido, se detuvo en la entrepierna. Tenía los dedos ardiendo.

—Por lo que yo sé, desde luego es para vomitar. La semana pasada me enteré de que cuatro mil *boat-people* vietnamitas se han rebelado en Malasia. Ignoro cuántos muertos ha habido... Pero qué más da, ¿no?

Retiró la mano para encenderse un cigarro. Me pasó uno a mí también.

—Gracias.

—Colectivamente, la muerte no existe. Cuantos más hay, menos cuentan. Muchos muertos son como el más allá. Está muy lejos. No es una realidad. Sólo tiene realidad

la muerte individual. La que te afecta personalmente. Directamente. La que vemos con nuestros ojos, o con los ojos de otro.

Se perdió en el silencio. Tenía razón. Por eso no era cuestión de dejar estar la muerte de Guitou. No, no podía. Y Gélou tampoco. Y Cûc tampoco. Entendía lo que ella podía sentir. Ella había visto a Guitou al volver a casa. Con su cara de ángel. Guapo como seguramente lo era Mathias. Como lo eran todos los chavales de su edad. Los que sea, de cualquier raza, de cualquier sitio.

Cûc había visto la muerte de cerca. Yo también en el depósito de cadáveres. La hijaputez del mundo nos había salpicado en la cara. Basta una muerte, una sola, como ésta, sin sentido ninguno, para que todas las atrocidades del mundo se pongan a gritar. No, no podía abandonar a Guitou sin más en el cómputo de pérdidas y beneficios de este mundo podrido. Y dejar a las madres en eterno llanto.

Y ¡*chourmo!* Me guste o no.

Cuando llegué a la Pointe Rouge, me metí por la derecha, por la avenue D'Odessa, bordeando el nuevo puerto deportivo. Luego giré a la izquierda por el boulevard Amphitrite, y otra vez a la izquierda para ir a dar a la avenue Montredon. En dirección al centro.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Simple constatación —respondí echando un vistazo por el retrovisor.

Parecía que no nos seguía nadie. No obstante, llevé la prudencia hasta la avenue des Gourmiers, me colé por el laberinto de callejuelas de La Vieille-Chapelle, luego volví por la avenue de la Madrague de Montredon.

—Vives casi en el culo del mundo —dijo cuando me metí en la pequeña carretera que conduce a Les Goudes.

—Mi casa ES el culo del mundo.

Apoyó su cabeza en mi hombro. No había estado en Vietnam, pero todos sus olores venían a mi encuentro. Siempre que surge el deseo, pensé, te encuentras con olores distintos. Todos agradables por igual. Simple justificación para lo que venía luego.

Y de justificaciones andaba yo necesitado. Había desechado llamar a Gélou. Y olvidado incluso que me estaba paseando por ahí con una pistola en la guantera.

Cuando volví con los dos vasos y la botella de Lagavulin, Cûc me estaba plantando cara. Desnuda. Apenas iluminada por la pequeña lámpara azul que encendí al llegar.

Tenía un cuerpo perfecto. Dio unos pasos hacia mí. Parecía estar marcada por un destino de amor. De cada uno de sus movimientos se desprendía una voluptuosidad contenida. Sorda, intensa, casi insoportable para mis ojos.

Apoyé los vasos, pero no solté la botella. Tenía verdadera necesidad de echarme un trago. Estaba a cincuenta centímetros de mí. No podía dejar de mirarla. Fascinado.

Su mirada era de una indiferencia total. No se le movía ni un sólo músculo de la cara. Una máscara de diosa. Mate. Lisa. Como su piel, de un poro tan uniforme, tan delicado, que llamaba tanto a la caricia como al mordisco.

Bebí un trago de whisky a morro. Un buen trago. Luego intenté mirar más allá de ella. Por detrás, hacia el mar. Hacia el infinito. Hacia el horizonte. En busca de Planier, que podría haberme indicado el rumbo a seguir.

Pero estaba solo conmigo mismo.

Y con Cúc a mis pies.

Se había arrodillado, y su mano siguió el contorno de mi sexo. Con un solo dedo, lo recorrió a lo largo. Luego me desabrochó los botones, uno a uno, sin prisa. La punta de mi verga saltó del calzoncillo. El pantalón me resbaló por las piernas. Sentí la melena de Cúc en los muslos, y su lengua. Me cogió las nalgas con las manos. Hundiéndome las uñas con violencia.

Me dieron ganas de gritar.

Di otro trago largo. La cabeza me empezó a dar vueltas. El alcohol me ardía en el hueco del estómago. Una gota de esperma brilló en la punta de mi sexo. Iba a llevárselo a la boca, caliente y húmeda como la lengua.

—Con Hosín, también...

Las uñas se retiraron de mis nalgas. Todo el cuerpo de Cúc se ablandó. El mío se echó a temblar. Por haber podido balbucear esas palabras. El esfuerzo de articularlas. Bebí más. Dos sorbos breves. Y moví la pierna. El cuerpo de Cúc, flácido de repente, quedó tendido en las baldosas. Me subí el pantalón.

La oí llorar, suavemente. Pasé por un lado y fui a buscar su ropa. Su llanto aumentó cuando me agaché a su altura. Estaba convulsionada en lágrimas. Parecía una oruga agonizante.

—Toma, anda, vístete. Por favor.

Lo dije con ternura.

Pero sin tocarla. Todo el deseo que había sentido por ella seguía estando. No me dejaba en paz.

Donde las añoranzas también son parte de la felicidad

Empezaba a amanecer cuando llevé a Cûc a la parada de taxis más cercana, que no estaba tan cercana, por cierto. Hubo que volver hasta la Vieille-Chapelle para encontrar un coche.

Circulamos, fumando, sin intercambiar palabra. Me gustaba esta hora, oscura, de antes del comienzo del día. Era un momento puro, que no podía pertenecer a nadie. Era inutilizable.

Cûc volvió la cara hacia mí. Sus ojos mantenían ese brillo de jade que me había seducido al instante. Apenas, estaban apagados por el cansancio y la tristeza. Pero, sobre todo, liberados de la mentira, habían perdido toda la indiferencia. Era una mirada humana. Con sus heridas y tormentos. Con esperanzas también.

Mientras estuvimos hablando, de esto hacía ya unas dos horas, no paré de beber un vaso tras otro. De hecho, la botella de Lagavulin se había acabado. Cûc se paró en una frase para preguntarme:

—¿Por qué bebes tanto?

—Tengo miedo —le contesté, sin más explicación.

—Yo también tengo miedo.

—No se trata del mismo miedo. Cuanto más envejeces, mayor es el número de actos irreparables que puedes cometer. Evito alguno, como contigo. Pero éstos no son los peores. Están los otros, los inevitables. Si los evitas, por la mañana no te puedes mirar al espejo.

—¿Y te agotas?

—Sí, exacto. Cada día un poco más.

Se quedó en silencio. Perdida en sus pensamientos. Luego siguió:

—¿Y vengar a Guitou es uno de ellos?

—Matar a alguien es un acto irreparable. Matar al hijo de puta que lo hizo, me parece inevitable.

Dije aquellas palabras con cansancio. Cûc me cogió la mano. Precisamente para compartir ese cansancio. Aparqué detrás del único taxi de la parada. Un taxista que empezaba su jornada. Cûc me besó en los labios. Un beso furtivo. El último. El

único. Porque, lo sabíamos, lo que no había podido ser, no sería jamás. Las añoranzas también son parte de la felicidad.

La vi subir al taxi, sin darse la vuelta. Como Murad. El taxi arrancó. Se alejó y, cuando perdí de vista las luces de posición, di media vuelta y me volví para casa.

Dormir. Por fin.

Me sacudieron suavemente del hombro.

«Fabio... Fabio... Cucú...». Reconocía esa voz. Me resultaba familiar. Era la voz de mi padre. Pero no me apetecía levantarme para ir a clase. No. De hecho estaba enfermo. Tenía fiebre. Eso. Por lo menos treinta y nueve. Me ardía el cuerpo. Lo que quería era desayunar en la cama. Y luego leer Tarzán. Estaba seguro de que era miércoles. El último número de *Las aventuras de Tarzán* había tenido que salir. Mi madre iría a comprármelo. No podía decir que no, porque estaba enfermo.

—Fabio.

No era la voz de mi padre, pero la entonación era la misma. Dulce. Sentí, una mano en la nuca. ¡Dios mío, qué bien! Intenté moverme. Un brazo. El derecho, creo. Pesado. Como un tronco de árbol. ¡Mierda! Estaba atrapado debajo de un árbol. No. Había tenido un accidente. Mi mente se estaba despertando. Un accidente de coche. Al volver. Justo. Me había quedado sin brazos. A lo mejor también sin piernas.

—¡No! —grité dándome la vuelta.

—¡La leche! No hace falta que grites como un condenado —dijo Fonfon—. ¡Casi ni te tocao!

Me palpé por todos lados. Parecía estar entero. Muy entero. Y vestido de arriba abajo. Abrí los ojos.

Fonfon. Honorine. Mi habitación. Sonreí.

—Oiga, menudo susto que nos ha dado. Que creía que le había pasao algo. Un ataque o algo. No sé. Con que me ido a buscar a Fonfon.

—Si me pienso morir, ya os dejaré una nota la víspera. En la mesa. Para que no os asustéis.

—¡Cagüendiez, aún no se ha despertao y ya está de cachondeo! ¡Y yo aquí perdiendo el tiempo en tonterías! ¡Venga, hombre, que yo ya no estoy pa estos trotes!

—Bueeno. Vale. Tranquilo, Fonfon. ¡Es que estoy un poco chispa todavía! ¿Me has traído un cafelín?

—¡Sí! ¿Y qué más? ¿Un croissant en bandeja para el señor?

—Pues, oye, ahora que lo dices... No habría estado mal.

—¡Teacagar!

—El café ya está casi —dijo Honorine—. Está puesto.

—Me levanto.

Hacía un día espléndido. Sin nubes. Ni viento. Ideal para ir a pescar, cuando se tiene tiempo. Miré mi barco. Estaba tan triste como yo por no poder salir a la mar

otro día más. Fonfon me había seguido la mirada.

—Oye, ¿vas a tener tiempo de ir a ver lo del pescado de aquí al domingo o lo tengo que encargar?

—Encarga marisco, eso sí. Pero del pescado me encargo. Así que no me comas el coco.

Sonrió y se bebió el café.

—Bueno, me vuelvo para allá. Que los clientes se van a impacientar. Gracias por el café, Honorine —se giró hacia mí. Paternal—. Ven a verme antes de irte.

Qué gusto daba saber que los tenía cerca, a Honorine y a Fonfon. Con ellos sentías la seguridad de un mañana. De un después. Pasada cierta edad, es como si la vida fuera eterna. Se hacen planes para el día siguiente. Para el siguiente. Y para el domingo que viene, y para el otro. Y el tiempo avanza. Ganado a la muerte.

—¿Le hago otro café o qué?

—Con mucho gusto Honorine. Es usted un ángel.

Y se fue para la cocina. Oí cómo se ponía a hacer cosas. A vaciar los ceniceros, lavar los vasos, tirar las botellas. Si seguía en ese plan, me iba a cambiar hasta las sábanas.

Encendí un cigarro. Me supo fatal, como me sabe siempre el primero. Pero me apetecía el olor. Aún no tenía muy claro en qué planeta estaba. Impresión de estar nadando a contracorriente. Una cosa así.

Desde el cielo hasta el mar, era todo una infinita gama de azules. Para el turista, el que viene del norte, del este o del oeste, el azul es azul y punto. Sólo después, a poco que te preocupes en mirar el cielo, la mar, en acariciar con los ojos el paisaje, descubres el azul grisáceo, el azul oscuro, el azul ultramar, los azules pimienta, los azules lavanda. O el azul berenjena de las tardes de tormenta. El azul verdoso del oleaje. El azul cobrizo de la puesta de sol. La víspera de Mistral. O ese azul tan pálido que se vuelve casi blanco.

—¡Ay! ¿Se ha quedado dormido?

—Estaba pensando, Honorine. Estaba pensando.

—Pues con la cabeza que tiene hoy, no vale la pena. Mejor no pensar en nada que pasar por las cosas a medias, decía mi pobre madre.

Nada que decir al respecto.

Honorine se sentó, se trajo la silla cerca, se estiró la falda y me miró mientras me bebía el café. Apoyé la taza.

—Bueno, y hay más. Está Gélou, que ha llamado. Dos veces. A las ocho y luego a las nueve y cuarto. Le dicho que estaba durmiendo. Y, bueno, era verdad. Y que le iba a despertar enseguida. Que se había acostao tarde.

Me miró con sus ojos de pilla.

—¿Qué hora es?

—Casi las diez.

—No se puede decir que me haya acostado. ¿Está preocupada?

—Bueno, no es que sea eso... —se detuvo e intentó poner tono de enfadada—. Es que no está bien no haberla llamado. Pobrecita, pues claro que está preocupada. Se ha quedado adrede a cenar en el New York por si se acercaba usted. Le había dejado una nota en el hotel y todo. Es que a veces no le entiendo, de verdad.

—Déjelo estar, Honorine. La voy a llamar.

—Sí, porque su... Alex quiere que se vuelva para Gap. Dice que ya él verá con usted lo de Guitou. Que no sirve de nada que se eternice en Marsella.

—Ya —dijo pensativo—. A lo mejor sabe algo. Que haya leído el periódico. Y que quiere que ella no se dé cuenta. No sé. No conozco a ese tío.

Me miró intensamente. No dejaba de darle vueltas en la cabeza. Al final se volvió a estirar la falda.

—¿Usted cree que es un hombre como Dios manda? Quiero decir para ella.

—Están juntos, Honorine. Desde hace diez años. Ha educado a sus hijos...

—Para mí, un hombre como Dios manda... —se quedó pensando—. Bueno, llame por teléfono, vale. Pero... a lo mejor estoy un poco carca, pero no sé, podía haber venido hasta aquí, ¿no? No sé... presentarse, ¿me entiende? Bueno, no lo digo por mí. Sino por lo que a usted respecta. No sabemos ni qué cara tiene.

—Venía desde Gap, Honorine. Y además vuelve a casa después de varios días, descubre la desaparición de Guitou... Ver a Gélou es seguramente lo que más le importaba. Lo demás...

—Ya —dijo nada convencida—. Aun así, es un poco raro...

—No hace usted más que ver complicaciones. Ya tenemos bastantes, ¿no le parece? Y además... —yo estaba buscando argumentos—. Quiere ver conmigo cómo hacemos, ¿no? Bueno, ¿y Gélou qué dice de todo esto?

—No quiere volver a casa. Está muy preocupada, la pobre. Perdida. Dice que se marea. Creo que se está empezando a temer lo peor.

—Lo peor para ella debe de estar aún lejos de la realidad.

—Llamaba por eso. Para hablar con usted. Para que le contara, claro. Necesita que usted la tranquilice. Si le dice que se vuelva, le hará caso... No le va a poder ocultar la verdad mucho tiempo.

—Ya lo sé.

Sonó el teléfono.

—Hablando del rey de Roma... —dijo Honorine.

Pero no era Gélou.

—Loubet al teléfono.

Con voz de pocos amigos.

—¿Tienes algo nuevo?

—¿Dónde estabas entre las doce y las cuatro de la mañana?

—¿Por qué?

—Móntale, las preguntas las hago yo. Te interesa, uno, contestar dos, no meter bolas. Sería mejor para ti. O sea, que te escucho.

—En mi casa.

—¿Solo?

—No. Con una mujer.

—Sabes cómo se llama, supongo.

—Eso sí que no puedo, Loubet. Está casada y...

—Cuando te levantes a una mujer, infórmate primero. Después ya es demasiado tarde, ¡gilipollas!

—¡Loubet, tío!, ¿de qué hostias vas ahora?

—Escúchame bien, Montale. Te puedo endosar un crimen. A ti y a nadie más. ¿Entiendes o no? ¿Adónde quieres que te vayamos a buscar? Con las sirenas y toda la parafernalia. Me dices cómo se llama. Si hay testigos que os hayan visto juntos. Antes, durante y después. Veo a ver si cuadra, cuelgo y te vienes para acá en un cuarto de hora. ¿He sido suficientemente claro?

—La mujer de Adrien Fabre. Cûc.

Y le conté los detalles. La velada. Los lugares. Y la noche. En fin, más o menos. Por lo demás, que pensara lo que quisiera.

—Perfecto —dijo. Se le suavizó la voz—. La declaración de Cûc coincide con la tuya. Sólo tenemos que comprobar lo del taxi y todo estará OK. ¡Venga, vente! Han matado a Adrien Fabre esta noche, en el boulevard des Dames. Entre las dos y las cuatro de la mañana. Tres balazos en la cabeza.

Era hora de que saliera del coma.

Vete tú a saber, hay días así, en los que todo se acaba liando. En la rotonda de la playa, ahí donde David —una réplica del de Miguel Ángel— dirige su desnudez hacia el mar, acababa de producirse un accidente. Nos desviaron por la avenue du Prado y por el centro. En el cruce de Prado con Michelet había un atasco que llegaba hasta la place Castellane. Me metí por la derecha, por el boulevard Rabatau, y luego ya, por despecho, por la ronda del Jarret. Se podía así acceder al puerto rodeando el centro. Este bulevar circular, que cubre un pequeño cauce de agua convertido en alcantarillado, es uno de los ejes más feos de Marsella.

Pasados Les Chartreux, al ver el cartel de «Malpassé - La Bose - Le Merlan», tuve la repentina intuición de saber dónde se refugiaba Pavie.

No lo dudé ni un segundo. Sin poner intermitente. Me pitó el de detrás. Loubet que espere, me dije. No podía haber ido a otro sitio con el coche. A la casa de Arno. A ese cuchitril en el que ella había vivido feliz. Directamente a las patas de Saadna.

Tendría que haber caído antes, ¡Dios mío! ¡Qué gilipollas!

Atajé por Saint-Jerôme y sus pequeñas villas en las que vivían montones de armenios. Pasé por delante de la Facultad de Ciencias para llegar a la traverse des Páquerettes. Justo encima del desguace de Saadna. Como el otro día.

Aparqué en la rue du Muret. Al borde del Canal de Provence, me colé hasta casa de Arno. Oía los berridos del transistor de Saadna, un poco más abajo, en la chatarra. El aire apestaba a goma. Un humo negro subía para arriba. Este cretino seguía quemando las ruedas viejas. Había habido denuncias, pero a él le importaba un huevo. Parecerá mentira, pero hasta la pasma le tenía miedo.

La puerta de la casa de Arno estaba abierta. Un simple vistazo al interior confirmó mis sospechas. Sábanas y mantas hechas un rebujo. Varias jeringuillas tiradas por el suelo. Por Dios, ¿por qué no se habría vuelto a Le Panier? A casa de los padres de Randy. Ellos habrían sabido...

Bajé hacia la chatarra lo más discretamente posible. No había rastro de Pavie por los alrededores. Vi a Saadna metiendo más ruedas en los bidones en los que las quemaba. Luego desapareció. Di unos pasos más, para pillarlo por sorpresa. Oí el clic del seguro de su navaja. En mi espalda.

—¡Te he olido, gilipollas! Anda —me dijo pinchándome la espalda. Entramos en su casa. Cogió la escopeta y metió un cartucho. Luego cerró la puerta.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—Pavie.

Se echó a reír. Un pestazo a alcohol.

—¿Tenías ganas de trincártela tú también? No me extraña. Con los aires que te das y no eres más que un imbécil. Como el otro, tu colega Serge. Pero él no le habría hecho nada a Pavie, los chochos no eran lo suyo. Prefería los culitos de los niños.

—Te voy a partir la boca, Saadna.

—No te pongas chulo —dijo sacudiendo la escopeta—. Escucha, siéntate ahí —me señaló un sofá viejo de cuero como marrón, pegajoso. Era como hundirse en la mierda. Y casi a la altura del suelo. Difícil moverse de ahí—. ¿A que no lo sabías, eh, Móntale? ¿Qué era de la peor raza de maricón que hay, tu amigo Serge? Un porculizador de chavales.

Arrastró una silla y se sentó, a buena distancia de mí. Junto a una mesa de formica por la que pululaban una botella de tinto y un vaso pingoso. Se llenó el vaso.

—¿De qué va toda esa mierda que estás soltando por la boca?

—¡Ja, ja!, estoy bien informado. Sé un montón de cosas. ¿Qué te habías creído? ¿Qué lo habían echado del sector porque colaboraba contigo? ¡El poli y el cura! ¡Y un cojón! —se rio. Una risa de dientes negros—. Había denuncias. Por ejemplo, la de los padres del pequeño José Esparagas.

No me lo podía creer, José Esparagas era un crío tímido. Hijo único, madre soltera. En la escuela, se las comía todas. Por todos los lados. Un auténtico sufridor. Le pegaban. Y sobre todo le chantajeaban. Cien por aquí, cien por allá. El día que le dijeron que trajera mil, intentó suicidarse. Ya no aguantaba más el pobre crío. Yo trinqué a los dos chavales que le hacían soltar la pasta. Serge intervino y consiguió que cambiaran al chaval de instituto. Serge estuvo yendo seis meses por las tardes para ayudar a José a recuperar el retraso que llevaba en clase. José aprobó el bac^[19].

—Rollo patateros. Eso no me aclara dónde está Pavie.

Se puso un vaso de tinto y se lo bebió de un trago.

—Es verdá que tú también le vas detrás a esa guarra. Casi os encontráis el otro día. Tú te ibas y ella venía. Mala suerte, ¿eh? Pero yo sí que estaba. Siempre estoy. Quien quiere de mí, le doy. Siempre dispuesto a hacer un favor. Soy servicial. Ayudo.

—Abrevia.

—No te lo vas a creer. Te vio cuando ibas corriendo hacia Serge, cuando se lo cargaron. Pero llegó la pasma y se acojonó. Y se largó. Perdidita, estaba. Dio mil vueltas con el carro. Al final se plantó aquí. Convencida de que ibas a venir tú. Que se te iba a ocurrir. La dejé hablar. Me lo pasaba bien. Pero que se creyera que eras poco menos que el Zorro, eso me tocó los cojones. Y se lo dije. Que te acababas de ir —se echó a reír otra vez—. Que te habías echao a correr. Como un conejo. Por culpa de ésta —y levantó la escopeta—. Y que no te habían quedao ganas de volver. ¡Si hubieras visto el careto que puso!

»Con los brazos colgando que estaba la Pavie. Ahí enfrente mía. No tan chula como cuando estaba con Arno, que le podías ver el culo pero no tocarlo. Pero el otro día bien que se dejaba. A cambio de pillarle algo, claro. Lo mío es hacer favores, ya te lo he dicho. Una simple llamadita. Por dinero no hay problema. O sea, que le podía pillar unas cuantas dosis.

—¿Dónde está? —grité, porque tenía la angustia en la boca.

Se metió otro lingotazo.

—Sólo me la he tirao dos veces. Y me ha costao una pasta. Pero no ha estao mal. Algo desmejoradilla, la chica. Claro, con todo lo que se mete... Pero unas tetas de puta madre y un culito estupendo. Te habría gustado, tío, fijo. Eres un viejo verde, como yo, ya lo sé. ¡Torna juventud!, pensaba yo mientras me la tiraba.

Otra vez soltó una carcajada. El odio se estaba apoderando de mí. De mala manera. Apoyé bien los pies, para poder pegar un bote a la mínima.

—No te muevas, Móntale —dijo—. Ya te lo he dicho, que no eres más que un vicioso. Te tengo controlao. Como te muevas un pelo, te meto un cartucho. En los cojones, si es posible.

—¿Dónde está?

—Esa subnormal iba tan enganchada que se ha metió un chute que la mandó pal

otro barrio. ¿Qué te parece? ¡Se ha debido pillar un vuelo más fuerte que en su puta vida! Qué subnormal, la hostia. Aquí tenía de todo. La choza, el papeo. Todos los viajes que quisiera, regalo de la casa. Y un servidor para echarle un polvo de vez en cuando.

—A ti es al que no ha podido soportar. Cacho mierda. Aunque uno vaya chutao hasta el culo, aún le da para distinguir a carroñas de tu talla. ¿Qué has hecho con ella, Saadna? ¡Contesta! ¡Por Dios!

Se echó a reír. Una risa nerviosa, esta vez. Se llenó el vaso con el vinazo asqueroso y se lo tragó. Con los ojos perdidos hacia el exterior. Con la cabeza, señaló la ventana. Se veía subir el humo, negro y graso. Se me hizo un nudo en la garganta.

—No —dije débilmente.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Enterrarla en el campo? ¿Y llevarle flores los domingos? Era un andrajo tu Pavie, no valía más que para comérselas una detrás de otra. ¡Vaya vida!, ¿no?

Cerré los ojos.

Pavie.

Chillé como un loco. Liberando la rabia que me invadía. Como si me pusieran un hierro candente en el corazón. Y las imágenes más horribles empezaron a desfilar por mis ojos. Montañas de cadáveres de Auschwitz. De Hiroshima. De Ruanda. De Bosnia. Un grito de muerte. El grito de todos los fascismos del mundo.

Para no dejar de vomitar.

Y di un bote, con la cabeza gacha.

Saadna no se enteró. Aterricé encima de él como un ciclón. La silla se vino abajo y él con ella. La escopeta se le escurrió de las manos. Yo la cogí por el cañón, lo levanté y le pegué lo más fuerte posible en la rodilla. Oí el crujido. Que me desahogó.

Saadna ni gritó. Había perdido el conocimiento.

En donde se da uno cita con las frías cenizas de la desgracia

Desperté a Saadna con un cubo de agua.

—Saco mierda —gritó.

Pero era incapaz de hacer el menor esfuerzo. Lo agarré por el cuello y lo estiré hacia el sofá. Apoyó la espalda en uno de los brazos. Olía a mierda. Se debía de haber cagado en los pantalones. Volví a coger la escopeta, por el cañón, con las dos manos.

—Una pata chula no es nada de nada, Saadna. Te voy a partir la otra. Para que no puedas andar ya en tu puta vida. Creo que te voy a machacar también los codos. Serás una larva. Y lo único que querrás, sera palmarla.

—Tengo algo para ti.

—Demasiado tarde para trueques.

—Algo que encontré en el coche de Serge. Cuando lo desmonté.

—Escupe.

—Cuando dejes de ahondarme.

Era muy poco capaz desvolverle a pegar con la violencia y el odio de la vez anterior. Me sentía vacío. Como un muerto viviente. Al que no le circula ya nada por dentro. Más que vomitina en vez de sangre. Me daba vueltas la cabeza.

—Tú escupe y ya veremos.

Ni mi voz era la mía.

Me miró y creyó que había mordido el cebo. Para él, en la vida no había más que maniobras y chanchullos. Sonrió.

—Tenía un cuaderno pegao con celo en la rueda de repuesto. En una bolsa. Una cosa súper al detalle, tío. Con mogollón de cosas escritas que no he leído. Porque me la pelan a mí las movidas de moros, del islam y yo qué sé qué más. ¡Por mí, que se mueran todos! Pero tiene apuntao listas, nombres, direcciones. De todas las *cités*, una detrás de otra. Como si fuera una red, vaya. Papeles falsos. Pasta. Droga. Armas. Te lo paso el cuaderno y te las piras. Y te olvidas de mí, colega. Como si no tuviéramos tú y yo nada que ver, ¿vale?

Tenía motivos para creer en la existencia de un cuaderno de notas. No sé qué se llevaba Serge entre manos, pero lo conocía, era un meticoloso. Cuando currábamos

juntos, se lo apuntaba todo, todos los días.

—¿Has visto cómo eres, Saadna? Te casco un poco más y me dices dónde está el puto cuaderno.

—No creo que puedas, Móntale. Sólo tienes cojones con el odio revuelto. Pero a sangre fría, nada. Pégame si quieres, venga...

Puso la pierna a mi altura. Evité mirarle a los ojos.

—¿Dónde está el cuaderno?

—Júralo. Por tus padres.

—¿Quién te dice a ti que me interesa tanto tu puto cuaderno?

—¡Joder! Que es una guía de nombres. Mira, te lo lees y luego haz lo que te salga de los cojones con él. Como si te lo comes o se lo vendes a alguien. Pero con eso, tío, los tienes a todos pillaos. Con que te arranques una página enchironas a to dios.

—¿Dónde está? Te juro que luego me abro.

—¿Tienes un cigarro?

Encendí un cigarro y se lo puse en la boca. Se me quedó mirando. Por supuesto, no podía confiar en mí plenamente. Y yo no tenía todas conmigo de no querer tirarlo al bidón de las ruedas.

—Bueno, dime.

—En el cajón de la mesa.

Era un cuaderno gordo. Las páginas repletas de la letra fina y apretada de Serge. Leí al buen tuntún: «Los militantes utilizan a fondo el terreno de la ayuda social, descuidado por el ayuntamiento. Plantean objetivos humanitarios, como el ocio, el apoyo escolar, la enseñanza del árabe...». Y un poco más allá: «El objetivo de estos agitadores supera con creces la lucha contra la toxicomanía. Se inscribe en la perspectiva de una guerrilla urbana».

—¿Estás contento? —dijo Saadna.

La segunda mitad del cuaderno era como un repertorio. La primera página se abría con este comentario: «Las barriadas norte rebosan de jóvenes árabes dispuestos a hacer de kamikazes. Los que los manipulan son conocidos por la policía (ver Abdelkader). Por encima hay otras cabezas. Un montón de ellas». En La Bigotte un solo nombre. El de Reduán. Lo que Murad me había contado, estaba allí consignado. Con más detalles. Todo aquello que Reduán no había confesado a su hermano.

Los dos padrinos de Reduán, en la barriada norte, eran Naser y un tal Hamel. Ambos, precisaba su ficha, eran militantes aguerridos. Desde 1993. Antes estaban en el servicio de orden del Movimiento Islámico de la Juventud. Hamel había sido incluso responsable de seguridad en el gran mitin de apoyo a Bosnia, en la Plaine Saint-Denis.

Un extracto de un artículo del *Nouvel Observateur* relataba este mitin: «En la tribuna se encuentra el agregado cultural de la embajada de Irán y un argelino, Rachid

ben Aisa, intelectual próximo a la Fraternidad argelina. En Francia, Rachid ben Aisa no es cualquiera. Impulsó varias conferencias en los años ochenta, en el Centro Islámico iraní de la calle Jean Bart, en París. Ahí es donde fueron reclutados la mayor parte de los miembros de la red terrorista dirigida por Fuad Alí Salah, que promovió los atentados de París de 1986».

Reduán, antes de irse a Sarajevo con la 7.^a brigada internacional de los Hermanos Musulmanes, había participado en cursillos de comandos de supervivencia, al pie del Mont Ventoux.

Un tal Rachid (¿Rachid ben Aisa?, se preguntaba Serge) se encarga de la organización y alojamiento en casas de turismo rural en el pueblo de Bédoin, al pie del Ventoux. «Cuando se ha hecho un cursillo de éstos», precisaba, «no se puede dar marcha atrás. Los recalcitrantes son amenazados. Se evoca, fotos incluidas, la suerte de los traidores en Argelia. Fotos de hombres degollados como corderos». Según él, estos «cursillos de comandos» se llevaban a cabo a un ritmo de uno por trimestre.

«Un tal Arrum acompañaba a las nuevas remesas a Bosnia. Este Arrum contaba con una sólida protección. Miembro de la Lowafac Foundation, con sede en Zagreb, estaba acreditado por cada una de sus misiones en Bosnia por el Alto Comisariado para los Refugiados de la ONU». En el margen Serge había escrito: «Arrum, detenido el 28 de marzo».

La ficha de Reduán acababa con la siguiente conclusión: «Desde su regreso, no ha participado más que en acciones antitraficantes de heroína. Por lo visto, todavía no confían en él. Pero hay que vigilarlo. No tiene ya nada adonde agarrarse. Muy controlado por Naser y Hamel. Tipos duros. Puede llegar a ser peligroso».

—¿Qué estaba preparando Serge? ¿Una investigación?

Saadna se echó a reír burlonamente.

—Se había reconvertido. Un poco a la fuerza, pero... Trabajaba para los RG^[20].

—¡Serge!

—Cuando lo echaron, los RG le cayeron encima. Con un dossier entero de declaraciones de padres. Como que se tiraba a los chavales.

Qué hijos de puta, pensé. Era su método. Con tal de infiltrar una red, la que sea, estaban dispuestos a cualquier cosa. Sobre todo a jugar con las personas. Mañosos arrepentidos. Argelinos en situación ilegal...

—Y luego ¿qué?

—¿Luego qué? Yo que sé si son verdá esas historias de chavales. Lo que es seguro es que una mañana, cuando se plantaron en su casa con el dossier y eso, estaba en la piltra con otra maricon. Que no llega ni a los veinte. Igual ni mayor de edad. ¿Qué te parece, Móntale? ¡Qué asco! Así que pa chupar cárcel por un tubo estaba. Aunque tú me dirás que bueno, que al menos en la cárcel se podía dejar dar por culo a diario.

Me levanté y volví a coger la escopeta.

—Otra de ésas y te reviento la rodilla que te queda.

—Bueno, eso me parece a mí —dijo encogiéndose de hombros—. Visto cómo ha acabao.

—Exacto. ¿Y tú cómo sabes tanto?

—Caretodoble me lo ha largao. Nos llevamos bien.

—¿Y fuiste tú quien le dijiste que Serge vivía aquí?

Dijo que sí con la cabeza.

—Serge, removiendo la mierda, no sólo daba gusto a un montón de gente. A Caretodoble no le interesa cazar directamente a algunos de los tíos que están apuntados en el cuaderno. Le pasan la fregona, como él dice. Le quitan de en medio a los camellos y ese tipo de gente. Despejan el paisaje. Eso hace que bajen las estadísticas y a él le viene cojonudamente. Y dice que ya habrá tiempo de meter a todos esos moracos en un barco de vuelta pa su casa, cuando los barbas controlen Argelia.

—¡Qué sabrá ese gilipollas!

—Son sus ideas. Pero pa mí que lleva razón.

Volví a acordarme del panfleto del Frente Nacional.

—Ya veo.

—Se corrió la voz de que había un bocas por las *cités*. Caretodoble me encargó que me enterara de quién era. Ya ves tú qué chupao. Como que lo tenía aquí conmigo, a mano...

Soltó una risa.

—Caretodoble me tomó por imbécil de verdad en la comisaría. Lo que le debió de mosquear es encontrarme en La Bigotte. No estaba previsto en el programa. Seguro que pensó que podía haber gato encerrado. Serge y yo trabajando en equipo. Como antaño.

De repente comprendí por qué habían pasado tanto de la muerte de Serge. Nada de publicidad para un tío de los RG al que se han cargado. Nada de escándalo.

—¿Y del cuaderno? ¿No le has dicho nada a nadie?

—Me duele —dijo.

Me agaché a su altura. No muy cerca. No por miedo a que se me echara a la cara, sino por el olor infecto que desprendía. Cerró los ojos. Seguro que estaba empezando a sufrir. Apoyé ligeramente la culata de la escopeta en la rodilla rota... Abrió los ojos de dolor. Vi el odio desfilar por su mirada.

—¿A quién se lo has dicho, hijo de la gran puta?

—Sólo a Caretodoble, para que diera el golpe de su vida. Que Serge había localizao en el Plan D'Aou a un tal Budjema Ressaf. Que es uno que lo echaron de Francia en 1992. Uno del GIA. Lo tenía apuntao en el cuaderno. Dónde vivía y todo.

—Y entonces le contaste lo del cuaderno.

Bajó la cabeza.

—Sí, se lo conté.

—Te tiene por los cojones, ¿no?

—Pues sí.

—¿Cuándo le has llamado?

—Hace dos horas.

Me puse de pie.

—Me extraña que estés vivo aún.

—¡Qué dices!

—Si Caretodoble no se dedica a cazar directamente a los barbas, es que está en tratos con ellos, imbécil. Si me lo has explicado tú mismo.

—¿Tú cre-es? —tartamudeó, esta vez temblando de miedo—. Pásame un trago, por favor.

Hostia, se va a volver a cagar. Le llené el vaso con el vino infecto y se lo di. Empezaba a ser urgente que me largara de allí.

Me quedé mirando a Saadna. No sabía siquiera si se le podía clasificar en la categoría de ser humano. Aplastado contra el sofá, doblado sobre sí mismo, era como un furúnculo lleno de pus. Saadna comprendió mi mirada.

—Móntale, no te me vas a cargar, no jodas.

En ese instante se oyó un ruido. Un ruido de vidrio roto. Por la derecha empezaron a salir llamas de una montaña de hierros. Explotó otra botella. ¡Cócteles molotov, los hijos de puta! Me agaché y, con la escopeta en la mano, llegué hasta la ventana.

Vi a Reduán corriendo hasta la parte de abajo del desguace. Naser no podía estar muy lejos. Y el otro, Hamel, ¿estaría también por ahí? No me apetecía mucho palmarla en aquella ratonera.

A Saadna tampoco. Se arrastró hasta mí. Sudando a chorros. Apestaba a muerte. A mierda y a muerte. A lo único que había sido su vida.

—Sálvame, Móntale. Tengo mogollón de pasta —y se puso a llorar el asqueroso. El desguace se incendió de golpe. Luego vi llegar a Naser. Di un bote hasta la puerta. Cargué la escopeta. Pero Naser no se molestó en entrar. Lanzó con fuerza una de sus putas botellas por la ventana abierta. Se estampó contra el fondo de la estancia. Donde Saadna estaba sentado hacía unos minutos.

—Móntale, gritaba. No me dejes.

El fuego se le estaba comiendo el cuchitril. Corrí a coger el cuaderno de Serge de encima de la mesa. Me lo metí por dentro de la camisa. Volví hasta la puerta, la abrí con sigilo. Pero no creía que me fueran a disparar. Reduán y Naser ya debían de estar muy lejos.

El calor se me quedó en la garganta. El aire era una inmensa podredumbre ardiendo. Se oyó una explosión. Gasolina, seguramente. Aquello iba a pegar petardazos por todas partes.

Saadna se había arrastrado hasta la puerta. Como un gusano. Me agarró por un tobillo. Apretó con las dos manos con una fuerza insospechada. Parecía que los ojos se le iban a salir de la cara.

Se estaba volviendo loco. Miedo.

—¡Sácame!

—¡Vas a palmarla! —lo agarré brutalmente del pelo y le obligué a levantar la cabeza—. ¡Mira! Ves, esto es el infierno. El auténtico. ¡El de la carroña como tú! Tu vida de perro es la que se te come. Piensa en Pavie.

Y le di un culatazo violento en el puño. Gritó y me soltó la pierna. Di un salto y rodeé la casa. El fuego se estaba propagando. Tiré la escopeta a las llamas todo lo lejos que pude y corrí sin parar.

Llegué al canal justo a tiempo para ver cómo desaparecía entre las llamas la barraca de Saadna. Creí oírle gritar. Pero era en mi mente en donde gritaba. Como cuando te bajas de un avión y te siguen pitando los oídos. Saadna se estaba quemando y su muerte me reventaba los tímpanos. Pero no me arrepentía.

Se oyó otra explosión. Un pino en llamas se aplastó contra la barraca de Arno. Ya está, me dije, se acabó. Pronto dejará de existir todo esto. Arrasado. Dentro de un par de años habrá parcelas provenzales en lugar del desguace. Para alegría de todos. Jóvenes ejecutivos, encantados con su suerte, vendrán a instalarse aquí. Se darán prisa en hacerles hijos a sus mujeres. Y vivirán felices, muchos años después del 2000. Sobre las frías cenizas de la desgracia de Arno y de Pavie.

Arranqué cuando empezaron a sonar las primeras sirenas de los bomberos.

En donde cuantas menos explicaciones des,
mejor a veces

Loubet se puso a dar voces. Furioso. Llevaba esperándome horas. Y encima Cûc le había dicho que no podría ver a Mathias. Que ya no sabía dónde estaba.

—¡Se quiere quedar conmigo o qué! —como no entendí si se trataba de una pregunta o de una afirmación, no dije nada. Siguió—: Ahora que sois íntimos la señora y tú, ya le puedes decir que lo encuentre, a su niño. Y rápido.

Desde el lugar en el que me encontraba, veía cómo se levantaba hacia el cielo una columna de humo de la chatarra de Saadna. Camiones de bomberos llegaban por todas las direcciones. Había avanzado con el coche lo justo como para no verme atascado sin poder salir. En el punto llamado Four de Buze, me paré para llamar desde una cabina.

—Dame una horita más —dije.

—¡Cómo!

—Una hora más.

Empezó a gritar de nuevo. Tenía razón, pero me agotaba. Esperé. Sin escucharle. Sin decir una palabra.

—Oye, Móntale, ¿estás ahí?

—Hazme un favor. Llámame dentro de un cuarto de hora a la comisaría de Pertin.

—Oye, un momento, explícame eso.

—No merece la pena. Llámame. Y te aseguro que así podré ir a verte. Vivo, quiero decir.

Y colgué.

Cuantas menos explicaciones des, mejor a veces. De momento, me sentía como el caballo de madera de un carrusel. Dando vueltas en el vacío. Sin que nadie me adelantara. Volviendo todo el rato al punto de partida. A la puta mierda que hay en el mundo.

Llamé a Gélou.

—Habitación 406, por favor.

—Un momento, por favor. Lo siento. Los señores Narni han salido, señor. Tenemos la llave en el casillero.

—¿No habrá un mensaje para mí? Móntale. Fabio Móntale.

—No, señor. ¿Quiere usted dejar un mensaje?

—Dígales simplemente que volveré a llamar dentro de dos horas o dos horas y media.

Narni. Vale, me dije. No todo había sido una pérdida de tiempo esa mañana. Sabía el nombre de Alexandre. ¡Y no es que hubiera ganado mucho que digamos!

Lo primero que vi nada más entrar en la comisaría fue un cartel que llamaba a votar al Frente Nacional en las elecciones sindicales. Como si no tuvieran bastante ya con Policía Solidaridad. «En materia de seguridad», decía un panfleto pinchado con una chincheta en el cartel, «asistimos a una laxitud generalizada por parte de la jefatura que obliga a rechazar al máximo el enfrentamiento y a dar órdenes timoratas.

»Este tipo de comportamientos ha contribuido a una falta de eficacia y a un número incalculable de heridos en nuestras filas, en beneficio de los delincuentes, que, ellos sí, no tienen más que escoger a sus presas.

»Hay que invertir la tendencia nihilista que reina en nuestro servicio. Hay que hacer que el miedo cambie de campo. Sobre todo si tenemos en cuenta que nuestros adversarios no son *buenas gentes* sino morralla venida sólo para “machacar al poli”. Procurémonos los medios para hacer de carniceros y no de vacas».

La verdad es que no había como pasarse por la comisaría para obtener información rigurosa. ¡Mejor que en el telediario de las ocho!

—Lo acaban de sacar —dijo Babar por detrás de mí.

—¡Pues mejor irse jubilando pronto!, ¿no?

—Ni que lo digas. A mí, este tipo de cosas me huelen fatal.

—¿Está Pertin o no?

—Sí, bueno, pero como con almorranas en el culo. No aguanta sentado ni medio segundo.

Entré sin llamar.

—Sobre todo, ¡no te cortes, eh! —gruñó Pertin.

Y eso es lo que hice. Me senté y me encendí un cigarro. Se fue al otro lado de la mesa, plantó las manos extendidas encima y se inclinó hacia mí con la carota colorada.

—¿A qué se debe tanto honor?

—He cometido una gilipollez, Pertin. El otro día. Sabes, cuando mataron a Serge. A fin de cuentas, me gustaría firmar mi declaración.

Se volvió a levantar, horrorizado.

—No andes jodiendo, Móntale. Con las historietas de maricones no se inmuta ni Dios. Con la cantidad de morlacos y de simios que tenemos, hay trabajo de sobra. ¡No te lo puedes ni imaginar! ¡Los muy hijos de puta! Fijo que se la maman a algún

juez, porque trincas a uno por la mañana y por la tarde ya lo han soltado... ¡Así que lárgate!

—Yes, precisamente, ves, me preguntaba si lo de la muerte de Serge, en lugar de una historia de maricones que acaba mal, no sería más bien una historia de moros. ¿No crees?

—¿Y qué se llevaba entre manos Serge con ellos? —dijo inocentemente.

—Tú seguro que lo sabes, Pertin. A ti no se te escapa nada. Y, además, eres un poli superinformado. ¿No?

—Suéltalo ya, Móntale.

—OK. Te cuento.

Se sentó, cruzó los brazos y esperó. Me hubiera encantado saber en qué estaba pensando ahí detrás de las ray-ban. Pero me apostaba cualquier cosa a que se moría por meterme una hostia.

Le largué una historia que no me creía más que a medias. Pero una historia plausible. Serge fue «enrolado» por los RG porque era pederasta. O por lo menos, ése era el sambenito que le habían colgado.

—Interesante.

—Pero lo que viene es mejor, Pertin. Te informaron de que los RG habían mandado a una putilla a las *cités*. Para desactivar posibles redes a lo Kelkal. No había que andarse con bromitas con esa gente, sobre todo porque la cosa estaba ya pegando petardazos por París y por Lyon. Pero la identidad de Serge no la supiste hasta hace pocos meses. Cuando Serge se «esfumó» y los RG le perdieron el rastro. Nadie sabía ya dónde vivía. Me imagino el follón.

Hice una pausa. Lo justo para ordenar las ideas. Porque eso es lo que yo creía. Que para Serge, maricón o no, los chavales de las *cités* eran su vida. Y que no podía cambiar así como así, de la noche a la mañana. Volverse un veleta. Y fichar a los chavales. A todos los kelkajhos en potencia, y pasarle luego la lista a la policía. Que no tendría más que —a la menor ocasión, la más aprovechable mediáticamente, eso se daba por supuesto— pillar a todos saliendo de la cama por la mañana.

Había habido ya unas cuantas redadas exitosas. En París, en la periferia de Lyon. Unas cuantas detenciones en Marsella también. En el puerto. Y en el cours Belsunce. Pero todavía nada serio. Las redes en las que se apoyaban los terroristas en las barriadas norte estaban todavía intactas. Las estaban reservando, sin duda, para las grandes ocasiones.

Estaba convencido de eso. Serge jamás habría hecho una cosa así. Ni siquiera para ahorrarse un juicio, o la cárcel. La vergüenza. Cada nombre delatado a la policía era ponerles un blanco a su disposición. Y siempre lo mismo, se lo sabía de memoria. Los peces gordos y sus socios no pringaban jamás. Los chavales se las comían para toda la vida.

El silencio se podía cortar con cuchillo. Un silencio grasoso. Podrido. Pertin no había movido ni una pestaña. Debía de estar triturándose las neuronas. El teléfono había sonado varias veces fuera. No le habían pasado ningún aviso. Loubet se había olvidado de mí. O bien estaba cabreadísimo conmigo. Ahora que ya había empezado, no me quedaba más remedio que seguir.

—¿Sigo? —dije.

—Me apasiona oírte.

Reemprendí mis explicaciones. Mi punto de vista, empezaba a adivinarlo, rozaba lo posible. Una verdad a la que me agarraba como una lapa.

Serge se había empeñado en hacer lo que nadie se había atrevido a llevar a cabo. Ponerse delante de los jóvenes árabes a los que tenía identificados y hablar con ellos. Ir a hablar también con los padres, con los hermanos, con las hermanas. Y, al mismo tiempo, transmitir el mensaje al resto de los chavales. Para que se implicaran. Para que todo el mundo se implicara en las *cités*. Como hacía Anselme. El espíritu *chourmo*.

Serge había estado funcionando así durante años. Era un buen método. Eficaz. Le había dado buenos resultados. Los jóvenes árabes que operaban para los barbudos, no eran otra cosa que delincuentes con los que él ya había tratado durante años. Los mismos, necesariamente. Pero curtidos por la trena. Más agresivos también. Y con el chute del Corán liberador. Fanáticos.

Como sus hermanos en paro de los barrios de Argel.

En las *cités* a Serge lo conocía todo el mundo. Se le escuchaba. Se confiaba en él. Anselme lo dijo, «era un tío legal». Tenía los mejores argumentos porque había conseguido desmontar el sistema de reclutamiento de los jóvenes árabes. La guerra a los traficantes, por ejemplo. Los habían echado del Plan d'Aou, de La Savine también. Todo el mundo aplaudió. Hasta el ayuntamiento, los periódicos. «Buenos chicos», como podían haber dicho «buenos salvajes». Pero el mercado de heroína no se había acabado. Se había desplazado. Hacia el centro. Se había reestructurado. Por lo demás, la hierba y todo eso seguía igual. Un porrito por aquí, unos rezos por allá, formaba parte del orden de Alá.

El control de los traficantes lo llevaban los mismos que incitaban a los jóvenes a combatirlos. En el cuaderno de Serge leí que uno de los centros de oración —la trastienda de una tienda de tejidos, cerca de la place d'Aix— servía de lugar de reunión de traficantes. Concretamente de los que surtían a las barriadas norte. El propietario de la tienda no era otro que el tío de Naser. El denominado Abdelkader.

—¿Adónde quieres llegar? —soltó al final Pertin.

—A esto —dije yo con una sonrisa. Por fin mordía el anzuelo—. Primero, que los RG te pidieron que encontrases a Serge. Pero tú ya lo habías hecho. Gracias a Saadna. Luego, que buscaras la manera de acabar con sus tonterías. Que lo liquidaras,

en una palabra. En fin, que me tomas por un subnormal, haciendo como que escuchas lo que te estoy contando. Porque te lo sabes de pe a pa. O casi. Y que te lo haces muy bien, sobre todo con unos mafiosillos bien reciclados en el islam. Como Naser y Hamel. A esos dos, me da la impresión de que se te ha olvidado llevarlos al juez. ¡O te la chupan a diario!

—Como sigas así te parto la cara.

—Una pena, Pertin, acabas de perder tu oportunidad de reconocermte que no soy tan tonto como parezco.

Se levantó, frotándose las manos.

—¡Carli! —gritó.

Menuda fiesta me iban a dar. Entró Carli, me miró con cara de mala hostia.

—Dime.

—Bonito día, ¿no? ¿Y si nos fuéramos a tomar un poco el aire? Por ahí, por donde la cantera. Tenemos un invitado. El rey de los gilipollas en persona.

Sonó el teléfono fuera. Luego en la mesa de Pertin.

—¿Sí? —dijo Pertin—. ¿Quién es? —silencio—. Ah, ¿qué tal? Bien, bien —me miró, miró a Carli; luego, más que sentarse, se dejó caer en la silla—. Sí, sí. Se lo paso. Es para ti —dijo fríamente, pasándome el teléfono.

—Ya estaba acabando —le contesté a Loubet, que me preguntaba que qué coño estaba tramando ahí con ese mamón—. ¿Cómo? Sí... Bueno... Espera. Oye, ¿hemos acabado o no? —pregunté irónicamente a Pertin—. ¿O sigue en pie lo de la visita a las canteras? —no contestó—. Sí, media hora. Vale —iba a colgar, pero me pareció bueno añadir algo más. Para impresionar a Pertin—. Si, sí, un tal Boudjema Ressaf, y, bueno, ya que te pones, mira a ver qué encuentras sobre un tal Narni. Alexandre Narni. Vale. Ya te lo explico, Loubet.

Y colgó. Con violencia. No hacía más que darle el coñazo, me dijo justo antes de colgar. Debía de tener razón. Me levanté. Estaba otra vez con la sonrisa de los días de fiesta. La del que evita mancharse escupiendo en la cara de los hijos de puta.

—Tú, déjanos solos —le gritó a Carli.

—¿De qué va este circo? —ladró Carli nada más salir.

—¿De qué circo hablas? Todavía no he visto ni un payaso.

—Para ya de hacerte el listillo, Móntale. Que no es lo tuyo. Y Loubet tampoco te creas que es un chaleco antibalas.

—No creo que te atrevas, Pertin. Para empezar, lo de prenderle fuego a la casa de Saadna, esta mañana, no es que haya sido muy buena idea, si quieres que te diga la verdad. Sobre todo que los dos chavales ni se han molestado en comprobar si Saadna se había quemado o no. Estarás pensando que a mí no debería darme mucha pena.

Ahí acusó el golpe. Le pasaba como a los atunes. Llegaba un momento en que flaqueaban. Había que aguantar. Y tirar de la caña otra vez.

—¿Y tú qué sabes de eso?

—Mira por dónde, me encontraba allí. Te llamó para pasarte información sobre Boudjema Ressaf. Le parecía un chivatazo de la muerte, que te ibas a colgar mogollón de galones por eso. Y hasta te puedo decir a quién has llamado acto seguido.

—¿Ah sí?

Me había tirado un farol, pero pequeño. Saqué el cuaderno.

—Aquí está todo anotado. Ves, no hay más que empezar a leer —abrí el cuaderno por cualquier sitio—, Abdelkader. El tío de Naser. Una mina, este cuaderno. Me atrevería a decir que tiene un BMW negro, este Abdelkader. Como el que vimos la otra tarde en La Bigotte. Tan seguros de que no les iba a decir nada nadie, que debieron de utilizar el coche de Abdelkader. ¡Cómo si fueran de campo! Lo malo es que...

Pertin soltó una risa nerviosa y me arrancó el cuaderno de las manos. Lo hojeó. Las páginas estaban en blanco. Había escondido el otro en el coche y había comprado uno nuevo antes de venir. Aquello no iba a servir para mucho. Pero era la guinda del pastel.

—¡Mamonazo de los huevos!

—Lo siento, amigo. Has perdido. El original lo tiene Loubet —tiró el cuaderno encima de la mesa—. Te voy a decir una cosa, Pertin. Es muy chungo que tú y tus colegas os hagáis los suecos mientras unos hijos de la gran puta se dedican a manipular a chavales perdidos en el mundo para incendiar y ensangrentar Francia.

—Qué hostias más vas a cacarear.

—Que nunca he sentido simpatía por Sadam Hussein. Que prefiero a los árabes sin barbudos y Marsella sin vosotros. Hasta la vista, Caretodoble. Guárdate el cuaderno para escribir tus memorias.

Al salir, arranqué el cartel y el panfleto del Frente Nacional. Hice con él una bola y chuté hacia la papelera de la entrada. De lleno dentro.

Babar dio un silbido de admiración.

En donde no puedes obligar a la verdad a manifestarse

Conseguí convencer a Loubet para que fuéramos a L'Oursin, cerca del Vieux-Port. Uno de los mejores lugares para comer ostras, erizos, almejas y *violets*. Es lo que pedí nada más llegar, con una botella de cassis. Blanco. De Fontcreuse. Estaba de mal humor, evidentemente.

—Hala, empieza por donde quieras —dijo Loubet—. Pero cuéntame todo lo que puedas. ¿Vale? Te aprecio mucho, Móntale, pero aquí ya me estás empezando a tocar los cojones por tiempos.

—Una preguntita nada más. ¿Llegaste a pensar de verdad que yo había matado a Fabre?

—No. Ni tú ni ella.

—¿Para qué has montado el numerito entonces?

—A ella, para asustarla. Y a ti, para que dejaras de hacer el tonto.

—¿Y has adelantado mucho?

—Bueno, has dicho una pregunta y ya vas por la tercera. O sea, que te escucho. Pero primero cuéntame qué hacías con Pertin.

—Vale. Empiezo por ahí. Pero no tiene nada que ver con Guitou, Hosín Draui, Fabre y demás.

Y empecé por el principio. Desde mi llegada a La Bigotte, sin precisar la verdadera razón por la que había ido allí. Desde el asesinato de Serge hasta la muerte de Saadna. Y mi pequeña entrevista con Pertin.

—Serge —añadí—, era seguramente maricón, pederasta incluso, por qué no. Me la pela. Era un tipo honesto. Nada violento. Quería a la gente. Con la ingenuidad de los que creen. Una auténtica fe. En el hombre, y sin la ayuda de Dios. Los chavales eran su vida.

—A lo mejor los quería demasiado, ¿no?

—¡Y qué más da! Aunque fuera verdad. No creo que él fuera lo que más les hacía sufrir, ¿no crees?

Yo era con Serge como con todos a los que quería. Tenían toda mi confianza. Podía admitir en ellos actos que no comprendía. Lo único que no podía tolerar era el

racismo. Viví mi infancia con este sufrimiento de mi padre. No haber sido considerado como un ser humano, sino como un perro. El perro de los muelles. ¡Y no era más que italiano...! Y amigos, tengo que decir que no los tenía a toneladas.

No tenía ganas de seguir con aquella discusión sobre Serge. Me incomodaba bastante. Quería pasar esa página. Atenerme a ese dolor. Serge. Pavie. Arno. Otra página de mi vida que poner, una vez más, en la columna de las pérdidas.

Loubet estaba hojeando el cuaderno de Serge. Gracias a él, podía estar seguro de que todo lo que ató estaba anotado no se perdería en el fondo de un cajón. O por lo menos lo esencial. Y sobre todo, que Pertin no saldría indemne de esto. No era directamente responsable de la muerte de Serge. Ni de la de Pavie. No era más que el símbolo de una policía que me repugnaba. La que antepone sus propias ideas políticas o sus propias ambiciones a los valores republicanos. La justicia. La igualdad. Como Pertin, los había a toneladas. Dispuestos a todo. Si explotaban un día los barrios de la periferia, sería gracias a ellos. Gracias a su desprecio. A su xenofobia. A su odio. Y a todas esas pequeñas tretas miserables para llegar a ser un día «el superpoli».

A Pertin lo conocía bien. Para mí no era más que un policía anónimo. Tenía un careto. Era gordo y colorado. Con unas ray-ban para tapanle los ojos de cerdo. Una sonrisa arrogante. Quería que «cayera», el Caretodoble. Pero no me hacía ilusiones.

—Sólo hay una manera de quitarle el caso —dijo Loubet pensativo—. Relacionarlo con el otro.

—Pero no hay relación alguna.

—Ya lo sé. Excepto si le endosamos la muerte de Hosín Draui al FIS o al GIA. Me empeño con el Abdelkader ese tuyo y sacudo el cocotero. A ver si Pertin se sabe agarrar a las ramas.

—Un poco forzado, ¿no?

—Te voy a decir algo, Móntale. Uno coje lo que encuentra. No se puede obligar a la verdad a que se manifieste sola. No siempre. Esta verdad vale por otra verdad.

—Pero ¿y los otros, los verdaderos asesinos de Draui y de Guitou?

—Tranqui. Daré con ellos. Créeme. Tiempo hay de sobra. ¿Nos pedimos otra docena de ostras y de erizos?

—Buena idea.

—¿Te acostaste con ella?

—No.

—¿Y te arrepientes?

—¡Ya lo creo!

—¿Qué es lo que te retuvo?

Loubet era imbatible a la hora de llevar un interrogatorio. Siempre tenía

preparada la pregunta adecuada que llevaba a las explicaciones.

—Cúc es una comedora de hombres. Porque al único hombre al que amó, el primero y único, no lo pudo tener a su lado. Murió. Y sabes, Loubet, cuando se ha perdido algo una vez, incluso si ha desaparecido por completo, se continúa perdiéndolo eternamente. Yo lo sé muy bien. Nunca fui capaz de retener a mi lado a las mujeres a las que amé.

—¿Y te has comido a muchas mujeres, tú? —preguntó riéndose.

—Demasiadas sin duda. Te voy a confiar un secreto y después volvemos a nuestras historias. No acabo de captar lo que busco en una mujer. Y mientras no sepa lo que necesito, no dejaré de seguir hiriéndolas. Una detrás de otra. ¿Estás casado?

—Sí. Y con dos hijos. Dos chicos.

—¿Eres feliz?

—Creo que sí. Rara vez tengo tiempo de hacerme esa pregunta. O no me doy tiempo. Quizás porque la cuestión no se plantea.

Me bebí lo que me quedaba en el vaso y encendí un cigarro. Me quedé observando a Loubet. Era un hombre sólido, tranquilizador. Sereno, aunque su trabajo no fuera un camino de rosas todos los días. Un hombre de certezas. Lo contrario de mí.

—¿Tú te hubieras acostado con ella?

—No —dijo riéndose—. Pero tengo que reconocer que tiene algo irresistible.

—Draui no pudo resistirse a Cúc. Ella le necesitaba. Al igual que necesitó a Fabre. Ella sabe a la perfección cómo se atrapa a un hombre.

—¿Y a ti te necesitaba?

—Ella quería que Draui la ayudara a salvar a Fabre —proseguí sin responder a su pregunta.

Porque me dolía tener que responder que sí. Sí, ella intentó jugar conmigo, como con Hosín Draui. Sí, yo podía serle útil. En mi cabeza, prefería seguir pensando que me había deseado sin segundas intenciones. Mi orgullo de macho lo encajaba mejor así. ¡Para algo era latino!

—¿Crees que quería a su marido? —dijo, sin dar importancia al bloqueo que le acababa de hacer.

—No sé. Sería incapaz de decirte si le ha querido o no. Ella dice que no. Pero le debe todo lo que es hoy. Le ha dado un nombre. Le ha permitido dar una educación a su hijo. Y los medios para vivir más que decentemente. No todos los refugiados vietnamitas tienen esa suerte.

—Has dicho que quería salvar a Fabre. ¿Salvarlo de qué?

—Espera. Cúc es también una mujer que quiere hacer cosas, construir, ganar, tener éxito. Es también el sueño de los que un día lo perdieron todo. Judíos, armenios, *pieds-noirs*, son así todos. ¿Entiendes lo que quiero decir? Un inmigrante es alguien

que no ha perdido nada, porque allí donde vivía no tenía nada. Su única motivación es la de sobrevivir un poco mejor.

»Cûc quería lanzarse al mundo de la moda. Fabre le procuró el dinero. Los medios para imponer rápido su marca, en Francia y en Europa. Tenía talento suficiente para convencer a los financiadores de la operación. Aunque éstos habrían invertido el dinero en cualquier sitio, o casi. Lo que importa es que el dinero tenga un destino. Seguro.

—¿Quieres decir que se trata de dinero negro?

—La empresa de Cûc es una sociedad anónima. Y como accionistas, bancos suizos, panameños, costarriceños. Ella la dirige, nada más. No es ni siquiera propietaria de su marca.

»Creo que tardó en darse cuenta. Hasta el día en que llegaron encargos gordos y su marido le dijo que no merecía la pena que los agradeciera. Que se limitara a facturarlos. Y que la cantidad se ingresara en otra cuenta de la sociedad, diferente de su cuenta corriente. Una cuenta suiza en la que ella no tenía firma. ¿Lo vas pillando?

—Si te entiendo bien, estamos hablando de la Mafia.

—Es un nombre que da tanto miedo, que no te atreves ni a pronunciarlo en Francia. ¿Qué es lo que hace girar el mundo, Loubet? La pasta. ¿Y quién maneja más dinero? La Mafia. ¿Sabes en cuánto se estima el volumen del tráfico de estupefacientes en el mundo? 1650 millones de francos al año. ¡Es más que el mercado mundial del petróleo! Casi el doble.

Mi amiga periodista, Babette, me lo estuvo explicando un día. Sabía un rato de la Mafia. Llevaba unos meses en Italia. Preparaba con un periodista romano una obra sobre la Mafia en Francia. Explosivo, me anunció.

Para ella resultaba evidente que, en dos años, Francia conocería una situación a la italiana. El dinero negro, cuyo origen, por definición, no hay que declarar, se había convertido en el medio de subsistencia más seguro de los políticos. Hasta el punto de que, me había dicho Babette recientemente por teléfono, «se había pasado imperceptiblemente de una sociedad política de tipo mafioso a un sistema mafioso».

—¿Fabre estaba metido en la Mafia?

—¿Quién era Fabre? ¿Te has enterado un poco de eso?

—Un arquitecto con talento, más bien de izquierdas, que triunfó.

—A quien todo le hizo triunfar, querrás decir. Cûc me confió que su despacho había sido altamente recomendado para la instalación portuaria Euromediterrané.

Euromediterrané debía de ser algo así como el «nuevo concepto» para que Marsella volviera a entrar en la escena internacional, por su puerto. Yo tenía mis dudas. Un proyecto nacido en Bruselas, del cerebro de unos tecnócratas, no podía velar por el futuro de Marsella. Era sólo para redistribuir las cartas, en el Mediterráneo, entre Génova y Barcelona. Pero, para Europa, los puertos del futuro

eran Amberes y Rotterdam.

Nos estaban vendiendo la moto, como de costumbre. El único futuro que preveían para Marsella era el de ser el primer puerto de fruta del Mediterráneo. Y el de acoger cruceros internacionales. El actual proyecto apuntaba esencialmente a eso. Unas obras impresionantes se perfilaban sobre las ciento diez hectáreas de la dársena y del puerto. Parque empresarial, centro de comunicaciones internacionales, telepuerto, universidad de turismo... Un maná para las empresas de la construcción y de obras públicas.

—¡El cajón de la caja registradora para Fabre! Es otro mogollón distinto al de Serge y los barbudos.

—Apenas. Es otra cosa, ya está. Pero apesta igual de mal. Mira, en los papeles de Serge he encontrado documentos de la FAIS. Draui era miembro, me dijiste. Para ellos, Argelia se ha hundido en el mismo sistema político-mafioso. La guerra que libra el FIS con el poder instalado no es una guerra santa. Es sólo una lucha para repartirse el pastel. A Budiaf lo mataron por eso. Porque fue el único en admitirlo abiertamente.

—Toma —dijo llenando los vasos—, necesitamos un poco más de esto.

—Sabes, en Rusia pasa lo mismo. No hay esperanzas por ese lado. Por ahí morirán. Salud —dijo levantando el vaso.

Nos quedamos un rato en silencio con los vasos en la mano. Perdidos en nuestras pensamientos. La llegada del segundo plato de marisco nos liberó.

—Eres un tipo raro, Montale. Tengo la sensación de que tienes algo de reloj de arena. Cuando toda la arena está abajo, es inevitable que alguien venga a darle la vuelta. ¡Cûc te ha debido de impresionar muchísimo!

Sonreí. Me había gustado esa imagen del reloj de arena. Del tiempo que pasa. Vivíamos nuestras vidas en ese lapso de tiempo. Hasta que un día nadie viniera a dar la vuelta al reloj. Porque habríamos perdido la ilusión por la vida.

—No es Cûc la que le ha dado la vuelta al reloj, como dices tú. Es la muerte. La proximidad de la muerte. Por todas partes a nuestro alrededor. Y yo creo todavía en la vida.

Esta conversación me arrastraba lejos. Adonde de ordinario me negaba a aventurarme. Cuanto más pasaba el tiempo, menos razones le encontraba a la vida. De modo que prefería quedarme con las cosas sencillas. Como beber y comer. Y pescar.

—Para volver a Cûc —proseguí—, ella no ha hecho más que desencadenar las cosas. Queriendo que Fabre rompiera con sus amigos mañosos. Empezó a hurgar en sus negocios. Los contratos. La gente a la que veía. Empezó a entrarle pánico y, sobre todo, se sintió amenazada. En lo que pretendía llevar a cabo. Los objetivos que se había propuesto, una noche en un apartamento cutre de Le Havre. Una amenaza para

su vida, y su vida es Mathias. El fruto de su amor perdido. Reventado por la violencia, los odios, la guerra.

»Le suplicó a Fabre que lo dejara. Que se fueran a Vietnam. Los tres. Para empezar una nueva vida. Pero Fabre estaba atado de manos y pies. Lo típico. Como algunos políticos. Se mueren por hacerse un huequecito al sol. Una vez en lo alto de la escala, piensan ellos, tendrán poder suficiente para hacer limpieza. Se acabaron las malas costumbres, las malas compañías. Pero no. Es imposible. A partir de la primera carta, ya estás muerto. Desde la primera corbata, incluso.

»Fabre no podía hacer borrón y cuenta nueva con todo aquello. Chao colegas, muchas gracias. No quería hundirse. Encontrarse en el agujero, como tantos otros. Empezó a montar broncas. A beber y a volverse odioso. A regresar cada vez más tarde, por la noche. A veces a no regresar. Cûc sedujo a Hosín Draui sólo por eso. Para humillar a su marido. Para decirle que no le quería. Que le iba a dejar. Un chantaje desesperado. Un grito de amor. Porque, en el fondo, creo que ella le amaba.

»Fabre no entendió nada de todo esto. O no quiso. En cualquier caso, no lo pudo soportar. Cûc era toda su vida. La quería más que a nada, creo yo. A lo mejor él no hizo todo eso más que por ella. No lo sé... Nunca lo sabremos. Lo que está claro, es que se sintió traicionado por ella. Y por Hosín Draui... Si tenemos en cuenta que todos los trabajos de Draui iban en contra del proyecto del aparcamiento de la Vieille-Charité. Es el despacho de Fabre el que tiene la concesión de la obra. Lo leí en un panel, a la entrada de la obra.

—Ya, ya lo sé. Pero... sabes, Móntale, los restos de debajo de la Vieille-Charité están lejos de ser algo excepcional. Y Fabre no pudo saberlo por nadie más que por Draui, creo yo. La lista de argumentos que presentó a las autoridades competentes, para defender el proyecto del aparcamiento, era clara y rigurosa. No dejaba ninguna posibilidad a los arqueólogos. Ni siquiera Draui creía mucho en aquello. He leído su intervención durante el coloquio del 90. La obra más excitante era la de la place Jules-Verne. Esas excavaciones permiten remontarse a un montón de siglos antes de Cristo. Lo que probablemente se descubra ahí, será el embarcadero del puerto ligur. En el que Protis desembarcó un día. Pongo la mano en el fuego a que no habrá aparcamiento en ese sitio. En mi opinión, Draui y Fabre se tenían respeto. Eso explica que Fabre, en cuanto supo el movidón en el que estaba metido Draui, le propusiera alojarse en su casa.

»Fabre, por lo que tengo entendido, era un hombre culto. Amaba su ciudad y su patrimonio. El Mediterráneo. Estoy seguro de que tenían puntos en común. Desde que se conocieron en 1990, no dejaron de escribirse. He leído alguna de las cartas de Draui a Fabre. Son apasionantes. Estoy seguro de que te interesarían.

—¡Vaya historia! —dije yo sin saber qué añadir. Me imaginaba por dónde iba y la cosa me dejaba sin salida. No podía seguir haciéndome el tonto. Callándome lo que

sabía.

—Sí, una bella historia de amistad —prosiguió con un tono suave—. Y que acaba mal. Como otras tantas que llenan los periódicos. El amigo que se acuesta con tu mujer. El marido cornudo que se toma la justicia por la mano.

Reflexioné un segundo.

—Pero no cuadra con la idea que tienes tú sobre Fabre, ¿no es así?

—Sobre todo si al marido cornudo lo matan luego. No lo ha matado ella. Ni tú. Sino asesinos. Como a Draui. Y a Guitou, que tuvo la desgracia de estar allí en el peor momento.

—Y tú crees que hay otros motivos.

—Sí. La muerte de Draui no tiene nada que ver con el hecho de que se acostara con Cúc. Es más grave.

—Grave hasta el punto de que dos matones se desplazan desde Toulon sólo para eso. Para matar a Hosín Draui.

¡Joder! En algún momento se lo tenía que decir. No pestañeó. Tenía los ojos clavados en mí. Tuve la curiosa sensación de que ya sabía lo que le acababa de contar. El número de asesinos. Su procedencia. ¿Pero cómo podría haberlo sabido él?

—¡Vaya! ¿Y tú cómo sabes que vinieron desde Toulon?

—Los tuve pegaos al culo el primer día, Loubet. Buscaban a la chiquilla. Naima se llama. La que estaba en la cama con Guitou. Yo sabía quién era y...

—Por eso fuiste a La Bigotte.

—Sí, por eso.

Me miró con una violencia que no le conocía. Se levantó.

—Un coñac —gritó al camarero.

Y se fue hacia los servicios.

—Dos —precisé yo—. Y otro café.

Donde cuando llega la muerte es demasiado tarde

Loubet volvió calmado. Después de haber meado, simplemente afirmó: «Tienes suerte de caerme bien, Mántale. ¡Porque te hubiera partido la cara bien a gusto!».

Le largué todo lo que sabía. Guitou, Naima, la familia Hamudi. Y todo lo que me había contado Cúc la otra noche y que todavía no le había dicho. Con lujo de detalles. Como un buen alumno.

Naima había ido a ver a Mathias, a Aix. El lunes por la noche. Le había contado lo principal la víspera por teléfono. Mathias había llamado a su madre. Muerto de miedo y furioso al mismo tiempo. Cúc, por supuesto, se fue a Aix. Naima les contó el relato de esa noche dramática.

Adrien Fabre estaba presente. Ella no lo vio. Solamente oyó que gritaban su nombre. Después de que mataran a Guitou: «¡Hostia!, pero ¿qué coño hace aquí este chaval? ¡Fabre!», gritó uno de ellos. «¡Ven aquí!».

Se acordaba de esas palabras. No las olvidaría jamás.

Se escondió en la ducha. Acurrucada en el plato. Aterrorizada. Sí consiguió no gritar fue, les explicó, porque una gota de agua le caía en la rodilla. En la izquierda. Y se concentró en eso. En ver hasta cuánto podía contar antes de que cayera la siguiente gota.

Los hombres iniciaron una discusión delante de la puerta del estudio. Tres voces con la de Fabre. «¡Lo habéis matado! ¡Lo habéis matado!», gritaba. Casi llorando. El que parecía ser el jefe le trató de gilipollas. Luego se oyó un ruido seco, como un tortazo. Entonces Fabre se puso de verdad a llorar. Una de las voces, con fuerte acento corso, preguntó que qué hacían. El jefe le contestó que se buscara la vida para encontrar una furgoneta. Con tres o cuatro tíos que ayudaran a vaciar la casa de lo más gordo. De lo principal. Y que él se llevaba al otro antes de que le diera un ataque de nervios.

Cuánto tiempo pasó en la ducha contando gotas de agua, Naima lo ignoraba. Lo único de lo que se acordaba era de que en un momento dado hubo silencio. Ni un solo ruido. Excepto ella que estaba llorando. Que estaba temblando también. El frío se le había metido en los huesos. No el frío de las gotas de agua. Sino el frío del horror que

tenía a su alrededor y el que imaginaba.

Había salvado el pellejo, eso parecía estar claro. Pero se quedó ahí, en la ducha, con los ojos cerrados. Sin moverse. Incapaz de un gesto. Llorando. Temblando. Esperando que se acabara esa pesadilla. Guitou vendría a darle un beso. Ella abriría los ojos y él le diría dulcemente: «Venga, ya ha pasado todo». Pero el milagro no se produjo. Otra gota le cayó en la rodilla. Real, como lo que acababa de vivir. Se levantó, con dificultad. Resignada. Se vistió. Lo peor, pensó, le esperaba en la puerta. Había que pasar por encima del cadáver de Guitou. Intentó pasar con la cabeza hacia el otro lado para no verlo. Pero no pudo. Era *su* Guitou. Se agachó, para mirarle por última vez. Decirle adiós. Ya no temblaba. Ya no tenía miedo. Nada importaría a partir de ahora, se dijo al levantarse, y...

—¿Dónde están ahora Mathias y ella?

Puse la cara más angelical para responderle.

—Pues ése es el problema. Que no lo sabemos.

—¿Te estás quedando conmigo o qué?

—Te lo juro.

Me miró, con una expresión mala.

—Te voy a poner a la sombra, Móntale. Dos o tres días.

—¡No digas chorradas!

—¡Ya has dado bastante por culo! No quiero que me des más rollos.

—¿Aunque pague la cuenta? —dije poniendo el tono más idiota.

Loubet soltó una carcajada. Una risotada franca. Una risa de hombre. Capaz de hacer frente a todas las bajezas del mundo.

—Te has acojonao un poco, ¿no?

—¡Joder, y tanto! Me habrían venido a ver todos. Como en el zoo. Hasta Pertin habría venido a tirarme cacahuetes.

—La cuenta la compartimos —prosiguió muy serio—. Voy a dar una orden de busca y captura para Balducci y el otro. —Narni pronunció su nombre con lentitud. Luego se me quedó mirando fijamente—. Y, a ése, ¿cómo lo has identificado?

—Narni. Narni —repetí para mí—. Pero si...

Otra puerta que se abría hacia la peor y más inimaginable putrefacción humana. Sentí que se me encogía el estómago. Me dio una arcada.

—¿Qué te pasa, Móntale? ¿Te encuentras mal?

Aguanta, me dije. Aguanta. Sobre todo, no vayas a echar la pota en la mesa. Contento. Concéntrate. Respira. Venga, respira. Despacio. Como si pasearas por las calas. Respira. Eso es, ya estás mejor. Vuelve a respirar. Echa el aire. Bien, así... Lo ves, todo se digiere. Hasta la mierda en estado puro.

Me sequé la frente empapada en sudor.

—Ya está, mejor. El estómago revuelto.

—Se te ha quedado una cara que da miedo.

No veía a Loubet. Al que estaba viendo era al otro. Al guapo. Al de las sienes plateadas. Al del bigote canoso. Con su sortijaza de oro, en la mano derecha. Alexandre. Alexandre Narni.

Me volvió a dar otra arcada, pero lo peor ya había pasado. ¿Cómo lo había hecho Gélou para meterse en la cama con un asesino? ¡Diez años, por Dios!

—Nada, nada —dije—. Ya se me pasa. ¿Otro coñac rapidito?

—¿Seguro que estás bien?

Estaré bien.

—Narni —proseguí con un tono de broma—, no sé quién es. Sólo un nombre que se me ha ocurrido, hace un rato. Budjema Ressaif, Narni... Quería chulear delante de Pertin. Hacerle creer que estábamos compinchados tú y yo.

—¡Ya! —dijo.

Loubet no me quitaba los ojos de encima.

—¿Y quién es Narni, pues?

—¡Venga ya! Ese nombre no te ha salido así como así. Por fuerza has tenido que oír hablar de él. Uno de los pistoleros de Jean-Louis Fargette. Puso una sonrisa irónica. Fargette, ¿no me digas que no sabes quién es? La Mafia, y esas cosas...

—Sí, evidentemente.

—Tu Narni se ha especializado, sobre todo, como el jefe de la extorsión en toda la costa. Se volvió a hablar de él cuando mataron a Fargette, en San Remo. Incluso pudo ser él quien hizo el trabajito. Los cambios de alianzas entre familias, sabes cómo es esto. Desde entonces, Narni se había hecho olvidar.

—¿Y a qué se dedica ahora que Fargette está muerto?

Loubet sonrió. La sonrisa del que sabe que va a impresionar al otro. Me esperaba lo peor.

—Es consejero financiero de una sociedad internacional de marketing económico. La sociedad que gestiona la segunda cuenta de la empresa de Cûc. Que gestiona también la segunda cuenta del despacho de Fabre. Y un montón más... No he tenido tiempo de desgranar toda la lista. La Camorra napolitana está detrás, me lo acaban de confirmar hace un rato, justo antes de quedar contigo. Ves, Fabre estaba metido en un asunto pero que muy sucio. Pero no como tú te imaginas.

—Más aún —dije yo evasivamente.

En realidad, no estaba escuchando mucho. Tenía el estómago hecho una bola. No paraba de ir arriba y abajo. Los erizos, los *violets*, las ostras. El coñac no me había ayudado nada. Y tenía ganas de llorar.

—¿Tú que crees que es el marketing económico para esta gente?

Lo sabía. Babette me lo había explicado.

—La usura. Prestan dinero a las empresas con dificultades. Dinero negro,

evidentemente. A unos intereses de locura. Quince, veinte por ciento. No sé, pero mucho. Toda Italia funciona ya así. ¡Incluso algunos bancos! La Mafia atacó el mercado francés. El reciente caso Schneider, y sus sucursales belgas, había sido el primer ejemplo.

—Pues bien, el tipo que gestiona todo eso se llama Antonio Sartanario. Narni trabaja para él. Se ocupa especialmente de los que no pueden devolver la pasta. O que intentan cambiar las reglas del juego.

—¿Fabre estaba en esa situación?

—Empezó a pedir préstamos para lanzar su estudio de arquitectura. Luego mucho dinero para ayudar a Cûc a empezar en la moda. Era un cliente habitual. Pero en estos últimos meses le habían dado algún que otro toque. En sus cuentas, que se las repasaron de arriba abajo, descubrieron que estaba pasando un montón de dinero a una cuenta de ahorro. Una cuenta abierta a nombre de Mathias. Ves, Hosín Draui era un aviso para Fabre. El primero. Lo mataron ahí, en su propia casa, delante de él, por eso. A partir del lunes, Fabre empezó a pasar grandes cantidades.

—Pero, aun así, se lo han cargado.

—La muerte del chaval debió de suponer un golpe muy duro para Fabre. Y entonces, ¿qué se le ocurrió hacer en lugar de poner el dinero? ¿Qué se le pasó por la cabeza? ¿Soltarlo todo? ¿Hacerles chantaje para que lo dejaran en paz? Oye, ¿me estás escuchando, Móntale?

—Sí, sí.

—Te das cuenta del movidón que es esto. Balducci, Narni. Estos tíos no se andan con chiquitas. ¿Me oyes, Móntale? —miró el reloj—. Hostias, voy fatal de hora —se levantó. Yo no. Todavía no confiaba mucho en mis piernas. Loubet me puso la mano en el hombro, como el otro día, en el bar de Ange—. Un consejo, si tienes noticias de los dos chavales, no olvides llamarme. No me gustaría que les pasara nada. Y a ti tampoco, supongo.

Dije que sí con la cabeza.

—Loubet —me oí decir a mí mismo—, te tengo cariño.

Se me agachó a la oreja.

—Pues entonces haz algo por mí, Fabio. Vete a pescar. Es mucho más sano... Para lo del estómago.

Dije que me pusieran otro coñac. Me lo bebí de un trago. Bajó con la fuerza que esperaba. Capaz de desencadenar una tempestad en mi tripa. Me levanté a duras penas y me fui para el servicio.

De rodillas, sujetando la taza con las dos manos, vomité. Todo. Hasta la última almeja. No quería que me quedara nada de esa puta comida. Con el estómago retorcido de dolor, unas lágrimas me cayeron suavemente. Pues sí, me dije, así acaban las cosas siempre. Con defecto de equilibrio. No pueden terminar de otra

manera. Porque así han empezado. Nos gustaría que al final se estabilizara todo. Pero eso no ocurre jamás.

Jamás.

Me puse de pie y tiré de la cadena. Como el que tira de una alarma.

Fuera hacía un tiempo espléndido. Se me había olvidado que existía el sol. Inundaba el cours d'Estiennes-d'Orves. Me dejé llevar por el dulce calor. Con las manos en los bolsillos, llegué hasta la place aux Huiles. En el Vieux-Port.

Del mar subía un olor fuerte. Una mezcla de aceite, alquitrán y agua salada. Francamente, no olía bien. Más bien apestaba, habría dicho otro día. Pero en ese momento, ese olor me sentó de maravilla. Un perfume de felicidad. Verdadero, humano. Es como si Marsella se me quedara en la garganta. Me vino a la memoria el «taf taf taf» de mi barco. Me vi en el mar pescando. Sonreí. La vida volvía a hacerse un hueco en mí. Por el lado de las cosas más sencillas.

Llegó el ferry. Me regalé un billete de ida y vuelta para el más corto y bello de los viajes. Quai du Port-Quai de Rive Neuve. Había poca gente a esas horas. Viejos. Una madre dando el biberón al niño. Me sorprendí tarareando «Chella Ila». Una vieja canción napolitana de Renato Carosone. Iba encontrando mis referencias. Con los recuerdos que las acompañan. Mi padre me sentaba en la ventana del ferry y me decía: «Mira, Fabio, mira. Es la entrada del puerto. ¿Lo ves? El fuerte Saint-Nicholas. El fuerte Saint-Jean. Y allí el faro. Ves, luego el mar. Alta mar». Sentía sus manos grandes sujetándome por las axilas. ¿Qué edad tenía? Unos seis o siete años, no más. Aquella noche, soñé con ser marinero.

En la place de la Mairie, los viejos que bajaron fueron substituidos por otros viejos. La madre me miró antes de bajar del ferry. Le sonreí.

Subió una estudiante. De esas que florecen mejor en Marsella que en ninguna otra parte. De padre o madre antillanos, seguramente. Pelo largo y rizado. El pecho bien terso. La falda hasta los tobillos. Vino a pedirme fuego, porque la había mirado. Me echó una mirada a lo Lauren Bacall, sin sonreír. Y se marchó al otro lado de la cabina. No tuve ni tiempo de decirle gracias. Por ese placer de su mirada en la mía.

A la vuelta, bordeé el muelle para ir a encontrarme con Gélou. La había llamado al hotel antes de irme del Oursin. Me esperaba en el New York. No sabía lo que iba a hacer si estuviera Narni. Lo estrangularía directamente, a lo mejor.

Pero Gélou estaba sola.

—¿Alexandre no está? —le dije al besarla.

—Vendrá dentro de media hora. Me apetecía verte sin él delante. De momento. ¿Qué ocurre con Guitou, Fabio?

Gélou tenía ojeras. Marcada por la ansiedad. Por la espera, el cansancio y demás. Pero era guapa, mi prima. Siempre. Quería disfrutar todavía de su cara, tal como estaba ahora. ¿Por qué la vida no le había sonreído? ¿Había concebido demasiadas

esperanzas en sí misma? ¿Había esperado demasiado? ¿Pero acaso no somos todos así? ¿Desde el momento en que abrimos los ojos al mundo? ¿Existe alguien que no le pida nada a la vida?

—Ha muerto —dije yo suavemente.

Le cogí las manos. Las tenía todavía calientes. Luego levanté los ojos hacia ella. Puse en mi mirada todo el amor que había estado guardando para los meses de frío.

—¿Qué? —balbuceó ella.

Sentí el reflujo de la sangre en sus manos.

—Ven —le dije.

Y la obligué a levantarse, a salir. Antes de que le diera el ataque. La cogí por los hombros, como un enamorado. Su brazo alcanzó el talle de mi cintura. Cruzamos por en medio de una marea de coches. Sin importarle los frenazos. Los pitidos. Los insultos. Sólo estábamos nosotros. Nosotros dos. Y aquel dolor común.

Caminamos a lo largo de muelle. En silencio. Apretados el uno contra el otro. En un momento dado, me pregunté, dónde estaría aquella basura de hombre. Porque Narni no podía estar muy lejos. Espiándonos. Preguntándose a ver cuándo, por fin, me podía meter una bala en la cabeza. Debía de estar soñando con eso. Yo también. El arma que iba arrastrando desde ayer en el coche iba a servir para eso. Y yo tenía una ventaja sobre Narni. Ahora sabía el tipo de carroña humana que era.

Sentí temblar el hombro de Gélou. Llegaban las lágrimas. Me paré y la giré hacia mí. Le di un abrazo. Su cuerpo entero se pegó al mío. Parecíamos dos amantes locos de deseo. Detrás del clocher des Accoules, el sol empezaba a ocultarse.

—¿Por qué? —preguntó ella entre lágrimas.

—Las preguntas ya no tienen importancia. Ni las respuestas. Es así, Gélou. Es así y ya está.

Levantó la cara hacia mí. Una cara deshecha. Por supuesto, se le había corrido el rimel. Largos churretones azules. Sus mejillas parecían agrietadas, como después de un terremoto. Vi cómo la mirada se le metía para adentro. Para siempre. Gélou se iba. A otro sitio. Al país de las lágrimas.

Con todo, sus ojos, sus manos, todavía se aferraban a mí desesperadamente. Para permanecer en el mundo. En todo aquello que nos unía desde la infancia. Pero yo no le servía de ayuda. Mi vientre no había dado a luz a un hijo. Yo no era madre. Ni siquiera padre. Y todas las palabras que le pudiera decir pertenecían al diccionario de la estupidez humana. No había nada que decir. No tenía nada que decir.

—Estoy aquí —le murmuré al oído.

Pero era demasiado tarde.

Cuando llega la muerte, siempre es demasiado tarde.

—Fabio...

Se calló. Apoyó la frente en mi hombro. Se estaba tranquilizando. Lo peor

vendría más tarde. Le acaricié suavemente el pelo, luego le pasé la mano por la barbilla, para levantarle la cara.

—¿Tienes un kleenex?

Dijo que sí con la cabeza. Se separó de mí, abrió el bolso y sacó un kleenex y un pequeño espejo. Se limpió las marcas de rimmel. Nada más.

—¿Dónde está tu coche?

—En el aparcamiento, detrás del hotel. ¿Por qué?

—No me hagas preguntas, Gélou. ¿En qué planta? ¿Primera? ¿Segunda?

—Primera. A la derecha.

La volví a coger del hombro y nos fuimos hacia el New York. El sol estaba metiéndose por detrás de las casas de la butte du Panier. Atrás iba dejando una bella luz que enrojecía los edificios del quai Rive-Neuve. Era algo sublime. Y yo lo necesitaba. Necesitaba agarrarme a esos momentos de belleza.

—Háblame —dijo ella.

Estábamos frente a una de las entradas del metro Vieux-Port. Había tres. Ésta. Otra abajo de la Canebière. Y otra en la place Gabriel-Péri.

—Más adelante. Ahora vete hasta tu coche. Te metes dentro y esperas a que yo llegue. Estoy contigo en menos de diez minutos.

—Pero...

—¿Puedes hacerlo por mí?

—Sí.

—Bueno, te dejo aquí. Haces como si te volvieras para el hotel. Cuando llegues a la puerta, dudas unos segundos. Como si estuvieras pensando en algo concreto. Algo que te habrías olvidado, por ejemplo. Y entonces te vuelves para el aparcamiento, pero sin apresurarte. ¿Vale?

—Sí —dijo ella mecánicamente.

Le di un beso como si me estuviera despidiendo. Con un abrazo. Tiernamente.

—Tienes que hacer exactamente lo que te he dicho, Gélou —se lo dije con dulzura pero con firmeza—. ¿Lo has entendido? —me cogió la mano—. Venga, vete.

Se fue. Tiesa. Como una autómatas.

La miré cruzar. Luego bajé al metro, por la escalera mecánica. Sin prisa. Una vez en el andén, eché a correr. Atravesé la estación de punta a punta para coger la salida de Gabriel-Péri. Subí los escalones de dos en dos y fui a dar a la plaza. Me metí a la derecha para llegar a la Canebière, a la altura del Palais de la Bourse. El aparcamiento estaba enfrente.

Si alguno, Narni, o el otro, Baducci, me vigilaba, yo les llevaba un trozo de ventaja. Para ir adonde Gélou y yo íbamos, no nos hacía falta nadie. Crucé sin esperar al muñeco verde y me metí en el aparcamiento.

Hubo una señal de faros y reconocí el saab de Gélou.

—Córrete para allá. Conduzco yo —dije suavemente.

—¿Adónde vamos, Fabio? ¡Dímelo!

Lo había dicho gritando.

—Sólo a dar una vuelta —dije suavemente—. Tenemos que hablar, ¿no?

No hablamos hasta coger la autovía norte. Había zigzagueado por Marsella, con el ojo soldado al retrovisor. Pero no nos seguía ningún coche. Tranquilo ya, le conté a Gélou lo que había pasado. Le dije que el comisario que llevaba el caso era amigo mío. Que podíamos confiar en él. Me escuchó, sin hacer preguntas. Se limitó a decir: «Ya nada cambiará nada».

Salí en el empalme de Les Arnavaux y me metí por las calles que suben hacia Sainte-Marthe.

—¿Cómo conociste a Narni?

—¿Qué?

—A Alexandre Narni, ¿dónde lo conociste?

—En el restaurante que teníamos con Gino. Era un cliente. Un buen cliente. Venía a menudo. Con amigos, a veces solo. Le gustaba la cocina de Gino.

A mí también. Aún me acordaba de un plato de *lingue di passero* con trufas. Nunca los había comido tan buenos. Ni siquiera en Italia.

—¿Te tiraba los tejos?

—No, bueno, los piropos...

—Que un hombre guapo puede decir a una mujer guapa.

—Bueno, si quieres sí... Pero yo era con él como con el resto de los clientes. Ni mejor ni peor.

—Mmm... ¿Y él?

—¿Él qué? Fabio, ¿a qué vienen estas preguntas? ¿Tienen algo que ver con la muerte de Guitou?

Me encogí de hombros.

—Necesito saber cosas de tu vida. Para comprender.

—¿Para comprender qué?

—Cómo Gélou, mi prima querida, conoció a Alexandre Narni, asesino profesional de la Mafia. Y cómo durante los diez años que se ha estado acostando con él, no se ha enterado de nada.

Y di un frenazo rápido. Para parar el coche. Antes de que me diera un bofetón.

Donde se propone una visión limitada del mundo

Narni se convirtió en uno de los mejores clientes del restaurante a los pocos meses de la apertura. Venía siempre con gente conocida. Alcaldes, diputados, concejales, ministros, gente del espectáculo y del cine.

Buenos amigos míos, parecía decir. Tenéis suerte de que nos guste vuestra cocina. Y de que seamos *paese*. Narni era de Umbría, como Gino. Sin duda, la región de Italia donde mejor se come. Mejor incluso que en Toscana. Hay que decir que, como suerte, no estaba mal. Había que reconocerlo. El restaurante se llenaba siempre. Algunos venían a cenar sólo para ver a tal o cual personalidad.

Las paredes estaban cubiertas con cuadros hechos con las fotos de todos los que pasaban por ahí. Gélou posaba con todos. Como una estrella. Estrella entre las estrellas en aquel restaurante. Un día, un realizador italiano, ya no se acordaba de quién, le propuso incluso un papel en su próxima película. A ella le había hecho mucha gracia. Le gustaba el cine, pero nunca se había imaginado delante de una cámara. Y, además, Guitou acababa de nacer. O sea, que el cine...

El dinero entraba. Una época feliz. Aunque por la noche se fueran a la cama agotados. Sobre todo las noches de los fines de semana. Gino contrató a un pinche de cocina y a dos camareras. Gélou ya no servía en la sala. Recibía a los altos clientes, tomaba el aperitivo con ellos. Y ese tipo de cosas, vaya. Narni hacía que la invitaran a recepciones oficiales, a galas. Varias veces también al festival de Cannes.

—¿Y te ibas sola? —le pregunté.

—Sin Gino, sí. El restaurante tenía que seguir funcionando. Y ya sabes, a él, estas cosas mundanas no le iban mucho. Nada le volvía loco, excepto yo —dijo con una sonrisa tristona—. Ni el dinero ni los honores. Era un auténtico hombre del campo, con los pies bien en la tierra. Por eso le amé. Me dio equilibrio. Me enseñó a ver la diferencia entre lo verdadero y lo falso. Lo que aparenta mucho. ¿Te acuerdas cómo era yo de cría? Iba detrás de todos los chicos que presumían del dinero de su papá.

—Hasta te querías casar con el hijo de un fabricante de calzado marsellés. Era un buen partido.

—Era feo.

—Gino...

Se perdió en sus pensamientos. Nos habíamos quedado aparcados en la calle en la que yo había dado el frenazo. Gélou no me había pegado. Ni se había movido. Como sonada. Luego se volvió hacia mí, lentamente. Sus ojos lanzaban señales de auxilio. No me atreví a mirarla enseguida.

—¿En eso te has estado entreteniendo? ¿En despellejar mi vida?

—No, Gélou.

Y le conté todo. En fin, todo no. Sólo aquello que le podía contar. Luego estuvimos fumando en silencio.

—Fabio —prosiguió.

—Sí.

—¿Qué es lo que estás intentando averiguar?

—No lo sé. Es como cuando te falta una pieza en un rompecabezas. Se ve perfectamente la imagen, pero la pieza que falta lo echa todo a perder. ¿Entiendes?

Cayó la noche. A pesar de las ventanas abiertas, el humo llenaba el coche.

—Yo no estoy tan segura de lo que me has contado.

—Gélou, ese tipo vive contigo. Te ayuda a educar a los niños. Patrice, Marc y Guitou. A Guitou lo ha visto crecer... Habrá jugado con él. Ha habido cumpleaños, Navidades...

—Cómo ha sido capaz, ¿es eso, no?

—Sí, cómo ha sido capaz. Y cómo... Imagínate que no nos hubiéramos enterado de nada. Que tú no hubieras venido a verme, ¿vale? Narni viene, mata a ese tío, Hosín Draui. Luego a Guitou, que desgraciadamente estaba allí. Burla los filtros de la policía. Como de costumbre. Vuelve a Gap... Cómo hubiera podido... Sabes, se pone el pijama, bien limpiito, bien planchadito, y se mete en la cama contigo y...

—Aun así, con Guitou muerto, creo que no habría soportado tener a un hombre en la cama. Ni a Alex ni a ningún otro.

—Vaya —dije yo desconcertado.

—Si tuve la necesidad de un hombre a mi lado, fue para asegurarme de poder educar a mis hijos, de educar a Guitou sobre todo. Necesitaba un... un padre, eso — Gélou se estaba poniendo cada vez más nerviosa—, Fabio, ¡me estoy haciendo un lío! Entiendes, está lo que una mujer espera de un hombre. La amabilidad. La ternura. El placer. El placer cuenta mucho, sabes. Y después está todo lo demás. Que hace que un hombre sea un hombre de verdad. La estabilidad que te da. La seguridad. Una autoridad, en definitiva. En quién apoyarse... Madre sola, de tres hijos, no, no tuve valor. Ésa es la verdad —se encendió otro cigarro, mecánicamente. Pensativa—. Las cosas no son tan sencillas.

—Ya lo sé, Gélou. Y dime, ¿nunca tuvo ganas de tener un hijo contigo?

—Sí, él sí. Yo no. Tres ya era mucho, ¿no crees?

—¿Has sido feliz estos últimos años?

—¿Feliz? Yo creo que sí. Todo iba bien. ¿Has visto el coche que tengo?

—Eso no significa necesariamente ser feliz.

—Ya. ¿Pero qué quieres que te conteste? Enciende la tele. Cuando ves cómo están las cosas en nuestro país o en otros... No puedo decir que fuera desgraciada.

—Y Gino ¿qué pensaba de Narni?

—No le gustaba nada. Bueno, al principio sí. Le caía bien. Hablaban un poco de su tierra. Pero Gino, ya sabes, nunca se relacionaba mucho con la gente. Para él no contaba más que la familia.

—Quizás estaba celoso, ¿no?

—Un poco. Como todo buen italiano. Pero eso nunca planteó ningún problema. Ni siquiera cuando me llegaba un gran ramo de rosas por mi cumpleaños. Eso lo único que hacía era recordarle que él se había olvidado. Pero daba igual. Gino me quería mucho, y yo lo sabía.

—¿Entonces qué era?

—No sé. Gino... Alex podía llegar a venir al restaurante con tipos muy raros. Muy puestos, pero... acompañados de... como de escoltas, ¿sabes lo que te quiero decir? Y con ésos, ¡qué ni se te ocurriera hacer fotos! A Gino no le hacía ninguna gracia tenerlos en su restaurante. Decía que eran de la Mafia. Que con esos cafetos, estaba clarísimo. ¡Qué eran más auténticos que en el cine!

—¿Le hizo ese tipo de observación, a Narni?

—No, qué dices. Era un cliente. Cuando tienes un restaurante, no haces ningún comentario. Das de comer y ya está.

—¿Y Gino cambió algo de actitud después de esas cosas?

Apagó el cigarro. Aquello estaba muy lejos. Y, sobre todo, se trataba de un periodo que no tenía superado. Diez años después. En su cabeza, llevaba sin duda la foto de Gino en un marco dorado, con una rosa al lado.

—Llegó un momento en que Gino empezó a ponerse nervioso. Se despertaba por las noches ansioso. Decía que era porque trabajábamos mucho. Es verdad que no parábamos. El restaurante seguía estando lleno, pero, por cierto, tampoco es que nadáramos en la abundancia. Vivíamos. A veces me daba la impresión de que ganábamos menos que al principio. Gino decía que era una espiral de locos, ese restaurante. Empezó a hablar de vender. De irnos a otro sitio. De trabajar menos. Que seríamos igual de felices.

Gino y Gélou. Adrien Fabre y Cûc. La Mafia te daba por un lado lo que te quitaba por el otro. No regalaba nada. No escapabas al chantaje. Sobre todo, si el extorsionador había construido tu clientela. La que sea. Así funcionaba en todos los sitios. A escalas diferentes. Hasta en los pequeños bares de barrio, de Marsella a Mentón. Nada, por tonterías, una máquina tragaperras sin declarar. O dos.

Encima, Narni se había enamorado de la dueña. Gélou. Mi prima. Mi Claudia Cardinale. Hace diez años, me acuerdo bien, era aún más guapa que de adolescente. Una mujer madura, hecha. Como a mí me gustan.

—Discutieron algo, una noche —prosiguió Gélou—. Me estaba acordando ahora. No sé a cuento de qué. Gino no me lo quiso contar. Alex había venido a comer solo, como hacía a veces. Gino se sentó con él, a beberse un vaso de vino, charlando. Alex se terminó la pasta y se marchó. Sin comer nada más. No dijo casi ni adiós. Pero se me quedó mirando fijamente antes de marcharse.

—¿Cuándo fue esto?

—Un mes antes de que mataran a Gino... ¡Fabio!, no querrás decir que...

Precisamente no quería decir nada.

A partir de esa noche, Narni no volvió a poner los pies en el restaurante. Llamó a Gélou una vez, para decirle que se iba de viaje, pero que volvería pronto. No apareció hasta dos días después de la muerte de Gino. Justo para el entierro. Estuvo muy presente durante ese periodo, ayudando a Gélou en todo momento, aconsejándola.

Entonces ella le hizo saber su intención de vender, de dejar la región. De volver a empezar en otro sitio. Y ahí de nuevo la ayudó. Él se encargó del traspaso del restaurante y obtuvo un precio muy bueno. De un familiar suyo. Gélou, poco a poco, se fue apoyando en él. Más que en su propia familia. Pasada la desgracia, es verdad que le dio la espalda a sus cosas. Incluido a mí.

—Podías haberme llamado —protesté.

—Sí, quizás. Si hubiera estado sola. Pero Alex estaba ahí y... no necesité a nadie, ya ves.

Un día, casi un año después, Narni le propuso llevarla a Gap. Había encontrado un pequeño negocio que le gustaría. También una villa, en las primeras escarpaduras del paso Bayard. La vista al valle era magnífica. Los niños, le dijo, serían felices allí. Otra vida.

Visitaron la casa, como una parejita de recién casados que están buscando un sitio para vivir. Riéndose. Haciendo proyectos para la casa, al oído. Por la noche, en lugar de volver, se quedaron a cenar en Gap. Se hizo tarde. Narni sugirió quedarse a dormir. El restaurante era también hotel y había dos habitaciones libres. De repente se encontró en sus brazos, sin saber muy bien cómo. Pero sin remordimientos.

—Hacía mucho... No... no podía estar sin un hombre. Al principio creí en él. Pero... Yo tenía treinta y ocho años, Fabio —precisó, como excusándose—. A mi alrededor, sobre todo en mi familia, la cosa no agradó a nadie. Pero uno no vive con la familia. No la tienes ahí, por las noches, cuando los niños están en la cama y te encuentras sola viendo la tele.

Y ahí estaba ese hombre, al que conocía desde hacía tanto tiempo, que había

sabido esperarla, a ella. Ese hombre elegante, seguro de sí mismo, sin problemas de dinero. Consejero financiero en Suiza, le dijo que era. Sí, Narni era tranquilizador. Un nuevo futuro se perfilaba para ella. No aquel que había soñado al casarse con Gino. Pero no peor al que había podido prever después de su muerte.

—Y además, sabes, se iba a menudo de viaje, por trabajo. Por Francia, por Europa. Y eso —precisó Gélou—, también me gustaba. Era libre de ir y venir. De estar sola con los niños, toda para ellos. Alex volvía justo cuando empezaba a pesarme su ausencia. No, Fabio, estos últimos diez años no he sido infeliz.

Narni había obtenido lo que codiciaba. Eso era lo único que no le podía negar. Que hubiera amado a Gélou hasta el punto de asumir la educación de los hijos de Gino. ¿Lo había matado sólo por eso, por amor? ¿O porque Gino había decidido no soltar ni un céntimo más? Qué más daba. La cuestión es que ese tío era un asesino. Lo habría matado en cualquier caso. Porque Alexandre Narni era como todos los de la Mafia. Lo que querían, tarde o temprano, lo tomaban. El poder, el dinero, las mujeres. Gélou. No podía sentir más que odio por Narni. Por haberse atrevido a amarla. Por haberla manchado con todos esos crímenes. Con toda esa muerte que arrastraba en la cabeza.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Gélou con voz clara.

Era una mujer fuerte. Pero, francamente, aquello era demasiado para una sola mujer en un solo día. Tenía que descansar antes de que estallara de verdad.

—Tienes que ir a descansar.

—¡Al hotel! —gritó aterrada.

—No. Allí no vuelves. Narni, a estas horas, estará como un perro furioso. Debe de saber que yo sé. Al ver que no vuelves, se imaginara perfectamente que yo te he estado contando. Es capaz de matar a cualquiera. Incluso a ti.

Me miró. Yo no la estaba viendo. Justo en ese instante, al pasar un coche su cara estaba iluminada. En sus ojos no debía de quedar ya mucho. Paisaje desierto. Como tras el paso de un tornado.

—No lo creo —dijo suavemente.

—¿Qué es lo que no crees, Gélou?

—Eso. Que pudiera matarme —tomó aire—. Una noche, acabábamos de hacer el amor. Elabía estado ausente bastante tiempo. Volvió muy cansado. Abatido, lo encontré yo. Un poco triste. Me cogió en sus brazos, con ternura. Sabía ser tierno, y eso me gustaba. Tenía lágrimas en los ojos.

¡Mierda puta! Ya he oído de todo en esta mierda de vida. Y ahora lo que me faltaba. Episodios de asesino tierno. Gélou, Gélou, ¿por qué me soltaste la mano aquel domingo en el cine?

—Tendríamos que habernos casado, tú y yo.

Estaba desvariando, ya.

Rompió a llorar y se refugió en mis brazos. Sus lágrimas, en mi pecho, me impregnaban la camisa, la piel. Dejarían, estaba seguro, una mancha indeleble.

—Estoy desvariando, Gélou. Pero estoy aquí. Y te quiero.

—Yo también te quiero —dijo sorbiéndose la nariz—. Pero no has estado siempre ahí.

—Narni es un asesino. Un tipo peligroso. A lo mejor le gustaba, eso de la vida familiar. Te quería también, sin duda. Pero eso no cambia las cosas. Es un asesino profesional. Dispuesto a todo. De este trabajo, uno no se escaquea fácilmente. Matar es su oficio. Tiene cuentas que rendir a otro que está más arriba que él. A tipos todavía más peligrosos. Tipos que no matan como él con pistolas. Pero que controlan a políticos, a industriales, a militares. Tipos para los que la vida humana no cuenta. Narni no puede permitirse el lujo de dejar heridos por el camino. No podía dejar vivir a Guitou. Y a ti tampoco. Ni a mí.

Mi frase quedó en suspense. Yo ya no esperaba mucho de la vida. Un día le había cogido la medida. Y había acabado amándola. Sin culpabilidad, sin remordimientos, sin temor. Sencillamente. La vida es como la verdad. Uno coge lo que encuentra. A menudo uno encuentra lo que ha dado. No era más complicado que eso. La mujer que compartió el mayor número de años de mi vida, Rosa, me dijo un día, antes de abandonarme, que yo tenía una visión limitada del mundo. Era verdad. Pero seguía estando vivo y me bastaba con una tontería para ser feliz. Muerto, daba un poco lo mismo.

Pasé a Gélou el brazo por los hombros. Y seguí:

—Lo que quiero decirte, Gélou, es que te quiero, y que te voy a proteger de él. Hasta que se aclare todo. Pero necesito que, antes, tú lo mates en tu cabeza. Que destruyas hasta la más mínima parcela de ternura por él. Si no, no podré ayudarte.

—Son dos hombres diferentes, Fabio —dijo suplicante.

Lo peor no lo había dicho todavía. Y yo había esperado no tener que oírlo.

—Gélou, imagínate a Guitou. Acaba de vivir su primera noche de amor, con una chiquita superguay. Y, de repente, empiezan a oír ruidos extraños en la casa. Un grito quizás. Un grito de muerte. Terrorífico para cualquiera. De cualquier edad. Es posible que Guitou y Naima estuvieran durmiendo. Es posible que estuvieran otra vez amándose. Imagínate su pánico.

»Entonces, van y se levantan. Y él, Guitou, tu hijo, que ahora es un hombre, hizo lo que un hombre a lo mejor no habría hecho. Pero lo hace. Porque Naima le mira. Porque Naima está completamente desquiciada. Porque tiene miedo por ella. Abre la puerta. ¿Qué es lo que ve? A ese desecho humano de Narni. Ese tipo que le da lecciones sobre los blancos, los negros y los árabes. Ese tipo capaz de pegar a tu niño, violentamente, asquerosamente, hasta dejarle cardenales que le duren quince días. Ese tipo que se acuesta con su madre. Que hace con su madre lo que él acaba de

hacer con Naima.

»Imagina, Gélou, los ojos de Guitou en ese momento. El odio, y el miedo también. Porque sabe que no tiene escapatoria. Imagina también los ojos de Narni. Viendo a ese crío delante de él. Que le desafía desde hace años, que lo desprecia. Imagínatelo, Gélou. ¡Quiero que tengas todas esas asquerosas imágenes en la cabeza! Tu hijo en calzoncillos. Y Narni con la pistola. Que va a disparar. Sin dudar. Justo donde hay que hacerlo. Sin que le tiemble la mano. Una sola bala, Gélou. ¡Una sola, me cago en la hostia!

—Para —dijo llorando.

Sus dedos me estaban estrujando la camisa. Estaba cerca del ataque de nervios. Pero tenía que seguir.

—No, tienes que escucharme, Gélou. Imagina todavía a Guitou que se cae y se golpea con la frente en la piedra de la escalera. Su sangre brotando. Quién de los dos crees que ha pensado en ti en ese instante. En esa fracción de segundo en que la bala salió para alojarse en el corazón de Guitou. Quiero que te metas esto en la cabeza, de una vez por todas. Si no, no podrás volver a dormir tranquila. En toda tu vida. Tienes que ver a Guitou. Y al otro también. A Narni. Tienes que verlo disparando. Lo voy a matar, Gélou.

—¡No! —gritó sollozando—. ¡No! ¡Tú no!

—Alguien tendrá que hacerlo. Para borrar todo esto. No para olvidar. Eso no podrás en la vida. Ni yo. No, sólo para limpiar la repugnancia. Pasar un poco el polvo a nuestro alrededor. En nuestras cabezas. En nuestros corazones. Y entonces, sólo entonces, podremos hacer esfuerzos para sobrevivir.

Gélou se pegó a mí. Estábamos ahí, como en nuestra adolescencia, acurrucados en la misma cama, contándonos historias increíbles. Pero las historias horribles nos habían ganado la partida. Eran más que reales. Podíamos quedarnos dormidos, ya lo creo, el uno contra el otro, como antes. Bien calentitos. Pero sabíamos que, al despertar, el horror no habría desaparecido.

Tenía un nombre. Una cara.

Narni.

Arranqué. Sin añadir ni una palabra. Había llegado un momento en que ya no podía esperar más. Circulé bastante rápido por las callejuelas medio desiertas a esas horas.

Una vez más, éste era un pueblecito con viejas casas, algunas de las cuales pertenecían a la época colonial. Una de ellas en concreto, de tipo árabe, me gustaba mucho. Como las que se ven en El Biar, en la parte alta de Argel. Estaba abandonada, como muchas otras. Aquí, las ventanas ya no daban, como antes, a vastos parques de verdor, a jardines, sino a bloques de hormigón.

Seguíamos subiendo. Gélou se dejaba llevar. Adonde la conducía se encontraría

bien. Enseguida apareció el enorme Buda, en la ladera de la colina. La luna lo iluminaba, Dominaba majestuosamente la ciudad, de un modo sereno. El templo, reciente, albergaba también un centro de estudios budistas. Cúc nos esperaba allí. Con Naima y Mathias.

Allí era donde los había escondido. Era su jardín secreto. Donde venía a refugiarse cuando tenía problemas. Donde venía a meditar, a pensar. A recuperar energías. Donde residía su corazón. Para siempre. Vietnam.

Yo no creía en ningún dios. Pero aquel era un lugar sagrado. Y, me dije, no viene nada mal, de vez en cuando, respirar aire puro. Gélou estaría bien aquí. Con ellos. Habían perdido todo en esta historia. Cúc, un marido. Mathias, un amigo. Naima, un amor. Y Gélou, todo. Sabrían cuidarla. Sabrían cuidarse. Curarse las heridas.

A la entrada, nos recibió un monje. Gélou se abrazó a mí con fuerza. Le di un beso en la frente. Levantó la cara hacia mí. En sus ojos había una especie de velo a punto de rasgarse.

—Todavía tengo algo que decirte.

Y supe que aquello no debería haberlo oído jamás.

Donde se escupe en el vacío por asco y por cansancio

Me volví con el saab. Puse la radio y me salió un programa dedicada al tango. Edmundo Riveiro cantaba «Garuffa». Era lo que mejor me venía. Tenía el corazón como un acordeón después de lo que me había confesado Gélou. Pero no quería ni pensarlo. Ahuyentar esas palabras lo más lejos posible. Olvidarlas incluso.

Me daba la impresión de ir haciendo *zapping* en la vida de la gente. De pillar los culebrones muy empezados. Gélou y Gino. Guitou y Naima. Serge y Reduán. Cúc y Fabre. Pavie y Saadna. Y llegaba siempre al final. Justo cuando matan. Justo cuando mueren. Siempre con una vida de retraso. Con una felicidad de retraso.

Así parecía haberme hecho viejo. Dudando demasiado y sin atrapar la felicidad al vuelo, cuando estaba pasando por delante de mis narices. Nunca supe. Ni tomar decisiones. Ni responsabilidades. Nada de lo que podía comprometerme con el futuro. Por miedo a perder. Y perdía. Perdiendo.

Me había vuelto a ver con Magali, en Caen. En un pequeño hotel. Tres días antes de irme para Yibuti. Hicimos el amor. Lentamente. Mucho tiempo. Toda la noche. Por la mañana, antes de ducharse, me preguntó: «¿Qué prefieres que sea en la vida, profe o modelo?». Me encogí de hombros, sin responder. Volvió luego, vestida, lista para salir.

—¿Lo has pensado? —dijo.

—Sé lo que quieras. Contesté. Me gustas así.

—Qué listo —replicó dándome un beso furtivo en los labios. La abracé. Otra vez la deseaba—. Voy a llegar tarde a clase.

—Hasta la noche.

La puerta se cerró. No volvió. No pude encontrarla para decirle que lo primero que quería que fuese en la vida era mi mujer. Me había salido por la tangente ante la pregunta esencial. La elección. Y no me había servido de lección. No sé lo que habría sido de nosotros. Pero Fonfon estaba seguro de que hubiera estado orgulloso de saber que éramos felices juntos. Hoy no estaría solo. Yo tampoco.

Quitó la radio cuando Carlos Gardel arremetía con «Volver». El tango, la nostalgia, mejor parar. Podía darme algo con esa canción y necesitaba estar entero.

Para afrontar a Narni. Todavía había en él zonas oscuras que no me explicaba. ¿Por qué se había manifestado ayer, cuando podía haber seguido en la sombra intentando acorralar a Naima? ¿A lo mejor pensaba que me iba a pillar más fácilmente después de mandar a Gélou para Gap? Ya no tiene importancia, me dije. Eran sus cálculos. Me resultaban ajenos.

Cogí la autovía del Litoral. Por los puertos. Nada más que por el placer de ver los muelles desde lo alto de la pasarela. De bordear las dársenas. De regalarme el lujo de las luces de los ferries atracados. Mis sueños seguían estando allí. Intactos. Hacia el más allá. A lo mejor era eso lo que tenía que hacer. Esta noche. Mañana. Marcharme. Por fin. Dejarlo todo. Ir hacia aquellos países que Ugo había visitado. África, Asia, América del Sur. Hasta Puerto Escondido. Aún existía allí una casa. Una pequeña casa de pescador. Como la mía, en Les Goudes. También con un barco. Se lo dijo a Lole, cuando vino a vengar a Manu. Habíamos hablado muchas veces de eso con Lole. De irnos allí. A esa otra casa al otro lado del mundo.

Demasiado tarde, una vez más. ¿Iba por fin a arreglar cuentas con la vida matando a Narni? Pero arreglar cuentas no respondería por todos mis fracasos. ¿Y cómo podía estar tan seguro de matar a Narni? Porque no tenía nada que perder. Pero él tampoco tenía ya nada que perder.

Y ellos eran dos.

Me metí en el túnel del Vieux-Port para salir por el fuerte Saint-Nicolas. Enfrente del antiguo dique seco. Bordeé el muelle de Rive-Neuve. Era la hora en que Marsella empezaba a moverse. En la que uno se preguntaba con qué salsa iba a «comerse» la noche. Antillana. Brasileña. Africana. Árabe. Griega. Armenia. Reunioniana. Vietnamita. Italiana. Provenzal. Había de todo en el caldero marsellés. Para todos los gustos.

En la rue Francis-Davso, aparqué en doble fila, pegado a mi coche. Trasladé al saab unas cuantas cintas y el arma de Reduán. Después volví a arrancar, por la rue Moliere que bordea la Ópera, la rue Saint-Saens, a la izquierda, la rue Glandeves. Vuelta al puerto. A dos pasos del hotel Alizé. Un sitio me estaba esperando. Lo mejor del mundo. Paso de peatones y acera. Debía de estar carito este sitio para que nadie lo hubiera cogido. Pero no tenía para más de cinco minutos.

Me metí en una cabina, casi en la puerta del hotel. Y llamé a Narni. Fue en ese momento cuando vi el safrane, bien aparcado en doble fila delante del New York. Con Balducci al volante, sin duda, visto el humo que salía de la ventanilla. Día de suerte, me dije. Prefería saber que estaban ahí que imaginarlos montando guardia en mi casa.

Narni contestó inmediatamente.

—Móntale —dije—. Aún no nos han presentado a ti y a mí, pero lo podemos hacer sobre la marcha, creo, ¿no?

—¿Dónde está Gélou? —tenía una voz bonita, grave, cálida, que me sorprendió.

—Demasiado tarde, tronco. Para preocuparte por su salud. No creo que la vuelvas a ver.

—¿Sabe?

—Sabe. Todo el mundo sabe. Hasta la policía sabe. No disponemos de mucho tiempo para arreglar esto entre tú y yo.

—¿Dónde estás?

—En mi casa —mentí—. Puedo estar ahí en tres cuartos de hora. En el New York. ¿Te parece?

—OK. Allí estaré.

—Solo —me permití decir, divertido.

Colgué y esperé. Le hicieron falta menos de diez minutos para bajar y montarse en el safrane. Me fui para el saab. En marcha, me dije.

Tenía mi plan. Sólo necesitaba creer que era bueno.

Gracias a los atascos, y había contado con ello, localicé el safrane en el quai Rive-Neuve. Decidieron ir por la Corniche. Vamos allá. No me parecía mal la elección.

Circulé detrás de ellos a bastante distancia. Me bastaba con alcanzarlos en David. En la rotonda de la Plage. Cosa que hice. Cuando se estaban metiendo por la Pointe-Rouge, llegué lentamente por detrás y les di un aviso de faros. Luego, sin pararme, rodeé la estatua y me metí por la avenue du Prado. Ellos no podían girar hasta la avenue Bonneveine. Eso los iba a poner de los nervios. A mí me dejaba margen para llegar hasta el fondo de la avenue du Prado. Sin riesgos. Los esperaba allí. En la parte baja de la rotonda Prado-Michelet. Y luego empezaría el rodeo.

Saqué el arma de la bolsa de plástico, y las balas. La cargué, le quité el seguro y la dejé en el asiento. Con la culata hacia mí. Enchufé una cinta de ZZTop. Necesitaba oírlos. El único grupo de rock que me gustaba. El único auténtico. Vi el safrane. Las primeras notas de «Thunderbird». Arranqué. Se debían de estar preguntando a qué jugaba. Me divertía saber que no eran dueños de la situación. Su nerviosismo era una de mis bazas. Todo mi plan residía en un error por su parte. Un error que esperaba les fuera fatal. Verde. Ámbar. Rojo. El boulevard Michelet fue desfilando sin una sola parada. Luego a toda caña por el carrefour de Mazargues. Después del Redón, Luminy, la carretera. La D 559. Dirección Cassis. Por el paso de La Gineste. Un clásico de los ciclistas marseleses. Una carretera que me sabía de memoria. De ahí salían un montón de caminos hacia las calas.

Una carretera sinuosa, la D 559. Estrecha. Peligrosa.

«Long distance Boogie», arremetían los ZZTop. ¡Bendito Billy Gibbons! Ataqué la cuesta a 110, con el safrane en el culo. El saab me parecía un poco blando, pero respondía bien. Con Gélou nunca debía de haber sufrido una conducción semejante.

Pasada la primera gran curva, el safrane se salió de su carril para intentar

adelantarme. Tenían prisa. Vi asomar el morro del coche a la altura de mi ventanilla trasera. Y aparecer el brazo de Narni. Con un arma en el extremo. Reduje a cuarta. Iba casi a cien y entré en la curva siguiente con mucha dificultad. Ellos también.

Volví a coger terreno.

Ahora que ya estaba en ello, no las tenía todas conmigo. Balducci tenía pinta de ser un as del volante. No tienes muchas posibilidades de probar la *poutargue* de Honorine, me dije ¡Mierda!, tenía hambre. ¡Qué imbécil!, tendrías que haber venido comido. Antes de meterte en este follón. No hay quien te cambie. Vas a tope, sin pensar ni en respirar. Narni habría tardado más de una hora. Te habría esperado. O habría venido a buscarte.

Seguro que habría venido.

Un buen plato de spaghetti *a la matricciana* no es lo que peor te habría sentado. Un tintillo para acompañar. Mira, un Tempier rouge. De Bandol. A lo mejor tenían de eso en el otro barrio. ¡Pero qué dices, mamón! Después no hay nada.

Sí, después no hay nada. La oscuridad. Ya está. Y ni siquiera sabes que es negra. Porque estás muerto.

Seguía teniendo al safrane detrás, pegado al culo. Pero no le quedaba otro remedio. De momento. Después de la curva, ahí es donde iban a intentar adelantarme.

Bueno, entonces no te queda más que una solución, Móntale, sal de ésta como sea, ¿vale? Así te podrás empapuzar con lo que te dé la gana. Por cierto, hace un montón que no como sopa de judías. Qué buena, con tostadas de pan y aceite de oliva. Buenísimo. Aceleré un poco más. O una *daube*^[21]. Tampoco está mal. Se lo tendrías que haber dicho a Honorine. Para que preparara la marinada. ¿Le iría bien el Tempier? Seguro que sí. Lo tenía en el paladar, justo...

Bajaba un coche. Avisó con las luces. El tío estaba horrorizado de vernos subir a esa velocidad. A mi altura pitó como un loco. Debía de haberse acojonao de verdad.

Sacudí la cabeza para echar fuera las aromas de comida. El vientre, lo veía venir, también se estaba animando. Bueno, luego ya veremos, vale, Móntale. Sin excitarse. Tranquilidad.

Tranquilidad.

¡A cien en este cabrón de puerto de La Gineste, imposible!

Nos elevábamos por encima de la bahía de Marsella. Era una de las panorámicas más bellas de la ciudad. Aún era mejor un poco más arriba, justo antes de la bajada hacia Cassis. Pero no estábamos como para hacer turismo.

Volví a meter quinta. Para darme fuerzas. Bajé hasta noventa. El safrane se me pegó de inmediato al culo. Iba a intentar adelantarme, el hijo de puta.

Cien metros, me faltaban cien metros. Reduje a tercera. El coche dio como un bote. Subí a cien, justo al salir de la curva. Cuarta. Una recta por delante. Novecientos, mil metros. No más larga. Y justo después giraba a la derecha. No a la

izquierda como hasta ahora.

Aceleré. El safrane pegado siempre.

Ciento diez.

Asomó. Subí el volumen a tope. No tenía más que el sonido de las guitarras en la oreja.

El safrane estaba casi a mi altura.

Aceleré.

Ciento veinte.

El safrane aceleró también.

Vi el arma de Narni en mi ventana.

—¡Aquí! —grité.

¡Aquí!

¡Aquí!

Di un frenazo. En seco.

Ciento diez. Cien. Noventa.

Creí oír un disparo.

El safrane me adelantó y siguió recto. Contra el quitamiedos de hormigón. Y saltó por los aires. Con las cuatro ruedas del revés.

Quinientos metros de caída, las rocas y el mar. Ninguno de los que habían dado el gran salto había salvado el pellejo.

«Nasty dogs and funky kings», chillaban los ZZTop.

Me temblaba el pie en el pedal. Reduje y me paré lo más despacio posible junto al quitamiedos. Me temblaba todo el cuerpo. Tenía una sed del copón. Sentí que se me caían las lágrimas. El miedo. La alegría.

Me eché a reír. Una carcajada nerviosa.

Los faros de un coche surgieron a mi espalda. Instintivamente di a las luces de avería. El coche me adelantó. Un R21. Redujo y se paró delante, a unos cincuenta metros. Bajaron dos tipos. Cachas. En vaqueros y chupa de cuero. Vinieron hacia mí.

Mierda.

Demasiado tarde para entender la estupidez que acababa de cometer.

Puse la mano en la culata de la pistola. Seguía temblando. No sería capaz de levantarla. Y menos aún de apuntar.

De disparar ni hablamos...

Ya estaban ahí.

Uno de ellos dio unos toques en la ventanilla. La bajé lentamente. Y le vi la cara.

Ribero. Uno de los inspectores de Loubet.

Respiré.

—Menudo salto que han pegado, ¿eh? ¿Estás bien?

—¡Hostia! Me habéis asustado.

Se echaron a reír. Reconocí al otro. A Vernet.

Bajé del coche. Y di unos pasos hacia el lugar por el que habían saltado Narni y Balducci. Estaba que me caía.

—Cuidado, no te vayas para abajo —dijo Ribero.

Vernet se acercó y miró al vacío.

—Menudo curro, id a ver el panorama de cerca. De todas formas, no debe de quedar mucho.

Y se descojonaban.

—¿Me seguíais desde hacía mucho? —pregunté sacando un cigarro.

Ribero me dio fuego. Temblaba demasiado como para encenderlo yo.

—Desde hoy por la tarde. Te estábamos esperando a la salida del restaurante. Loubet nos llamó por teléfono.

Qué cabrón. Cuando se fue al servicio.

—Quererte, te quiere mucho, pero lo que es confiar...

—Un momento. ¿Me habéis seguido todo el tiempo?

—El ferry. La cita con tu prima. El buda. Y luego teníamos a dos tíos camuflados en la puerta de tu casa. Por si acaso.

Me senté en el trozo de quitamiedos que había escapado a la carnicería.

—¡Oye! ¡Ojito! No te nos vayas a caer ahora —bromeó Ribero.

No tenía mucha intención de tirarme. Pensé en Narni. El padre de Guitou. Narni que había matado a su hijo. Pero que ignoraba que lo fuera. Gélou no se lo había dicho jamás. Ni a él ni a nadie. Excepto a mí. Hacía un rato.

Fue una noche en Cannes. Una noche de estreno. Hubo aquella comida, suntuosa. De cuento de hadas para ella. La chica que había crecido en las calles de Le Panier. A su derecha, De Niro. A su izquierda, Narni. Alrededor, ya no se acordaba. Otros actrices. Y ella en medio. Narni le puso la mano encima de la suya. Le preguntó. Tenían las rodillas pegadas. Sentía su calor. Un calor que se le había subido por el cuerpo.

Luego, acabaron todos la noche en una discoteca. Se dejó llevar en sus brazos. Bailando. Como nunca desde hacía años. Se le había olvidado cómo era eso de bailar. La embriaguez de los veinte años. Perdió el sentido. Se olvidó de Gino, de sus hijos y del restaurante.

El hotel era un palacio. Una cama inmensa. Narni le quitó la ropa. La poseyó con pasión. Varias veces. Su juventud volvió a ella. Lo había olvidado. Y había olvidado otra cosa también. Pero no lo sabría hasta mucho más tarde. Que estaba en sus días fértiles. Gélou pertenecía a otra generación. No se tomaba la píldora. No soportaba tampoco el diafragma. Con Gino no había riesgos. Hacía tiempo que no hacían locuras, por la noche, después de cerrar el restaurante.

Esa noche podría haberla guardado en su memoria toda su vida. Como un

maravilloso recuerdo. Su secreto. Pero estaba ese niño que se anunciaba. Y la alegría de Gino, que la conmovió. Poco a poco, logró superponer las imágenes de la felicidad. La de esos dos hombres. Sin culpabilidad. Y, cuando dio a luz, mimada como nunca por Gino, ofreció a ese hombre, al que amaba, al hombre de su vida, un tercer hijo. Guitou.

Volvió a ser madre y reencontró su equilibrio. Se dedicó a sus hijos, a Gino. En el restaurante, Narni, cuando venía, ya no la emocionaba. Pertenece al pasado. A su juventud. Hasta que llegó el drama. Y hasta que Narni le tendió una mano en su confusión, y en su soledad.

—Por qué se lo iba a confesar —dijo Gélou—. Guitou pertenecía a Gino. A nuestro amor.

Cogí el rostro de Gélou entre mis manos.

—Gélou...

No quería que hiciera la pregunta que le venía a la boca.

—¿Crees que eso hubiera cambiado las cosas? ¿Si hubiera sabido que era su hijo?

El monje estaba ahí. Le había hecho un gesto. Cogió a Gélou por el hombro y me fui, sin darme la vuelta. Como Murad. Como Cúc. Y sin contestar.

Porque no se podía contestar.

Escupí al vacío. Allí donde Narni y Balducci se habían hundido. Para siempre. Un gran escupitajo de asco. Y de gran cansancio.

Ahora ya no temblaba casi. Sólo me apetecía un vaso grande de whisky. De mi Lagavulin. Una botella, sí. Eso es lo que me haría falta.

—¿No tendréis algo para beber?

—Ni una cerveza, chico. Pero vamos a echarnos un trago, si quieres. Basta con que bajemos a la tierra —bromeó.

Empezaban ya a tocarme las narices, estos dos.

Me encendí un cigarro, esta vez sin su ayuda. Con la otra colilla. Di una calada profunda y levanté la cara hacia ellos.

—¿Y por qué no habéis intervenido antes?

—Era un asunto tuyo, ha dicho Loubet. Un asunto de familia, vamos. Tú te la estabas jugando así, nosotros también. ¿Y por qué no, eh? No vamos a llorar a estos dos hijos de puta. O sea, que...

—¿Y si el vuelo lo doy yo en lugar de ellos?

—Pues nosotros los cogíamos. Como las flores. En la otra punta están los gendarmes, no pasaban. A menos que se hubieran pirado a pie, por la montaña. Pero no debía de ser su deporte favorito, digo yo... Los hubiéramos cazado de todos modos.

—Gracias —dije.

—De nada. En el momento en que nos dimos cuenta de que te ibas por La Gineste, lo entendimos todo. No sé si te has dado cuenta, pero te hemos dejado la carretera bien despejada, ¿no?

—Ah, ¿también?

—Sólo se nos ha escapado uno. Ése no sabemos de dónde ha salido. No sé si venían de echar un polvo en La Garrigue o qué, los tortolitos. ¡Debían de estar algo congelados!

—¿Y dónde está Loubet ahora?

—Dando un repaso a dos chavales —dijo Ribero—. Que tú conoces, por cierto. Naser y Reduán. Los ha mandado detener esta tarde. Estaban dándose una vuelta otra vez en el BMW negro, los muy imbéciles. A la *cité* La Paternelle se habían ido. Budjema Ressaf se había reunido con ellos. Teníamos a unos tíos camuflados cerca de su casa. Menudo golpe hemos dado. El lugar de oración, un auténtico arsenal. Se disponían a trasladar el alijo. Creemos que era Ressaf el que se iba a encargarse de mover toda la artillería para Argelia.

—Mañana —prosiguió Vernet—, va a haber una redada monstruo. A primera hora, ya sabes. Van a ir cayendo como moscas. Tu cuadernito es de órdago, dice Loubet.

Los cabos se iban atando. Como siempre. Con su lote de perdedores. Y los demás, todos los demás, la gente feliz, durmiendo en su cama. Pase lo que pase. Suceda lo que suceda. Aquí, fuera. En la tierra.

Me levanté.

A duras penas. Porque tenía un buen cuelgue. Me recogieron cuando perdí el conocimiento.

EPÍLOGO

La noche es la misma, y la sombra, en el agua,
es la sombra de un hombre gastado

Aun así, nos habíamos ido a tomar una copa, Ribero, Vernet y yo. Ribero llevó el saab hasta David, en la rotonda de la playa. Ahora, con un whisky calentito en el estómago, todo iba mejor. No había sido más que un Glenmorangie de nada, pero no estaba mal. Ellos eran de los de menta con agua.

Vernet se bebió su vaso, se levantó y estiró el brazo hacia la izquierda.

—Mira, tu casa es por ahí. ¿Podrás tú solo o necesitas todavía a los ángeles de la guarda?

—Podré —dije.

—Porque no hemos acabado. Todavía tenemos faena.

Les di un apretón de manos.

—¡Ah!, por cierto. Loubet te aconseja con entusiasmo la pesca. Dice que no hay nada mejor para lo tuyo.

Y se echaron a reír otra vez.

Apenas había aparcado en la puerta y Honorine ya estaba saliendo de su casa. En camión. No la había visto nunca en camión. Como mucho, cuando era muy pequeño.

—Venga, venga —dijo muy bajo.

La seguí hasta su casa.

Fonfon estaba allí. Acodado a la mesa de la cocina. Con una baraja. Estaban echando una partida. A las dos de la mañana. ¡Pasaba cada una en cuanto me descuidaba!

—¿Qué tal? —me dijo dándome un abrazo.

—Oiga, ¿ha comido? —preguntó Honorine.

—Si ha hecho una *daube*, no digo que no.

—¡Anda que... menudas ocurrencias que tiene éste! —refunfuñó Fonfon—. Una *daube*. Como si no tuviéramos otra cosa en que pensar.

Estaban tal como los quería.

—Le hago rápido un poco de *bruschetta*, si quiere.

—Déjelo, Honorine. Lo que más me apetece es beber algo. Me voy a buscar mi

botella.

—No, no —dijo Honorine—. Va usted a despertar a todo el mundo. Por eso estábamos pendientes con Fonfon.

—¿Cómo a todo el mundo?

—Pues... En su cama están Gélou, Naima y... ¡ay!, ya no me acuerdo cómo se llama. La señora vietnamita.

—Cúc.

—Eso. En el sofá está Mathias. Y en un rincón, en un pequeño colchón que he pasado yo, Murad, el hermano de Naima, ¿no?

—Exacto. ¿Y qué hacen aquí?

—Pues yo qué sé. Habrán pensado que estarían mejor aquí que en otro sitio, digo yo. ¿Usted cómo lo ve, Fonfon?

—Que creo que han hecho bien. ¿Te quieres venir a dormir a mi casa?

—Gracias, de verdad. Pero creo que ya no tengo sueño. Me voy a dar una vuelta en el barco. Creo que hace una noche estupenda.

Les di un beso.

Entré en mi casa como un ladrón. De la cocina agarré la botella de Lagavulin sin empezar, una cazadora y, de un armario, una manta caliente. Me coloqué mi vieja gorra de pescador y bajé hacia el barco.

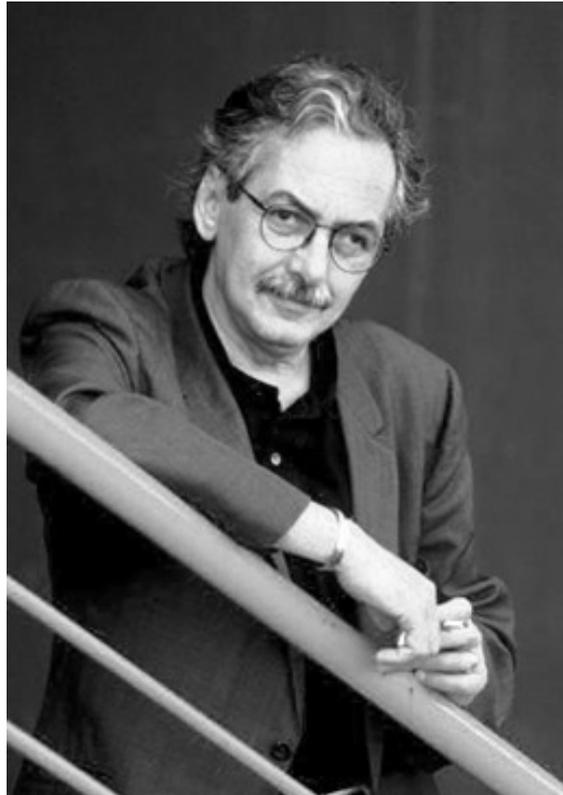
Mi fiel amigo.

Vi mi sombra en el agua. La sombra de un ser gastado.

Salí a remo, para no hacer ruido.

En la terraza me pareció ver a Honorine y a Fonfon abrazándose. Me eché a llorar.

Joder, qué gusto.



JEAN-CLAUDE IZZO. Nacido en Marsella el 20 de junio de 1945. Hijo de inmigrantes, Su padre nació en Italia y emigró a Marsella en 1920; su madre nació en Marsella en el barrio de Panier y era hija de españoles. En 1964 es llamado a hacer el servicio militar y le destinan en Toulon, después entra en los comandos disciplinarios en Yibuti, donde será arrestado durante mes y medio y perderá más de 15 kilos.

A su vuelta a Francia, se afilia al PSU en 1966 y en junio de 1968 se convierte en el candidato a las elecciones legislativas de Marsella. Más tarde, deja el PSU para entrar en el PCF y llegará a ser el redactor jefe de la revista comunista *La Marseillaise*.

En 1970 Izzo publicará su primera recopilación de poemas, *Poèmes à haute voix*. En 1978, rompe con el PCF y comienza a escribir en diferentes revistas (*La vie mutualiste*, *Viva...*). En 1995 comienza a cosechar sus mayores éxitos gracias a la publicación de su serie de novela negra *Total Khéops*, impulsado por Michel Le Bris y por Patrick Raynal, y que sería el primer capítulo de la trilogía marsellesa con Fabio Montale.

En 1996, publica *Chourmo*. En 1997, publica una recopilación de poesías *Loin de tous rivages* y la magnífica obra *Les Marins perdus*, así como numerosas novelas recopiladas en antologías. En 1998 Izzo publica *Solea*, la última novela de la trilogía marsellesa y se consagra como un gran analista y documentalista de la mafia marsellesa, la pègre. En 1999 es publicada su última novela, *Le soleil des mourants*, ya que el 26 de enero del 2000 fallece.

Notas

[1] Siglas de la Section française de l'internationale ouvrière, nombre con el que se conocía anteriormente al Partido Socialista francés. (*N. de la T.*) <<

[2] *Total Khéops*, Madrid, Akal, 2003. (N. del E.)<<

[3] *Cité*: denominación que queda de la expresión inicial «cité ouvrière». Se refiere a las barriadas de la periferia de las grandes ciudades francesas donde se concentra un elevadísimo número de población inmigrante, en su mayoría magrebí, y obrera, con alto porcentaje de paro, escasez de servicios y todo tipo de problemas sociales. Las viviendas son precarias, distribuidas en numerosos bloques de hormigón idénticos. (N. de la T.)<<

[4] En el original, *céfran*. (N. de la T.)<<

[5] La chusma, de la misma etimología. (*N. de la T.*)<<

[6] *Pistou*: pesto. En esta zona es típica la célebre *soupe au pistou*, es decir, con albahaca machacada. *Un pistou* es un plato de verduras hervidas. (N. de la T.)<<

[7] *Poutargue*: del provenzal *boutargo*; masa de huevas de mújol prensados. (*N. de la T.*)<<

[8] Siglas que corresponden a *Habitation Loyer Modéré*, viviendas baratas de protección oficial. (N. de la T.)<<

[9] *Péritos*: galletas cubiertas de chocolate. (*N. de la T.*)<<

[10] Títulos de tebeos o cómics. (*N. de la T.*)<<

[11] Salsa que se sirve con la bullabesa. (*N. de la T.*)<<

[12] Palabra explicada por el propio autor en *Total Khéops*. En resumen, viene a decir «hortera». (N. de la T.)<<

[13] En Francia, los aparatos de teléfono antiguos disponían de un accesorio con el que se podía oír la conversación pero no hablar. (*N. de la T.*)<<

[14] *Within the Tides. (N. de la T.)*<<

[15] París Saint-Germain. (*N. de la T.*)<<

[16] Monitor conectado a la red telefónica francesa que permite efectuar compras, consultas, reservas, contactos, etc. Es un servicio con millones de usuarios en Francia. (*N. de la T.*)<<

[17] *Brevet d'études professionnels*. Equivale a la formación profesional en España.
(N. de la T.)<<

[18] Compañía eléctrica francesa. (*N. de la T.*)<<

[19] Abreviatura de *Baccalauréat*, el equivalente a nuestra selectividad. (*N. de la T.*)

<<

[20] Renseignements Généraux, equivalente al servicio de inteligencia. (*N. de la T.*)<<

[21] Modo de guisar la carne en un recipiente cerrado. (*N. de la T.*)<<